



AMABLE

JESUS



RECUERDO



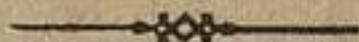
DE LA PRIMERA

COMUNION

Oriskany Tyranny



EL AMABLE JESÚS
Y
LA AMABILIDAD DE MARÍA



FA-1061

EL AMABLE JESÚS

Y

LA AMABILIDAD DE MARÍA,

Ó SEAN

TRATADOS DE LA AFICION Y AMOR

QUE DEBEMOS TENER Á JESÚS Y Á SU MADRE
MARÍA SANTÍSIMA,

POR

EL P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG,

de la Compañía de Jesús.

(Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica.)



CUARTA EDICION.

BARCELONA.

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA,
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16.

1887.

R. 25646

EL AMABLE JESUS

A AMABILIDAD DE MARIA

TRATADO DE LA VIDA Y LUZ

QUE DIERON LOS SANTOS A LOS APOSTOLOS

DE LA IGLESIA

1600

DE LA VIDA Y LUZ

DE LA IGLESIA

CON APROBACION DE LA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS



CUARTA EDICION

BARCELONA

EN LA IMPRENTA DE LA VIDA Y LUZ

DE LA VIDA Y LUZ

1887

PRÓLOGO

QUIÉROME excusar con las almas esposas de Jesús, que han penetrado algo de su dignidad y hermosura, para que no se injurie su amor y celo por sacar yo este tratado tan breve y desigual á la grandeza de su argumento, hablando tan cortamente donde ellas conciben tanto. No me atreviera á esto si no fuera con la licencia que me dieron los ruegos de algunas personas devotas, y para condescender con ellas me inclinaron dos cosas: la una, la necesidad que siempre ha tenido el mundo de conocer y amar á su Redentor; porque cuanto mayo-

res son nuestras obligaciones y más los títulos que hay para quererle más que nuestra vida, por estar declarados como su grandeza lo pedia, en largos discursos y consideraciones, se excusan muchos de leerlos; y así quise resumir, si bien no digna ni cumplidamente, pero lo que bastase para entender las infinitas obligaciones que tenemos á nuestro Salvador Jesús.

La otra es la particular necesidad que he visto han tenido algunos que aspiran á la perfeccion de conocer á este Señor y el bien que nuestras almas poseen en aquel que es la vida de su espíritu y el camino de perfeccion y union con Dios; porque sé que algunos principiantes, no aprovechándose bien ni entendiendo como debian algunas cosas, que han leído en materia de oracion, en libros de loable celo,

se han querido indiscretamente entremeter y elevar luego con la contemplacion inmediata de la Divinidad, desechando de su memoria y consideracion la sacratísima humanidad de Jesús, y no haciendo fuerza en su imitacion; con lo cual se quedan inmortificados y poco fundados, y aún no satisfechos de sí mismos (que será esto misericordia de Dios), atreviéndose á entrar en el *Sancta Sanctorum* sin ser llevados y con las vestiduras profanas, y no por la puerta y el camino que la Sabiduría divina dispuso; queriendo trasformarse en Dios los que aún no tienen una pequeña conformidad con Cristo crucificado y su mortificacion, de que quiere el Apóstol nos vistamos de piés á cabeza. Pónese un principiante desde luego, sin tener principal cuidado de sus costumbres y de la con-

formidad con la cruz de Jesús, en este género de oracion y por negacion propia: no es mucha humildad ni le podrá conseguir con provecho, y aunque le consiga, no será el atajo que piensa, sino antes rodeo, porque ha de volver al principio; como sucedió á santa Teresa de Jesús, á la cual pasó lo que ahora á algunas almas, hasta que la pusieron en mejor camino los Padres de la Compañía de Jesús. Y yo, aunque soy el más mínimo de ella, quisiera servir algo en este particular á las almas que tuviesen semejante necesidad, y conservar el espíritu de mi Religion, que es más conforme á la doctrina de los Padres antiguos de la Iglesia, y comunicó á aquella insigne Maestra de perfeccion y espíritu, asentando en los corazones la aficion y amor de nuestro capitán Jesús, que no nos puede

hacer daño, ni ha de entrar en cuenta su cuerpo soberano con nuestras miserias, ni con todo lo criado. Dice el Obispo de Tarazona Fr. Diego de Yepes, y la misma santa Teresa lo confiesa y se lastima de ello, que engañada de algunos libros espirituales se apartaba de la meditacion de Cristo por arrobarse en la Divinidad; mas no quedaba satisfecha de su espíritu y estaba con poca mortificacion, hasta que se topó con los Padres de la Compañía de Jesús, que con gran fruto de su alma, como la misma Santa no acaba de agradecer, la mandaron, como confesores suyos, que meditase en la humanidad de Cristo y le cobrase aficion y cariño, imponiéndola en mortificacion verdadera y abnegacion total, práctica y de obra (no sólo por el rato que uno está en oracion, donde le pare-

cerá á uno que está todo abnegado, y en la ocasion descubre pasiones inmortificadísimas), quitándola toda motica de imperfeccion de su alma. Desde entonces se sosegó la Santa, y fué creciendo á largos pasos en virtudes y altísima contemplacion, recibiendo mayores favores de Dios, quedando tan satisfecha de este espíritu, que no acaba de llorar que hubiese estado en la opinion contraria que habia aprendido en aquellos libros. En una parte se lamenta así: «¡Oh Señor de mi alma y bien mio, Jesucristo crucificado! No me acuso alguna vez de esta opinion que no me dé pena, y me parece que hice una gran traicion.» Luego añade con el mismo sentimiento: «¿Es posible, Señor, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que Vos me habíades de impedir para mayor bien? ¿De dónde

me vinieron á mí todos los bienes sino de Vos? No quiero pensar que en esto tuve culpa, porque me lastimo mucho, que cierto era ignorancia, y así quisisteis Vos por vuestra bondad remediarlo, con darme quien me sacase de este yerro, y despues con que os viese yo tantas veces como adelante diré, para que más claro entendiese cuán grande era, y que lo dijese á muchas personas que lo he dicho y para que lo pusiese ahora aquí. Tengo para mí que la causa de no aprovechar más muchas almas y llegar á muy grande libertad de espíritu cuando llegan á tener oracion de union, es por esto.» Quien la sacó de aquella ignorancia ó yerro (como la Santa lo llama) dice que fué un Padre de la Compañía de Jesús, á quien consultó, y ella halló despues por experiencia la verdad y

provecho de lo que la dijo aquel santo Padre; y así dice: «Veo yo claro, y he visto despues, que para contentar á Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita; muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos; así que vuestra merced, señor mio, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de la contemplacion: por aquí va seguro.»

He querido traer estos testimonios de santa Teresa y quisiera poner todo el capítulo 22 de su vida por proemio de este tratado, por ser la que experimentó una y otra oracion y la que ilustró tanto Dios

y comunicó un magisterio de espíritu milagroso, y la que se aventajó tanto en oracion de union y santidad, y tambien por citar en ella el espíritu de algunos varones santos de nuestra Compañía, especialmente el bienaventurado Francisco de Borja y el extático y divino varon, el Padre Baltasar Alvarez, que fueron de los más contemplativos de aquellos tiempos, cuyo parecer y consejo siguió la santa Doctora, que defiende esta causa con notable sentimiento y fuerza; por lo cual me excuso yo de más razones. Sólo advierto que no serían para mí de fuerza todas las razones contrarias, aunque fueran claras; porque pienso que aunque fuese verdad lo que es falso, que segun la naturaleza de las cosas no fuera á propósito para la contemplacion y union, detenerse en pensar en Cris-

to crucificado, con todo eso lo seria por disposicion particular de Dios y favor suyo, que haria merced de ella al que con humildad y paciencia se contentase con los misterios de la vida y Pasion de su Hijo querido, haciéndole Su Majestad á este tal mayores gracias por reverencia de Jesús, levantándole á sus abrazos más íntimos; que no sé qué tiene la vida de Jesús, su nombre, su memoria, que como con una fuerza sacramental y como *ex opere operato* (como dicen) mueve al Padre Eterno para enriquecer las almas y regalarlas; al modo que el nombre de Jesús por sí mismo y por su sonido y naturaleza á solas, no tiene más virtud que el nombre de Dios, pero por privilegio ó como *ex opere operato*, tiene eficacia mayor para sanar enfermedades, librar de tentaciones, consolar almas y ahuyen-

tar los demonios. Y no menos se moverá Dios para mirar con buenos ojos á quien estima, ama y piensa en Jesús que á quien le nombra; por lo cual más presto llegará á la íntima union y último grado de contemplacion, quien mereciere que Dios le levantara á él por respeto de Jesús, que quien por su pié se quisiere introducir y meter donde no le llaman. Es obra toda sobrenatural aquella union que la majestad de Dios obra en el alma; y así más hace para ella la cruz de Jesús, su humildad y su memoria estampadas en el corazon, que otras diligencias. Quiera la misericordia divina sirva este mi trabajo para engendrar en alguno mayor estima y amor de este Señor, y dar materia de oracion á los devotos para abrazarse en su caridad y animarse á su imitacion. Lo que suplico á quien

se dignare de pasar los ojos por estas consideraciones, es que las lea despacio y tenga algunos ratos de oracion sobre ellas, para que con más fruto se asiente en el alma, y de la mia pecadora se acuerde cuando se vea favorecido de Jesús y la levante á los brazos de su divinidad, la cual siempre ha de reverenciar en Cristo como á hombre, que es Dios.

DE LA AFICION Y AMOR DE JESÚS

QUE DEBEN TENER TODOS SUS REDIMIDOS.

~~~~~

### CAPÍTULO PRIMERO.

**Cuánto importa tener amor y afecto á  
Jesucristo y su santísima humanidad.**

Aquel Señor, que es todo para de-  
sear, hermoso entre los hijos de los  
hombres, manso y humilde de corazon,  
la cabeza y honra de nuestra naturaleza,  
el que nos es causa de todo bien, el que  
hace que nos ame Dios y el que nos  
amó más que á su vida, se queja en su  
Evangelio de que le aborrece el mundo.  
¡Oh Jesus, deseado de las gentes y re-  
gocijo de serafines, en quien los más le-

vantados ángeles desean mirar! Alumbrad mi entendimiento para que os conozca y ame. ¡Oh espejo de inocencia! ¿Qué pecado cometisteis contra nosotros? ¿Qué traicion nos hicisteis? ¿Qué beneficio es aquel, por el cual no os quieren bien los hombres? Porque no cabe mal hecho ni agravio en quien murió por dar la vida por sus propios enemigos: no cabe mala voluntad en quien, por hacer bien á los desagradecidos, no se hartó de padecer males. ¡Oh Padre eterno, que veis á vuestro amado Hijo (primogénito y heredero de vuestra gloria) despreciado y olvidado del mundo! ¡aquel que propusisteis á los ángeles dos veces para que le adorasen; aquel que disteis á los hombres por hermano querido! Ayudad mi memoria para que me acuerde de sus beneficios y ame á mi hermano y vuestro obedientísimo Hijo, que murió para que yo os amase. ¡Oh Espíritu y amor divino! abrasad y disponed

mi corazon para que le ponga en quien depositasteis todos los tesoros de vuestros dones, y en quien morais con toda la plenitud. ¡Oh María, amadora de Jesús y Madre querida suya! ¿cómo os sufre el corazon de ver así olvidado al que salió de vuestras entrañas? Alcanzadme gracia y esfuerzo, para que se vaya toda mi voluntad, se empleen mis fuerzas, suspire mi alma por el fruto de vuestro vientre, amando tiernamente á quien vos disteis los pechos y sustentasteis con amorosísimos abrazos.

Es la devocion y estima de Jesús, Dios y hombre, el más eficaz medio para encender el alma en llamas de caridad ardentísima y engolfarla en el amor inmediato de la Divinidad. Por eso dijo el mismo Señor, que vino á arrojar fuego en el mundo; lo cual se hizo despues que se vistió de nuestra carne: porque así como á una estopa no la quemán los rayos del sol, si no es que atra-

viesen por un cristal muy puro, entonces solamente la encienden y abrasan; de la misma manera, despues de tantos beneficios divinos, que son unos clarísimos rayos que salen de la bondad infinita y amorosísimo sér de Dios se quedaba helado y frio el mundo, hasta que se atravesaron y nos vinieron por las manos de Jesús, bañando á su santísima y purísima humanidad toda la luz inaccesible é inmensidad de Dios, que en Cristo se nos descubrió y resplandeció más. Esta fué una muy principal causa de encarnar el Verbo eterno para proponernos un hombre digno de todo amor y reverencia, que amásemos entrañablemente y por medio de él nos inflamásemos en amor de la Divinidad, que en él habita. Es Dios en sí invisible; y nosotros no percibimos bien sino lo que nos entra por la vista y los demás sentidos: así convino proponernos un objeto sensible en quien le amásemos y conociésemos,

pintándonos en el hombre las perfecciones divinas, vistiéndose el Hijo de Dios, que es figura de su sustancia, de nuestra carne propia, con lo cual es más eficaz para atraernos á sí. De la manera que la piedra iman, aunque tiene á solas virtud para atraer el hierro, no tiene que ver como cuando está unida con él y vestida de alguna lámina del propio metal, entonces adquiere mucha más fuerza y es incomparablemente mayor la eficacia con que arrebatata y atrae á sí los demás hierros; de la misma suerte, aunque la Divinidad, por su incomprendible sér y bondad es piedra iman de los corazones para atraerlos á sí, con todo esto, despues que Dios se vistió de nuestra humanidad, con mucha más fuerza nos trae y gana nuestras voluntades; sino que llega á tanto nuestra malicia, que aún resistimos á esa fuerza y dulce violencia, apartando tantas veces el pensamiento y el corazon de aquel

Señor, que con suma justicia nos lo está demandando, diciendo amorosamente tantas veces como beneficios nos ha hecho: «Hijo, dame tu corazón.» ¿Quién, Señor, os podrá negar lo que es vuestro y os debo con tantos títulos? No falte en mí lo que dijisteis, Señor mio, que si fuérais levantado de la tierra, atraeríais á Vos todas las cosas.

¿Qué empleo podemos tener de nuestra vida más honroso y útil, más gustoso y necesario que conocer y amar con todas las potencias y fuerzas de nuestra alma á aquel hombre, en cuya obra y formación se gastó toda la omnipotencia de Dios, toda su sabiduría, toda su bondad y amor, que ni pudo su poder hacer cosa mayor, ni su sabiduría trazarla mejor, ni su amor desejarla? ¿En qué se puede emplear más dignamente la criatura que en aquel milagro de gracia y naturaleza en que se empleó el Criador, teniendo nosotros por principio y fin de

nuestras obras al que fué principio y fin de las obras de Dios?

De aquí se seguirá el írsenos el corazón y la reverencia del alma adorando y amando sin medio alguno á Dios, por la suma autoridad y señorío para hacer todo lo que quiere, y la suma benevolencia y bondad del sér divino, que se nos descubre en Cristo con infinito poder y con inmenso amor, viendo que hizo por nosotros todo lo que su amor pudo desear y que deseó su amor todo lo que se pudo hacer; porque llegó á efectuar en Cristo la omnipotencia divina cosa que su amor no pudo imaginar mayor. Y llegó su amor á querer cosa que su omnipotencia no pudo obrar más: porque como no hay cosa imaginable mayor ni mejor que Dios, así no hay mayor ni mejor obra que hacer al mismo hombre Dios; de modo que con ser ambas infinitas, su potencia y su caridad se pusieron término y hallaron fondo,

apurando el amor las fuerzas de omnipotencia y hartando y satisfaciendo la omnipotencia á los deseos y trazas de su amor.

Todo esto ¿cómo puede dejar de cautivar el corazón, viendo este poder y esta bondad con que Dios, tan sin cumplimiento nos amó, que se hiciese hombre por nosotros, haciendo de veras lo que antes se dijo por burla: «Hé aquí Adán,» esto es, el hombre, «como uno de nosotros?» El amor criado sólo llega á unir á los amantes por afecto, no propia ni sustancialmente; mas el amor divino no fué de burla, sino tan de veras, que hizo á Dios verdaderamente hombre, uniendo dos cosas tan distintas, de modo que fuesen una misma persona, que es Dios y hombre juntamente, nuestro hermano y nuestro Dios. Vénganos luz del Padre de las lumbres, para que conociendo, adorando y amando á nuestro hermano, conozcamos y amemos á nuestro Dios.

## CAPÍTULO II.

**Que debe ser Jesús amado, porque para eso le envió el Padre eterno al mundo.**

Miremos para qué envió el Padre eterno á su unigénito y querido Hijo al mundo, que fué para que le amásemos, hecho hombre por nosotros; y así como antes de la creacion del hombre le propuso á los ángeles para que le amasen y adorasen, despues le propuso otra vez al mundo en carne humana para que le amase y adorase toda criatura, especialmente los hombres, honrados con tener por pariente y hermano al que es Hijo de Dios, deseo y gozo de los serafines. Cumplieron los ángeles esta voluntad del Padre eterno, amando los buenos con excesivo amor y contento á Jesús, sin ser de su naturaleza ni haber derramado por ellos una gota de sangre, no habiendo muerto por su salvacion: hasta

los malos espíritus, que por su pertinacia y condenacion no podian amarle, le confesaron y adoraron, hincando en los mismos infiernos las rodillas á sólo su nombre. ¿Qué razon hay para que los hombres no amemos entrañablemente y respetemos al Hijo natural de Dios, y no nos regocijemos y precieemos de tenerle por hermano? ¿En qué ley y respeto cabe que al heredero de la gloria de Dios no le reconozcamos mucho más los que somos de su linaje, por cuyo bien nació y murió? Si un rey propusiese á todas sus provincias al príncipe heredero, su hijo y legítimo Señor de todas, porque le jurasen; ¿cómo llevaria que, habiéndole reconocido y jurado los reinos extranjeros, no lo quisiesen hacer los naturales del propio? Éste era bastante motivo para amar á Jesús y cumplir para lo que le envió el Padre al mundo; que quiso le amásemos de todo corazon y le cobrásemos aficion con verle de nuestra

sangre y naturaleza. Mas nosotros somos aquellos villanos, que enviándoles el Señor de la viña su hijo heredero y muy querido para que le respetasen, ellos le resistieron y echaron á empellones y puntillazos, hasta que le mataron. No permitais, Señor, en ningun pecho humano este descomedimiento y desprecio de su sangre, levantada á vuestro trono, ni una tan gran desvergüenza, como es (segun dice el Apóstol), hollar y acocear al Hijo de Dios, y desdeñar por cosa vil y sucia la sangre del testamento en que fuimos santificados, y hacer contumelia al espíritu de la gracia.

¿Cómo podremos amar á Dios, si no amamos primero á nuestro hermano y su Hijo, hecho hombre por nosotros? En Cristo se verifica bien lo que dice san Juan: «El que no ama á su hermano, que ve, ¿cómo amará á Dios, que no ve?» No falte en nosotros el consejo divino, con que se nos propuso al Hijo de Dios

hecho hombre de nuestra carne y sangre, para hacernos más fácil su amor: porque como naturalmente los parientes se aman, y los animales de un género se tienen cariño, haciéndose Dios de nuestro linaje y sangre, se facilitaba el amor que le habemos de tener.

Corrámonos y traigamos siempre en la memoria como los ángeles cumplieron esta voluntad y gusto del Padre, adorando y amando una naturaleza extraña. Reveló Dios á la bienaventurada vírgen Richmundis esta accion; y vió á Jesús niño, recién nacido, envuelto en pobres pañales y puesto en el pesebre, á donde resonó la voz amorosa del Padre, que decia: «Este es mi Hijo muy amado, en quien me agrado y regocijo.» Innumerable multitud de ángeles rodeaban el pesebre, que extendidas las manos todos, estaban adorando á un niño que lloraba, no habiendo ninguno que no tuviese fijados los ojos en Jesús, sin pes-

tañear, ni cesar un punto de su amorosísima vista, no hartándose de verle y humillársele y amarle con suma devoción, reverencia y contento, reconociendo vasallaje á un infante pobre. No sé que nos puede excusar á nosotros de semejante afecto para estimar y amar nuestra misma naturaleza, levantada al trono divino.

### CAPÍTULO III.

**Cómo el Padre eterno nos quiso dar ejemplo del modo con que habíamos de amar á Jesús.**

Obliguémonos los hijos de Adan siquiera con ver como estima el mismo Dios á esta sangre nuestra, y honró á su Unigénito por haberse hecho hombre, y el ejemplo que nos da de amor y estima que hemos de tener á Jesús, no sólo por ser su Hijo, sino tambien nuestro hermano, que nació por morir por nos-

otros: porque como le envió al mundo para que le amásemos, él nos quiso dar ejemplo y enseñar como le habíamos de tener afición. No se pudo contener la caridad del Padre, sin que dos veces prorumpiese á voces con el exceso de su amor llamándole su Hijo querido, en quien se complacia y remiraba. Mandó otras veces á los ángeles que le amasen, adorasen y sirviesen, encomendándosele con las mismas palabras. Dióle todas las cosas, poniendo á sus piés las criaturas del universo; y lo que es más, sujetóle sus atributos divinos, dejándose los al albedrío de su santísima humanidad: la omnipotencia para hacer milagros cuando quisiese; su bondad y misericordia para perdonar pecados; su sabiduría para juzgar. Bien declaró san Juan esta inestimable caridad del Padre, diciendo: que de tal manera ama al Hijo, que le dió todas las cosas en su mano. ¡Oh miserable corazón del hombre! ¡Qué cosa

tan preciosa puedes tener que prefieras y niegues a Jesús? Pues veo que el Padre eterno no le niega nada, sujetándole todo su reino, hasta los más altos serafines, comunicándole su gloria, su grandeza, su majestad, su trono, su omnipotencia. No hubo cosa que prefiriese á Jesús, mandando que se adorase en él nuestra naturaleza; á Jesús escogió el primero de los predestinados; por su amor y reverencia perdonó al mundo; él es el primogénito de toda criatura, por cuyo fin y gloria hace el Padre todas las cosas y nada niega que se pidiere en su nombre: ¿cómo podrá el hombre negarle su corazón? ¿cómo podrá hacer cosa que no sea de su servicio y gloria? ¿cómo no me desnudo á mí por darme todo á Jesús, pues el Padre eterno, por el amor que le tuvo, se despojó, por honrarle, de su autoridad de juzgar y del tribunal de su potencia para que no tenga menos honra Jesús, que la que él tiene?

El mismo Señor por su boca reconoció esta gracia, diciendo: «El Padre no juzga á ninguno, sino todo su juicio y tribunal dió al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre.» Tambien por el amor que tiene á Jesús no le puede agradar otra cosa que no es en él y por él; no ama cosa si no haya en ella prenda ó señal de Jesús; y desea para amarnos que todos nos conformemos con su imágen.

Considera, ¡oh alma! que es lo que con nuevo título provoca al Padre eterno á tanto amor de Jesucristo, nuestro Redentor, que es la suma bondad con que se empleó en nuestro bien, como el mismo Jesucristo confiesa, cuando dijo: «Por eso me ama mi eterno Padre, porque yo pongo y ofrezco mi vida,» esto es, porque por la salvacion de todos los hombres quiso con grande voluntad morir en una cruz. Pues si el Padre eterno por el beneficio que se me hizo á mí ama

á Jesús; yo, á quien se hizo el mismo beneficio, ¿por qué no le tengo que pagar con amor? Si la suma bondad de Jesús, con que nos hizo tanto bien, provocó al Padre eterno para amarle con nuevo modo y singulares prerogativas, ¿por qué no herirá mi corazón la misma bondad, ocupada en mi bien, por la cual es mi Salvador y Redentor?

#### CAPÍTULO IV.

**Del amor que la santísima Virgen tuvo á Jesús.**

Representó perfectísimamente la Reina de los Angeles y Madre de Jesús la caridad que el Padre tuvo á su Hijo, tomando mejor su ejemplo que ninguna otra criatura, amando cordialísimamente á Cristo: porque fuera de la afición que le tenía como á Hijo, ardía con increíble amor suyo, considerando sólo su

bondad y dignidad, que conocia mejor que nadie. ¿Quién no ha experimentado las misericordias que consigo ha obrado esta Señora? ¿Quién no espera siempre de su favor más? Pues todo lo que ha recibido de ella y confía recibir, lo debe á Jesús, por cuyo amor hace la Vírgen todo lo que hace por nosotros, y nos favorece; y por él nos mira con entrañas de piedad. Por amor de Jesús nos ha pro-hijado y nos trata como hijos queridos, cuidando de nuestro bien. Por amor de Jesús no quiere nombre de grandeza y majestad sobre los hombres, sino de dulzura y misericordia. Reina de los Angeles se dice, pero Madre nuestra: no quiso llamarse Reina de los hombres la que es Emperatriz de todas las criaturas, todo por amor y reverencia de su Hijo, rehusando llamarse Reina de aquellos á quienes Jesús llama hermanos, por lo cual ella nos quiso tener tambien por hijos.

El amor de Jesús la hizo salir de su tierra y peregrinar á Egipto, pasando mil necesidades entre gentes extrañas, llevando aquellos trabajos con gozo, por ser por Cristo. Considérese aquel Corazón de María, qué actos tan heróicos, qué virtudes tan levantadas ejercitaria cuando padecía por su Hijo. Porque si los Apóstoles se regocijaban de padecer por él, ¿qué es lo que pasaria en aquel sacratísimo pecho, que era templo del Espíritu santo y el altar del amor divino? El amor de Jesús la afligió tambien cuando se le desapareció en el templo y con vivas lágrimas le buscaba. El amor de Jesús la hizo seguirle en su predicacion hasta la muerte. Mírese con qué afecto y ánsias de madre seguia santa Mónica á su hijo Agustino, con haberla dado tantos disgustos y merecer ser aborrecido por sus liviandades y desobediencias, y cotéjese con cuanta más aficion y caridad se iria María tras Je-

sús, su Hijo, de quien jamás recibió disgusto, sino que siempre le fué obedientísimo y á quien conocia ella que era su Dios. El amor de Jesús la hizo que, estando desamparado de todo favor de la tierra y consuelo del cielo, cuando el Padre eterno le dejó, ella le asistiese con grande constancia, con deseo de ser crucificada mil veces en su lugar, olvidada de su fama, honra y vida entre aquellos ministros del infierno; en fin, lo mucho que amó á Jesús la acabó, muriendo de puro amor suyo. Grande amor tuvo aquella mujer romana á su hijo, cuando viéndole vivo, á quien creia estar muerto, de puro contento expiró. ¿Qué tiene que ver esto con fallecer la Vírgen de puro amor, sin aquella circunstancia y susto, sino sólo por pensar en su unigénito, expirando por el grande afecto con que le amaba?

¿Quién se precia de devoto de la Vírgen que no la procure dar gusto en

la cosa que más deseó? No hay cosa más agradable para ella como que amemos á Cristo de la manera que ella le amó. Solicitó con muchos santos el amor de Jesús, trayéndoles á su Hijo para que se le aficionasen. El bienaventurado Estanislao de nuestra Compañía, se le fió, dejándoselo sobre la cama para que le cobrase mayor amor. A santa Catalina se lo trajo para que se desposase con él. A santa Clara de Montefalco, no sólo se lo trajo, pero le pidió que le abrazase amorosamente para obligarla más á su amor. Enciéندانos la memoria del amor de nuestra Madre para amar á nuestro hermano y su Hijo como inflamó el corazón de san José, devotísimo amador de Jesús, siendo testigo de vista de la caridad de su esposa, y como ahora inflama y da tambien ejemplo á los Serafines y bienaventurados de amar á Cristo.

Consideremos que más obligacion tienen nuestras almas de amar á Jesús á tí-

tulo de ser su esposo, que no la Virgen por el título de hijo. No es modo de hablar, decir que Jesús es esposo de un alma justa, sino tanta verdad, que cualquier otro matrimonio es sombra y figura respecto del vínculo que hay entre un alma santa y Jesús, y de la palabra que nos ha dado este Señor de amor y fe. El oficio y nombre de esposo es de más amor que de padre y madre, pues padre y madre se dejan por cumplirle.

## CAPÍTULO V.

**Del amor que tuvieron los Ángeles á Jesús.**

Vengamos á los espíritus soberanos, que sin tener los títulos que nosotros para querer á Jesús, están abrasados en su amor sin ser de su naturaleza, sin haber nacido por redimirlos, sin deberle por su salvacion una gota de sudor. Ado-

ráronle con suma reverencia, contento y amor, cuando les propuso el Padre eterno para que conociesen por rey y señor á un hombre, que era de inferior naturaleza. Cuando Jesús nació en nuestra carne, sin tener envidia alguna á la honra que recibió el linaje humano, se regocijaron con su Príncipe, llenos todos de júbilo, de gozo y de caridad.

Cuando estaba con hambre le sirvieron de rodillas; cuando estuvo en la agonia del Huerto, enternecidos de su afliccion, le vinieron á consolar; cuando murió, hicieron sentimiento los Angeles de paz; cuando resucitó se vistieron de alegría y contento; cuando subió á los cielos, se tenian por dichosísimos los Querubines de sujetarse á sus plantas, para que subiese sobre ellos y los pisase; cuando entró en el cielo, se alegraron las jerarquías cantándole alabanzas.

San Juan les oyó despues decir con grandes voces y contento: «Digno es el

Cordero que fué muerto de recibir la virtud, divinidad, sabiduría, fortaleza, honra, gloria y bendición.» El amor entrañable que tienen á Jesús les hace asistirnos y guardarnos, no desdeñándose aquellas naturalezas levantadas de ocuparse en servicio y guarda nuestra: el mismo amor les hace regocijarse con la conversión de un pecador, ayudándole ellos con sus inspiraciones, esperando con gran deseo nuestras oraciones para llevarlas al cielo. El amor de Jesús les hace tener por suma honra ser compañeros y consiervos de aquellos que Jesús tiene por hermanos; los que antes se nos mostraban muy superiores, despues que nos ven honrados con haber tomado el Verbo nuestra carne, tienen por grande honra sernos iguales y áun se precian de ser nuestros siervos, amando en nosotros á Jesús. A los enfermos del santo Juan de Dios servian en el hospital y barrían las salas. Con san Isidro labra-

dor, araban el campo. Al santo padre Juan Fernandez y al devoto hermano Juan Carrera, de nuestra Compañía, asistian y trataban como si fueran sus criados. A santa Coleta, reverenciándola como esposa de su Rey, la servian. Por el amor que tienen á Jesús estiman por mucha honra servir en nosotros á aquella naturaleza que en Cristo adoran y aman; no se hartan ahora de remirarse en él; y cuando andaba en el mundo, se tenían por dichosos los que les cabia andar á vista suya: ahora donde está su cuerpo sacramentado vienen ejércitos de ellos á adorarle y asistirle como esclavos.

Miremos qué deben los Ángeles á Cristo, y qué debemos los hombres. ¿Qué razon hay para que ame y haga menos quien debe más? Porque (segun sentimiento de gravísimos doctores) más viene á deber un hombre solo por la más mínima inspiracion con que obra bien,

que todas las jerarquías del cielo por toda la gracia y gloria que todas juntas recibieron; porque debemos á Jesús su sangre, su vida, su honra y al Padre eterno la muerte de su unigénito Hijo, que no fué menester que muriese para llenar de gracias á los Angeles; pero para darnos á nosotros un pensamiento santo se hizo tan gran costa, como hacerse Dios hombre y ser crucificado por él: no murió Jesús por pecado de los Angeles, sino por los nuestros; y prefirió nuestra naturaleza á la suya, queriendo el Hijo de Dios ser antes hombre que serafin, humillarse más por hacernos más favor.

## CAPÍTULO VI.

**Del amor de Jesús, y ansias que de él tuvieron los Patriarcas y Profetas.**

No habian experimentado los Patriarcas y Profetas antiguos, ni visto la humanidad y benignidad del Salvador, que

despues de tantos siglos apareció en el mundo; con todo esto, con sólo una noticia que tan de lejos tuvieron, se encendieron en amor suyo. Bañáronse de gozo con las nuevas de su Encarnacion, y resolvíanse en ánsias y deseos de verle, levantando las voces y gritos al cielo, con gemidos y clamores amorosos, para que acabase de venir. El profeta Isaías con suspiros del corazon decia: «Rociad, cielos, desde lo alto, y lluevan las nubes al Justo.» El profeta Ageo le llama el deseado de las gentes. El patriarca Jacob le nombra el deseo de los collados eternos. David no se hartaba de pensar en él: decíale, cuando lo consideraba, tiernos y amorosos requiebros; llámale el hermoso entre los hijos de los hombres, el que tiene la gracia derramada en sus labios. Salomon le dice blanco y colorado, escogido entre millares, todo para desear. Al santo Job, en medio de sus trabajos, le fué de consuelo la me-

moria de su Salvador, alegrándose con acordarse de su vista, regocijándose con que habia de ver á Jesús despues de tantos siglos. Abraham tuvo increíble deseo de verle siquiera un dia.

¡Oh alma desagradecida, que gozas lo que aquellos santos desearon! ¿cómo no te deshaces de contento y de amor? Ya por tí nació Jesucristo; por tí padeció; por tí lloró en el pesebre; y en la cruz por tí murió. Ya has visto las finezas de su caridad y experimentádola dentro de tu mismo pecho, entrando en él, á solicitar tu corazon, la hermosura del mundo, la imágen perfectísima del Padre, el gozo de los Serafines y el regocijo de los Angeles. ¡Oh santos Patriarcas! ¿A quién (pregunto) deseasteis ver? ¿al Justo de los justos? Yo el primero de los pecadores le he tenido en mi pecho; yo le he tocado con mis labios y dado ósculo de paz. ¿A quién deseasteis ver? ¿al deseo de las gentes? Ya yo le

he poseido; ya me ha dado amorosos abrazos. ¿A quién deseasteis ver? ¿al deseado de los collados eternos, de los más altos serafines? Ya yo le he visto, abatido por mí á la humillacion de la cruz, arrodillado á los piés de los hombres y del traidor que vendió al Señor del mundo. ¿A quién deseasteis ver? ¿al hermoso entre los hijos de los hombres? ¿al blanco y colorado? ¿al escogido entre millares? Yo le he tenido conmigo; yo no sólo he comido con él, pero le he comido y gustado de su suavidad, y el panal de los ángeles. ¿Cómo no me regocijo más? ¿cómo no se parte mi corazon de gozo, viendo que poseo y abrazo lo que tantos santos desearon sólo mirar?

El primer hombre que reconoció á Jesús, san Juan Bautista, dió saltos de placer en el vientre de su madre, luego que le conoció; y toda la vida le amó tiernísimamente, llamándose amigo del

Esposo: dijo que se regocijaba con gozo de sólo oír su voz; envióle sus discípulos, cumpliendo con grande amor y fidelidad el oficio de precursor, procurando siempre la honra de Jesús; y deshaciéndose á sí, decia, todo abrasado en caridad de Jesús, que se habia cumplido su gozo, que convenia que Jesús creciese y él se disminuyese. Tan de veras amaba á Jesús, que se holgaba con su desprecio, porque Jesús fuese honrado. Y yo miro por mi gusto y honra, habiendo tenido tantas veces, habiendo tocado tantas veces mis labios y dado ósculo de paz á quien san Juan se reconoció indigno de desatar la correa de su zapato.

## CAPÍTULO VII.

**Del amor que tuvieron los Apóstoles á Jesús.**

Ya los Apóstoles experimentaron la mansedumbre y humildad de Jesús, y fueron testigos de sus costumbres y con-

dicion amabilísima y de los excesos de amor que hizo por nosotros; y así confiesa el mismo Señor que le amaron, cuando les dijo: «El Padre os ama, porque vosotros me amais.» La primera vez que les robó el corazón con su presencia y semblante amable, y sus dulces palabras, pudo tanto la afición que le cobraron, que dejaron por él cuanto tenían. Después de muerto, no sólo se gozaban con su memoria, pero con las afrentas que padecían por él, teniendo por suma gloria ser escarnecidos por amor suyo. San Pedro, con gran sinceridad, puso al mismo Jesús por testigo de lo que le amaba. San Pablo, con no haberle tratado familiarmente, todo absorto en amor de Jesús, á cada palabra regalaba sus labios y santificaba sus cartas con su nombre, en las cuales repite el dulce nombre de Jesús más de doscientas y veinte veces; aún, después de cortada la cabeza, le pronunció tres veces. Estaba con

el exceso de su caridad como fuera de su cuerpo, sin vivir en sí, sino en Jesús que vivía en él. Decía que no tenía otra cosa en que gloriarse, sino en la cruz de su Señor, Jesucristo, que no sabía otra cosa sino á Jesús respecto del amor de Jesús: todo lo demás estimaba por horrrura y estiércol, aparejado siempre á morir por él. Afirmó que no había cosa en el mundo que le pudiera apartar de Cristo, ni tribulación, ni hambre, ni pobreza, ni peligro, ni persecucion, ni la muerte. El amor de Jesús le hizo rodear el mundo tantas veces, padecer innumerables trabajos, muchísimas cárceles, azotes, peligros de muerte: cinco veces fué azotado por los judíos; otras veces fué azotado con varas crueles: fué apedreado; padeció tres veces naufragios, estando un dia y una noche en lo profundo del mar, con otros trabajos de hambre, sed, pobreza, desnudez, frios.

Señor, ¿qué hicísteis menos por mí?

¿por qué no os amé yo más? ¿qué gotas de sangre exceptuaste? qué azotes sufristeis que dijeseis que no era por mí? ¿qué afrenta padecisteis por otro fin, que la padeciérais por mi bien? Pues, ¿por qué os tengo yo de amar menos, pues no hiciste por mí menores extremos?

Ni es de poca ternura y ejemplo considerar el amor cordial que la Magdalena y María tuvieron á Jesús: no se apartaba de sus piés la Magdalena; seguíale donde fuese, acompañándole en su muerte y sepultura: cuando buscaba su cuerpo muerto, toda enajenada del amor que tenia á su Maestro hablaba palabras de persona que no estaba en sí; y era porque estaba toda en Jesús.

## CAPÍTULO VIII.

Del amor que tuvieron otros santos á Jesús.

Consideremos los demás santos, y hallarémos que se les salia el corazon é iba

el alma en oyendo nombrar á Jesús llevados del amor que le tenían. San Ignacio mártir le tuvo tan de su pecho y boca, que despues de muerto hallaron en su corazon esculpido su nombre. En la carta que escribió á los cristianos en Roma, dice: «Los fuegos, la cruz, los acometimientos de las fieras, las heridas, el descoyuntamiento de huesos, el cortarme los miembros, la disolucion de todo mi cuerpo, todos los tormentos de los demonios, vengan sobre mí, y se embrazcan, con solo que alcance á Jesús. Más vale morir por Jesús, que imperar hasta los fines de la tierra.» El mismo santo aconsejó á los vecinos de Efeso: «Sin Jesús no queráis ni respirar. Esta es mi esperanza, mi gloria, mis riquezas, que no se pueden acabar. ¡O Rey de gloria! sin tí vivir no quisiera.» Imitó á san Ignacio mártir san Ignacio confesor, en la aficion á Jesús, celando siempre su gloria, haciendo una larga peregrina-

cion con increíbles trabajos, á pié y con suma pobreza hasta Jerusalem, para regalarle con la memoria de los pasos que dió Jesús. No contento una vez con esto, quiso volver otra, si no se lo estorbara el mismo Señor, para que instruyera la religion que dedicó á su nombre, no queriendo para sí la gloria, porque la tuviese su amado Jesús, que le visitó camino de Roma cargado con su cruz, como hizo con san Pedro, prometiéndole el favor que habia de hacer á su Compañía, que ya aceptó por suya. Despues de muerto el mismo santo se ha manifestado á algunas almas santas, trayendo el corazon descubierto, y en él escrito con letras de oro el nombre de Jesús que tanto amó, conformándose los dos santos Ignacios en este testimonio de su caridad, como se conformaron en el fervor de su afecto. El bienaventurado Enrique Suson, abrasado del amor de Jesús, y deseoso de entrañarle mil veces en el

centro de su corazon, sin reparar una vez en el dolor que le habia de costar, tomando un punzon en la mano, dijo á su Amado: « Dame fuerzas y lindeza para cumplir mi deseo, porque dentro de mi corazon te tengo de imprimir. » Diciendo esto comenzó á romper la carne que cubre el corazon por un lado y otro, hasta dejar en ella escrito el santo nombre de Jesús. Corria la sangre con abundancia, bañando todo el pecho, y era para él un grande regalo verla salir, por lo mucho que amaba. Y así lleno de sangre como estaba se entró en la iglesia y puesto de rodillas delante de Jesús crucificado, le dijo: « Ea, Señor, único amor de mi corazon, mirad el deseo de mi espíritu; no puedo escribiros más adentro; Vos, que lo podeis todo, suplid lo que falta; y en lo más profundo de mi corazon estampad vuestro nombre de manera que nunca se pueda borrar y quitar de allí. »

Tambien el fervoroso siervo del Señor, padre Agustin de Espinosa, de la Compañía de Jesús, quiso mostrar ser su fiel soldado y fino amante, con gran demostracion; porque con hierros ardiendo y cardenillo se herró los brazos con la S y clavo, y los pechos con varias formas y caracteres de nombre de Jesús; y de las rodillas abajo tenia tambien con hierros ardiendo la S y clavo, para mostrarse de piés á cabeza esclavo de Jesús.

¿Cuántas vírgenes ha habido que, enamoradas de Jesús, se desposaron con El, guardándole con amor ardentísimo lealtad y fe? Santa Inés, fina amante de Jesús, decia: «Estoy desposada con Aquel á quien sirven los ángeles, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan; á El me he entregado con toda la aficion de mi corazon.» El mismo Jesús enamoró á otra, cuando, convidándola con su amor, la dijo: «Amame á mí, que soy hermoso, bueno, dulce y de generoso pe-

cho.» La bienaventurada Margarita de Cortona tuvo tanto amor á Jesús que por representársele en los pobres la imágen de su Amado, echó á su hijo de su casa, por dar en ella lugar á los pobres. La santa Miquelina por amar más á Cristo, le pidió la muerte de su hijo, por no tener amor á criatura. En algunos aficionados á Jesús, ha prevalecido su amor, contra la naturaleza y vida. Uno que adoraba el lugar donde el Señor de la majestad padeció la humillacion de la cruz, abrasado en su caridad con la memoria de tal beneficio, se le partió allí su corazon; y, oprimido con suspiros de amor, despidió su alma á donde gozase más libremente de su Amado, porque no le cupo en el pecho.

A otra vírgen, esposa de Jesús, la trajo la Vírgen de vírgenes su amado Hijo, y fió de sus brazos. Púsose el niño Jesús á razones con ella, preguntándola si le amaba. Respondió que sí la doncella.

Tornó Jesús á preguntar que cuánto. Ella dijo, como á su mismo cuerpo. Replicó el Señor, preguntándola si le amaba más. La santa doncella, bañada en lágrimas, respondió que le amaba como á su corazon. Díjole el niño y grande amador nuestro: «Y ¿no más que á tu corazon?» «Eso, Señor, (respondió la dichosa vírgen) dígalo el mismo corazon.» Apenas dijo estas palabras, cuando el pecho y el corazon se le abrió, dando su espíritu encendido en amor á Jesús, su Esposo, llevándole el mismo Señor y su Madre al cielo, cantando los Angeles suavísimamente. Al ruido de la música acudió la gente de su casa, y hallaron el corazon de la bienaventurada doncella que estaba abierto, y al rededor escrito con letras de oro: «Ámote, Señor, más que á mí, porque me criaste y me redimiste, y en dote y arras me has dado tus soberanos dones.» Yo me confieso, buen Jesús, por más deudor de vuestro amor:

¿cómo se me sufre el corazón en el pecho? y ¿cómo sufro en el corazón afición que no sea de Vos, de vuestra bondad, beneficencia, liberalidad, paciencia, afebilidad, hermosura y grandeza?

## CAPÍTULO IX.

**De los títulos que hay para amar á Jesús.**

Obren en nosotros algun cariño y afecto amoroso á Jesús la autoridad y ejemplo del Padre de las lumbres, la ternura de la Madre de misericordias, María, la devocion y ley de los Angeles, la afición de los Apóstoles y demás santos, que con todas las ánsias de su corazón suspiraban por Jesús, llenos todos de su amor y devocion; y, si no nos mueve todo esto, fuérenos la razon, sus beneficios, su amor, y su hermosura. Consideremos los títulos por los cuales debemos á Cristo todo

el amor de nuestra alma. Uno, es el menor, el bien que nos ha hecho; otro es lo mucho que nos ama; el tercero es fertilísimo, que es su bondad y excelencia, por ser El tal, que merece ser amado sin otro respeto, por su perfeccion y hermosura interior y exterior. Sobran títulos y sobran deudas de amor donde á una sola no podemos satisfacer. Tal sois, Señor de la gloria y hermosura de los Angeles, que aunque ni nos amarais, ni hubiéramos recibido de vuestra mano beneficio alguno, os deberíamos amar más que nuestra vida; y tanto nos amais y tanto bien nos habeis hecho; que, aunque no fuerais tal sino la vileza y oprobio de las criaturas, os deberíamos amar más que lo precioso del mundo ; pues, ¿ cómo os podemos amar bastantemente, siendo tan digno de amor y el hermoso entre los hijos de los hombres y amándonos tanto y haciéndonos tanto bien?

Dejando tambien aparte la persona de

Jesús, su bondad, y piedad, su afabilidad, su mansedumbre, su humildad y todo lo que por sí merece ser amado de mil mundos, aunque estuviesen llenos de tantas jerarquías de serafines, como arenas hay en el mar y átomos en el aire, por solo el bien que nos ha hecho, aunque no nos tuviera afición alguna, debiéramos morirnos de amor agradeciéndole sus misericordias. Por otra parte, tanta es su misericordia, que, aunque no nos hubiera redimido, ni hecho beneficio alguno, (si se puede compadecer, amar sin hacer bien) por sólo lo que nos ama debía ser amado. ¡Ó Señor, y de cuántas maneras sois amable y todo para desear! Al menor beneficio vuestro no puedo igualar con el mayor amor de los espíritus soberanos: ¿cómo satisfaré á vuestro amor, y luego á vuestro sér y grandeza? ¿cuando fuí digno de que me miraseis á la cara, ni que os acordarais de mí? pues ¿qué quiere decir que así

me ameis, y así me hayais obligado con vuestros favores?

Por ser Hijo de Dios se debía sufrir alguna cosa á Jesús, y llevar de El toda injuria callando, y en paciencia disimular cualquier desvío ó agravio, si le pudiera hacer. Por otra parte, por haber puesto la vida por nosotros le debíamos entrañable amor, aunque fuera nuestro inferior y un esclavo nuestro; ¿qué le deberemos siendo Hijo de Dios, nuestro legítimo Señor y la dulzura y apacibilidad del mundo, y habiendo dado su vida por nuestro amor y obligado con tan no esperados beneficios? Tras todo esto le tratamos los hombres como si no nos hubiera hecho bien, y, lo que es más ingratitud, como si nos hubiera hecho los mayores males del mundo, y sido nuestro capital enemigo, despreciándole como si fuera la vileza y afrenta de nuestra naturaleza. ¿Qué más se pudiera uno vengar de su mayor enemigo que hacer lo

que más le disgusta? ¿qué más se pudiera despreciar un hombre que estuviera atado por loco, que no hacer caso de sus dichos y promesas, antes hacer todo lo contrario y reirse de los que hiciesen peso de sus palabras? Verdaderamente no trata mejor el mundo al Hijo de Dios, sabiduría eterna, que le trató Herodes, teniéndole por loco y necio. No hacemos caso de la doctrina y vida de Jesús, que es toda para nuestra enseñanza, estimando tan poco sus consejos, que hacemos lo contrario; como si nos los hubiese dado un enemigo ó un hombre sin juicio. Volvamos, pues, en nosotros; y miremos á Jesus á la cara, y conozcamos quién es. Mirémosle á su Corazon; y creamos su amor, y que es nuestro verdadero y leal amigo. Mirémosle á las manos; y agradezcamos lo que hizo por nosotros, y sus beneficios infinitos. Abramos los ojos; y hagamos concepto y justo aprecio de quien es Jesucristo y de su

amor y merecimiento. No hay cosa más eficaz para quitar pecados y asentar virtudes, ni de más consuelo para un alma; y es lo que está tan olvidado ó poco entendido entre sus redimidos. Al santo fray Juan de Albornia se le apareció Cristo en forma tan vil, y despreciada, y sin honra, que no podia imaginar el entendimiento humano cosa más abatida. Viéndole así el siervo de Dios le dijo: «¡Ó Señor, Dios mio! ¿por qué estás tan menospreciado y abatido?» Respondió el Señor: «Por que veas en el concepto y bajeza que soy tenido de los hombres.» A la milagrosa vírgen Catalina de Raconisio se le mostró la iglesia toda enlutada; y le reveló la Vírgen que era por la poca estima que se hacia de la sangre de Jesucristo. ¿Dónde está nuestro agradecimiento? ¿dónde está nuestra ley y respeto? ¿dónde está nuestro seso, que no queremos estimar y entender esto? ¿dónde está nuestra curiosi-

dad? Queremos saber las fábulas y devaneos de ociosos; y no queremos penetrar esta verdad, que es la sabiduría de Dios. Queremos saber quiénes fueron los capitanes antiguos más señalados, los escritores más famosos; y no queremos gastar un rato en entender quién es nuestro Redentor y sus obras y sus dichos. El oficio de cristiano ha de ser entender en esto, y formar estima de su Salvador, preciándose de apreciar á Jesús sobre los haberes del mundo.

## CAPÍTULO X.

**Que debe ser amado Jesús por los males de que nos sacó.**

Debe ser querido y amado entrañablemente Jesús por sus beneficios; mas no podemos conocer los bienes que hemos recibido de El, si no sabemos los males en que habíamos caído. Despeñados

estábamos en el infierno, compañeros de Lucifer, comprendidos en la misma sentencia de perdición. Y no era este mayor mal: mucho más era, y más grande miseria, la culpa perpétua á que estábamos condenados; aquella afrenta de toda nuestra naturaleza; aquel sambenito y oprobio de nuestro linaje; aquella horribilidad y asco de nuestro pecado: porque más tremenda y horrible es en sí la más pequeña culpa de esta vida, que la más inmensa pena de la otra. Estábamos aborrecidos del cielo; enemigos capitales del Dios de la paz, que ni mirarnos á la cara podía; despreciados de los Angeles; sujetos á un vil cautiverio del demonio, que con cruelísima tiranía nos tenia oprimidos; tras todo esto sin esperanza de remedio, el negocio totalmente desesperado: porque, aunque se juntasen todas las fuerzas del mundo, y se consumiesen en holocaustos todos los animales, y se desangrasen en penitencias todos los hom-

bres, y los espíritus del cielo tomasen carne humana, para morir mil veces en satisfaccion de un pecado venial; aunque fuera cada uno más santo y de más gracia que ahora tienen todos juntos, no hicieran satisfaccion condigna; ni nos podian favorecer ni librar del más pequeño mal, ni dar la gota de agua que pidió Abrahan á aquel rico miserable. Sólo la poderosa é inexplicable caridad y suma santidad de Jesús, por la reverencia que le tuvo la justicia divina, fué la que nos pudo dar la mano, y nos dió la limosna, libertad, vida, honra y todo bien: no hubo otra puerta abierta para nuestro remedio sino Jesús; cuyas piadosas entrañas se enternecieron con infinita compasion de nuestros males. El solo levantó nuestra naturaleza del más abatido sér de miserias y afrentas: El nos sacó del infierno; El borró la afrenta de nuestro linaje; El hizo pedazos nuestro sambenito; El rompió las cadenas de nuestra

cautividad, él sujetó á nuestros piés nuestro tirano Lucifer; Él nos reconcilió é hizo amigos de los Ángeles; Él nos hizo queridos de Dios é hijos suyos: ¿dónde estábamos sin Cristo Jesús? En tinieblas y calabozos, Él nos sacó á la luz y levantó sobre las estrellas. ¿Qué éramos sin Cristo Jesús? fealdad, horrura, miseria. Él nos hermoseó é hizo agradables á Dios y tan hermosos como los Ángeles. ¿Qué honra teníamos sin Cristo Jesús? todo éramos ignorancia é infamia. Él nos levantó á su gloria é hizo preciosos y estimados del Padre; Él nos libró de todo los males; Él nos hizo todos los bienes. Todo lo debemos á Cristo Jesús, toda nuestra dicha, nuestra libertad, nuestra vida. ¿Acaso es tan poco esto que no merezca agradecimiento y todo nuestro amor? Miremos, pues, á Cristo Jesús como libertador y bienhechor nuestro. Á un esclavo y á un moro que nos hubiera librado de un peligro grande, aun

sin querer y sin trabajo suyo, le quedaríamos agradecidos; pues: ¿por qué por habernos librado el Rey de la gloria de todos los males no le hemos de agradecer nada, habiéndolo hecho con tanta voluntad y tan á costa suya? Á los brutos y fieras han sido tan agradecidos los hombres por algunos males, de los cuales por su ocasion salieron, que no sabiendo qué hacerse, los adoraron por dioses. Los romanos adoraron con culto divino á aquellas aves, por cuyo graznido no fué entrada su ciudad de los enemigos. Otros adoraron una leona, porque acaso mató al tirano que los afligia. ¡Ó Salvador y Dios mio! ¿Qué reconocimiento os deberemos, pues nos librasteis de la tiranía del demonio, de la muerte; del infierno y de la culpa? reconoceros por Dios y amaros con toda mi alma no es paga, porque eso se debe á vuestro sér, sin más obras ni beneficios: pues ¿como en agradecimiento de lo que por

mí habeis hecho, aún no hago lo que sin nada de eso os debo?

Si estando un hombre con la soga en la garganta para ser ajusticiado afrentosamente, llegase la parte por cuyo agravio le condenaron justísimamente, y no sólo le perdonase, sino que, á peso de oro y costa de su sangre, ofreciendo su vida por la del malhechor, le rescata-se y despues le diese toda su hacienda: ¿qué género de deudas seria ésta? ¿qué agradecimiento tendria aquel hombre viéndose libre de aquel trance, y una mudanza de una fortuna tan nunca vista! ¡Ó estupenda misericordia é inopinable caridad de Jesús! ¿Qué tiene que ver esto con lo que el Hijo del Altísimo hizo por nosotros, librándonos de la muerte eterna, muriendo Dios porque no muriera el traidor y fementido que le ofendió?

Advirtamos de lo que nos hemos librado por Jesús, y ya vueltos en noso-

tros mismos, nos pasmaremos para que nos deshagamos en agradecimiento y amor suyo. Uno que de noche pasó por un paso peligroso sin conocerle, despues que le ve de dia queda espantado. Abramos los ojos y con luz de fe miremos de dónde salimos, de dónde fuimos levantados por Cristo. Miremos aquella hondura y despeñadero; y nos estremeceremos. Algunos que de una alta torre ponen los ojos en lo bajo, se estremecen. Consideremos vivamente desde el cielo, á donde nos levantó Jesús, la profundidad del infierno, donde nos despeñó Adan; y se estremecerán nuestras carnes y todas las potencias de nuestra alma, para que así conozcamos el abatimiento de donde nos sacó nuestro Salvador, que es mucho más de lo que hay desde el último cielo hasta el corazon del infierno. Los elefantes cuando caen en alguna hoyo, y un hombre los saca de allí, le quedan tan reconocidos que le

sirven por toda la vida fidelísimamente sin perdonar trabajo. ¿En qué ley cabe que no hagamos nosotros con Dios lo que una fiera hace con nosotros?

## CAPÍTULO XI.

**Cuánto debe ser amado Jesús por los bienes que nos hizo.**

El estado á que nos levantó Cristo no fué menor que la profundidad de miserias de donde nos sacó. Consideremos, no sólo nuestros males y miserable condicion, de que nos libertó Jesús, sino tambien los bienes y felicísimo estado á que nos ensalzó. Sobrado bien nos habia hecho para deshacernos en su amor, con sólo librarnos de tan grandes males; pero fuera de eso nos ha hecho tales bienes, que aunque no hubiéramos tenido mal ninguno, son inestimables sus beneficios. Y no sólo, si no hubiéramos tenido

males, pero aunque hubiéramos tenido todos los bienes del mundo, respecto de los que tenemos por Cristo todo otro bien se puede contar por mal. Hízonos compañeros de los Angeles, hijos de Dios y herederos de su gloria y reino. Dicha es ésta que, sin haber precedido mal, es inestimable: ¿qué será si se compara esa alteza de felicidad á que llegamos, con el profundo de miserias de que salimos? Un preso condenado á muerte en una mazmorra no aspiraria á mayor felicidad que á salir libre y poder ver la luz del sol; y si le dieran nuevas de repente de su libertad, no las creyera de puro gozo. ¿Qué haria si, estando en aquellas tinieblas en las entrañas de la tierra, esperando por instantes el verdugo para efectuar en él una sentencia de cruelísima muerte, entrase el príncipe hijo heredero del rey, y tomándole por la mano le sacase y diese libertad, y, fuera de eso, le diera igual derecho

que él tenía al reino, admitiéndole por compañero de su corona, haciéndole heredero juntamente consigo de su imperio y patrimonio! Más es lo que Cristo hace por nosotros levantándonos de los infiernos, y, lo que es mil veces más, de la culpa, á ser hijos queridos del Altísimo, real y verdaderamente prohijados de Dios, herederos suyos, y juntamente herederos con Jesús de su mismo reino. ¡O bondad y misericordia! ¡ó condicion generosa y amable de Jesús, que con tanta humildad, y tan sin envidia nos levanta á ser compañeros suyos los que éramos no sólo compañeros sino esclavos del demonio! ¿Acaso no es bien este? Pues ¿por qué no se le debe agradecer con amor, ya que con obra no podemos? Si un príncipe de la tierra hubiese hecho una sombra de lo que con nosotros hizo Jesús, no supiéramos que hacernos: ¿por qué ha de ser de peor condicion un beneficio por haberlo hecho el Hijo de

Dios? No estima su humanidad ni estima á Dios, quien no ama entrañablemente á Jesús.

Consideremos más, que el levantarnos á esta dignidad fué humillándose y como despojándose Él de la suya, vistiéndonos de gracia y de la rica púrpura que tiñó con su sangre, para que pareciésemos con la cara descubierta delante de su Padre y como hijos de Dios, enriqueciéndonos, y dándonos sus propios merecimientos, y vistiéndose Él de nuestra ignominia tomando sobre sí nuestros pecados. ¿Qué bien y misericordia se puede comparar con ésta? Admiró á los Angeles la caridad de san Martin, que dió la mitad de su capa á un necesitado y la del santo P. Francisco Lopez, de nuestra Compañía, que despues de repartido entre los pobres su manteo y sotana y el demás vestido, quedándose solo por decencia con la camisa, en otra ocasion que se le ofreció de misericordia, no te-

niendo ya qué dar, la dió quedándose él desnudo: ¿por qué nos hemos de olvidar de la limosna que nos hizo Cristo, que nos vistió tan ricamente cuando estábamos desnudos y por puertas? ¡Cuán heroico y fervoroso acto hizo san Ignacio nuestro Padre, cuando trocó sus vestidos costosos por los de un asqueroso mendigo! ¿Qué tiene que ver esto con la limosna y fervor de Jesús, que trueca con nosotros su traje, tomando nuestros pecados para pagar con ellos, y dándonos sus merecimientos para representarlos al Padre? Consideremos este bien, y esta gran limosna de Jesús; penetremos qué es ser nuestros unos merecimientos de un Hombre Dios de valor infinito, por los cuales se nos da la gracia que intrínsecamente hermosea al alma, y la hace agradable al Altísimo.

---

## CAPÍTULO XII.

**Que todo bien nos viene por Jesús.**

Miremos á Jesús con buenos ojos, como á libertador y bienhechor de nuestro linaje; que no habrá corazón que no cultive la humanidad y benignidad de nuestro Salvador. David se llevó los ojos de todo Israel, por sólo que le libró de las afrentas que le hacia Goliat. Judit ganó la afición de todo el pueblo, porque le libró del temor que tenían á Olofernes. Á Vos, Señor, honra y gloria no sólo de Jerusalem, sino de todo el linaje humano, ¿por qué no nos aficionamos? ¿Vos no nos librasteis, no de las afrentas ó amenazas de un hombre, sino de las ignominias é intolerable tiranía del pecado? ¿Cuán agradecido estuvo José á su amo Putifar, sólo porque no le trataba como á esclavo! ¿Cuánto lo debemos es-

tar á Jesús, pues nos trató como á compañeros y nos hizo hijos de Dios! Á cualquier hombre, por vil y de baja condición que sea, si hace algo por nosotros, nos damos por obligados y miramos con buen rostro. Al criado de Abrahan, por solo una dádiva de unos zarcillos y otras niñerías, fué tan agradecido Laban de obra y de palabra, que no sabia que hacerse con él: salióle á recibir como si fuera su señor, bendiciéndole y ofreciéndole su casa. Pues al Señor de la majestad, por habernos hecho tantos bienes, ¿por qué no le hemos de ofrecer nuestro corazon, y restituir algo al que nos lo da todo? Con estos ojos hemos de mirar á Jesús, que cuanto bien nos acontece por Él nos viene, y á Él le debemos: cuánto bien verdadero nos hacen los hombres, la Vírgen, el mismo Dios, deuda es de Cristo Jesús, por su amor y reverencia lo hacen: Él nos lo mereció con su sangre. Tan imposible es alcanzar algun

bien y hacer que nos mire el Padre eterno, sin ser por los servicios y merecimientos de Cristo Jesús, como que los ojos vean sin luz. Por eso dijo de Jesús, cuando niño, el santo Simeon, que era la luz para descubrir las gentes: sin luz nada se ve: no hay nada hermoso sin Cristo: no hay hombre, sin Jesús, que parezca bien á Dios: Jesús es la hermosura de todos, el autor de toda nuestra dicha y el que merece nuestro corazón entero.

Considérese que fuera todo este mundo sin sol. Mucha mayor oscuridad y horrura serian todos los Santos sin Jesus. Sin este Salvador todos hubieran perecido. ¡Cómo estimarian los hombres del mundo una cosa, si en ella solamente tuvieran toda su hacienda, el vestido, la comida, la casa, su recreacion, su salud, su honra! ¡con qué cuidado la guardarían y mirarian por ella! ¡Cuánta más estima debemos tener de Cristo, pues de Él sólo

y en Él solo tenemos todo bien! Lo que es raro y único se tiene en mayor precio; y el que tuviese sólo una cosa la estimaria y amaria más. ¿Qué sería si no tuviese sino una cosa, y en ella tuviese todas las demás? ¡Cómo debemos estimar á Jesús, porque á este solo bien tenemos, y en él tenemos, y por él, todos los demás bienes! Aquel pobre que propuso el profeta Natan á David, que no tenia sino una ovejilla pequeña por sólo su hacienda, la queria tanto, que la criaba con sus hijos, y se quitaba el bocado de pan de su boca para dárselo, y la daba de beber de su misma taza, y la acostaba en su seno, y la tenia como hija. ¿Qué otra hacienda tenemos sino al Cordero de Dios Cristo Jesús, único bien nuestro? Éste descanse en nuestro corazon, habite en nuestro pecho: tengámosle por hermano: de noche y de dia no se aparte de nosotros y de nuestra memoria y corazon.

### CAPÍTULO XIII.

**Por el ardiente amor que nos tiene Jesús debe ser amado.**

Inestimables son los beneficios que de Cristo hemos recibido, con todo eso, son el menor título que tenemos para amarle: más le debemos porque nos quiere bien, que por el bien que nos hizo: más en su amor que lo que ha hecho, con ser tan innumerables y sin tasa ni medida sus beneficios, porque le sobra caridad para mucho más. Está el dulce Corazon de Jesús abrasado en amor de los hombres teniendo con ellos su contento y delicias. ¿Qué más pudiera haber hecho si le fuera en ello su salvacion, que lo que ha hecho por la mia? Con todo eso hiciera más, y no sólo subiria por mí otra vez á la cruz, pero mil veces cada dia si fuera menester. El mismo Señor dijo á santa

Brígida. «Tan incomprensible y tan intensa caridad vive ahora en mi pecho, como en el tiempo de la Pasion, cuando, muriendo con excesivo amor, libré del infierno á todos mis escogidos, que fueron dignos de esta redencion y libertad; porque si ahora fuera posible que yo muriera tantas veces como ánimas hay en el infierno, de manera que por cada una sufriera como por todas, aún está aparejado mi cuerpo para padecer todo eso de muy buena gana y con perfecta caridad.» Aunque estas son palabras de Jesús no queda declarada bastantemente la caridad de su Corazon, con que tan de balde nos amó tan á costa suya.

El hacernos bien convino á su grandeza; pero para amar así, ¿quién le obligó? Exagérase por grande el amor de Jacob porque sirvió catorce años por Raquel: ¿qué tiene que ver esta aficion con la de Cristo, que se hizo siervo por mí treinta y tres años no sirviendo por interés

como Jacob; pero padeciendo, no sólo de balde, sino por aquellos que le maltrataban, en pago de los beneficios que les habia hecho, deseando con deseos fervorosos, por toda su vida, que llegase el último dia de ella, en que habia de engolfarse en las terribles ondas de su Pasion, donde la presencia de los tormentos no le hicieron desmayar en mi amor, antes entonces pareció más fervoroso, porque con clamores y lágrimas en los ojos pidió al Padre mi salvacion? ¡Qué ánsias, qué deseos tuvo de mi bien, pues le hicieron saltar las lágrimas y llorar por mí! El amor que tuvo Jesús á Lázaro coligieron los fariseos de verle llorar. No fué amante menos fino para conmigo, pues tambien vertió lágrimas cuando orando en la cruz por mí le faltaba sangre que derramar. ¡Qué mayores testigos del amor de Jesús queremos, que su sudor en trabajosos caminos, su sangre en crueles tormentos, sus lágrimas en sus fervorosas oraciones?

Tuvo el santo Job por alivio de sus desdichas saber que su Redentor vivía. ¡Cuán grande gozo nos debe dar ver que así nos ama! ¡con qué regocijo de mi alma me consuelo, no sólo con saber que mi Redentor vive, sino que murió por mí, y lloró por mí, y me amó más que á su vida! Más ama Cristo á un alma, su esposa, que todos los bienaventurados juntos aman á la santísima Trinidad. Santa Catalina de Sena amaba tanto á Dios, que de puro amor expiró una vez y estuvo cuatro horas muerta: pues si tan grande es el amor de una mujer sola, y en este valle de lágrimas, ¿cuál será el amor de todos los Santos juntos, y allá en la gloria? Con todo eso, toda esta grandeza de caridad no tiene comparacion con el amor que tiene Dios á un alma; y en cuanto hombre, si la complexion de Cristo no fuese tan excelente y libre de enfermedades, y dejara el apetito sensitivo, con toda la fuerza

del afecto que se causaria del ardor de su voluntad, muriera muy temprano, y siendo niño, nuestro amador Jesús, acabado de la caridad que ardia en su pecho, si no fuese conservada su vida milagrosamente. Si de solo amor mio expirara este Señor de los Angeles, de la manera que la Vírgen, su Madre, murió de amor suyo, ¿qué excusa podria tener yo de no amarle? ¡Cuánta menos tengo ahora pues le debo el mismo amor, y esto más de haber guardado su vida, para perderla por mí con muerte tan dolorosa! Lo natural es que se ame y se agradezca la voluntad de quien bien quiere; y el verse amado cautiva los corazones. Pues si no es fábula, sino que Cristo nos ama tan entrañablemente, y más que á su vida, ¿por qué no harémos caso de su amor? ¿y más del tal amor? Estimamos en mucho si habla bien de nosotros cualquier hombre, por infame que sea; y á un perro que no se aparte

de nosotros y nos tenga cariño, le cobramos afición: ¿por qué no la tenemos entrañable con aquel Señor del cielo, cabeza de los predestinados, amartelado nuestro, que, no sólo con palabras, sino con obras, se esmeró en mostrar lo mucho que nos ama? Hermanos suyos nos dice, amigos suyos nos llama el que es la Verdad eterna y el Unigénito de Dios. Las riquezas y toda la felicidad ponian algunas naciones en tener amigos fieles. ¡Ó dicha nuestra, que tenemos á Jesús por amigo! Miremos como se nos va el alma tras lo que amamos del mundo; miremos como confiamos en nuestros amigos; miremos á lo que nos damos obligados por ellos, por guardar las leyes del amor; y prácticamente hagamos lo mismo con Cristo Jesús. El corazon, el alma, el pensamiento, la memoria se nos vayan tras Él; seámosle leales; no hagamos con Jesús (que nos ama sin medida) lo que no hiciéramos con el hom-

bre de más baja suerte si nos amara un poco. Confiemos mucho de Jesús, pues de ningun amigo tenemos más seguridad y satisfaccion; ninguno con más continuacion, con más dulzura, con más fidelidad nos ha cargado de obligaciones y mercedes; ninguno con más cuidado y desvelo: que ni nosotros mismos nos queremos de la manera que Él nos quiere, aunque nuestro amor propio fuera infinito. ¿Quién ha hecho más por las almas? ¿quién ha padecido más? ¿quién las ha hecho más caricias? ¡Oh, cuántos regalos de Jesús reciben las almas puras! No se puede contener su amor sin manifestarse con no pensados favores. ¿Qué mayor que cuando, arrebatado de su ardiente afecto, vino como tierno amante á dar un ósculo de paz amoroso al santo hermano Alonso Rodriguez, de nuestra Compañía, para sosegarle de un escrúpulo? Fué argumento de gran caridad que diese san Juan Columbino un ósculo á

un leproso, que era Cristo disimulado. ¿Qué tiene que ver esto con poner Jesús sus labios en los de una criatura de suyo pecadora?

#### CAPÍTULO XIV.

**Que debemos amar á Jesús por lo que padeció por nosotros.**

Allégase á esto, que el amor del enamorado de los hombres, Jesús, no fué estéril, sino probado con beneficios y padeciendo innumerables males. ¡Qué poco le costó á Absalon solicitar y ganar los corazones de los hombres! Con sólo buenas palabras, sin más amor ni obras les cautivó para que arriesgasen su vida por hacerle rey. ¡Y que á Jesús no le baste su hermosura, sus obras, sus beneficios, sus trabajos y su amor para ganar el mio! y esto no para provecho suyo,

sino para mi bien y mi dicha. Sobrado era para estar abrasados en amor suyo los bienes que nos ha hecho, aunque fueran sin amor. Pero quiso acabar de conquistar toda nuestra voluntad y ganar todo nuestro corazon con ocupar el suyo con amor de los hombres. Sobraba este amor para que le respondiésemos; más no se contentó sin acabar de cargarnos de obligaciones, encomendándonos más su caridad con tantos trabajos y dolores. La piedra de toque del amor es el padecer. ¡Ó miembros delicadísimos de Jesús, cuán auténticos testimonios sois de su caridad! escrito está en todos su amor con la sangre de sus venas. ¿Qué es esto, Señor? ¿qué os debo vuestra sangre? ¿qué os soy en cargo vuestra vida? ¿Qué amor de abrasados serafines me podría desempeñar? ¡Ó alma mia! ensancha y extiende todos tus afectos y deseos, porque tu amor solo no basta. ¡Oh, quién solo valiera por cuantas cria-

turas hay, ha habido y habrá en el mundo! ¡oh, si fuesen cada una ejércitos de millones de serafines, y mi amor valiera por la caridad de todos! ¡oh, quién valiera solo por todas las criaturas que son posibles y puede criar la omnipotencia divina! Si tuviera el amor de todos, fuera nada y cosa ridícula intentar pagar por él una gota de sangre de Jesús. ¿Para qué, Señor, sois tan liberal de ella? ¿para qué perdeis vuestra vida? Bastaba para amaros más que á mi vida, el menor mal de que me librasteis, el menor bien que me hicisteis, el menor amor que me mostrasteis: ¿qué puedo hacer ahora con lo que por mí padecisteis? y no tormentos como quiera, sino los mayores que ha padecido malhechor. Con una partecita de ellos que sentia santa Osana, estuvo tres dias tenuta por muerta; santa Coleta, porque se le mostró Cristo dolorido, con sólo pensar como estuvo, se desmayaba, trashijándose y mudando

colores, con ser personas de increíble fortaleza de ánimo. ¿Qué haría quien lo padecía, y más todo junto, y siendo de mucho más sentida complexion? Y si miramos el dolor del Corazon de Jesús, por mis pecados y las ofensas que los hombres habian hecho y hacemos á su Padre, mayor fué que cuanto han padecido todos los mártires juntos. La santa Ángela de Fulgino, dice que fué su dolor infinito. Lo cierto es que así como es imposible llegar á comprender la caridad que ardía en el Corazon de Jesús, tampoco se puede hacer concepto de esta su pena y sentimiento, porque su dolor fué al paso de su amor.

Si un hombre vil, por librarnos de la muerte, hubiera perdido un solo dedo, aunque fuera acaso, y lo llevara con impaciencia, le quedaríamos agradecidos por toda la vida; pues, ¿por qué merecerá menos el Hijo de Dios por haber hecho tanto más, por haber perdido su vida, y

por haberlo hecho con entrañable amor? Cuando los hombres hacian aquel pecado de sacrificar al Hijo de Dios, por el cual merecian que destruyese la Justicia divina á toda nuestra naturaleza, estaba Jesús amándolos, y ofreciendo sus mismos tormentos por aquellos que eran causa de ellos, rogando con lágrimas, llantos y clamores al Padre perdonase al mundo, mitigando su enojo tan justo, por el cual quizá tornará segunda vez á condenar nuestro linaje, segun dijo Santa Ángela, si no viera el amor que Jesús nos tenia, y le aplacara con oraciones. Este amor de Jesús, actual y presente en su Pasion y de sus enemigos mismos, es una circunstancia que nos ha de obligar más á agradecerle lo que sufrió por nosotros.

Admiráronse los gentiles de la fineza de dos amigos, que uno quiso morir por otro. ¿Qué mayor extremo que lo que Jesús hizo por mí, padeciendo y muriendo por quien fué su enemigo, por el ho-

rror y vileza del mundo? ¿Qué beneficio habeis recibido de mí, Rey del universo, que así os obligase á sufrir tanto por mi respeto? Si hubierais recibido de mí el ser Dios, ¿qué pudierais hacer, en agradecimiento y paga de tan grande beneficio, más de lo que habeis hecho por perdonarme mi desvergüenza, con que pretendí quitaros el sér divino con mis pecados, poniendo mi amor y corazon en otro fin, teniendo por Dios mi gusto y mi voluntad?

Sobre todo lo que padeció Jesús, se ha de considerar la voluntad y gusto con que padeció, que llegó á hacer suaves muchas cosas, de suyo muy penosas á todos. No le debemos menos por las cosas que le hizo gustosas su amor, siendo de suyo pesadas, que por las que quiso que le diesen mucha pena, bebiendo puro el cáliz de las amarguras, para mostrarnos en esto cuánta era su caridad, por que no es desigual fineza de uno que

ama, querer padecer mucho por amor y sentir la molestia suave del amor. Tanta fué la voluntad que nos tuvo Jesús, que, haciendo en los hombres continuos milagros para sacarlos de sus penas y trabajos, en si los hizo para poder penar y padecer, y no milagros como quiera, si no tan grandes como juntar alma bienaventurada con cuerpo pasible y mortal.

No solamente se debe considerar la voluntad de Cristo en lo que padeció por violencia de los hombres, sino en las penas que por sí mismo tomó, que algunas eran mortales y le pudieran matar si fuera hombre puro. ¿Qué hombre pudiera llevar ayunar sin comer bocado cuarenta dias, y sufrir el hambre que al cabo de ellos tuvo este Señor? Tambien en los tormentos de su Pasion se ayudó de su virtud divina para sustentar su vida; porque, mucho antes que llegara á ser crucificado, hubiera ya muerto, si milagrosamente no se hubiera ayudado.

¡Ó amador de los hombres, Jesús!  
¡Qué finezas son estas, que os aprove-  
chais de vuestra Divinidad para poder  
padecer más por mí, y esta misma Di-  
vinidad encubris para el mismo fin, por-  
que no la tuviesen respeto los que os  
afligian y atormentaban? ¿con qué os  
podré agradecer estos extremos con que  
me amasteis, teniéndome en todas vues-  
tras penas presente, ofreciéndolas por  
cada una de mis necesidades y culpas,  
como si no hubiese otra necesidad por  
quien ofrecerlas, ni otra alma de quien  
fueseis, sino mio? Bien puedo decir con  
vuestro apóstol Tomás: Dios mio, Señor  
mio y amor mio, suplícoos por todas  
vuestras pasiones y dolores, que yo sea  
todo vuestro.

---

## CAPÍTULO XV.

**Cuánto debemos amar á Jesús por lo que deseó padecer por nuestros males.**

Lleno estaba el piadoso Corazon de Jesús, tras todo lo que sufrió por nuestra causa, de deseos y ánsias de padecer más. De suerte que le debemos, no sólo lo que padeció por nosotros, sino, como si fuera ello poco, lo que deseó padecer, que fué más especialmente cuanto nosotros padecemos. No se contentó con sólo sentir nuestros males en su Corazon, y, como dice Isaías, llevar nuestras enfermedades y cargar sobre sí nuestros dolores, sino que deseó con experiencia sentir cuantos dolores, enfermedades y penas han padecido los hombres, principalmente sus escogidos. De dos maneras afligieron al tierno y amoroso Corazon de Jesús nuestras aflicciones y miserias:

una era con una tierna compasion de que las padecíamos nosotros, otra porque no las padecia él, afligiéndose porque no estaba más afligido por nosotros; como el mismo Señor se quejó de la dilacion de sus tormentos cuando dijo, que deseaba verse cubierto en un baño y corriente caudalosa de aflicciones, y que se le apretaba el Corazon de congoja hasta verlo cumplir. ¿Qué fineza y qué extremo mayor de amor se puede imaginar? Demos que no hubiera Jesús padecido nada por nosotros: esta buena voluntad, esta ánsia de padecer, ¿con qué se podia pagar? ¡Oh, cuánta deuda es deber á Dios su sangre y su vida! ¿Qué será deberle tantas vidas á su deseo y ánimo? Tantas veces muriera, cuantas sus escogidos fueron afligidos, y mucho más, cuantas pecaron. Si fuera menester, para merecernos gracia volver á morir, cuantas veces pudieron pecar, aunque fuese venialmente, todas esas

muriera por nuestro bien y la gloria del Padre. No es mucho que así despreciase su vida, porque se moría (bien se puede decir así) de amor por nosotros. ¿Qué comparacion hay de la caridad de una criatura pura á la de Jesús? Mírese las ánsias que tuvo santa Cristina de padecer por los hombres; á quien dió Dios privilegio, que los tormentos no la consumiesen, sino que sólo la afligiesen. Metíase en hornos encendidos, en calderas de agua hirviendo, en los rios helados; revolcábase sobre espinos; padecía el tormento dolorosísimo de la rueda, descoyuntando sus miembros; no perdonaba género de martirio, por la caridad que ardia en su pecho. Tampoco se hartaba santa Coleta de los tormentos que padecía, unas veces asada como san Lorenzo, otras atormentada como san Vicente, otras crucificada como Cristo, otras desollada como san Bartolomé. Pues si en unas mujeres cupieron tantas

ánsias de padecer, ¿qué deseos tendria aquel pecho de Jesús, aquel piélago de amor? Para todos estos tormentos y muchos más estaba dispuesto su Corazon.

¡O dicha nuestra, ser con tal extremo amados de Jesús! Si los Apóstoles tenían por honra ser presos por Cristo, y san Pablo por título muy glorioso se llama preso de Jesucristo, teniendo en el cuerpo cadenas de hierro, ¿qué será tener al mismo Cristo preso de amor? Si padecer por Cristo es muy honroso ¿qué será que Cristo haya padecido por mí y deseado padecer más?

Si sabemos de un hombre que nos tiene buena voluntad aunque no nos haga bien alguno, le amamos: ¿qué menos merecerá Cristo? ¿qué mal nos ha hecho Cristo para que de tantos beneficios y tanto amor y tan buena voluntad y ardientes deseos, no sólo de hacer más por nosotros, sino de padecer, no le paguemos el amor que nos pide como por

premio de sus buenas obras, trabajos y deseos? Si le miramos exteriormente, hallarémosle una vez enclavado en la cruz, que, vertiendo sangre, nos está pidiendo nuestro amor, por su muerte y Pasion; pero si miramos lo escondido de su Corazon, hallarémosle infinitas veces crucificado, ofreciéndose mil veces á la muerte, porque fundada con el celo que tenia de la honra de Dios, si nos fuera necesario, muriera y derramara cada hora su sangre por nosotros, por toda una eternidad. Estando el siervo de Jesús, el bienaventurado Francisco de Borja delante de un Cristo pidiendo á uno se convirtiese á su Señor, como se quedase pertinaz el pecador, le habló el crucifijo, y dijo que hiciese lo que Francisco le pedia, comenzando el mismo Cristo á verter sangre por sus llagas, dándole á entender su deseo y ánimo, que por solo él tornaria á renovar su Pasion. ¿Qué pecho hay que no se mueva con

este extremo? A un enemigo nuestro, que de rodillas y vertiendo lágrimas nos pidiera una limosna, no se la negaríamos: ¿por qué negamos á Jesús su amor, pues pide justicia, vertiendo en la cruz lágrimas y su misma sangre, deseando padecer más? Bien merecemos que hiciera Cristo con nosotros lo que con aquel hombre obstinado, que no queriendo oír al santo Francisco de Borja, ni la voz del cielo, le tiró el crucifijo un golpe de sangre de su costado, con que le acabó. Teman, teman á Jesús los que no le quieren amar: tiemblen de este Cordero muerto á quien desprecian.

## CAPÍTULO XVI.

**Lo que debe ser amado Jesús por el deseo que tiene de que le amen los hombres, y de que los hombres sean amados.**

Mayores finezas de amor no se podían haber mostrado, que las diligencias que

ha puesto Jesús para que nosotros le amásemos. Si no bastan los bienes que nos ha hecho, si no bastan los males que padeció por nosotros, si no basta el amor fidelísimo que nos tiene y sus fervorosos deseos para recabar un cordialísimo amor de los hombres ; baste aquella infinita dignacion y humildad suya, con que deseó que le amásemos.

¡O alegría y contento de los Angeles! ¿qué provecho teneis de que os ame una vil criatura? ¿por qué solicitais su amor con nuevas invenciones? Como suele un enamorado desear que le correspondan en su aficion, negociasteis con bocados mi amor, cuando instituisteis aquel amoroso Sacramento, en que nos dejasteis vuestro cuerpo y sangre, deseando que os amáramos y nos uniéramos con Vos, como sois uno con vuestro Padre, no queriéndos apartar de lugar de mí, ni aún de mi sustancia. Fué esta una traza tan estupenda de amor, que, aunque estuvie-

ran los entendimientos de los querubines una eternidad pensando qué medio pudiera haber para que más nos obligara Jesús á su aficion, no cayeran en tan inopinable consejo. Si á solo un santo en el mundo se hubiera hecho este favor, ¿qué concepto haríamos de su santidad y del amor que Jesús le tenia; y cómo se daría Él por obligado? Pues, ¿por qué ha de perder Jesús, por haberme hecho á mí este beneficio y á todos mis hermanos? Encarécese por singular favor el que hizo este Señor á santa Metildis, que le dió su corazon para obligarla á amarle: aquí en este Sacramento me da á mí con más verdad su corazon, y no sólo su corazon, sino todo su cuerpo, toda su alma y toda su divinidad. Fué tambien gran privilegio que enviase Jesús un serafin, que con un dardo de oro llagase de amor el corazon de santa Teresa. ¿Qué tiene que ver esto con venir el Señor de todos los serafines á

herir mi pecho, no con saeta de metal, sino con su sacratísimo cuerpo más precioso que todos los haberes del mundo? Cogió por este lado nuestro amor propio, para que, siquiera haciéndose una carne y un cuerpo con el nuestro, le amáramos. Pues tanto amamos á nuestro cuerpo, con grande verdad se puede decir que, el que comulga y Cristo son dos en una carne; y podrá el hombre gloriarse, diciendo al Señor del mundo: «Este es el hueso de mis huesos, y carne de mi carne, y sangre de mi sangre.» De modo que ya es necesario ser inhumanidad no amar á Cristo.

Fuera de esta industria de su amor quiso asegurar más el nuestro, obligándonos á él con precepto, mandándonos que le amásemos. Todo es argumento de la afición que nos tiene, pues quiere ser amado. ¿Qué era menester, Señor, mandarnos hacer lo que nos estaba tan bien, lo que es nuestra vida y salud? ¿qué era

menester obligacion, más que ver que nos amabais? A un médico paga el enfermo, cuando vuelve en sí, porque le mandó atar cuando estaba frenético, porque no se hiciese mal. ¿Con qué pagaré, ¡ó médico y salud de las almas! vuestro cuidado, que me hicisteis atar y obligar á lo que me está bien como vuestro amor y aficion?

Tras todo esto que Jesús ha hecho por amarme, quiere, como si su amor fuera poco, que todo el mundo me ame, y que todos los hombres y Ángeles le ayuden á amarme. Por eso mandó que todos me amasen, encargando y mandando mi amor, como mandó el amor suyo y de su Padre. No sólo debo á Jesús su amor, sino el de todos los hombres, que por amor de Jesús y cumplimiento de su santo testamento, me amaren. Procuró tambien que los Ángeles me amasen: por lo cual nos reconcilió con ellos, como dice el Apóstol. ¿Cuán grande favor haria

un rey si promulgase en su reino una ley en que mandaba que á una persona particular y rústica del campo, nadie le diese pesadumbre? ¿Cuánto os debo, Señor, que mandasteis más por mí á todo el mundo, Ángeles y hombres que me hiciesen todo bien y me amasen de corazon?

Si todo esto que Jesús ha hecho y padecido, y amándonos tan entrañablemente, no es suficiente para merecer nuestro corazon, baste el habernos merecido el amor de Dios, á quien nos hizo amables y muy aceptos y queridos. Si es gloria perder nuestro corazon por dárselo á Dios, ¿qué será ganar el corazon á Dios y poseerle? Admírase el santo Job que así engrandezca Dios al hombre, que ponga en él su corazon. A Cristo debemos este favor que nos dió hermosura con que aficionásemos al Altísimo: gloriémonos de esta honra, de que hemos hallado gracia en el acatamiento divino. ¡Qué hermosura pudiera haber en la criatura para cautivar

los ojos de Dios, si no fuera la que nos ganó el que es hermoso entre los hijos de los hombres? Que ame la criatura á Dios que es suma hermosura, no es mucho; pero que sea la criatura tan agradable á Dios que sea de Él codiciada, sólo es obra y deuda de Jesús que me amó tanto, que, no contento con desear y mandar que me amasen todas las criaturas, deseó con tantas veras que me amase tambien el Criador de ellas, que no perdonó á su vida por hermosearme con su sangre. No sólo debemos á nuestro Salvador Jesús el amor que nos tiene, pero todo el amor verdadero que nos tienen las criaturas, Ángeles y hombres, y el mismo Padre eterno.

---

## CAPÍTULO XVII.

Lo que debe ser amado Jesús por su  
hermosura corporal.

Adoremos ahora y consideremos la persona y dignidad de Jesús, cuán merecedora es de reverencia y amor sin otro respecto ni interés nuestro; tal es su compostura, su condicion y excelencia, que, aunque no nos hubiera hecho bien ni nos hubiera amado, debia ser el amor de los hombres.

Y lo que es más, aunque nos hubiera hecho mil males y aunque nos aborreciera, debia ser amado por sólo su sér y grandeza. Miremos la hermosura de su rostro y las virtudes de su alma, la plenitud de la divinidad que en él habita. No era menester, amabilísimo Jesús, para moverme á amaros, el cielo que me habeis prometido ni el infierno de que me

habeis sacado: aunque no hubiera cielo os amara; y aunque no hubiera infierno, os respetara; y aunque no hubiera vuestra sangre derramada, me tuvierais por esclavo, y os sirviera de balde. No teneis que darme nada porque os amo: lo mismo que os amo os amaria, aunque fueseis ahora tan pobre y necesitado, como cuando no teniais donde reclinar vuestra cabeza, y no tuvieseis con que premiarme ni darme una gota.

Hizo Dios la santísima humanidad de Cristo para que fuese amada de los ángeles y hombres; y así importaba hacerla perfectísima y acabada. Hízola tambien para que fuese templo y morada digna de toda la infinidad y plenitud de la divinidad; y así convino ser perfectísimo su cuerpo y alma. Considérese cuán menudo anduvo Dios en la fábrica del Tabernáculo, trazándole por sí mismo y reparando en la perfeccion de cosas muy pequeñas, sólo porque habia de ser som-

bra del cuerpo de Cristo. Cuán majestuoso y admirable quiso que fuese el templo de Salomon, cubierto con láminas de oro, por sólo ser un borron que representaba á Jesús, templo vivo de Dios, y sólo para poner allí el arca donde estaban las tablas de la ley, no para descansar la divinidad como en Cristo, con presencia y union sustancial. Pues, si en lo que era un retrato oscuro y tosco de Jesús puso Dios tanto cuidado, ¿cómo formaria al niño Jesús el Espíritu santo, para hacerle trono suyo y para robar desde allí la aficion de las criaturas, hombres y ángeles? Es la humanidad de Cristo obra propia y una máquina de amor y por amor. Por eso se atribuye su formacion al Espíritu santo, que es amor.

Acordémonos de la hermosura del cielo empíreo, que ni ojos vieron, ni oido oyó cosa como él; porque le preparó Dios para los que le temen y aman. ¿Cuál se-

rá el tabernáculo que Dios fabricó para sí, y tambien para los que le aman? Porque el mayor premio de la gloria, fuera de la divinidad, será la vista de la humanidad de Cristo, respecto de la cual toda la labor y hermosura del cielo empíreo será fealdad: ella arrebatara los ojos de los bienaventurados; ella suspende los ángeles, atónitos de su amorosísima y bellísima presencia; y es más hermosa que todo lo que hay que ver en el cielo.

El menor de los santos, despues de resucitado, tendrá su cuerpo siete veces, esto es, con ventaja increíble y mayor que quepa en encarecimiento, más resplandeciente y vistoso que el sol. ¿Cuál estará la cabeza de los ángeles, el primogénito de la resurreccion, el mayorazgo de la vida, el Señor de la gloria y Rey de la luz?

Con moderar sus hermosuras y resplandores, cuando se deja ver de algun

siervo suyo en este valle de lágrimas, dice santa Matilde, que le vió que ésta-  
ba mil veces más resplandeciente que el  
sol. Al santo hermano Alonso Rodri-  
guez le quedó fija por toda la vida la su-  
ma belleza y modestia de sus hermosísi-  
mos ojos, con que perdió la gana de mi-  
rar otra cosa. ¡Ó redimidos por Jesús,  
hermoseados con la sangre de este blan-  
co Cordero! ¿que cosa puede enamorar,  
sino su hermosura? Los soldados de Ho-  
lofernes juzgaban que no era mucho ar-  
riesgar su sangre y vida por la hermo-  
sura de las mujeres hebreas, que decian  
no se debia despreciar. ¿Por qué menos-  
preciamos nosotros la hermosura de Je-  
sús, pues no tenemos en que peligrar,  
sino ganar y asegurar nuestra vida con  
su amor? No hay ningun amador tan lo-  
co y preso de aficion de belleza humana,  
que, si viera el rostro del menor de los  
bienaventurados, despues de resucitado,  
no se le fuera luego el alma y la admi-

racion tras aquella hermosura, en cuya comparacion le pareceria asco toda la belleza de Judit y Raquel. ¿Qué parecerá toda la hermosura tan tosca de los cuerpos mortales respecto de la del cuerpo glorioso del Hijo de Dios, que excede mil veces á toda la que tendrian todos los santos juntos? Los grandes, los sabios, los fuertes del mundo han sido esclavos de la hermosura vil de la tierra, por la cual algunas personas fueron levantadas al imperio y adoradas por Dios: ¿cómo no me cautiva á mí esta belleza del Rey de la gloria y de mi Dios? ¡Ó amadores é idolatras de una gracia superficial, que ha de ser mantenimiento de asquerosos gusanos! ¿cómo errais tan ciega y torpemente, que dejais la hermosura, los abrazos, los ósculos de aquel que tiena derramada la gracia en sus labios?

¡Cuán grande consuelo y regocijo de un alma será considerar á su esposo Je-

sús tan lleno de resplandores, de gloria y belleza, y que el hermoso entre los hombres y Ángeles se acuerda de ella, murió por ella y la visita y entra en su pecho! Considerémosle muchas veces en aquel trono de su majestad, asentado á la diestra del Padre y lleno de resplandor y gloria, teniendo en sí fijados los ojos de todos los bienaventurados, absortos los entendimientos de los Ángeles; y que este mismo Señor desde su gloria nos está amando á los que somos unos viles gusanillos; y solicita nuestro bien aquel que es la bienaventuranza y la hermosura del cielo; desde donde nos es tan fiel y fino amigo, que, en tanta majestad, no se olvida de nosotros, miserables y viles.

Es tambien muy tierna y devota memoria considerar la hermosura corporal de Cristo, cuando en estado pasible anduvo entre los hombres pecadores: no se pudo imaginar más agradable y perfecta

proporcion de miembros, ni belleza de rostro más decente, cuya presencia robaba los corazones y se llevaba tras sí los pueblos. Los Apóstoles viendo, cuando les llamó, su hermoso y venerable aspecto, que, como dice san Jerónimo, arrojaba de sí rayos de una divina luz y hermosura, olvidados de sus haciendas y casas y enamorados de su vista, se fueron tras él. A santa Brígida reveló la Vírgen que, cuando vivia en el mundo en compañía de su querido Hijo, acudian á verle los afligidos para consolarse y olvidar sus miserias con su presencia y vista; otros con sólo ver su semblante mudaban de vida. Algunos olvidados de comida y bebida, de sus casas y haciendas, despues de muchos dias que se habian ido tras Jesús, apenas se querian apartar de él. Los Ángeles no se hartaban de ver al hermoso entre los hijos de los hombres. Convino que á quien propuso el Padre eterno á los Ángeles

y á los hombres para que todos le amasen, intimándoles rigurosa ley de su amor, que fuese digno de todo amor y reverencia, para hacer más suave el precepto; y que no sólo le forzase el mandamiento divino, sino su hermosura y agrado convidase á todos con una conatural inclinacion á amar á Jesús.

## CAPÍTULO XVIII.

### De la hermosura del alma de Jesús.

Incomparablemente está mucho más hermoso que su cuerpo glorioso y más adornado de dotes naturales y sobrenaturales el espíritu de Jesús; porque la mejor belleza de un alma, aún en esta vida de miserias y desgracias, si está en gracia, excede á toda la hermosura de todos juntos los cuerpos gloriosos despues de resucitados en el cielo. De aquí se podrá conjeturar cuánto excede la in-

comparable hermosura del alma santísima de Jesús, llena de gracia y gloria, de la cual tuvo el Espíritu santo más cuenta para hermosearla que no del cuerpo, mucho más que hay del cielo á la tierra. No es nada de esto exageracion, sino cortedad y bajísimo concepto; porque es tanta la excelencia del alma de Cristo, sólo por su gloria y gracia habitual, sin meter en cuenta lo que la hermosea la divinidad, con la santidad que le comunica, que declarar su hermosura por el exceso que hace á la del cuerpo, es tan corta comparacion, como si para encarecer uno la grandeza del gigante Goliat, dijera que fué mayor que una hormiga. Decir despues que esta hermosura del alma de Jesús excede á toda la que tienen los serafines y demás bienaventurados, no sólo por su naturaleza, sino por la gracia, es tambien tan necia y tan ridícula exageracion, como si uno para exagerar la inmensidad de grandeza

de los cielos, lo encareciera con decir que eran mayores que un grano de mostaza. Pues si la belleza del cuerpo glorioso de Jesús es tal, que ni explicarse ni concebirse puede, ¿cuál será la de su alma? Jacob sirvió catorce años como esclavo por la hermosura de Raquel; ¿por qué nosotros, por esta tan admirable hermosura de Jesús, no empezamos á hacer algo y codiciarla de veras? Puede ser que no nos cueste catorce dias de trabajo, que no nos podemos prometer; y fuera gran vileza y afrenta si nos cogiera la muerte sin haber hecho alguna fineza por Jesús, el hermoso entre los hijos de los hombres.

Fuera de la gracia consiste la hermosura del ánima en sus principales potencias, entendimiento y voluntad que tuvo el ánima de Cristo, llenas de ricos hábitos y virtudes. En su entendimiento se depositaron los tesoros de la sabiduría de Dios con tantas maneras de ciencias na-

tural y sobrenatural, infusa y adquirida y experimental. Sobre todo eso vió, aún en la tierra, cara á cara la esencia divina, sin cesar un punto de su vista, de donde le nació en la voluntad un inefable y ardentísimo amor de Dios y de los hombres; conoció cuanto habia pasado, presente y porvenir, viendo claramente cuantos pensamientos habian de tener por toda una eternidad los hombres y ángeles. Pues si se alegró Israel con ver prudente á su rey Salomon para que les gobernase sin tiranía, regocíjense todos los escogidos de Jesús de ver tan sabio su cabeza y Rey, y estar seguros que les sabrá guiar y llevar á su reino. ¿De cuántas asechanzas del demonio me librasteis, sapientísimo Jesús, con esa vuestra ciencia, previniendo mis peligros, que ya conociais, preparando los auxilios de gracia que me habiais de impetrar, ayudándome con vuestras oraciones, y algunas veces con lágrimas,

cuando, por la reverencia que os guarda la justicia divina fuisteis oído, ofreciendo por momentos vuestra vida y muerte por mí? ¿Cuántas veces, Señor, pues teniais de continuo el pensamiento en mí, ofrecisteis por mi causa el frío que padecisteis en el pesebre, el cansancio que sufristeis en los caminos, la abstinencia que guardasteis en el desierto? ¿cuántas gotas de sangre os saqué yo en el huerto con la memoria de mis pecados? Cuando ofreciais los azotes, ¿cuántos fueron los que cupieron ser por mi ocasion? Qué digo cuantos, pues todos os debo, y no repartísteis nada; de nada me exceptuasteis; todo lo padecisteis por mí y por todos; y os debo no sólo porque lo sufristeis por mí, sino también por todos. Sobre todo agradezco aquella buena voluntad: cuando la primera vez tuvisteis noticia de mí en el instante de vuestra concepcion, me escogisteis para ser vuestro fiel y hacer conmigo tantas mi-

sericordias, como si no os acordarais de otros. ¿A quién no aficionaria aquel Corazon de Cristo, rico de amor divino, aquella santísima voluntad, amadora de todo lo bueno? Porque, si nos pagamos de uno, por sólo oír que es bien inclinado y hace bien á otros, aunque no nos toque ni nos conozca; ¿por qué no nos hemos de pagar de aquella propension de Jesús á todo lo bueno de su inmensa caridad, con que amó á todo el mundo, y de aquella su santísima voluntad, con que nos quiso todo bien? ¿qué mejor voluntad que aquella, cuando me escogió entre infinitas almas que quedaron en la noche de la infidelidad? ¿qué voluntad aquella, cuando quiso morir por mí, cuando quiso entrarse en mi pecho, y hacerse uno conmigo, cuando me dió en un bocado las riquezas del cielo y tierra?

---

## CAPÍTULO XIX.

**Cuánto debe Jesús ser amado por sólo su santidad.**

Estaba también la santísima ánima de Jesús ataviada con todos los demás hábitos de las virtudes que eran convenientes á la excelencia y privilegios del Salvador, y con todos los dones del Espíritu santo en supremo grado. Estuvo también hermoſeada y colmada de gracia habitual, que liberalíſimamente derramó en ella el Espíritu divino, haciéndola incomparablemente más santa y hermosa que todos los espíritus y almas bienaventuradas. Sobre todo, lo que más adornó aquella sacratísima humanidad, fué la infinita santidad que tuvo comunicada del Verbo, con la cual fué tan santa su naturaleza humana, como lo fué la naturaleza divina.

Esta grandeza de Cristo es la que más

suspende los entendimientos y admira á los ángeles, y la que les roba todos sus afectos y deseos. ¿Qué cosa más inopinable y milagrosa que ver una naturaleza criada, que sea una misma persona con su Dios; que se unió sustancialmente con nuestra humanidad, con tanta comunicacion de propiedades, que lo que hace Dios se diga que hace el hombre, y lo que hace el hombre se diga que hace Dios, que convenga al hombre lo que pertenece á Dios, y que convenga á Dios lo que pertenece al hombre, la infinitud y la pequeñez, la eternidad y la niñez, la vida y la muerte? ¿á quién no admira ver el cuerpo y ánima de Cristo rebosando divinidad, que penetró toda su esencia con más fuerte é íntima union que el fuego tiene con el hierro que está en la fragua, y los rayos del sol con un cristal y la luz con el aire, donde se esparce, y que nuestra ánima con nuestro cuerpo, que vivifica? Y, lo que excede

toda admiracion y encarecimiento, por la comunicacion de su sér personal hace en Cristo el Hijo de Dios, se una consigo nuestra naturaleza; con una union que no tiene el mismo Hijo con su Padre; porque Dios y el hombre son una misma persona, y no lo son el Padre y su Hijo. ¡O curiosidad humana, que estima lo singular y extraordinario y pone mayor precio á lo más raro! ¡Cómo debemos apreciar á Cristo? ¿en qué estimacion de nuestra aficion hemos de poner tan raro milagro de la omnipotencia divina? ¿tan estupendo sacramento de bondad y amor? tan inopinable extremo de la caridad de Dios, que ni pudo hacer cosa mayor, ni la pudo querer? Lo exquisito y lo raro solamente por este título se estima, sin que nos sea de otro provecho, más que no hallarse semejante. Baste solamente que no sea cosa ordinaria. ¿En qué grado debemos apreciar en nuestro corazon á un Dios y hombre,

cosa tan nueva y joya tan preciosa y única, siéndonos, no inútil, sino de tanto provecho, que es toda nuestra honra y salud, vida, contento y riquezas? Vistióse Dios de nuestra naturaleza miserable, para levantarnos á la participacion de la suya. Vistióse de nuestra pobreza, para enriquecernos con los bienes del cielo y darnos de limosna los tesoros divinos. ¡Cuán gran favor hizo Jesucristo á la esclarecida vírgen Catalina de Raconisio, que, siendo niña y no teniendo qué llegar á la boca, se le apareció el Señor en figura de niño pobrecito y la pidió limosna! Ella se afligió porque no pudo hallar que darle, ni hacerle la misericordia que pedía. Entonces el niño Dios la favoreció á ella dándole de limosna una pieza de plata, con que remedió su necesidad. Esta fué la afabilidad y humanidad de nuestro Salvador, que usó con toda nuestra naturaleza: apocóse é hizose pobre porque nosotros lo éramos, para enrique-

cernos y hacernos de misericordia y limosna grandes y ricos.

## CAPÍTULO XX.

**Que debe ser amado Jesús por su humildad y mansedumbre.**

Si no nos mueve á amar á Jesús su grandeza, por estar en igual silla con Dios Padre, por ser adorado de los ángeles, por habitar en él toda la plenitud de la divinidad, aficiónenos su humildad y mansedumbre y aquella su afabilísima condicion. De él se puede decir que su conversacion no tiene amargura, ni da enfado su trato. Una de las cosas que más ganan las voluntades, es la cortesía y llaneza de los mayores; ¿cómo no nos cautiva la afabilidad y humilde trato de Jesús, que, con ser Señor de naturaleza y de la gracia y tan santo como Dios Padre, no se desdeñó de tratar con viles peca-

dores? El vestido que traia era de pobre, holgábase con los niños, mandando que no les estorbasen llegar á donde estaba el Señor de la gloria y Maestro del mundo, en servir á sus discípulos; y, con ser Rey del universo y haber puesto el Padre á sus piés todas las cosas, quiso pagar tributo al César; no quiso condenar á la mujer adúltera; rogó por sus enemigos; andaba por los pueblos haciendo bien á todos, especialmente á los pobres, curándoles sus enfermedades, perdonando los pecados; sus palabras suavísimas estaban llenas de vida; sus obras y manos de beneficios; abofeteado, no se enojó ni dijo una palabra entonada. Si un rey se humana á sólo dejarse ver, gana las voluntades de sus vasallos; y, con una buena palabra que dice, obliga á dar la vida y sangre por él; si asienta á uno á la mesa consigo, es el mayor extremo y honra que se podrá esperar. ¿Á quién no rinde la humildad del Hijo de Dios, que dijo que

venia á servir, no á ser servido; que se puso de rodillas á lavar los piés de unos pescadores; que nos llama amigos y hermanos; que, no sólo nos asienta á su mesa, pero quiso sernos sustento de vida y salud, humillándose á entrar y encogerse en nuestro pecho para solicitar más de cerca nuestro corazon? ¿Qué mayor modestia y humildad que la que ahora tiene, con estar reconocido por Señor de los ángeles, en quien son benditos los predestinados? Tenia la santa vírgen Bienvenida de Austria gran ánsia de ver á Jesús, cuando tenia tres años. Concedióle Dios esta merced; y estando en la iglesia, vió á un niño hermosísimo, que la llevó luego el corazon; y, acariciándole, le dijo, que dijera con ella el Ave María. El niño Dios lo hizo así saludando devotísimamente á su Madre dejándose guiar de la devota doncella, hasta que, despues de haber dicho, bendita tú eres entre las mujeres, añadió, y bendito es el fruto de

tu vientre. A esta última cláusula calló el humilde Señor, no queriendo decirla por ser alabanza suya: tan modesto y vergonzoso es el humilde Jesús.

¿Qué mayor blandura y mansedumbre, que, viéndose ultrajado, disimular sus agravios? Y si se enoja algunas veces, es para mayor bien, y perdonarnos, con serle facilísimo acabar con los hombres. Uno que se huyó á la ciudad del Cuzco, á provincias de infieles, entre otras alhajas que llevó consigo fué un crucifijo. Vino á manos del rey de aquellos bárbaros, deseoso de ver al rey de los cristianos; en tomándole en la mano, y viendo que era un hombre ajusticiado, díjole pesadas injurias y escupióle. El Señor entonces levantó su cabeza inclinada; y abrió los ojos, con que dió en tierra con el rey y con trescientos hombres que se habian juntado en la plaza del palacio. Estuvieron como muertos por algunas horas, volvió despues el rey en sí y recono-

ció por Dios á aquel injusticiado, recibiendo las aguas del Bautismo. Pues ese Señor, que tan fácil le fuera y tan justificado vengarse de sus contrarios, no quiere sino amarlos y sus modestos ojos volver mansamente á sus enemigos, para hacerlos amigos muy queridos.

## CAPÍTULO XXI.

**Que debe ser amado Jesús por la nobleza y generosidad de sus costumbres.**

Vengamos á la nobleza del Corazon de Jesús, y la magnanimidad de su condicion, que debia tambien cautivar nuestras voluntades para amarle. El mismo Señor queriendo aficionar á una vírgen, para que, dejados los deleites de la tierra, en él solo se deleitase, la dijo que le quisiese bien, porque era generoso de corazon. ¿Qué mayor nobleza y generosidad, que aquel sumo agradecimiento que

tiene á lo que hacemos por él, deseando hallar en que pueda darse por obligado de nosotros? ¿qué mayor nobleza, que pudiendo pedirnos eterna servidumbre, por habernos librado de pena eterna, nos la trueca en reino eterno, contentándose con una breve penitencia para nuestro mayor bien? ¿qué mayor nobleza, que el eterno olvido que tiene de nuestros pecados, en queriendo nosotros ser sus amigos? ¿qué mayor nobleza, que no acordarse tampoco de sus beneficios, premiando de esta manera nuestras obras, como si no fueran merced suya, sino que de nuestra cosecha las tuviéramos? ¿qué mayor nobleza que morir por los que le crucificaban, rogando á su Padre les perdonase, y esto no despues de resucitado, cuando estaban olvidados sus dolores, sino actualmente en los mayores tormentos que padecia? ¿qué mayor nobleza, que no tener nada suyo, siendo liberalísimo de su propia sangre y cuerpo, dándonos

en un bocado todos los tesoros del cielo? ¿qué mayor nobleza que la lealtad con que cumplió sus promesas, enviando el Espíritu santo desde el cielo, que deramase su gracia en aquellos que habian desmerecido este favor por haberle desamparado en su Pasion? y, ¿qué mayor nobleza que su humildad y afabilidad, tratando con los hombres como el menor de todos, siendo el Señor legítimo de todo lo criado, no queriendo estar en mejor lugar que sus criados?

Y ahora porque se ve levantado al trono de su Padre y sentado á su mano derecha, adorado de todas las jerarquías del cielo, no ha mudado con tantas honras su condicion. A san Juan Gualberto, porque perdonó á su enemigo, que le pidió no le quitase la vida por amor de Jesucristo, pasando por donde estaba un Cristo, le hizo el Señor del cielo corte-sía, inclinándole la cabeza. Tan reconocido es como esto aquel nobilísimo pe-

cho de Jesús, que aún lo que debemos hacer nos lo agradece con tan singulares demostraciones. A san Martín fué tan agradecido porque le dió un retazo de una capa vieja, que, estando el Señor de los cielos entre sus ángeles, le traía puesto, contando á los serafines lo que Martín le habia dado, gloriándose de aquel servicio como si fuera una gran merced. No se desdeña ahora con estar vestido de gloria, de tomar traje de pobre y de enfermo asqueroso, para darnos ocasion que le obliguemos más. Metióse entre otros mendigos que san Gregorio convidó, para deberle aquella buena obra; mostróse á san Juan Columbino lleno de lepra, para recibir de él alguna caridad y ósculo amoroso. La generosidad y nobleza, con que disimula nuestros descomedimientos, es ahora mayor que cuando estaba en el mundo, porque es más nuestro atrevimiento, pues es despues que nos tiene tan obligados con su muerte y Pa-

sion y cuando está glorioso y conocido por Dios, ¡oh generosísimo Corazon de Jesús! ¡oh noble pecho del que está en el seno del Padre! ¡oh agradecidísimo ánimo del que lo da todo! ¿qué mayor nobleza puede ser como el amarnos tanto, que, despues de tan ingratos como somos, nos agradeceis lo que os debemos y lo que nos dais? De tal manera nos perdona Jesús como si le hubiéramos hecho muchos beneficios. De tal manera nos premia como si él no nos hubiera hecho ninguno; ni mete en cuenta sus mercedes para descontarlas en la paga; ni lo poco que le hemos servido para hacernos dificultosa su amistad. De tal manera nos agradece cualquier servicio, como si despues de habernos él hecho mucho mal, nosotros le hiciéramos mayor bien. ¿A quién no ganará esta grandeza de corazon y nobleza de ánimo, para serle agradecido, si no con obras iguales, con la aficion y alma y todas sus entrañas?

## CAPÍTULO XXII.

**Cuánto debe ser amado Jesús por ser de nuestra carne y sangre, y cabeza de nuestro linaje y esposo verdadero.**

Son todos estos títulos parte del derecho que tiene Jesús á nuestro corazón y al amor de todo el mundo, que fué un premio que el Padre eterno le prometió por sus servicios, cuando dijo que le daría las gentes por herencia, y por posesion los términos de la tierra, porque de todas naciones habia de despertar amadores suyos muy leales. De nuestra parte hay otros títulos, que, si no estamos fuera de juicio, nos han de forzar, á amar y estimar á nuestro hermano, nuestro Rey, nuestra cabeza, nuestro Esposo, nuestro cuerpo, nuestro Dios, y mirar aquella sacratísima carne, cuyas plantas están sobre las cabezas de los querubines, como carne y sangre nuestra, honrándo-

nos con ella, y estimando lo que es honra de toda nuestra naturaleza. Aunque Jesús nos hubiera dado causa para que le aborreciésemos, todo nuestro ódio y rencor se habia de volver en benevolencia, viendo que por su ocasion es honrado todo nuestro linaje. ¿Qué mayor ódio que el que tuvieron sus hermanos á José? Mas despues que le vieron mandar á Egipto y ser honra y reparo de su casa, toda la envidia se convirtió en respeto y amor. Honremos, pues, á nuestro hermano Jesús, por ser nuestra honra, y haberle Dios encomendado toda su casa y reino. Consideremos cuán grande interés nuestro es tenerle al lado de Dios y ser querido suyo. ¿Cuánto valió al pueblo de Judea, que Ester, que era de su linaje, estuviese levantada al trono real? no menos que la libertad y la vida. Tambien valió, que no muriese de hambre el patriarca Jacob y sus hijos, tener al que era de su sangre al lado de Faraon. Pues

¿cómo puede sernos inútil tener á nuestra carne y sangre en el trono de Dios? Los ángeles nos respetan por su causa, y se honran de ser nuestros consiervos. Y si los ángeles, que no son parientes, sino de extraña naturaleza, honran y aman á nuestra carne y sangre en Jesús cordialísimamente; ¿en qué ley y razon cabe, que, los que somos de su sangre, permitamos que nos aventajen en su devocion y amor los serafines?

Por ser Cristo nuestra cabeza y Señor natural, debe tambien ser amado y querido. Miremos qué ley y aficion tienen algunas naciones á sus reyes.

Por su honra arriesgan la vida y hacienda; con sólo su presencia se regocijan; cuando salen fuera concurre todo el pueblo á sólo verlos, alegrándose con su vista. Cristo es nuestro monarca, es nuestro Rey natural y Señor legítimo: avergoncémonos que se guarde más la lealtad á un rey de la tierra y hombre

pecador, que no al Rey de la gloria justísimo y santísimo.

Mas fuerza nos ha de hacer estar Cristo desposado con nuestras almas, porque no sólo es nuestro hermano, ni solamente nuestro Rey, sino nuestro verdadero Esposo. La obligacion que por este titulo tenemos, no la conocemos, porque nos parece que es solo modo de hablar, y que se dice así solamente por alguna semejanza y metáfora, de la manera que se llama Cordero, Camino, Brazo de Dios, Flor del Campo, Lirio de los valles y otros títulos que se le acomodan. No es así, sino que de veras es Esposo de un alma justa, sin ser modo de hablar ni cumplimiento; y es tal su matrimonio, que no hay esposo en el mundo tan leal y fiel, ni que tanto ame á su esposa. De modo que el matrimonio de Adan y Eva, con ser el mas legítimo que entre hombres se ha celebrado, fué sombra y borron respecto del que

contrae Jesús con mi alma. Interviene en él palabra y promesa, que Cristo cumple perfectísimamente; hay union, no sólo de los cuerpos, sino de los espíritus; y la union de los cuerpos, con que nos hacemos con el Santísimo Sacramento una carne con la de Jesús, es mucho más estrecha que la que hay entre dos casados. Pues ¿por qué no atendemos cuánta obligacion tendremos al Hijo de Dios por el nombre y oficio tan tierno y amoroso con que se significa más amor, que con el título de hijo, pues por la esposa dejará uno á su padre y á su madre? Y es así, que dejó Jesús por nuestro bien el trono de su Padre y los brazos de su Madre para morir por nosotros; con ningun título ni nombre suyo ha hecho lo que con este de esposo, celebrándole por todo un libro de la Sagrada Escritura, por ser título, no solamente metafórico, sino del oficio y estado suyo propio, en que nos muestra su caridad

infinita. Varios nombres hay de amor y union, como de padre y madre, hijo, hermano y amigo: ninguno es más amoroso que el de esposo. Examine, pues, un alma la obligacion que tiene de amar á Jesús por ser su esposa. Mira cómo en la tierra conversan dos desposados que bien se quieren, con qué familiaridad se tratan; todos los bienes del uno son del otro, teniendo comunión de todas las cosas; y no menos á Jesús, pues su matrimonio y obligacion es más apretada: vea tambien el bien que tiene con tal desposado. Al pueblo de Judea valió la vida y libertad que tuviese Ester por esposo á un rey de la tierra; ¿cuánto valdrá al alma que ella tenga al Rey del cielo?

---

## CAPÍTULO XXIII.

**Que se ha de procurar hacer concepto de la dignidad de Jesucristo y sus merecimientos.**

Considere todo lo dicho el fervoroso amador de Jesús para conservar y adelantar su afecto; y saque un alto dictámen de la persona y merecimiento de su Salvador, procurando penetrar cuanto pudiere la excelencia y dignidad del Hijo natural de Dios, los oficios que ha hecho con nosotros, la grandeza de sus merecimientos, y la ocupacion de su santísima vida. Jesús es un hombre de igual santidad con Dios Padre, y Dios como él; pero más humilde que la tierra. Jesús es el Unigénito de Dios, figura de su sustancia, el Sacerdote eterno, segun el órden de Melquisedec, el Apóstol y Pontífice de nuestra confesion, primogé-

nito de toda criatura. Jesús es el que lo es todo; por él y en él es todo; y sin él no somos nada. Jesús es el que medió para pacificar los ángeles con los hombres, y reconciliarnos con Dios. Jesús es el arco iris y la señal de paz y del concierto y testamento eterno; Jesús es aquel cuya autoridad pudo tanto con el Padre, que hizo, que, los que éramos esclavos del demonio nos prohiyase, y aceptase por hijos del Altísimo. Jesús es á quien respetó el Padre eterno; y en un negocio tan desesperado como el salir de nuestra condenacion á ser herederos de Dios, donde no era posible remedio criado para nuestra redencion, que satisfaciese por igual, ni templase la justicia divina: en llegando Jesús, le tuvo tanta reverencia el Padre, que al punto nos perdonó, y concedió las riquezas de su divino Espíritu, que liberalísimamente derramó en la Iglesia; y lo mismo hiciera con mil mundos : á

todos perdonara, no sólo por una gota de sangre ó una lágrima de Jesús, sino por sólo levantar los ojos al cielo, ó cualquiera otra accion suya; porque como todas eran ordenadas, y tan puestas en razon, y hechas con altísimo fin, por sólo comerse un bocado ó echarse á dormir, merecia la salvacion de todas las criaturas, por ser él nuestra carne y sangre tan santa como el Espíritu santo. Jesús es el Maestro de la vida, Doctor de la filosofía del cielo, ejemplar de nuestras acciones: quien no le siguiere, anda en las tinieblas y engaño, y en las sombras de la muerte. Dadme, buen Jesús, gracia para que atienda esto, y sentir en lo íntimo del corazón lo que confieso y creo. ¡Oh alma mia! no sé si entiendes lo que dices, cuando dices Jesús, cuando dices Salvador, cuando dices merecimientos de Cristo, cuando dices, (lo que excede á todo entendimiento) que Jesús es un

hombre, que es tambien Dios. Hagamos concepto y estimacion de esto, como la hizo el mismo Señor que dijo á su esposa santa Matilde, que todas las veces, que estando en la tierra, se acordaba de aquel acto de inmensa caridad y dignacion, cuando el Verbo se unió á su santísima humanidad, no podia reprimir las lágrimas y ternura de su corazon de puro gozo, reverencia y agradecimiento. Lo mismo hacia con la memoria de la íntima union que con su Padre tenia, siendo una cosa con él. Ablande mi corazon, amoroso Jesús, la misma memoria, y regálese y gocése mi alma con vuestra grandeza, que toda resulta en honra mia; pues el Unigénito del Padre, de una misma naturaleza con él, quiso tomar la mia, para que fuese el hombre uno consigo. ¡Oh hijos de Adan! ¿qué más deseamos? ¿qué otra grandeza mayor podemos apetecer? si bien lo consideramos, me

parece que debe ser imposible al hombre tener soberbia, despues que el Hijo de Dios encarnó, no sólo por el ejemplo que nos dió su humildad, sino porque levantó al hombre á dignidad, que no la puede apetecer mayor. No puede la soberbia humana codiciar cosa más grande de lo que el hombre es. No hay cosa mayor que Dios; y ya el hombre es Dios en Cristo Jesús. Pues tenemos esta honra, ¿por qué buscamos otra?

#### CAPÍTULO XXIV.

**De la estima y ternura con que se ha de amar á Jesús.**

Recoja de todos estos motivos, para levantar gran llama de amor, el que es redimido por Jesús; y conforme un grande aprecio de su Salvador sobre todas las cosas del mundo, sobre su gusto y vida, que quiera antes perder, que disgustarle

en ninguna cosa; de modo que en su comparacion no tenga grandeza de mundo monta de una paja. El amor se puede considerar, en cuanto á su perfeccion, accidental y sustancial. La accidental consiste en vehemencia y devocion sensible, la sustancial en el aprecio y estima: una y otra hemos de procurar, primeramente la sustancial, estimando á Jesús sobre nuestro gusto y vida. Ha de ser la estimacion de las cosas conforme á sus merecimientos; y pues la santidad de Jesús es infinita, é infinitos sus beneficios, hémosle de estimar infinitamente sobre cualquier cosa. Miremos cómo estimó el mismo Jesús nuestra salvacion, que en su comparacion no hizo caso de su honra, gusto, reino, sangre y vida, con ser de infinito precio, como si mereciéramos nosotros ser estimados. Corrámonos que así nos estimase Jesús, sin merecerlo, y que nosotros con merecerlo él por tantos títulos, no le estimemos más que al cieno de la tierra.

Este amor y estimacion procure arraigar cada uno en su pecho, con una determinacion eterna, y más firme que una roca, de no hacer cosa que le ofenda; antes determinarse, que no ha de haber mal ni tormento, que no escojamos, antes de disgustarle. ¡ Oh, cuánta desvergüenza y cuán gran injuria se hace á Dios, cuando pisamos, como dice san Pablo, á su Hijo! Despreciamos su sangre, sus merecimientos, sus lágrimas, su sudor, sus trabajos, su vida, y sobre todo su amor por amarnos á nosotros, que debiéramos ser aborrecidos del mundo. Aprémienos la caridad de Cristo á no mirar sino su gloria; tengamos confianza en nuestro amado que es aquel Dios fuerte y poderoso, como le llama Isaías, y el que venció, como dice san Juan, no menos que al infierno y al mundo, con el cual podrá uno todas las cosas en aquel que le conforta, segun por excelencia nos lo enseñó su apóstol.

Despues se ha de pasar á procurar que el amor que se tiene á Jesús sea tambien perfecto, quanto al modo, amándole tierna y fervorosamente con grande aficion y voluntad. Mírese con la ternura que ama una madre á su hijo, y una esposa á su esposo, y dos hermanos queridos se aman entre sí. Miremos con semejantes ojos y afecto á nuestro esposo y hermano Jesús. Consideremos la ternura, fervor y afecto, con que el mismo Señor nos ama. Regalándose santa Gertrudis con Jesucristo, enamorado de las almas, le dijo: «No puedo hallar cosa en la tierra, que me dé gusto, sino Vos, Señor mio muy amado.» Entonces Jesús, que quiere llevar siempre la ventaja en finezas de amante, le respondió: «Yo, ni en el cielo ni en la tierra hallo cosa, en que me deleite, sin tí; porque todo el contento, que en tí tengo, es por el amor, que en tí he puesto.» Qué mayor fineza ni ternura que esta, con que así re-

quiebra este amador nuestro á un alma, diciéndola tales favores, que es menester interpretarle? ¿Qué decís, Rey de gloria y verdad eterna? ¿no está en el cielo vuestra Santísima Madre, en quien os podeis deleitar? ¿no está en la tierra vuestro cuerpo, y no está en el cielo y en la tierra vuestro Padre? ¿cómo os ocupa tanto la afición de una alma? ¿qué favor es, que cuando os deleitais en vuestra Madre y en vuestro Padre, os deleiteis también en ella? Tanto se endiosa un alma por los merecimientos de vuestra sangre, con que le merecisteis que el Espíritu santo derramase en ella su gracia, y tan un espíritu la haceis con el divino, que, cuando os gozais de vuestro Padre, se extiende este gozo á la criatura. Imitemos esta ternura y afición que nos tiene nuestro amartelado Jesús; no haya gusto para nosotros como Jesús, y estar con Jesús, y acordarnos de Jesús más veces que respiramos, saliéndonos

del pecho el corazon con sólo oír su nombre, revolviéndonos continuamente en deseos que todo el mundo le conozca y ame; y cada uno desee y procure esto en sí primeramente, partiéndosele el alma en afectos y ansias de su Salvador, su bienhechor y su amador.

## CAPÍTULO XXV.

**Oracion, en la cual con reconocimiento humilde de nuestro desagradecimiento se pide á Jesús su amor.**

Venza, amabilísimo Jesús, y quebrante tanta dureza de mi corazon, la multitud de vuestros beneficios, el abrasado incendio de vuestra caridad, la grandeza de vuestro sér. Una piedra con muchos golpes se parte; una cera con el calor se derrite; no hay fuerza que con otra mayor no se dome. A mí ni me basta el número de vuestras misericordias, ni las

llamas de vuestro amor, ni la inmensidad de vuestra bondad. No son tan pequeños los males de que me librasteis, ni tan pocos los bienes que me hicisteis, para que los eche en olvido. ¿Qué título hay para que os sea desagradecido? ¿qué agravio me hicisteis, buen Jesús, en toda vuestra vida, que mereciese borrar de mi memoria lo que por mí habeis hecho? ¿acaso es por ser grandes vuestros beneficios? ¿ó la voluntad y tierno amor, con que los hicisteis? ¿ó la terribilidad de dolores y afrentas, con que me los merecisteis? No porque, amando y padeciendo, me hicisteis tanto bien, os habia de tratar como enemigo; no, porque os costaron mucho, los tengo yo de estimar en poco. ¿Qué ley hay que mande, que los bienes engañosos y falsos, que hacen los hombres se paguen y reconozcan, y los beneficios verdaderos é inestimables, que nos hace Dios, se traten como injurias? ¿que más mal término pudiera haber

usado con Vos, si todo lo que hicisteis y padecisteis por mi amor naciera de odio y fuera por hacerme mal? ¿qué ley hay que mande, que á quien ama más se quiera menos? ¿qué el de mayor autoridad se desprecie más? ¿qué, del que es Dios, se haga menos caso que de un hombre pecador? ¿qué á los extraños más que á los parientes y hermanos? A Vos, Señor, que me amasteis más que vuestra vida, que sois Dios eterno, amé menos que á una vil criatura, que á otro dia desapareció. A Vos, Señor, que me honrasteis con ser mi hermano, soy tan inhumano, que no amé, ni quise bien á mi carne y sangre. Soy tan bajo que no estimé á la honra de mi naturaleza. Los espíritus soberanos aman y adoran á mi carne en el trono de Dios; yo la desprecié, y crucifiqué, y fuí parricida de mi Criador, y homicida de mi hermano, y traidor al Señor legítimo de la naturaleza y gracia. He vivido tan engañado, que aún no

me supe amar, pues dejé de amar á aquel de donde me viene todo bien. ¿Qué hago si no estoy loco, si no estoy desesperado, pues no amo á Jesús? Si me quiero bien, ¿qué puedo hacer sino amar á mi bien? Cerradas están las puertas; de otra parte no me puede venir bien alguno, sino por quien pagué tal mal; no podré tener honra, sino por quien desprecié; no podré tener gusto verdadero, sino en quien disgusté; no podré tener vida, sino por quien le quité la suya. Este sois, Jesús, amado de Dios y de los ángeles por lo que hicisteis y padecisteis por mí, sólo de mí despreciado. Los más nobles querubines tienen por honra ser pisados con vuestros piés, con que no habeis padecido desprecio por su gloria y salvacion, ni golpe de un azote, ni punta de una espina; y ¡yo menosprecié á quien quiso ser menospreciado, azotado, coronado de espinas y crucificado por mí! ¿Qué cara puedo tener ahora para miraros, Salva-

dor mio? pero ¿á quién he de acudir para que me libre mis de males? no tengo otro Redentor sino Vos. Nadie me puede dar la mano, ni querrá como Vos. Sólo Vos me podeis sacar de todo mal; de sólo Vos me ha de venir todo bien. ¿Qué mayor mal que mi desagradecimiento? ¿qué mayor bien que vuestro amor? Libradme de aquél; libradme de mí mismo; y concededme vuestra caridad, pues no os puedo pagar con otra cosa, sino con mi corazon. Ea, Jesús, que me amais con infinito amor, aún no me habeis echado el resto de vuestra misericordia; falta en qué mostreis vuestra infinita humildad y mansedumbre, en permitir que os ame criatura tan desagradecida: muéstrase aquí vuestra caridad. A santa Catalina trocasteis el corazon; á santa Osana limpiasteis el suyo; á santa Metildis le disteis el vuestro; á santa Teresa le enviasteis un serafin, que con un dardo de oro le hiriese el suyo; al fer-

voroso Anton Martin, Vos mismo, Dios verdadero de amor, con arco y flecha le conquistasteis su pecho. Tantas diligencias son menester para acabar de ganar para Vos el corazon humano, despues de tantos beneficios, y despues que conoce una criatura que le amais. Yo que soy la más dura de todas, ¿cuánto más habré menester vuestro favor? Con todo esto no pido sino una gota de vuestra sangre, que reciba mi corazon, de la mucha que cayó en el suelo para mí. Tenga, Señor, estima de ella, para que mi alma os ame. Ameos yo, hermosura del cielo, en quien se miran los ángeles; ámeos yo, gozo y alegría del Padre, en quien infinitamente se complace y agrada; ámeos yo, único libertador y bienhechor mio; ámeos yo, enamorado de las almas; ámeos yo, celerador de la gloria divina; ámeos yo, amador del Padre, para que amándoos á Vos, ame á él con constante y eterno amor, que ocupe todos mis sentidos, que posea

todas mis potencias, que captive todo mi corazon y empiece desde luego lo que deseo hacer por eternidad de eternidades.  
—Amen.

## CAPÍTULO XXVI.

**Cómo el que ama á Jesús le debe imitar.**

Con la aficion y aprecio de Jesús se ha de juntar el obrar. No ha de ser estéril el amor, ni ha de parar sólo en devocion; ha de ser fecundo y lleno de fervorosas obras, procurando en todas parecerse uno á su Redentor. No ama con fineza á Cristo quien no procura imitarle, porque es propio del amor hacer á los amantes semejantes; y así como el amor, que el Hijo de Dios nos tuvo le hizo hacerse semejante al hombre de su misma sustancia, tomando nuestra naturaleza; de la misma manera debe el hombre que

ama aquella santísima humanidad, toda llena de Dios, que el Verbo eterno unió consigo, hacerse semejante á ella, y, cuanto pudiere, hacerse uno con Jesús. Por la misma causa el Padre eterno, que nos propuso á Cristo para que le amásemos, nos le propuso tambien por dechado y ejemplar, á quien debíamos imitar; y no desea de nosotros otra cosa más ardentemente sino vernos semejantes á la imagen de su Hijo, y transformarnos en él. Miremos, pues, las obras y costumbres santísimas de Jesús; miremos los sentimientos de su purísimo Corazon; y procuremos hacer y sentir lo mismo. ¿A qué cosa mejor podemos aspirar, que á lo que Jesucristo fué y nos enseñó? ¿qué cosa habrá de la tierra que nos haga más, que el Hijo de Dios fué? ¡Oh Padre de las misericordias! ¿no me era á mí bastante aprender de las más viles criaturas, de un vil gusanillo la humildad, de un jumento apaleado la paciencia, de una

hormiga la diligencia y cuidado de mi bien, sin atreverme á alzar los ojos á vuestro Hijo? Harta honra fuera para mí, y harto favor vuestro, que me permitiérais vivir en compañía de los gusanillos de la tierra. ¿Qué es esto? que quereis que no tenga menor dechado de perfeccion, que la de vuestro Unigénito, queriendo que goce de su compañía y conversacion, y que me ajuste á vuestra voluntad, como él se ajustó, no sufriendo que tenga yo otra regla, ni órden, ni gobierno, sino la que él tuvo, que es vuestra honra y gloria y voluntad divina.

Ha de procurar el que ama á Jesús esta imitacion, por ser lo que más atrae los ojos del mismo Señor y de su Padre, para ponerlos en nosotros muy cordial y amorosamente. Ama el Padre eterno tiernísimamente á su Hijo; y, donde quiera que se le representa alguna imagen suya, se le va el corazon y los ojos; y no puede dejar de complacerse en el

retrato de sus virtudes y perfecciones; porque así como se goza y complace infinitamente en su santidad y atributos, así no puede dejar de regocijarse con su estampa y memoria. Gózase con su Hijo primogénito con amor inmenso; y no puede contenerse viendo un hermano suyo que se le parece; y, como el amor de Dios no es estéril, sino eficaz y obrador, es muy interesada la imitación de Jesús, por irse tras los ojos de Dios sus manos, llenando de dones á quien ama, porque imita á su Hijo.

Consideremos que ni al Padre eterno podemos hacer servicio que más le agrade, ni al mismo Jesús cosa con que más le agradezcamos lo que padeció por nosotros. Tanta costa de dolores y afrentas de su vida y Pasion no era menester para redimirnos: menos bastaba; pero todo era necesario para que le imitásemos, y tuviésemos un perfecto ejemplar que mirar. Y así uno que no hace caso de se-

guir á Cristo, desprecia el exceso de su redencion, siendo el más desconocido é ingrato de las criaturas. Miremos quién ha de agradecer á Jesús lo que nos amó, y lo que padeció por nuestros pecados, si no le somos agradecidos nosotros en esto. Considérese cada uno que él sólo fuese en el mundo deudor á Cristo de todas sus finezas, y que, con admiracion de los ángeles y espanto de los demás hombres, á él sólo se hubiese hecho tan estupendo favor, que por sólo su bien, porque tuviese dechado de la vida que imitar, bajase el Hijo de Dios á la tierra, y encarnase y muriese con tantos géneros de tormentos, de modo que no tuviese Jesús otro de quien pudiese esperar fruto de su Pasion ni agradecimiento, sino de él. ¿Seria bueno que entonces fuera uno lo que ahora es? Creo que seria poco que las piedras saltasen contra él, que los ángeles le tirasen rayos, y que todos los demás hombres clamasen al cielo vengan-

za, afrentados que fuese de su naturaleza una criatura tan maldita y desconocida á su Dios. No tiene ahora uno menos obligacion de imitar á Jesús, y agradecerle sus trabajos, antes más; pues tiene que agradecerle lo que por sí hizo, y luego que lo hizo tambien por nuestros hermanos. ¿Cómo nos atrevemos á levantar los ojos, siendo tanto mayor nuestra desvergüenza, pues, debiendo más, vivimos satisfechos, y muy contentos de nosotros, que con menor deuda no lo estuviéramos? No suframos, pues, esta tan grande afrenta y vergüenza en que estamos. Honrémonos de ser parecidos y conformes con el Hijo de Dios como buenos hermanos.

Hemos de procurar, exterior é interiormente, ajustarnos y unirnos con Jesús y obrar como si fuéramos, no dos, sino una persona sola, imitando en esto aquella naturaleza humana y divina, que están en Cristo, que hacen una persona sola, y las obras diferentes de cada

una se atribuyen al mismo operante. Tales han de ser nuestras obras y pensamientos, como si fuera el que obra y piensa el mismo Jesús. No haciendo en cuanto pudiéramos cosa que desdiga de su inpecabilidad y pureza, obrando como si estuviéramos dentro de la persona de Cristo, y Cristo dentro de nosotros. Acordémonos que somos su cuerpo. y que somos verdaderamente miembros de Jesús, que no solamente tenemos carne semejante, sino que somos una carne, y un cuerpo, no estimándonos por dos distintos, despues que nos hizo uno con su carne por medio del Santísimo Sacramento, con union real, sustancial y verdadera, como enseña san Hilario, y otros santos y doctos teólogos lo declaran. Y así es como por esta causa tratará Cristo nuestra carne como la suya. Por lo cual, segun el concilio Niceno y S. Ireneo, á los que comulgan resucitaria, aunque no hubiera decreto general de Dios de la

resurreccion, ni otros hombres hubiera de resucitar, sólo porque á los tales tiene Cristo por su carne, y como su carne está resucitada querria tambien que estuviesen con semejante prerrogativa de la resurreccion los demás á quien él hubiere hecho una carne consigo.

De la misma suerte hemos de mirar nuestra carne como la de Jesús, y no hacer cosa que desdiga de su reverencia y santidad no afeando en nosotros el cuerpo hermosísimo de Cristo, cuyos miembros somos. Reverenciémonos, por esta causa, á nosotros mismos, pues aun á la Reina de los ángeles la vió la exalceda vírgen Bienvenida de Austria, que reverenciaba á los que comulgaban, y les inclinaba la cabeza. El ilustrado y santísimo varon Alonso Rodriguez, hermano de nuestra Compañía, vió que, cuando comulgaban los otros hermanos nuestros, estaba Cristo en cada uno de ellos, entrañado con un modo maravillo-

so. Tratémonos, pues, como si fuéramos unos Cristos de Dios: no hemos de mirar sino por los ojos de Jesús, no oír sino por sus oídos, como si nuestra alma estuviese dentro del cuerpo impecable de Jesús, de modo que nuestras acciones pasen por las potencias y sentidos de Cristo, como un rayo de sol por una vidriera, procurando regirlas con semejante santidad y modestia. No tuvo Jesús movimiento del ánimo ni del cuerpo, ni movió los ojos, ni meneó la cabeza que no fuese con grande conveniencia y ajustamiento á la razon y con altísimo fin, y con una divina modestia y prudencia, que ni aun cuando dormía se pudo volver del otro lado, que no fuese con razon y merecimiento que bastase á redimir el mundo. El mismo estilo se ha de guardar en las demás acciones de virtudes que hemos de ejercitar. Hemos de padecer con la paciencia de Jesús, abatirnos con su humildad, guardar las leyes con

su obediencia, tratar con otros con su afabilidad.

## CAPÍTULO XXVII.

**De como debe hacerse uno en lo interior semejante al Corazon de Jesús.**

Y no menos cuidado se ha de poner en conformarnos interiormente á imitacion de Jesús, procurando hacer nuestro espíritu uno con el suyo, para que con esto la semejanza sea perfecta y la transformacion entera: porque mucho más se pueden y deben unir los espíritus que no los cuerpos; y la transformacion de los amantes en los ánimos se hace. Hemos, pues, de mirar por nuestro corazon como si fuera el Corazon purísimo de Jesús, cuidando que tenga semejante limpieza, semejantes sentimientos, semejante caridad y deseo de la gloria de Dios. Reveló el mismo Señor á su esposa santa

Matilde que desde niño tuvo su corazón amorosísimo, por la suma caridad que en él ardía, muy diferente pulso y movimiento que los demás, dándole de continuo en el pecho cuatro golpes, los tres sobremanera rícos, como que se le salía del pecho; nacidos todos del amor veementísimo con que se abrazaba. Imitemos esta caridad de Jesús y tengamos un corazón parecido al suyo. ¡Qué lejos estaba el corazón de Cristo de aficiones de la tierra, de dejarse apoderar de pasiones, de teñirse de afectos humanos, de hacer las cosas por respeto é interés! ¡qué lejos iban sus dictámenes de los del mundo! Esto ha de procurar muy principalmente el amador de Jesús, embeber en su alma toda la doctrina del Hijo de Dios y teñirse de sus altos sentimientos, de aquel sumo aprecio que tuvo de la humildad, de la obediencia, de la pobreza, del ser perseguido. Aunque á toda la sagrada Escritura hemos

de respetar, como palabras de Dios, debemos tener particular devocion y respeto á lo que Jesús por su boca nos enseñó y tener singular cariño á su doctrina: porque si á los que contravinieron á lo que el Espíritu Santo habló por los ángeles y profetas castigó Dios severísimamente, ¿qué desvergüenza será menospreciar nuestra salvacion y vida, que está en las palabras de Jesús? Tengamos respeto por quien nos habló Dios, que es por su Hijo, á quién instituyó heredero del universo; por quien hizo los siglos; el resplandor de la gloria; la figura de su sustancia; el que sustenta todas las cosas con la palabra de su virtud; el que hace la purgacion de los pecados del mundo; el que está sentado á la diestra de la Majestad en las alturas; el que es tanto mejor que los ángeles, cuanto tuvo por herencia mejor nombre: porque ¿á cuál de los ángeles dijo Dios: «Mi Hijo eres tú; hoy te engendré; tu trono du-

rará por los siglos de los siglos; adórenle todos los ángeles de Dios? A ningún serafín concedió estos privilegios, sólo por gran favor se llaman los ángeles ministros y criados suyos. Advirtamos, pues, que es tan de fé como ser Dios trino y uno, que la pobreza, lágrimas, padecer persecuciones, están tan lejos de ser mal, que son, no solamente bienes, sino que bienaventuranzas las dijo Jesús. Este sentimiento es de Cristo; esta doctrina es toda suya; esta finalmente es verdad; todo lo demás engaño y tinieblas. A esto nos persuadamos y forjemos en nuestro corazón dictámenes que desmientan todo el linaje y estimación del mundo, que se atreve á contradecir la verdad eterna de Jesús; lo cual ha de llevar impacientemente, digámoslo así, el que es verdadero amante de su pacientísimo Redentor. Uno que ama á Jesús ha de oír de su boca, con tanto mayor gusto como la Magdalena, los

consejos de perfeccion, considerando el amor con que los dice y la autoridad y prudencia del que los dice, que es aquel á quien llamó Isaías, ángel del gran consejo, Dios fuerte y poderoso.

### CAPÍTULO XXVIII.

**Práctica de imitar á Cristo, segun el bienaventurado san Francisco de Borja.**

Facilitarése mucho la imitacion de Jesús con traerle siempre presente, y principalmente en las acciones que fueren más semejantes á las que queremos hacer; lo cual será un arte maravilloso para que aún las obras que hemos de hacer necesariamente, y no son de suyo meritorias, por conformarlas con las de Jesús, sean de excelente merecimiento; é imitaremos á Isaías que dice: «Y mi obra con Dios.» Quiso el Señor de la gloria andar, asentarse, dormir, velar

y hacer otras cosas semejantes, todo por nuestro bien, para que, ofreciéndolas al Padre, juntándolas con las nuestras, realzase nuestras obras inútiles á grande mérito. Por lo cual propondré aquí alguna práctica de esta conformacion, sacada por la mayor parte del bienaventurado Francisco de Borja.

Si despierta uno por la mañana, acuérdesese del primer instante en que Cristo tuvo vida en el vientre de su Madre, con qué caridad amó á Dios y á todo el mundo; y cada uno haga cuenta que á sí en particular amó, ofreciéndose á la muerte por su salvacion, y procure imitarle en aquel fervor. Si se viste, acuérdesese de cuando Herodes puso á Cristo la vestidura blanca, para hacer burla de él, ó cuando la Vírgen amantísimamente vestia y envolvía al niño Jesús. Si entra en el templo, acuérdesese de cuando Jesús fué presentado, ó cuando fué en peregrinacion á visitar el templo de

Jerusalén. Si va á orar, acuérdesese de cuando Jesús pasó las noches enteras orando sin cansarse, ó cuando perseveró en el Huerto en oracion fervorosa con tan grandes congojas y tedios. Si oye misa, acuérdesese de cuando Jesús consagró el pan y vino en su cuerpo y sangre, y se sacrificó en la cruz. Si reza las horas, acuérdesese de cuando Jesús rezó el himno con sus discípulos. Si come, acuérdesese de cuando Jesús fué convidado de san Mateo y del Fariseo, ó cuando cenó con los apóstoles. Si da limosna, acuérdesese de cuando en el desierto repartió Jesús el pan á las tropas de gente que le seguian. Si está en pié, acuérdesese de cuando Jesús estuvo delante de Pilatos. Si está sentado, acuérdesese de cuando lo estuvo Jesús, burlándose de él los sayones, saludándole por escarnio: «Dios te salve, Rey de los judíos.» Si anda, acuérdesese de cuando pasaba Jesús por Samaria, ó subia al monte Cal-

vario. Si va á caballo , acuérdesese de cuando entró caballero humildemente en Jerusalem. Si visita un enfermo, acuérdesese de cuando los curaba Jesús. Si escribe, acuérdesese de cuando Jesús escribió con el dedo en la tierra quien podría apedrear la adúltera. Si lee, acuérdesese de cuando mostró Jesús la imagen é inscripcion de la moneda del César. Si es reprendido de las buenas obras, acuérdesese de cuando Jesús era acusado y murmurado de los judíos, porque en los sábados hacia bien y sanaba á los enfermos. Si es murmurado, acuérdesese de cuando los judíos decian de Jesús que echaba los demonios en el príncipe de los demonios. Si padece alguna afrenta pública , acuérdesese de cuando Pilatos mostró á Jesús al pueblo, diciendo: «Ecce Homo.» Si le acusan falsamente, acuérdesese de cuando fué acusado Jesús delante de Caifás. Si le hacen injusticia, acuérdesese de cuando Jesús fué condena-

do á muerte. Si oye una respuesta descortés, acuérdesese de cuando el sayon dió una bofetada á Jesús, y dijo: «¿Así respondes al Pontífice?» Si tiene gana de comer, acuérdesese de cuando tuvo hambre Jesús en el desierto. Si tiene sed, acuérdesese de cuando la tuvo Jesús en la cruz. Si tiene frio, acuérdesese de cuando se helaba Jesús en el pesebre. Si le despiertan del sueño, acuérdesese de cuando en la nave despertaron los discípulos á Jesús. Si es desamparado de quien confiaba, acuérdesese de cuando dejaron á Jesús los discípulos, cuando le prendieron. Si se parte de quien bien quiere, acuérdesese de cuando Jesús se despidió de su Madre para ir á morir. Si tiene enfermedad ó dolor, acuérdesese de cuando azotaban, coronaban y crucificaban á Jesús. Si está para morir, acuérdesese de cuando Jesús encomendó su espíritu en las manos del Padre. Si se desnuda, acuérdesese de cuando despojaron á Jesús para azotarle

y crucificarle. Si se echa á dormir, acuérdesese de cuando sepultaron á Jesús ó de cuando dormía en la nave, ó en los brazos de la Vírgen siendo niño.

## CAPÍTULO XXIX.

**De otros actos interiores con que hemos de imitar á Cristo.**

Interiormente se puede imitar á Jesús en las molestias y sentimientos de su Corazon. Si el buen consejo que das ves despreciado, acuérdate que mejores consejos dió Jesús y que tú mismo los despreciaste. Si lleva uno con celo ver las ofensas de Dios, acuérdesese de Jesús cuando echó del templo los que vendian. Si está sin consolacion ni devocion, acuérdesese de Jesús, cuando se quejó ser desamparado del Padre. Si ve alguno que vuelve atrás y deja el camino de la virtud, acuérdesese de lo que sintió Jesús, cuando Judas le hizo traicion. Si se duele por sus faltas,

acuérdesse de que Jesús se dolió de ellas primero. Si se duele por pecados ajenos, acuérdesse de cuando Jesús lloró sobre Jerusalem y sudó sangre en el Huerto por los nuestros. Si ve los pocos que trabajan en la viña de Dios, acuérdesse de cuanto Jesús sintió, cuando se quejó de que la mies era mucha y pocos los obreros. Si ve alguna caída en los hombres santos, acuérdesse de cuando vió Jesús que san Pedro le negaba. Si está tentado, acuérdesse de que á Jesús tentó tambien el demonio. Si ve que los malos se enfadan de los devotos y buenos, acuérdesse con qué ánimo llevó Jesús que los gerasenos le pidieran que se fuese á su tierra. Si ve que los malos hacen burla de los justos y santos, acuérdesse de lo que sintió Jesús en la cruz cuando mofaban de él. Si ve que alguno blasfema, Cristo tambien lo vió y se dolió en el alma.

Póngase diligencia en la memoria de

estas y otras acciones de Jesús; y no dejemos pasar la ocasion de merecer mucho. Grande negligencia y desagradecimiento seria que, pudiendo alcanzar tan fácilmente tan grandes bienes, los despreciemos y hagamos tan poco caso de ellos. Muy fácil cosa es la que aquí se pide, que es lo que se ha de hacer así como así. Hemos de andar, hemos de comer, hemos de padecer, hemos de enfermar, hemos de morir. Si todas estas cosas hacemos y padecemos, y no es por Jesús, fuera de que nos serán más trabajosas, no nos serán de provecho. Si las hacemos por Jesús y mirando á Jesús, el trabajo es menos porque consuela y recrea Cristo á los que trabajan por él; y despues el premio será inestimable por juntar nuestras obras con las de Jesús, con lo cual serán muy agradables al Padre; y, siguiendo á Jesús, no andaremos en tinieblas, sino tendremos la luz de la vida. En la imitacion de las acciones exteriores

de Cristo, se ha de procurar tener tambien respeto á su interior, no parando solamente en el bulto de la obra que se ve, sino penetrando hasta lo íntimo de su Corazon santísimo, de donde procedia, considerando cuán heróicos actos hacia, con cuánto fervor y caridad.

### CAPÍTULO XXX.

**Práctica de imitar á Cristo, segun el devoto Tomás de Kempis.**

Con otra consideracion que aconseja el venerable Tomás de Kempis, se puede traer á Cristo presente, y será de gran provecho para imitarle: y es mirar siempre á Jesús en mis hermanos, haciendo todas las cosas que hiciéramos por ellos, como si inmediatamente las hiciéramos por Cristo personalmente, con semejante amor y reverencia, y del modo que Cristo las hiciera por ellos. El santo hermano Alonso Rodriguez, siendo portero, todas

las veces que tocaban la campanilla, se le representaba que Cristo llamaba, respondiendo siempre: Señor, ya voy, acudiendo con gran prontitud y devoción, considerando que Cristo era el que esperaba. Y para descubrirle el Señor lo que le agradaba esta devoción, sucedió aparecersele visiblemente, abriendo la puerta de nuestra portería y entrar el mismo Cristo por ella, acompañado una vez con su Madre santísima y otros santos y ángeles. En los oficios de caridad se ha de tener principalmente esta consideración, de hacerse no sólo por Jesús, sino al mismo Jesús. Es dulcísima voz la de este Señor, que, para consuelo nuestro, dice: «Lo que hiciéreis á uno de estos hermanos á mí lo hicisteis.» Cuán grande gozo del alma es considerar que el que favorece á su hermano necesitado da la mano á Jesús caído. El que sufre pacientemente la carga que le han puesto, lleva en sus hombros á Jesús, y ese crucifica-

do. El que á su hermano afligido le dice una palabra de consuelo, da un ósculo amoroso Jesus en sus labios bañados de gracia. El que llora culpa ajena y pide perdón por ella, lava y limpia con la Magdalena los piés de Jesús, y le bautiza con san Juan. El que pacifica al que está enojado, adereza á Jesús en el alma una cama de flores. El que de su plato y comida da á su hermano y al pobre lo mejor, apacienta á Jesús con regalos y deleites de caridad y con un panal de miel. El que estorba palabras ociosas, ahuyenta las avecillas no se coman la simiente de Jesús. El que no quiere oír, ni que se digan murmuraciones, echa los ladrones fuera del templo y casa de Jesús. El que oyendo males ajenos se duele de ellos, cura las llagas sangrientas de Jesús. El que habla cosas de provecho, contando ejemplos santos, regala los oídos de Jesús con suave música, y deleita sus ojos con vistosas y olorosas flo-

res, y derrama aroma en los que lo oyen. El que excusa las faltas de otros y vuelve por su fama, cubre, como otro san Martín, el cuerpo desnudo de Jesús. El que piensa en las obras, humildad y doctrina de Jesús, miel y leche recibe de su boca. El que ora por el enfermo y tentado, resucita con Jesús á Lázaro y llora con Marta y María. El que oye la palabra de Dios y la conserva, duerme sobre el pecho de Jesús, como san Juan evangelista. El que obedece pronto y humildemente, sigue á Jesús con sus discípulos hasta el monte Olivete. El que deja todo su querer por el del superior, deja con san Pedro todas las cosas para hacerse apóstol de Jesús. El que sufre alguna incomodidad por su hermano, pone su mano en la cruz y la ofrece á los verdugos para que la enclaven en lugar de la de Jesús. No hemos de hacer cosa que no sea por amor de Jesús, y mirando á Jesús, imitando en este modo de obrar al

Padre Eterno, que no hace obra ni gracia, ni beneficio á hombre nacido, que no sea por Jesús, por cordialísimo amor suyo, y mirándole siempre.

### CAPÍTULO XXXI.

**Modo de imitar á Cristo que usaba san Pablo.**

Adviértase con todo eso que no se ha de olvidar uno, porque mire en sus hermanos á Cristo, de mirarle tambien en sí mismo y dentro de su corazon, cuyo cuerpo y carne se ha de juzgar, como ya dijimos. Este modo perfectísimo de imitar á Cristo, parece que usaba san Pablo, cuando dijo, que vivia, no en él, sino en él Cristo; y otra vez dice, que hablaba en él Cristo. De tal manera ha de hacer uno las obras por Jesús, á quien reconoce en los otros, que no se desuna él del mismo Jesús, sino que obre por Je-

sús como obrara el mismo Señor, ó de la manera que cumpliera Cristo aquella obra si viviera en él y dentro de sus miembros. Y de tal manera sirva uno á su hermano por Jesús, como el mismo Jesús servia á su Padre. Podrá hacernos fuerza el considerar que, si fuera de Cristo, que murió por nosotros, hubiese encarnado otra persona divina, ó el Padre Eterno, ó el Espíritu Santo, y héchose hombre, y padecido y muerto, no por nosotros, sino sólo por el mismo Cristo, de la suerte que Cristo murió por nosotros, ¿con qué ojos y amor y agradecimiento la miraria Cristo, y acudiria á las obras que le hubiesen encargado, ó echase de ver que eran su gusto? Esta perfeccion de obras hemos de tomar por ejemplo, obrando como quien es un cuerpo con la carne de una persona divina, y sirviendo al que es tambien un cuerpo con Jesús, Dios y hombre. Para llegar á esto, conviene considerar en cada obra, cómo lo hiciera Cris-

to Jesús por gloria de su Padre, ó de otra persona infinita; mirando así la modestia y decencia de la obra exterior, como el fervor interior de su Corazon y constancia invencible de su caridad, para ejecutarlo así nosotros, en cuanto pudiéramos; y el mirar á Cristo, no sólo sea considerando su humanidad á solas, sino con la junta del Verbo, mirando aquella sacratísima alma y como toda empapada en Dios, llena toda y rebosando divinidad, estremeciéndose uno de tan grande majestad con un amor humildísimo y lleno de respeto de su infinita santidad.

Tambien cuando miramos en los pobres á Cristo, no ha de ser siempre considerándole solamente como andaba en el mundo, pobre y con vestido pobre, sino tambien con la majestad que ahora tiene. Esto ha de hacer estremecernos y reverenciar con humilde corazon al pobre. Por lo cual santa Isabel, hija del rey de Hungría, no queria que los pobres la lla-

masen señora; y es tanta la afabilidad y humildad de Jesús, que quiere miremos á los pobres, no tan solamente como á él inmediatamente, sino casi como con más cariño, y como si les tuviéramos más obligaciones que á su persona divina inmediata. Llamando para hacer una obra de caridad á la esclarecida vírgen Catalina de Raconisio, que estaba en oracion, y excusándose ella, le dijo el Señor que fuese. Respondió la vírgen: No es bien, Señor, que deje al Criador por la criatura. El Señor le replicó que fuese, con todo eso, que su gusto era le dejasen, porque hiciesen servicio al hombre necesitado. ¿Qué mayor favor nos podia hacer Jesús, que mandar que así nos favorezcan sus siervos, como á su persona misma?

---

## CAPÍTULO XXXII.

**De la perfeccion de la imitacion de Cristo, que enseña san Ignacio, nuestro patriarca, con el mismo espíritu que san Pablo.**

Desee y procure muy principalmente, el que ama verdaderamente á Jesús, imitarle en lo que el mismo Señor más amó, que es su cruz, desprecios, pobreza y dolores, honrándose uno con estas insignias gloriosísimas del Hijo de Dios, abrazándolas en su cuerpo y en su alma, como hacia san Pablo que se gloriaba que tenia en su cuerpo las llagas de su Señor y exhorta que todos nosotros de piés á cabeza estemos rodeados y traigamos en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo. Dice tambien que estaba lejos de gloriarse en otra cosa, sino en la cruz de su Señor, teniendo en su alma semejante aprecio, que tuvo su maestro de ella. No

dijo san Pablo que se gloriaba en la cruz, sino en la cruz de Cristo, que es la más penosa y sólo por imitarle. Hay tres cruces: una de los pecadores cuando padecen por sus pecados: esta es cruz del mal Ladron; otra de los justos cuando padecen por los pecados pasados: esta es la del buen Ladron; otra cruz es de quien inocentemente padece, y sólo por buenas obras que hizo: esta es la cruz de Cristo, de la que se gloria san Pablo, dando á entender que era su honra padecer, sólo por padecer y conformarse con la imágen del Hijo de Dios, espejo y milagro de inocencia. Esta es suma perfeccion de la imitacion de Jesús, la cual nos declaró nuestro Padre san Ignacio, que por ser de tanta importancia, pondré aquí lo que enseña. Queriendo el santo aficionar á los hombres á la verdadera doctrina de Jesús y á su perfecta imitacion, encarga que se consideren mucho tres clases de humildad. La primera manera de humil-

dad es la necesaria para salvarse, cuando á sí se abate uno y se humilla, cuanto en sí sea posible, para que en todo obedezca á la ley de Dios, que aunque le hicieran á uno señor de todo el mundo, ni por la misma vida se ha de parar á deliberar ni quebrantaré algún precepto que obligue á pecado grave.

La segunda humildad es más perfecta, es á saber, cuando llega uno á tal punto de perfeccion, que está unido y conforme con la voluntad de Dios, que no quiere ni se inclina más á riqueza que á pobreza, á honra que á deshonra, á vida larga que á corta, siendo igual el servicio de Dios y salud de su alma, de modo que por todo lo criado, ni por la vida, haria un pecado venial ni cosa que entienda no ser total voluntad de Dios. Tras esta perfeccion que parece ser la suma, halló san Ignacio, como fino amante de Jesús, otra mayor y más afectuosa para los que quisiesen imitar á Cristo

muy de cerca; y así puso la tercera manera de humildad perfectísima, cuando incluyendo la primera y la segunda, aunque fuese igual gloria de Dios, sólo por imitar uno y parecerse más actualmente á Cristo, quiere y elige más pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honras; y desea más ser tenido por vano y loco por Cristo, que primero fué tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo. De suerte que si se diera igual gloria de Dios, en que fuera uno pobre ó rico, afligido ó sin dolor, solamente por parecerse más á Jesús, deseara con todas ansias de su corazón que le falte todo y estar en tribulación y cruz; la cual escogiera antes que los imperios del mundo y de la vida, no sólo por no hacer cosa que desagrade á Dios, por ligera que fuese, sino por sólo asemejarse á Jesús. Esta es la ciencia de los santos; esta la sabiduría de Dios, que fué

tenida de las gentes por locura; esta es doctrina del cielo; esta la leccion que enseñó el Espíritu Santo á los apóstoles, que se iban regocijando porque habian merecido padecer contumelias por Cristo; esta es la legítima imitacion de Jesús; esta la piedra del toque de su amor. Meta su mano en el pecho quien piensa que ama á Jesús; mire en qué grado de estos tres está, y cuánto le falta para el tercero; y aspire á él con todas las ansias de su corazon; y con clamores y lágrimas le pida humildemente al Padre, que desea vernos á todos muy conformes á la imágen de su Hijo. Esta es la mayor gloria de Dios, á que aspiró san Ignacio siempre, trayéndola de continuo en la boca y en el corazon, y en su vida y obras. Y santa Teresa de Jesús hizo voto de hacerla siempre, no queriendo que hombre nacido la llevase ventajas en el amor y semejanza de su Esposo. Nunca está una

alma santa más parecida á Jesús, ni más envidiada de los ángeles, ni más favorecida de la Vírgen, ni más querida de Dios, que cuando humillada y afligida de dolores. Estando enferma santa Metildis vino su Esposo Jesús y la abrazó por el lado izquierdo, diciéndola, que cuando estaba uno así afligido le abrazaba él con el brazo izquierdo por acercarle más su Corazon, dando á entender lo mucho que tiraba al Corazon de este Señor su imitacion y la imágen de su conciencia.

### CAPÍTULO XXXIII.

**Cuánto nos excita al amor de la divinidad  
el amor y conocimiento de Jesús.**

Oblíganos sobre todo esto el amor de Jesús á poner mayor cuidado de imitar la ardentísima caridad con que amaba á

su Padre, y celo abrasado de su gloria que infatigablemente, perseguido y afrentado del mundo, pretendia. Este amor de Dios ha de ser el principal fruto de la devocion de Jesús; el cual con ninguna otra consideracion se podrá encender más que con conocer y amar al Unigénito del Padre hecho hombre; porque, si Dios, que es invisible, se ha de conocer por los efectos, ¿qué cosa hizo en la naturaleza y en el cielo empíreo, donde hizo ostentacion de su gloria y poder, que más declare su infinita bondad que dar al mundo su Hijo para remedio suyo, sufriendole sus entrañas piadosísimas ver á quien llamó su querido, y en quien se complacia sobre todas las cosas, azotado, coronado de espinas, agonizar y morir de puros dolores en una cruz afrentosa? No es posible efecto donde más se descubra el océano de su amor y bondad; ni puede ser mayor la dignacion de Dios, que humillarse á hacerse hombre y morir tal muerte por

el hombre. Conócese tambien en Cristo la distincion de personas que hay en Dios y su nunca pensada liberalidad, que es principalísimo efecto de su bondad, con que se comunica y da el Padre de una vez al Hijo tan grande don como la naturaleza divina, sin reservar nada para sí á solas. Descúbrese claramente en Cristo esta liberalidad del sér divino, todo bueno y todo comunicable, más que en ningun otro efecto, así en la filiacion humana como en la divina, pues en la humana acabó Dios de mostrar su suma comunicabilidad y estupenda bondad, porque la comunicacion del sér divino con que el Padre dió toda su sustancia infinita al Hijo, y el Padre y el Hijo al Espíritu Santo, es una comunicacion no libre, sino necesaria, sin tener Dios libertad para hacerla ó dejarla, sólo por fuerza de su naturaleza infinita. Quedaba con todo eso algo no comunicado en Dios, que son las personas divinas, porque aunque el Pa-

dre dió al Hijo su naturaleza, no le dió su misma persona; quedaba tambien que ver si era Dios comunicable á la criatura. Acabó, pues, de manifestarnos en Cristo su comunicabilidad, esto es, su inefable bondad, pues comunicó á la naturaleza humana su sér divino, no reservando aún el Verbo su persona; con que mostró como el sér divino era comunicable á todos, y así la naturaleza como la persona. así necesaria como liberalmente, así al Verbo increado como á la criatura. Para quien penetra esto con viveza, es el mayor motivo para entregar el corazon é írsele la voluntad y deshacerse en amor de tan inmenso sér y abismo de liberalidad y de majestad tan sin envidia que la comunicó aún á su criatura.

No paró aquí su incomprendible bondad, sino que quiso comunicarse por Cristo, no sólo á una naturaleza humana, sino á los demás hombres; lo cual se hizo por la institucion del tremendo y amoroso

Sacramento de la Eucaristía; por el cual el sér divino y humano de Cristo se nos comunica, y con una admirable union, no metafórica y sólo por afecto, sino real y sustancialmente, como hablan los Padres y admiten graves doctores, nos hacemos un cuerpo y una carne con Jesús; con lo cual están todos los que comulgan como sustentados y depositados por medio de Jesús en la persona del Verbo, que es la subsistencia de Cristo, cuyos miembros y carne somos. De la consideracion de este misterio, en que así se comunica y derrama Dios (fuera del amor que ha de aumentar á uno esta infinita dignacion y comunicabilidad del sér divino), ha de sacar saberse estimar y mirarse como que estuviese subsistente en una persona divina, y que está con este modo admirable, como unida hipostáticamente su carne, pues lo está inmediatamente la de Cristo, cuya carne es. Esto es lo que dicen algunos santos ser la Eucaristía, ex-

tension de la Encarnacion. Mire, pues, uno que recibe á Jesús, qué cosas hace, piensa, dice; todas sean como de persona divina y dignas de un cuerpo, cuya subsistencia es la del Verbo eterno; mire cómo ama á Dios y procure sea su caridad semejante á la de Jesús, cuyo miembro es.

Descúbrese tambien en Cristo la bondad divina, por cuanto es una imágen de sus resplandores, un retrato visible de las perfecciones invisibles y condicion de Dios. Practicó Jesús al descubierto en su vida lo que pasaba en la divinidad invisiblemente; por eso escogió vida humilde, perseguida, despreciada y ocupada en hacer bien, para representarnos las costumbres divinas menos entendidas, pero que concilian más amor, que son mansedumbre, afabilidad, paciencia, liberalidad, humildad: sea lícito ahora hablar así, pues san Pablo llamó anonadarse la suma dignacion del Hijo de Dios.

Toda la humildad á que se abatió la humanidad de Cristo es sombra respecto de la infinita dignacion de la divinidad. Mayor extremo hizo el Verbo, y á más se abajó en querer unirse á la humanidad, que no la humanidad por sí, en cuanto se humilló, áun arrodillándose á los piés de Judas. Mayor acto de dignacion, y (si así se puede hablar) extremo de humildad es la comunicacion y conversacion interior que tiene Dios con los hombres, teniendo con ellos sus delicias y gusto, que no la conversacion exterior que tuvo con unos pobres pescadores la humanidad de Jesús. Lo mismo digo de las demás virtudes; porque mayor paciencia de la divinidad es sufrir un pecado, que no lo fué de la humanidad, aunque sufriera todos los tormentos del infierno. De esta manera se manifiestan las virtudes y costumbres divinas en Jesús, para causar en nosotros un alto conocimiento y amor de Dios. Todo Cristo está compuesto,

para que amemos á él y á su Padre. Suplíctote, Dios eterno, Padre del humilde Jesús, por su santa vida y muerte y por su ardiente caridad, que enciendas mi corazón helado para que se abra en su amor y el tuyo. ¡Oh Unigénito de Dios que celas la honra de tu Padre, tantas veces despreciado de mí! Concédeme esta gracia, que te ame con todo mi corazón, para que ame á tu Padre y tu Dios, mi Padre y mi Dios. ¡Oh Espíritu de amor, lazo con que se abrazan y quieren infinitamente Padre é Hijo! Despierta en mi pecho una inmensa llama de amor, con que los ame y glorifique, y tenga principio desde ahora, lo que espero que no ha de tener fin, y deseo con todos los deseos y ansias de mi corazón hacer por los siglos de los siglos.—Amen.

---

---

---

DE LA AFICION Y AMOR DE MARÍA,  
VÍRGEN SACRATÍSIMA

MADRE DE JESÚS DIOS Y HOMBRE.

~~~~~

PRÓLOGO.

De escaso interés y de menos utilidad seria cuanto para ponderar la necesidad de amar á María, que es el objeto de este libro, pudiéramos decir á las almas verdaderamente devotas y enamoradas de tan soberana Señora; pues por más que encareciéramos, (y nunca seria bastante), las amables cualidades y relevantes prendas de la que es objeto tierno de su cariño, siempre serian nuestras alabanzas inferiores

á la fuerza de su amor y á la alteza más que sublime del objeto amado. Mas como la obrita del eminente ascético que hoy de nuevo damos á luz, no tan sólo está destinada á ser refrigerio y gozo espiritual de aquellas almas privilegiadas, si que tambien á ser confortante agradable, estímulo poderoso y efficacísimo incentivo para los menos adelantados en el amor de la Vírgen, por esto, y porque creemos que han de hallar todo esto y algo más en la lectura de la presente obrita, eficazmente se la recomendamos, y se la ofrecemos con grande esperanza de que ha de serles de gran provecho.

Seria punto menos que imposible alegar más poderosos argumentos, ni encarecer más y mejor las amables prendas de aquella á quien llamamos Madre del amor hermoso, á

fin de mover á los corazones cristianos á amarla, que los que con este objeto ha reunido, y que lo que ha escrito el P. Nieremberg en este su tratadito *De la aficion y amor de María Virgen Sacratísima*. Empezando por declarar lo mucho que gusta á Dios que amemos y sirvamos á tan excelsa Señora, para ir en seguida manifestando como la aman la Trinidad santísima, las celestiales jerarquías, los patriarcas, los profetas, los apóstoles y los santos todos, acaba por exponer los motivos por los cuales deben los hombres amarla, moviendo á la voluntad más rebelde á inclinarse á ese amor, y á encenderse en sus llamas al corazón más frío. Y esto lo hace en un lenguaje castizo, en un estilo dulce, rico, lleno de unción, y autorizando y amenizando los argumentos con escogidos y variados ejemplos,

que á la par que inclinan el ánimo á imitarlos, recrean la imaginacion é ilustran la inteligencia.

La oracion y la devocion á María ha sido siempre manantial abundantísimo de copiosos bienes. Crecer en nosotros el amor á tan poderosa y generosa intercesora, para que, ya que aumentan los males que afligen á la Iglesia y al pueblo cristiano se multipliquen en mucha mayor proporcion las gracias y bienes celestiales que han de sacar triunfante á aquélla y á éste de sus enconados enemigos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cuánto debe ser amado Dios, por querer tanto como quiere que amemos y sirvamos á tal criatura como su Madre.

Entre las grandes y tiernas demostraciones de amor y nunca pensados beneficios con que singularmente ha sido el género humano favorecido de Dios sobre las otras naturalezas intelectuales, hasta el más alto serafin, y por los cuales le debemos el amor de todo nuestro corazón y de infinitos corazones que tuviéramos, es uno de los mayores haber criado de nuestro linaje tal criatura como María Santísima, Vírgen de vírgenes, admiracion y pasmo de los ángeles, gloria de los hombres, ostentacion de la omnipotencia divina, á quien escogió por querida Madre suya, y nos dió por tier-

na Madre nuestra. Y unas de las inopinables dichas de que gozamos los que estamos en la ley de gracia, y de que nos pudieran tener grande envidia los santos de la ley antigua, es alcanzar nosotros á esta gran Señora, y conocer tan singular y primera hechura de Dios. Por cierto que carecieron los patriarcas antiguos de un incomparable bien en esto; porque los podemos considerar como huérfanos sin madre, y sin un excelentísimo motivo de admirar, engrandecer y amar á Dios por tan estupenda obra y ostentacion de su omnipotente mano, infinita sabiduría, é inmenso amor de sus criaturas; pues para consuelo y honra de ellas crió una tal, en que sobre todas juntas resplandecen con muchas ventajas su infinidad y todas sus perfecciones: porque, si por los efectos se divisa su sér incomprendible é infinito, ¿dónde se puede descubrir más que en aquél que es el mayor de todas las puras criaturas juntas?

¡Oh gran Dios! ¡con cuántas obligaciones y ejecutorias demandas mi amor! Yo me doy por vencido por esto sólo, porque criaste tal á María é hiciste Madre tuya, y me la diste por Madre mia. Quisiera agradecerte con infinito amor, y de infinitos corazones, este tan gran bien, que no sólo criaste á María para que más te amase y reverenciase yo, pero que quisiste que esto fuese amando y reverenciando á ella. Gracias á tu infinita bondad, que no sólo quieres ser amado en tí, sino en nuestros beneficios, y efectos de la omnipotencia divina; que no sólo podemos amar á Dios en él, pero que gusta y manda Su Divina Majestad lo hagamos así y nos encarga que le amemos y reverenciemos y sirvamos amando y sirviendo á María, librando en ella las deudas infinitas que le tenemos; porque él se halla deudor á esta criatura con la mayor deuda que hay, que es de hijo, porque es deuda no menos que de

la vida. ¡Oh buen Jesús! si á los que te quitaron la vida hiciste bien; á la que te la dió ¿cómo puedes dejar de ser agradecido? si á nuestros enemigos mandas que amemos; á tu Madre, ¿cómo te holgarás que la tengamos aficion y amor? Ea, hijos de Eva, desempeñemos á Jesús amando y sirviendo á María de lo que él le debe; y desempeñémonos á nosotros de lo que debemos al mismo Jesús: porque aquel Señor á quien debemos todos, es deudor sólo de María, en quien traspasó nuestras deudas.

Debemos este gusto á Jesús en lo que tanto y tan justamente desea, de ver servida á su Madre; y miremos por qué lo desea, que no sólo es por desempeñarse él de lo que la debe, pero porque le empeñemos más con este servicio á hacernos nuevos beneficios. Demos este gusto á toda la Santísima Trinidad, reverenciando á su templo. Demos este gusto á los ángeles, reconociendo á su Reina.

Demos este gusto á los santos, amando á su Madre. Demos este gusto á todas las criaturas, honrando á la que es honra de todas. Todas las cosas nos exhortan y fuerzan á esto con su ejemplo. El Padre Eterno la ama como á querida hija y la primogénita de las criaturas puras. El Hijo de Dios la quiere como á madre, que lo es verdaderamente muy tierna y amada. El Espíritu Santo como á esposa, estimando más á ella sola, que á los santos todos y las jerarquías enteras de los ángeles. Los espíritus soberanos la tienen amor como á legítima reina. Los mayores santos la tuvieron por más que madre. Y ella, finalmente, merece nuestro amor por innumerables títulos, porque cuanto debemos á nuestro Redentor, debemos también á María; porque no nos hace su Hijo bien alguno, que no sea por su Madre; porque así como la causa de nuestra perdición fué Adán, por persuasión de Eva, así ha ordenado

Dios que la causa de nuestra salvacion sea Jesús, interviniendo María. Merece, pues, nuestro amor por los beneficios que nos ha alcanzado; por los bienes que en esto granjearíamos; por lo mucho que nos ama y está solícita de nosotros, siendo nuestra abogada; por su grandeza y dignidad; por ser nuestra Reina; por ser nuestra Madre; por su hermosura de alma y cuerpo; por sus admirables virtudes; por su grande agradecimiento; por ser honra nuestra; por ser gusto de Dios; y por el amor que á nuestro Redentor Jesús debemos, por el cual hemos de amar á su Madre, aunque ella no fuera tal, si nos hubieran así obligado.

Estimemos gozar nosotros lo que tanto desearon los Padres antiguos. Estimemos haber nacido en tiempo que está coronada María por Reina de misericordia, á la cual los ángeles desearon ver por millones de años; y agradezcamos á Dios esta merced que desearon tantos santos

patriarcas y profetas. Estimemos vivir en estos postreros años dichosísimos, por alcanzar á esta Señora, por la cual los santos son más santos, y muchos que no fueran santos, por estar María en el mundo lo son: muchos que no se salvaran antes, ahora se salvan por María. Hasta los mismos precitos y condenados deben tener por dicha haber nacido en estos tiempos, que no haya quien no alcance la piedad y clemencia de María; porque á los mismos que se han de condenar les tiene compasion, librándolos en esta vida de muchas tribulaciones y trabajos, como compadecida de los que despues han de tener por no haberse querido aprovechar de su misericordia; ó les acorta de compasion la vida, porque no se condenen con más pecados; y, despues de caidos en el infierno, deben á María que no les castigue Dios, tanto como merecen, porque la pena menor con que dicen los teólogos que Dios castiga á

los condenados, y el premio mayor con que galardona á los bienaventurados, deuda es y beneficio que se debe ahora á esta Señora. Y si (conforme á san Ildefonso) de alguna pena accidental aliviase á los condenados, más razon hay para entender que regocijará en el cielo á los bienaventurados con nuevos premios accidentales. Pues los que van al purgatorio ¡qué largo que lo penaban antiguamente, cuando no habia María que intercediese por ellos! Más ahora con su piedad les abrevia aquellas penas, y los consuela en ellas. Para todos son dichosos estos tiempos del reino de María, despues que ella manda en el cielo y en la tierra.

CAPÍTULO II.

Cuánto gusta Dios que amemos y sirvamos á María, Vírgen y Madre suya.

Veamos ahora más en particular, por qué gusta tanto aquel sér infinito é increado de Dios, que amemos y sirvamos á una criatura, que aún quiere que en muchas cosas no las hayamos con él inmediatamente, sino es por medio de María, y que en parte dejemos á su majestad divina, por servir á ella; lo cual no es dejar de servir á Dios, sino servirle más, porque es servirle como quiere: porque así como muchas veces ha gustado como algunas almas santas le dejen en la oracion y se deshagan de sus tiernos abrazos, porque vayan á servir á un hombre, ó á obedecerle y reverenciarle, con mucha razon ha gustado que dejemos de acudir á él inmediatamente, porque reverenciamos á su

Madre; y así, muchas cosas que, si las pidiéramos sin mediar ella, nos negara, por sólo que acudimos á ella nos las concede con gran gusto: lo cual es clara señal de lo mucho que se agrada de que la sirvamos, y que si amamos á Jesús, hemos de amar á su querida Madre; pues nos ha puesto tal celo para servirla, como es nuestro interés y valer algo con él, recabando lo que le pedimos. ¿Quién no ve la infinidad de milagros y prodigios que se hacen cada dia por medio de María? Porque si se consideran las imágenes milagrosas que hay, son muy pocas las de Cristo, é innumerables las de la Virgen, y más frecuentadas y famosas por hacerse en aquellos lugares más y mayores milagros. ¡Oh humilde Jesús! si de los otros santos dijiste que harian algunas mayores maravillas que las tuyas, ¿por qué no habias de hacer esta gracia á la que te parió de sus entrañas y es la más santa de los santos, que hiciese ma-

yores maravillas que las tuyas y las de todos los santos juntos, como lo experimentamos hoy en día?

Y no es esto sólo querer cumplir Dios con los hombres; no es sólo querer edificarnos aquella infinita santidad de Jesús, con esta su humildad y respeto que tiene á su madre y honra que hace, queriendo darnos ejemplo de honrar á quien quiera que honremos, porque muchas más cosas hace por María, que nosotros podemos entender. Porque no sólo los milagros que hace cuando pedimos algo por su intercesion nos lo alcanza ella; pero aún todas las maravillas por medio de los demás santos, y de sus imágenes de crucifijos, y todo lo que le pidamos á él inmediatamente y á otros santos del cielo, aunque no nos acordemos nosotros de la Virgen ni se la pidamos á ella, no lo hace Dios sino intercediendo su Madre Santísima; porque ella es tan Madre de los hombres que, aún sin acordarnos

nosotros de ella, su amor no se olvida de nuestras necesidades, estándonos recabando de su Hijo millones de mercedes que no entendemos, ni sabemos; porque es tanto lo que ama Dios á María, y lo que gusta que le amemos y sirvamos, que ha determinado de no hacer ni conceder gracia que no sea por su medio: por lo cual dijo San Bernardino, que tenia jurisdiccion en los dones del Espíritu Santo. Todo esto que he dicho no es sólo piedad quererlo entender así, sino verdad muy fundada en el sentimiento comun de los Padres de la Iglesia, que no se despacha gracia del trono de Dios que no sea por María, pidiendo ella para nosotros las mercedes, que aún no la pedimos; ni es posible que la pudiéramos pedir tantas gracias como ella nos recaba, estando continuamente alcanzándonos mil bienes, y haciendo oficio de solícita y tierna madre, cuando más descuidados estamos, de modo, que de ella pende todo el bien del mundo.

¡Oh dulce ocupacion (si así se puede llamar á nuestro tosco modo de entender) es esta de María mi Madre, y de todos los pecadores! Con cuánto gusto suyo muestra á su Hijo sus purísimos pechos, que le dieron leche, y le hace amoroso cargo de los dias que le hospedó en sus entrañas; de las veces que le tuvo en su seno; de los tiernos abrazos que le dió; de los pañalitos en que le envolvió con grande amor; de los vestiditos que le hizo; de las veces que le aderezó su comida; de los trabajos que pasó por él desterrada de su casa y patria (que para el amor que tenia al encerramiento, no seria de suyo poca mortificacion para tan pura y modestísima doncella); de los pasos que dió siguiéndole en su predicacion; de los lágrimas que derramó en su Pasion; porque para nuestro bien se aprovecha de todos sus servicios; y quiere la humildísima María hacer ostentacion delante de su Hijo de todo lo que hizo y pa-

deció por él, por criarle y guardarle la vida, para ejecutarle por nosotros como por justicia, haciendo memoria de lo que la debe, siendo así que todo lo conoce ella por beneficio de Dios.

Todo bien nos hace María, porque en todo lo que hace Dios, ella interviene con grande deseo de nuestro bien; porque como sabe que por la reverencia que la tiene su Hijo, y deseo que tiene de honrarla, ha determinado de no hacer merced que no sea por su medio, no se descuida punto en esto, porque no se eche de ver falta alguna; antes tiene tal gracia y tan buena mano con su Hijo, que nunca ha sentido el mundo más bueno, ni más misericordioso á Dios, ni recibido de su Majestad más mercedes, que despues que en él está María, y subió á los cielos; la cual ha sabido bien hacer lucir la bondad y misericordia divina.

Verdaderamente bien supo Dios á quien encomendaba este cuidado en el

tiempo de la ley de gracia, cuando queria ser más liberal y misericordioso. Bien conoció á María para fiar de ella su honra y el cumplir con los hombres, ya más preciosos delante de sí, despues que los vió comprados y apreciados á peso de la sangre de su Unigénito querido. Bien entendido tuvo cuán piadosas entrañas tenia para que fuera su limosnera y la repartidora de las infinitas riquezas de su misericordia; y así fué altísimo consejo y acertada eleccion de la bondad divina, cuando quiso que fuese su misericordia mayor, fiar todo este atributo de la facilidad y ternura de entrañas de una blanda y piadosa doncellita, y que era de nuestro linaje, esto es, de nuestra propia Madre, y más madre que tanto nos quiere. ¿Puede ser en el mundo mayor ventura que la nuestra? ¡que tenga tanto poder la que es más que nuestra madre carnal, la que nos quiere más, la que desea más nuestro bien, y más vién-

dose así obligada por razon de este gran oficio, que tiene de ser la limosnera de Dios y la dispensadora de sus misericordias! ¡oh amantísima madre mia! ¡oh Señora mia! ¡oh consuelo y alegría mia! ¿Qué era menester estar obligada á hacerme bien por razon de vuestro cargo, que porque no echeis en falta la misericordia divina os dais prisa en hacerme misericordia? Bastaba por cierto, sin más obligacion, vuestra ardiente caridad, que no os dejará estar olvidada de las necesidades de aquellos, que quiso tanto vuestro querido Hijo Jesús, que dió por ellos su sangre y vida. No espera tanto vuestra misericordia que fuese menester á que nos acordáramos de nosotros mismos, y de pedirnos vuestra ayuda: aún sin esta obligacion y cargo tan conforme á vuestro gusto que teneis, se anticipara vuestra intercesion, como ahora lo haceis, recabándonos más bienes que sabemos ni podemos saber, esto es, cuánto bien Dios nos hace.

Pues si esto es así, ¿por qué habia Dios de disimular el que fuéramos desagradecidos á tan grande bienhechora, á tales entrañas de madre y á tan cordial solicitud? ¿cómo podia callar, y no significarnos algo de lo mucho que debemos á María, para que la fuéramos agradecidos? Cosa muy suya es esta piadosísima y tan hacendosa y cuidadosa doncella de nuestro bien: no es menos que su Madre; y, como le toca tanto, quiere que se agradezca lo mucho que la debemos, y su misericordia y solicitud de nosotros; y esta es una causa porque gusta con tanto extremo de que amemos y sirvamos á María, porque gusta mucho de la virtud del agradecimiento, y más para con quien le cae tan de cerca, y de quien él gusta tanto, y gusta más por su inopinable caridad, que por haber nacido de sus entrañas. Por lo cual, así como todas las cosas se nos conceden por María, es gran gusto de Dios que en todas acuda-

mos á ella; y así en tocando en cosas de recabar algo de su Majestad, es negocio éste que toca á su Madre; y quiere que á ella imploremos, y que la hagamos todos los servicios que podamos; no tan sólo porque por este modo se negocia bien, porque ella, así como así se tiene cuidado, y mayor que nosotros mismos, sino porque la seamos agradecidos con esta memoria suya y confianza de la intercesion, y con tener ley y cariño, á quien tan amorosa y fiel nos es.

CAPÍTULO III.

Por qué gusta tanto Dios que amemos y sirvamos á María Virgen Santísima.

Fuera de lo que gusta Dios de vernos agradecidos, son otras muchas causas por las cuales huelga de que reverenciamos y sirvamos y amemos con gran ternura y ley á María; porque no sin mucha razon habia de fiar de nosotros tan-

ta honra como quiere que se haga á una criatura y dejarnos entregarla tanto nuestra aficion y amor. No sin causa aquel Señor, que aunque es liberalísimo de las demás cosas, es tan escaso y celador de su gloria, que dijo que no la daría á criatura, se habia de ablandar en haber dado tanta á una doncella, que pueda parecer la ha dado mayor que reservado para sí, pues mayores obras hace y quiere hacer por María que hace por sí mismo. Y por mejor decir, no hace nada de gracia y misericordia (en la cual consiste su gloria, segun san Pablo) que no sea por María, si bien fué infinito bien y misericordia que nos hizo de una vez encometer á tal criatura, y tan suave y misericordiosa Madre nuestra, este cuidado de hacernos bien por ella siempre.

Y para esto ¿qué mayor causa y razon que ser María Madre suya, y más tal Madre, que, aunque no lo fuera, merecia su suma santidad la honra que la hace

su Hijo, y quiere que la hagamos? ¿qué mayor causa que la obligacion de Hijo? Porque el humildísimo Jesus que honra tanto á los que no debe nada y los que fueron sus enemigos y esclavos del demonio, concebidos en pecado, que quiso que hiciesen mayores maravillas que él, como se vió en san Pedro, que tan poco habia que se perjuró y negó á su Maestro tres veces, y despues no sólo con la orla de su vestido, sino con su sombra, en tocando á un enfermo, sanaba á todos los que le esperaban; lo cual no llegó á hacer Cristo. Pues ¿cómo no habia de querer este Señor honrar á su Madre, á quien debia tanto y no fué concebida en pecado, ni jamás le tuvo, y le fué fidelísima y santísima siempre? No se contentó Jesús con sólo enseñarnos de palabra, sino con la obra quiso edificarnos; y así lo hace ahora aun estando en el cielo, cumpliendo lo que se dice en el cuarto precepto de honrar á los padres,

honrando él tanto á su Madre, y queriendo que la honren tanto sus redimidos: porque si se humilló á querer ser bautizado de san Juan, y se arrodilló á los piés de los discípulos, dando tanta honra á sus siervos, á los cuales no debia nada; á su Madre, á quien era en cargo la vida, ¿cómo no habia de honrar y querer que todos lo hiciésemos? y pues en otros preceptos y virtudes en que iba menos, nos dió ejemplo con grande humildad, en esto, ¿cómo podia descuidarse?

Nadie podrá entender bien esta razon, que no tuviere entendida la inmensa humildad del Hijo de Dios y su sumo agradecimiento, y por otra parte la grande obligacion que hay de honrar á los padres, que es la primera despues de la honra que se debe á Dios, y la juzgaron aún los gentiles por infinita, y lo bien que hizo la Virgen officio de madre. Pues así como no ha habido en el mundo hijo más hijo que lo fué Jesús de su Ma-

ría, ni más humilde, ni más agradecido, ni más santo, ni más honrado, ni que más amor tuviese á sus padres; y por otro lado, no ha habido en el mundo madre más madre, que lo fué María de Dios, ni mejor, ni que más amase á su hijo, ni que más se haya obligado, ¿qué honra podrá Jesús dejar de hacerla? ¿qué agradecimiento podrá dejar de tenerla? y ¿qué gusto recibirá de que todos honren á su Madre, á quien debe más que hijo nacido? porque, como le parió vírgen, no se parten en Jesús las dos obligaciones, segun la carne de padre y madre; pues el amor y reverencia, que otros hijos han de dividir entre dos, en el Corázon de Jesús se unen para honrar á María. Fuera de que otros hijos no deben á sus madres particular voluntad de haberlos querido engendrar á ellos más que á otros. Pero Jesús debe á su Madre, no sólo haber nacido de sus entrañas, pero esta particular voluntad de ha-

ber querido ser madre de él, y no de otro; porque por haber dado ella su consentimiento, nació Jesús en el mundo. Y así se ha dado el Hijo de Dios tanto por obligado, que no se harta de serla agradecido y honrarla; y, no contentándose con lo que la honró en vida, al partirse de este mundo, dejó sustituto de su amor y reverencia al discípulo más amado y en él á todos sus fieles, para honrar á su Madre, áun despues de muerto, en todos sus miembros, que quiere que seamos sus hijos, porque quedamos en su lugar; y la obligacion que él quiere pagarla, es la de hijo.

Los filósofos de la gentilidad decian, que la obligacion de hijo era infinita y la segunda despues de Dios, y que se habian de reverenciar los padres como á dioses; pues cierto es, que no faltó Jesús en obligacion de hijo, y que miró á María como á quien debia casi infinito. Y aunque es verdad, que el Verbo no tuvo á

su Padre obligacion por su generacion divina, ni le debió respeto de causa natural, ni moral, porque no fué engendrado libre y voluntariamente de Dios ni causado de él. Pero en la filiacion humana de María, miróla como á quien debia infinito, habiendo recibido de ella la vida y el ser hombre y como quien fué causa de su naturaleza humana, no sólo natural sino moral, porque voluntariamente le quiso engendrar, teniendo de esta manera Dios semejante obligacion, á una Vírgen que las criaturas tienen á Dios.

Allégase á esto, que más debe Jesús á su madre de bienes temporales, que hijo ha debido á sus padres; porque de María recibió una excelentísima naturaleza y complexion humana, que si no muriera violentamente, viviera centenares de años. Recibió de ella la mayor nobleza y la más real sangre del mundo. Recibió de ella ser legítimo heredero de un poderoso reino. Pues si Dios honra

y premia más de lo que merecen los méritos de cualquier justo, donde debe tanto y con esta obligacion que llaman infinita, ¿qué no hará? si Dios no tuviera sér de sí mismo, sino que tuviera madre necesariamente, ¿qué honra no la hiciera, y debia hacerla? Pues ya que tiene madre voluntaria, donde es mayor la obligacion, ¿cómo podrá hacer menos, sino darse por muy obligado? Porque este es estilo de la infinita bondad divina, no mirar sus beneficios sino nuestros servicios, para premiarlos, como si él no hubiera hecho nada en nosotros, ni por nosotros. Nunca quiere descontar nada en los que parece que recibe, por lo que él verdaderamente nos da. ¡Oh liberalísimo Señor, que tanto gustais de deber á vuestra Madre, que no os acordeis de lo que ella os debe! Dadme gracia que me acuerde yo de lo que debo, para que os lo pague en su amor y servicio, que esta satisfaccion de mis deudas os será gratísima.

CAPÍTULO IV.

De otras causas porque quiere Dios que amemos á María Virgen Santísima.

Pero áun fuera de ser María Madre de Dios hay otra grande razon, por lo cual gusta Su Majestad que la amemos y admiremos por ser la mayor obra y más prima hechura de su mano entre todas las criaturas puras, en quien más empleó todo su gran poder y saber, para sacar una obra perfectísima, que fuera ostentacion y gala de su omnipotencia. Hizo verdaderamente Dios á María para vistas, obra muy suya y remirada, en cuya comparacion toda la hermosura del cielo, toda la luz del sol es escoria, y toda la alteza de los serafines y la santidad de los santos no tienen comparacion. Pues como la hizo Dios para muestra y prueba de su infinita sabiduría, y donde más campea y luce su bondad, es grande el

gusto que recibe que la estemos admirando y alabando: porque ¿qué artífice hay que no quiera alaben una obra singular que haya hecho y de quien más se precia? porque toda la loa y honra viene á redundar en su propia persona; y es así, que quien honra á María, honra á Dios, honra á todas las personas de la Santísima Trinidad, porque toca muy especialmente á cada una, y es cosa muy propia suya. Honra al Padre Eterno por la hechura de tal criatura y la gloria de tal Hijo. Honra al Hijo de Dios por la eleccion de tal Madre y la primogénita de su redencion. Honra al Espíritu Santo por el amor de tal Esposa y habitacion de tan limpio tabernáculo. Honra á todas tres personas, por la compañera que escogieron de sus obras. Al Padre por levantarla á ser Reina de lo que crió, y admitirla que fuese Madre de su Hijo. Al Hijo de Dios, por tomarla por Corredentora del mundo, en cuanto se ayuda

de ella para los misterios de nuestra salud, aplicando con eficacia sus infinitos merecimientos por quien ella le pide. Al Espíritu Santo, por escogerla por universal instrumento de la comunicacion de sus gracias y dones.

Demás de esto en el acatamiento divino no es pequeña causa nuestro provecho y utilidad; y como sabe Dios lo mucho que interesamos en servir y amar á su Madre, es grande el gozo que recibe en vernos muy aficionados á ella. Fuera de esto, la Vírgen Santísima es con justísimo derecho nuestra legítima Reina, Señora de todas las criaturas, y Emperatriz de los serafines y todos los demás ángeles y hombres. Pues si á los ángeles y bienaventurados debemos gran veneracion con ser consiervos nuestros, á la que es Reina de todos, ¿con cuántas más ventajas habia de querer Dios que la reverenciemos y amemos? Porque si Cristo Jesús se hizo tan de parte de los

reyes y superiores; y gusta tanto de la obediencia, reconocimiento y ley con los mayores, que encargó por sí y por sus apóstoles reverenciarlos y obedecerlos, aunque fueran malditos é infieles, y que les tuviéramos semejante respeto que á él mismo; y él, con ser Señor del mundo, los quiso obedecer para obligarnos más con ejemplo, claro está que á la que es más señora y más reina nuestra y superiora en todo, que habia de gustar que la reverenciemos con toda nuestra alma y que la tengamos grande ley y amor. Finalmente, por el amor que Dios tiene á María, quiere que todos la amemos; porque así como la ama más que todo lo criado, sobre todos los espíritus y almas santas, así quiere que no tengamos cosa más amada. Pues si amamos á Dios, y es gusto suyo que amemos á María, ¿cómo podemos dejar de darle este contento, y más, pues amando á su Madre, no dejamos de amarle á él, antes le amamos como él quiere, y es para amarle más?

Este contento que tiene Jesús de ver querida á su madre, lo ha declarado con varias demostraciones muy tiernas que ha hecho con sus santos, remitiéndolos á su Madre por el remedio y consuelo de sus tribulaciones, no queriendo él dar por sí inmediatamente, para que con esto la cobrasen más cariño, como sucedió con santa Gertrudis varias veces. Pero entre todas fué singular demostracion, cuando Cristo pidió á su Madre mirase por la santa y recibiese su afecto, como si no bastara que le recibiese el mismo Señor y se contentase en ello. Vió una vez esta gloriosa vírgen al dulce Jesús, que con grande amor y regalo abrazó á su benditísima Madre, haciéndola tiernas caricias de amado hijo; y luego la dijo amorosamente: Acordaos, Señora Madre muy querida, que por Vos he tenido yo misericordia de los pecadores, y mirad con tal afecto á esta mi escogida Gertrudis, como si todos los dias de su vida os hu-

biera siempre servido y agradado con suma devoción. Por cierto que es grande señal de lo que quiere Jesús que amemos á María, ver que así quiere que María nos ame.

CAPÍTULO V.

Del amor que toda la Santísima Trinidad tiene á María Santísima, por el cual quiere que la amemos.

Consideremos qué grande y tierno sea este amor que Dios tiene á María, para que imitemos el ejemplo que nos da de amarla; y hallaremos como la ama con todas las maneras posibles y todas las especies de amistad que cuentan los filósofos. Tres son los géneros que hay de amor: uno natural, otro útil, otro de amistad, pues por todos estos títulos ama Dios á María con infinito afecto y ternura, y en cada género con todas las es-

pecies que encierra. Empecemos por el amor natural, que se funda en el parentesco ó en la afinidad, ó en el nacimiento; y son los más estrechos el amor de los padres con los hijos, el de los hijos con los padres, el de un esposo con su compañía, y el que se tiene á la patria. Cualquiera de estos amores es muy debido y de suyo vehementísimo y perseverante: ¿qué será cuando se amontonasen en un sujeto, como se juntan en María para ser amada de Dios? Porque ella es hija especialísima y muy amada de Dios Padre; y ella es madre natural de Dios Hijo, á quien dió cuerpo y vida nueva; ella es esposa fidelísima del Espíritu Santo; ella es como la patria de toda la Santísima Trinidad, pues es su domicilio y lugar más amado: porque si bien es verdad que como Dios no tiene origen no hay tampoco lugar donde le tuviese; pero ha querido tener lugar equivalente, esto es, á donde tuviese su ca-

riño, en quien con particularidad habitase y fuese como su patria querida; y así como el pájaro tiene su querencia y casa y la tórtola su nido, así también tiene Dios, según David, los altares por manida y lugar propio. ¿En qué altar ha estado con más gusto que en el corazón de María? ¿qué nido más dulce para el Espíritu Santo que la pureza de esta doncella, cuya alma es el templo más estimado de Dios? Veamos qué finezas y extremos han hecho los hombres poseídos de algunos de estos afectos, esto es, ó del amor de los hijos, ó de los padres, ó de los esposos, ó de su patria y casa, para que de aquí colijamos qué harán todos juntos, y más en Dios, donde su inclinación es amor.

¿Qué no han hecho los padres y madres por sus hijos, estimándolos más que á su vida? Á Agripina dijeron que un hijo suyo había de ser emperador, pero que á ella le costaría la vida; más, pudo

tanto en su corazon ver honrado á su hijo, que respondió: como mi hijo suba al imperio, muérame yo luego. Y Betsabé, ¿qué diligencias no hizo porque reinase su hijo? ¡Oh Padre de las lumbres! ¿qué gusto tendrás en que tu Hija primogénita y mayorazga de tus misericordias, entre las criaturas la más querida, reine é impere en el mundo, y que en la tierra y en el cielo y en el infierno se reverencie su nombre y se inclinen de rodillas? Porque aunque es verdad que no sea María hija natural de Dios, es hija propiamente y en todo rigor por adopcion; y la filiacion adoptiva de Dios es más íntima y mayor que no la natural de los hombres; y en la Vírgen es mucho más estrecha: porque no sólo la probijó Dios por hija como quiera, sino por hija primogénita, y su mayorazga y universal heredera; y así la levantó á trono de tan inmensa gloria, para que imperase sobre todos los ángeles.

Otra cosa es ser Dios hijo de María, porque es hijo natural de ella, por cierto título de inexplicable amor, en que excede sin comparacion alguna á todo respeto que los hijos han tenido á sus padres. El emperador Alejandro Severo tuvo tanto amor á su madre, que pasaba por cuanto ella disponia en el imperio, aunque fuese contra su gusto. El emperador Leon no pudo sufrir reinar él solo sin que reinase su padre; y así se quitó la corona de la cabeza y se la puso á él. Salomon ¿qué no hizo con su madre, aun cuando le venia á pedir una cosa bien imprudente que le estaba muy mal? Levantóse el rey de su silla, fué á recibir á su madre; hincó las rodillas é hizola sentar en su trono, dándola la mano derecha y ofreciéndola hacer cuanto le pedia. No habia de ser Jesús más seco y desamorado con su Madre; no le sufre el Corazon negarla nada, pasando por cuanto le pide, ni le sufrió tampoco el Co-

razon reinar él á solas, sino que la coronó tambien por Emperatriz y Señora de todo lo criado, como él lo es legítimamente por la union de su santísima humanidad á la persona del Verbo. El mayor gozo que tenia Coriolano, insigne capitán romano, fué del gusto de su madre, y que ella se complaciese en él y no negarla nada que pedia. Estando una vez muy airado con Roma, queriéndola destruir, no tuvieron otro remedio los romanos sino que le saliese su madre al encuentro, á la cual en viéndola la dijo: «Conquistado habeis, madre, y vencido mi enojo: yo perdono por tu respeto á mi patria y te hago merced á ella no destruyéndola, aunque con tan justa causa estoy airado con ella.» Pues ¿Jesús habia de respetar y querer menos á su Madre y perseverar enojado en su presencia? por cierto no es esto para entenderse.

Allégase que María no sólo fué ma-

dre corporal de Cristo, sino (como dice san Agustin) espiritual tambien; porque no sólo concibió en sus entrañas á la cabeza y Salvador de todo el cuerpo místico de la Iglesia; pero en el corazon concibió á todos sus miembros, mostrándose madre de ellos en espíritu, cooperando con su inmensa caridad á que naciesen en la Iglesia fieles; porque así como en la creacion del género humano, no sólo hizo Dios á Adan, sino que le dió á Eva por compañera y ayuda, para que fuese madre de todos los vivientes, así en la redencion quiso nuestro buen Jesús tener compañera y ayuda, y ¿á quién mejor que María, Madre suya? porque fuese espiritualmente y con más verdad madre de los vivientes eternamente, madre del siglo venidero; y así la ama, no sólo como á madre de su cuerpo natural, sino de todo su cuerpo místico, esto es, de todos los santos, redimiendo á ella la primera de todos con especialísimo modo,

por la preservacion de todo pecado original y actual, y viniendo antes á redimir á ella que todo el resto del linaje humano.

Pues el amor de esposo ¿que finezas no ha hecho? ¿Jacob, qué no hizo por Raquel? el servir como esclavo tantos años le parecia todo poco por la grandeza de su amor. El rey Asuero á una pobrecita cautiva levantó á la majestad de su trono y cetro; y no negó nada que desease, dando libertad, por habérselo pedido ella, á todo el pueblo. ¿Pues habia de ser más mezquino el amor del Espíritu Santo, Esposo amoroso de María? ¿como podia dejar de dar la jurisdiccion sobre todas sus gracias á la que escogió por dulce compañera y ayudadora á la obra de la glorificacion de los hombres? llenóla de su gracia muchas veces; porque aunque una vez se cuente que vino sobre los apóstoles despues de subido Cristo á los cielos, y haber merecido su

venida con su muerte; pero para venir sobre María, no le sufrió la grandeza de su amor aguardar tanto: aún antes que Cristo muriese y, aún antes que naciese, vino sobre ella, como el ángel san Gabriel lo dijo, y aún antes que naciese la misma Vírgen; porque en el vientre de su Madre, al mismo punto que tuvo sér, la llenó de gracia y dones suyos, y dió riquísimas arras, y entregó despues todos sus dones, para que por su gusto los repartiase, siendo María como las manos y la limosnera del Espíritu Santo.

No ha obrado menos que todo esto el amor á la patria, por cuyo bien muchos quisieron morir, antes en parte es mayor y más obligatorio, por cuanto en ella se mira el bien público, que se debe anteponer á todo el bien particular. Pues el amor que toda la Santísima Trinidad tiene á María, no es mirándola el Padre Eterno sólo como á hija, ni el Hijo sólo como á madre, ni el Espíritu Santo só-

lo como á esposa, sino como á bien público y descanso y paraíso comun de todas tres personas divinas, en quien todas se solazan y recrean dentro de su alma. Bien público es María, porque es bien para Dios, para los ángeles, para los hombres, para toda la naturaleza; y así el Padre Eterno se enternece con ella, y la ama, no sólo como á su hija primogénita, sino como á madre admirable de su Hijo, y esposa tierna del Espíritu Santo, y templo y paraíso comun de todas tres personas, y bien general de todas sus criaturas. El mismo respeto tienen el Hijo, y el Espíritu Santo, amando á María no sólo como madre y esposa, sino como hija del Padre y bien universal de todo el mundo y descanso suyo, teniéndola por tálamo de su amor, por trono de su majestad, por tabernáculo de su inmensidad, por templo de su santidad.

De aquí se verá en qué modo no fal-

tará en Dios aquel linaje de amor, que se funda en aquel provecho y utilidad respecto de María, porque no hay criatura más útil para Dios; porque si bien á su Majestad nunca le faltó ni le falta nada, ni ha menester cosa, ni recibe comodidad de sus criaturas, pero tiene tanto amor á los hombres, que la utilidad nuestra la pretende como propia y la tiene como tal, y se huelga de que le den gloria todas las naturalezas racionales. Pero no ha hecho ni hará criatura que le haya sido causa de mayor gloria, que lo es María, ni que sea de más provecho á los hombres; y así como lo que interesa á Dios en la Vírgen es tanto, es infinito lo que la estima, y quiere más sin comparacion que á todo lo criado. Porque, fuera de lo que es ocasion que otras criaturas glorifiquen á Dios, la gloria sólo que ella le da, las gracias que le hace, los loores con que le engrandece, es más que cuanto en esta parte hacen los

nueve coros de los ángeles y ejércitos y los demás bienaventurados mártires, confesores y vírgenes. Véase lo que puede en nosotros el interés de cosas muy pequeñas, pues se arriesga la vida por ello; y se echará de ver por cuán bien empleada la diera el Hijo de Dios por sólo su Madre, y por el interés de mayor gloria de Dios que de ella resulta. Y aunque respecto de la divinidad no puede haber con propiedad cosa que sea útil á Dios, y así en todo rigor no se hallará que Dios tenga este género de amor de utilidad; pero respecto de la humanidad de Cristo, fué verdadera y propiamente en todo rigor útil y provechosa la Virgen á su Hijo, por lo cual se puede decir rigurosamente, que es útil María á Dios su Hijo.

Tampoco falta en Dios con esta bella criatura y santísima alma, el más noble amor de todos, que es el de la verdadera amistad, cuando ni se pretende inte-

rés, ni le causa otra obligacion, ni vive sólo de sangre, sino que se ama á una persona por sus buenas cualidades, su bondad y virtud, aunque no se interesase nada en esto, ni se le debiera amar por otro lado; porque es tanta la grandeza de bondad y de santidad de María y la excelencia de su persona, que aunque no fuera madre suya, ni tuviera Dios provecho alguno en ella, la amara más que á todos los santos juntos, ángeles y hombres, por su dignidad y santidad. Pues si cada título de amor de estos es tan vehemente, todos juntos ¿que harán? ¿con qué incendio de caridad amará Dios á María? ¿como podrá dejar de serle gran gusto, que amemos á quien tanto ama, á su hija, á su madre, á su esposa, á su paraiso, á su más estimada y provechosa prenda, al bien público del mundo, á la que causa más su gloria y salud de los hombres, á la que es más santa y pura que todos los espíritus y santos del cielo y de la tierra?

Y porque lo que se encomienda mucho en el amor es la antigüedad, la persona humana á quien primero amó Dios fué María, escogiéndola para sí, predes- tinándola antes que á todas las demás santas, y amándola más que al resto de la Iglesia. Y, porque es del que ama manifestarse á la persona amada, se descubrió muchas veces la Santísima Trini- dad á María, viendo ella en vida clara- mente la esencia divina, con más gloria que los bienaventurados en el cielo; que fué gran señal del amor de la Virgen, no guardase leyes con ella, dispensando á que viese á Dios como es en sí, estan- do ella en esta vida, y que fuese antes de la muerte y resurreccion de su Hijo. Abraham, David, Elías, Jeremías y los demás santos patriarcas y profetas de la ley antigua, áun despues de muertos y purgados sus pecados de la más mínima pena que debian, estuvieron aguardando la muerte de Jesús, para que les rasgase

el velo con lo cual pudiesen ver á Dios. Mas á María aun en vida mortal se le anticipó la vista clara de Dios; y esto antes de la pasión de su Hijo, que el amor que Dios la tenia no sufría largas.

CAPÍTULO VI.

Del amor que tienen todas las jerarquías de los ángeles á María Madre de Dios, y como los debemos imitar.

Si de esta manera ven los santos ángeles que ama Dios á María, ¿cómo podían ellos dejar de tomar su ejemplo, y hacer aquello en que se esmera tanto su Criador, y darle este contento tan justo, como es que amen y sirvan á su querida criatura y su primogénita hija, á la Madre de Jesús y Esposa amada de su divino amor, y Reina de los mismos ángeles? Por cierto que es para sacarnos los colores al rostro, ver nuestra vileza

y desagradecimiento, que siendo María de nuestro linaje y recibiendo nosotros tantos beneficios de su mano, nos descuidamos en su servicio; y que los ángeles, con no interesar lo que nosotros, ni ser de su linaje, se regocijan en el alma de hincar la rodilla á una doncella que es de extraña naturaleza, y menos noble que la suya. Por cierto, que aunque no hagan mucho en sujetarse á María, por lo que les excede, como inmensamente en gracia, y otros favores divinos; con todo eso es de estimar la humildad y llaneza de los más altos serafines, y cuán sin interés, sin envidia ni respeto propio, ni segunda intencion, aman, sirven y se sujetan á una mujer, que tienen por gran favor verse mandados de ella, y la tienen tal ley y estima de lo que les encarga, que á santa Brígida le fué revelado ser el respeto y obediencia que tienen los ángeles á la Virgen tan grande, que antes quisieran padecer todas las penas del

infierno, que faltar un punto á lo que les ordena.

Los espíritus que más se esmeran en esta sujecion son los más altos que tienen por gran favor ser escogidos para servir á María y echarse á sus piés, y estar en su presencia; y esto aún cuando no era coronada en el cielo por reina suya. Y san Gabriel, que es uno de los mayores espíritus, aún cuando no era madre de Dios, tuvo por singularísimo favor ser señalado para servir á tal Señora, y como se cree, ser su principal ángel de guarda; porque muchos asistian perpétuamente á la que habia de ser su reina, que estarian con gran gusto en su presencia, admirados de tal criatura y tal santidad como en ella conocian: porque así como á la majestad de un rey pertenece tener mucha gente de guarda que le acompañen; así María, Reina de los cielos, habia de tener muchos ángeles que la asistiesen, y siguiesen donde quie-

ra que fuese. Por cierto que seria de ver aquel acompañamiento que harian cuando subia por las montañas de Judea á la casa de Zacarías, ó cuando iba con san José á matricularse y pagar tributo al César; el cual nunca tuvo tal acompañamiento ni triunfo en Roma, como tuvo aquella humilde doncella en los desiertos. ¿Qué cosa de mayor admiracion seria (si á uno se le abriesen los ojos del alma) ver millares de millares de espíritus siguiendo á una pobrecita? Mas los Angeles no se desdeñaban de servir y acompañar como humildes esclavos á la que se tuvo por esclava del Señor, é iba á obedecer á un hombre tirano.

Pero entre los ángeles que más se preciaron de ser criados de María, y que hicieron mayor honra de servirla, fué san Gabriel, como he dicho; lo cual es tanto más para movernos y edificarnos su devocion y afecto, quanto era de los más supremos espíritus y de los privilegiados

y exentos del oficio de guardar á los hombres y tratar con ellos y traerles recados que es cargo de los ángeles de las órdenes inferiores : con todo esto este altísimo espíritu no reparó en su dignidad y privilegio, sino que, cediendo á su derecho, quiso abatirse á estos ministerios menores, no sólo á ser guarda y traerla recados de Dios, que esto no era mucho, pues era tanto mejor que él su reina, pero para con cualquier otro hombre, como fuese cosa que por cualquier lado tocase á su reina, ó fuese negocio que le perteneciese; y así vino á hablar á Daniel, á Zacarías profeta, á san José y Zacarías padre de san Juan. Cierto que fué grande la devocion y ley de este gran ángel con María, que no quiso que se pasase servicio que no fuese por su mano é interviniese por sí mismo, sin fiarlo de otros ángeles á quien suelen someter los superiores semejantes recados. Sin ser el ángel de guarda

del pueblo de Dios, era el procurador de sus negocios y de su bien más que si fuese su ángel custodio, porque de aquel pueblo habia de nacer la Vírgen; y así viniendo el ángel de Judea con la medida de la grandeza de Jerusalem, que habia alcanzado de Dios se reedificase, le salió al encuentro san Gabriel, pareciéndole poco aquella medida, y consolando á Zacarías, con que mucho mayor se habia de reedificar aquella ciudad en que habia de nacer María, que no se habia de estrechar á límite de muros; y, hablando con los de Judea, les dice: quien os tocare, será como tocarme á mí en las niñas de los ojos, teniendo por gran favor le cometiese Dios la venganza de aquellas naciones que habian injuriado y quitado el reino á los antecesores de aquella doncella, á quien él habia de servir, guardar y adorar como á su reina y Madre de Dios. Él fué el que empezó á tratar con Dios y recabar la libertad de

aquel pueblo, sin tocarle por oficio. Él, con oraciones fervorosas y con razones que alegó, venció al ángel del imperio de los persas, esto es, le convenció ser la voluntad de Dios, que saliese el pueblo de Judea del imperio persiano; porque el otro santo ángel no quería esto, por el bien que resultaba á muchos persas, con la comunicacion del pueblo fiel. El, quiso andar al lado del rey Ciro, para no perder ocasion de inclinarle á misericordia y benevolencia con el pueblo de quien habia de nacer María, para que le diese libertad, como de hecho lo hizo. Abatirse á todas estas cosas sin tocarle de oficio, es mucho en un tan levantado espíritu. Finalmente, él anduvo más solícito del bien del pueblo de la Vírgen, que si le tuviera á cargo; y la Sagrada Escritura nos lo propone como la causa principal, no como quien sólo ayudaba al ángel custodio, ó protector del reino de Judea, sino como quien tomaba por

suya toda la causa; y así se dice, no que san Gabriel ayudaba al ángel príncipe de Judea, sino que éste ayudaba á san Gabriel. Pues, ¿qué diré de la devocion con que hincado de rodillas le dijo el Ave María, y nos enseñó esta oracion, que tanto nos ha importado? Él fué el primero que acertó á saludar á esta Señora, y nos mostró como habíamos de recabar de ella áun imposibles, y ahora en el cielo se señala en esta devocion; y así trae por insignia y blason escrita el Ave María, como dice santa Matilde. Á este mismo espíritu están agradecidos los demás ángeles, por haber sido el embajador, que declaró á la Vírgen el deseo que tenían todas las jerarquías del cielo de verla allá, y negoció su partida tan deseada de ellos.

De san Rafael han dificultado algunos como siendo uno de los siete ángeles que asisten delante de Dios y son de los mayores y como los grandes del cielo, y

aun quieren algunos sean serafines, se abatió á servir á Tobías en el camino, y fué enviado á ministerio tan bajo. Yo pienso, que si miramos á que aquella embajada fué por favor de la castidad, y de aquella santa Sara, que era figura de María, que este altísimo ángel tendria por suma honra que hiciese Dios caso de él, aun para servir en una sombra á María, patrona de la castidad y maestra de la virginidad; porque ahora sea porque oyó de los profetas decir de una Virgen, de quien habia de nacer el Salvador, ahora por otra revelacion, él conoció el servicio que se habia de hacer con la castidad y pureza á su reina. Y ahora no hay duda sino que este grande ángel es muy servicial, familiar á su reina, porque como sea el patron de los enfermos conforme á su nombre, que es medicina de Dios, y la Virgen haga en este género cada dia infinitos milagros, es fuerza que este santo espíritu reciba infinitas

órdenes de esta gran Señora, y por otra parte él acuda en todas las cosas á ella; porque como todas las gracias (aunque sean beneficios temporales, y del cuerpo) se han de hacer por esta Señora, no podrá él recabar de Dios nada que no sea por medio suyo; y así estará muchas veces hincado de rodillas delante de María, para haber de cumplir su oficio y presidencia.

Pues san Miguel, que es capitán general de la milicia de Dios y guarda de toda la Iglesia, ¿qué antigua devoción tuvo á la Reina del cielo, sujetándose á ella y á su Hijo cuando encendido de celo divino, echó del cielo á los espíritus rebeldes, que segun san Bernardo y otros Doctores, fué por su soberbia, por no querer reconocer sobre sí á quien era de inferior naturaleza? Más san Miguel bandedó los ángeles buenos para que se sujetasen á naturaleza extraña y menos noble que la suya, que fué una grande fine-

za y servicios que hizo á Jesús y á su Madre; y no dudo sino que despues que vió ser tal María, no le pareció habia hecho mucho, y que no era humildad sino mucha honra y gloria suya sujetarse á ella. Favoreció tambien mucho á la reedificacion de la patria de María, así siendo juez delegado de Dios en las causas de las almas, en el juicio que hizo del sacerdote Jesús de Josedec, á quien el demonio acusaba de bastantes pecados, porque tuvo bastantes descuidos de su oficio pontifical, no cuidando que el pueblo supiese la ley de Dios, ni apartándole de los matrimonios prohibidos, que hacia con los paganos, permitiendo esto áun á sus hermanos é hijos: san Miguel le miró con buenos ojos, ahuyentando al demonio, alcanzándole de Dios perdon de sus pecados y tal mudanza de vida, que fuese santo, prometiéndole de parte de Dios, si perseveraba bien, de darle muchos ángeles de guarda que mirasen por él: todo

esto porque habia de ser parte aquel sacerdote para que se reedificase aquella ciudad, en que habia de nacer María.

Ahora es fuerza sea devotísimo san Miguel de esta Señora, y tenga con ella gran cabida, acudiendo y postrándose muchas veces á sus piés; porque como es guarda y patron de toda la Iglesia militante que está á su cuidado, ha menester mucho á la Madre de Dios, para recabar de ella los favores que pretende se hagan á los fieles, porque si no es por María, no puede negociar nada.

Los ángeles del ínfimo coro tienen la misma razon para servir más á María, porque les importa para recabar para sus encomendados muchos favores de Dios por su mano; y así con gran afecto la procuran tener ganada; y, en viendo á uno nombrar su nombre, se les llena su espíritu de dulzura; y, como dice santa Brígida, ofrecen á Dios con más cuidado las oraciones de aquella per-

sona, y, lo que más es, por la devoción que tienen á su Señora. Dice santa Gertrudis, que todos los espíritus y bienaventurados, en oyendo nombrar al glorioso patriarca san José, se inclinan y hacen reverencia por la dignidad tan grande que tuvo de ser esposo de la Madre de Dios.

De otras revelaciones consta, con cuánta devoción saludan los cortesanos del cielo á su reina, diciendo á coros el Ave María, dándonos ejemplo á nosotros de rezar devotamente el rosario; y no solamente en el cielo, sino cuando estaba María en carne mortal en la tierra, bajaban ejércitos de ángeles á decir la salutación del Ave María, como los oyó Santiago. Huélganse también tanto, que nosotros la honremos y tomemos por madre y abogada, que quien á María pide algo, es pedirlo en particular á todos los ángeles del cielo; porque (como dijo su devoto capellan y fortísimo mártir de Je-

sucristo el padre Edmundo Campiano) cuando uno pide á María alguna cosa, todos los bienaventurados la piden por ver honrada á su Reina. Y no se echó de ver poco el cordial amor que todas las jerarquías tienen á esta Señora, en el deseo que tuvieron de tenerla en el cielo, y acabar de verla coronada por reina suya, como la misma Vírgen dijo antes de su muerte, que fué ardentísimo, y tan de veras que merecieron ser cumplidos y llevársenos á María, acelerando su partida: porque así como los patriarcas antiguos desearon con ardientes ánsias que acabase de bajar el Hijo de Dios á la tierra, y merecieron con sus deseos, que se cumpliese la venida de Cristo más presto; así tambien los ángeles, pero con muchos más fervorosos deseos, desearon que subiese María de la tierra al cielo, y alcanzaron que se apresurase su jornada. Venian entre tanto de todas las jerarquías á verla, á adorarla, y admirarse de ella,

no sufriendosele su amor estarse tanto sin verla. Cuando estaba en la cama de la enfermedad de que murió, oyeron los santos apóstoles á los ángeles que estaban cantando himnos celestiales, y despues, todo el tiempo que estuvo su santísimo cuerpo en el sepulcro, no se apartaron de él, bendiciendo y alabando con divinos cantares aquel tabernáculo de Dios. El gozo que tuvieron con su llegada al cielo fué increíble; y verdaderamente es cosa para considerar que, cuando subió Cristo nuestro Redentor al cielo, sobraron ángeles que hablasen en la tierra á los apóstoles y les advirtiesen como subia al cielo su Maestro Jesús y que este mismo Señor habia de venir otra vez á juzgar el género humano; mas en la Asuncion de María no se supo que faltase ángel á su fiesta; ni hubo quien desengañase á los apóstoles y avisase de lo que pasaba. ¿Cómo estarían embebi-dos todos en la hermosura de su alma?

¿qué inmensas alabanzas darian á Dios por haberles dejado ver aquel dia? ¿por cuán grande honra tendrían los serafines ser pisados de sus plantas?

Ni declara poco la devocion de todos los ángeles con María lo que dice san Bernardino, que, al tiempo de concebir al Hijo de Dios, toda la córte del cielo, que entonces sólo eran ángeles, con todos sus deseos y conato tenían los ojos puestos en la Vírgen para acudirla con su servicio; porque ya desde entonces la adoraron como á su reina, deseo que tuvieron millones de años habia. Porque las ansias y deseos de los ángeles por tener á María, no fueron sólo desde que nació, sino desde que Dios les reveló al principio del mundo, que por una mujer habian de ser reparadas sus sillas.

CAPÍTULO VII.

Cuán grande es el amor que tienen los ángeles á María, Madre de Dios.

Este amor y ley que tienen los ángeles á María, es intensísimo y firmísimo y fundado en muchas razones, que si bien la principal es ver que gusta Dios de ello, y el ejemplo que les da Su Majestad Divina, hay otras muy fuertes, como son la grandeza, hermosura y gracia de la misma Vírgen, ser su Señora y Reina legítima porque en el cielo están subordinados y sujetos unos ángeles á otros y con tanto amor como si fueran hijos y padres: así al gobierno y superioridad de unos ángeles en otros llamó san Pablo paternidad, porque miran á los superiores como padres. Y ya que á María se les ha puesto por superiora y reina, equivaliendo ella sola á una cuarta y supre-

ma jerarquía despues de Dios, míranla como á madre, con amor de hijos por su imperio tan suave y amoroso y benéfico. Tambien les obliga mucho á tenerla cariño, ver que todos los favores que reciben ahora de Dios, dependen de María, y que ella es su maestra, su iluminadora superfiiciente; porque así como los ángeles de inferior jerarquía son iluminados de la superior, así los espíritus de la más alta jerarquía son iluminados y enseñados y perfeccionados de la Virgen, recibiendo muchas ilustraciones y revelaciones y mandatos de Dios por esta su Señora; que ella sola (pues con incomparables ventajas no tiene igual) está como una cuarta y suprema jerarquía criada; y así segun órden y disposicion de la casa de Dios, se han de sujetar todos los espíritus celestiales á María, de manera, que no sólo todo el bien de los hombres nos viene por esta Señora, sino el de los ángeles. Allégase á esto, que

por ella se reparó su república, destrozada con la caída de los espíritus sus compañeros, y como ven que por María se reformó y restaura por sus devotos é hijos, tiénela por esto grandes obligaciones y le son agradecidos con grande amor y lealtad.

Tambien están reconocidísimos á esta Señora por la honra que les hizo de dilatar su república y vida angélica en la tierra, con la virginidad y castidad que introdujo en los hombres, pues fué ella la primera que hizo voto de esta virtud. Tiénelos tambien la Madre de Dios muy obligados por lo que les ayuda en sus oficios y ministerios. Lo uno, porque para ello han menester favor de María para recabar de Dios gracia para sus encomendados. Lo otro, porque la misma Virgen por sí les ayuda en ellos, y es más guarda de los hombres, ciudades y reinos, que los mismos ángeles de guarda, arcángeles y principados. Demás de esto,

por la enseñanza que les da con su ejemplo, porque en todos sus ministerios tienen por dechado á María, que ella sola ejercita todos ellos, sin comparacion mejor que todos los ángeles juntos. Ella guarda á los hombres, y á cada uno en particular, que es oficio de los ángeles del primer coro; ella tiene cuenta con las repúblicas, que pertenece á los arcángeles; ella mira por los reinos, que toca á los principados; ella encarcela y reprime á los demonios, más que las potestades mismas: ella hace más poderosos milagros que las Virtudes del cielo; ella intimá las órdenes de Dios con más autoridad que las Dominaciones; en ella descansa Dios con más gusto y majestad que en los tronos; ella alcanza y penetra la esencia divina para enseñar é ilustrar á los otros ángeles, más que los querubines; ella se abrasa más en amor de Dios que todos los serafines y les enciende con su ejemplo; y creo por cierto, que se po-

drá decir que al mismo Dios le enciende en amor y caridad: que si bien Dios es causa de todo el bien y grandeza y amor de María y que está en Su Majestad todo bien eminente é infinitamente y que el amor de Dios siempre es y fué infinito; pero cuanto á sus efectos, por María han crecido las gracias que hace á los hombres y parece ha crecido su amor, y que, como dice Santiago, el Espíritu santo, que es amor de Dios codicia, y ama por emulacion, como por competencia de María. Sea lícito traer de la impía y ciega gentilidad una parábola que pueda dar á entender esta piedad de María, como provocó y avivó la de Dios, en la forma que se ha dicho, para que creciese la misericordia divina, como dijo Ricardo de san Víctor. Decían que buscando la madre del dios Amor traza para que creciese su hijo, que se quedaba niño y pequeño, le dieron por consejo que buscasse otro Amor y que en su competencia y

emulacion crecerian entrambos. Verdaderamente si se comparan los efectos del amor de Dios con los hombres y la misericordia divina antes que María naciese, ó despues, que parecerá niño el amor de Dios antiguo, respecto de lo que ahora pasa; porque despues de María y por María nos dió Dios á su Hijo, envió al Espíritu santo, que es su mismo amor, á los hombres, y sus misericordias son sin comparacion mucho mayores, y podemos decir que por el amor de María han crecido, que no ha querido Dios dejarse vencer de una doncellita. La caridad de María deseó ardentísimamente que viniese luego el Hijo de Dios al mundo para remedio suyo: no quiso Dios ser menos fervoroso en ejecutar que María en desear, y cumpliólo luego. María con sus piadosas entrañas deseó mayores gracias en los hombres, y que Dios se comunicase más que antes: obró luego Su Majestad lo que esta Vírgen deseó. Y por

la misma razon no hay causa piadosa que desee María, que no otorgue la infinita bondad de Dios, Y porque no fuese menos liberal Dios en dar, que María en desear que diese, de una vez la cometió el Espíritu santo la jurisdiccion de sus gracias y dones, ¿pues qué mucho que enseñe María á los serafines á amar? y ¿qué mucho que así amen los serafines, á quién así ama á Dios y á los hombres?

¡Oh amorosísima Madre mia! ¡oh idea de caridad! ¡oh maestra del amor de Dios! enseñad á este vuestro hijo necesitado y rudo, lo que enseñasteis á las más levantadas é intelectuales naturalezas, (porque de las madres es enseñar á los hijos) para que, amando á Dios, os ame á Vos por el mismo Dios, que quiere lo haga así. ¡Oh Señora amabilísima! y ¡quién para amaros tuviera tantos corazones, como miembros y artejos tiene en su cuerpo; quién tuviera las vo-

luntades abrasadas de los serafines en su pecho, para que, ardiendo con todo este incendio en amor de Dios, ardiera en amor vuestro! que no os ama Señora, como vos quereis, quien no ama á Dios.

Por todas las causas dichas aman los espíritus celestiales á su Reina ardentísimamente; y no sólo acuden ellos con su gran presteza á las cosas de su servicio, sino que, cuando ven que alguna persona se ocupa en honrar á su Señora, la asisten y acuden á ayudarla. Como pasó con la devota María de Ogniens, la cual, cuando iba á visitar una imágen de la Vírgen, se holgaban tanto los ángeles que la acompañaban en el camino, y se lo enseñaban; y si llovía, la defendían de las aguas con un pabellon de estrellas. La misma Vírgen dijo á santa Matilde que, cuando vinieron las jerarquías de los espíritus soberanos á asistirle en su tránsito, andaban muy solícitos los ángeles y arcángeles más que los apóstoles y todos los

demás hombres que estaban delante de ella, aun cuando estuviesen con suma reverencia y devoción. Dijo también á santa Gertrudis, que desde cuando estaba en el vientre de su madre santa Ana, andaban los espíritus celestiales muy gozosos y solícitos en su servicio, y aun por los nueve meses que estuvo allí encerrada, el aire, y cualquier otra cosa con que se había de sustentar la Virgen, procuraban purificarlo y perfeccionarlo, honrándose mucho de beneficiar cualquier cosa que tocase á su cuerpo; y, para que participasen todos de esta honra y gozo suyo, se remudaban á veces los que hacían aquel oficio. De manera que, no sólo ellos aman y reverencian á María, sino, queriendo hacerlo con infinito respeto, y no contentándose con lo que ellos hacen, procuran que los hombres la honren y todas las criaturas y elementos y toda la naturaleza, aunque no tiene sentido, la obsequie con respeto y sirva con pureza.

CAPÍTULO VIII.

Como fué deseada María Virgen, madre de Dios, de los patriarcas y profetas.

Son tan inmensas la santidad y grandezas de María y tan útil esta admirable criatura al mundo, y de tanta honra á Dios, que, como un infinito bien, no pudo su infinita bondad tenerle callado á sus ángeles y patriarcas antiguos, para que se consolasen con sólo la esperanza de María, que ella sola les recreaba y alegraba el espíritu. El mismo Dios estuvo desde la eternidad contentísimo y deleitándose en tal criatura, y en gran manera se estaba deleitando con el hijo que le habia de nacer, teniendo en ella Dios consuelo de la pérdida de las otras hechuras suyas, por la ruina de los ángeles, por la caída de Adán y por la asolacion del mundo en tiempo de Noé. A santa

Matilde dijo la Santísima Virgen de sí misma: Como un artífice que se ha determinado á hacer una obra muy maravillosa, la piensa con grande estudio, y con gusto de su corazon piensa en ella, de esta manera la Santísima Trinidad se deleitaba en mí y se gozaba; porque me queria á mí hacer tal, en quien campease todo el artificio de su potencia, sabiduría y bondad; y, queriendo dar parte de su gozo á los ángeles fieles, les consoló y regocijó con que habia de criar tal criatura, que ella sola bastase con muchas ventajas, para recompensar la pérdida de sus compañeros, y, fuera de esto, que habia de hacer que les viniesen nuevos compañeros á llenar las sillas vacías; que fué un inefable gozo que tuvieron los espíritus celestiales con esta revelacion, quedando con grande amor y deseo de ver ya á María y adorarla por su Reina. Un ángel dijo á santa Brígida, que admiradas todas las jerarquías

de la silla que habia preparado Dios para María sobre todas ellas y tan vecina á Dios, la cobraron tanto amor y respeto, que la amaban los serafines más que á sí mismos y con tan puro amor, que se holgaban más de las mercedes que Dios habia de hacer á María, que si las hiciera á sí propios y que se regocijaron más de que quisiese Dios criar á María, que de su misma creacion; y así Dios con los ángeles, y los ángeles con Dios se estaban complaciendo y deleitando que tal criatura habia de ser.

Tambien despues que Adan se puso de lodo y cayó de aquel dichoso estado, Dios le declaró como por una doncella habia de tener remedio muy aventajado su daño; que fué para él sumo contento y el único que tuvo en su vida, afligida con la grande penitencia que hizo; y amó y deseó con toda su alma á tal hija suya, que habia de ser madre de su vida y de su bien. A otros amigos suyos re-

veló Dios tambien la dicha y honra que habia de tener el mundo por María, porque como Su Majestad Divina se complacia tanto en tal criatura, él se holgaba de dar parte de este gozo á sus amigos. Abraham recibió el mismo consuelo, como dijo el ángel á santa Brígida; y que amó más á María que á su hijo Isaac; y se gozó mucho más en ella, y la deseó; y que estimó más á ella sola que á todos los demás descendientes suyos, aunque habian de ser como las estrellas del cielo y arenas del suelo. Su hijo Isaac y su nieto Jacob se regocijaron tambien en el alma con la esperanza de María, que por revelacion entendieron. Pues David, que tambien vió en el espíritu á esta Señora, ¿qué amor y que estima tuvo de ella? Cantando con gran gozo su grandeza, dice: Asentóse la Reina á tu mano derecha, vestida de brocados de oro, rodeada de una hermosa variedad de galas; dando aquí el parabien á María de ser

Reina de los ángeles, de la eminencia de su dignidad, y del precioso y fino oro de su inmensa caridad y la variedad hermosa de sus virtudes divinas. Salomon celebró á María en todo un libro donde dice de ella mil grandezas, llamándola la toda Hermosa, la Inmaculada, la Esposa, la Amiga, la Paloma de Dios, el Pozo de agua viva, el Jardin cerrado. Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y otros profetas se regocijaron con su esperanza y dieron á entender su grandeza, celebrándola con vários símbolos y figuras. Y en medio de los pecados de Israel y de Judá y de las calamidades de aquellos reinos y del mundo, se consolaban que por una Vírgen se recompensarian. En el sermón angélico que fué revelado á santa Brígida se dice así: Dolíanse los profetas, porque el Templo en que se debian ofrecer á Dios oblaciones estaba destruido; pero regocijábanse, previendo tantos años antes que el Templo de tu bendi-

to cuerpo se habia de formar, que habia de recibir en sí con toda consolacion al mismo Dios. Dolíanse tambien que derribados los muros y puertas de Jerusalem, habian entrado en ella los enemigos de Dios ocupándola corporalmente y Satanás espiritualmente; pero regocijábanse contigo ¡oh María! puerta dignísima, conociendo que en tí el mismo Dios como gigante fortísimo habia de tomar armas, con las cuales habia de vencer á todos los enemigos; y así verdaderamente los profetas como tambien los patriarcas sumamente se consolaron de tu venida, ¡oh Madre mia! Aun á la gentilidad dió parte Dios de este bien que habia de suceder al mundo, celebrando las Sibilas á María y prometiendo al mundo el bien que por ella nos habia de venir; con que imprimieron tanta estima de esta Señora, que muchos siglos antes que naciese la edificaron suntuosos templos los gentiles.

Pues los que conocieron á María, aún antes de haber parido al Hijo de Dios, la querian como á su vida. Los que la veian se admiraban de ella, llenándoseles el alma de una gran dulzura que les llevaba el corazon tras aquella niña. Los sacerdotes del Templo la tuvieron tanta aficion y cobraron tanta estima de su virtud, que la dejaban entrar cada dia á orar en el Sancta Sanctorum, donde sólo el Sumo Sacerdote una vez al año podia entrar. A las otras doncellas compañeras suyas en el Templo las tenia robada la voluntad con su modestia, humildad y afabilidad. Pues si los extraños, y los que no sabian lo que era María la tenian tanto amor, sus santísimos padres Joaquin y Ana ¿con qué ojos mirarian tal fruto de bendicion? Pues san José, como la trató familiarmente y sabia qué cosa era espíritu y santidad, estaba asombrado de la suya y todo absorto en el castísimo amor de su esposa. Bien se

echó de ver lo que la amaba en aquella ocasion que se le ofreció tan apretada, cuando, sin saber cómo, vió que estaba preñada y por amor y estima que de ella tenia no se podia persuadir que habria mal en su esposa; y, en caso que le hubiese, el amor que la tenia no le dejaba aún con suma justicia agraviarla; y así escogió aquel prudentísimo medio de dejarla. Pero luego que por revelacion del cielo supo que habia concebido del Espíritu Santo al Hijo de Dios, no se extrañó mucho; porque conocia, que si de alguna mujer habia de nacer Dios, de ninguna podia mejor que de su esposa castísima y vírgen recogidísima. Finalmente todos los que veian y trataban á María se la aficionaban, siendo á todos muy provechosa su modestia y compostura con que les ganaba; y á los pecadores mismos les componia de modo que el propósito de pecar se les disminuia.

San Juan Bautista sin ver á María,

sólo con oírla, dió saltos de placer y gozo, quedando perfectamente devoto de esta su madre espiritual, con cuya visita recibió la primera gracia. Fué el primero que imitó la virginidad de María, y el alférez de esta virtud, dando despues la vida por la castidad; en que mostró lo que estimaba la pureza, que tanto resplandeció en su capitana María; de la cual fué siempre tan devoto que mereció cuando estaba preso, segun fué revelado al beato Amadeo, le visitase en la cárcel y le consolase y animase al martirio la Vírgen y madre de su Redentor.

¡Oh deseo de los collados eternos!
¡oh deseo de los serafines, y del mismo Dios!
¡oh consuelo de los patriarcas!
¡oh esperanza de los profetas! ¡qué es posible que yo posea lo que tanto fué deseado de Dios, de los ángeles y de los hombres! y ¡qué no me mueva á amar más la experiencia de vuestra misericor-

dia, que movió á los santos antiguos la esperanza de su remedio! Ameos yo, Señora, á quien desearon tanto los patriarcas por generaciones, los ángeles por siglos y Dios por eternidades.

CAPÍTULO IX.

Del grande amor y reverencia que tuvieron los apóstoles y discípulos de Cristo á María Madre de Dios.

Los apóstoles y discípulos de ¡Jesús, que conocieron de vista á María y la trataron, experimentando su dulzura, y recibieron sus prudentísimos y santísimos consejos y vieron sus heróicos ejemplos, ¿cómo podían dejar de amar á la madre de su querido Maestro, y estárse-la mirando y remirando, atónitos de su grandeza, divina modestia de su rostro y las demás virtudes que en ella resplandecian y admiraban á todos? Fué tan

grande la devocion que la tuvieron y lo que dijeron de ella á las gentes que predicaban, comunicándoles su devocion, que se iban los fieles á verla, haciendo por esta causa peregrinaciones muy de lejos, como consta de bastantes testimonios y tambien revelaciones. Dice tambien, y lo confirma autoridad de grave y antiguo escritor, que desde España fueron algunos á Jerusalem á ver á este prodigio de santidad, aún antes que Santiago introdujese la devocion de esta Señora en estos reinos; porque con ocasion de la persecucion que en Jerusalem, cuando fué apedreado san Estéban, se levantó contra los fieles y discípulos de Cristo, se esparcieron algunos á diversas provincias y algunos llegaron á España, donde dijeron tantas grandezas de una mujer vírgen, que habia sido Madre de Dios encarnado para redencion del mundo, que muchos, dejando sus casas, se fueron á ver aquel milagro de gracia; y no hay

duda sino que de otras provincias hicieron otros la misma peregrinacion. Uno de estos fué san Dionisio Areopagita, que, dejando su patria y casa, hizo un largo camino por sólo ver á la que tanto habia oido alabar á san Pablo; y luego que la vió quedó tan pasmado y fuera de sí, que la hubiera adorado por Dios, si no le dijera la fe lo contrario, y no se lo hubiera enseñado su maestro Pablo. Y así en una carta que escribe al mismo apóstol, agradeciéndole que por su consejo y con el favor que le habia dado para san Juan Evangelista habia llegado á ver á María, dice esto: Digo la verdad delante de Dios, que no creí que fuera de Dios se podia tener, ni entender por hombre alguno lo que yo ví no sólo con los ojos del alma, pero con los del cuerpo; porque miré y remiré y con mis propios ojos á la deiforme y mayor sobre todos los espíritus celestiales, la Madre de Cristo Jesús Señor nuestro; á la cual

la benignidad de Dios, y la autoridad de la cumbre apóstolica, y la clemencia inagotable de la misma Vírgen santa, me permitió ver. Digo y confieso otra y más veces delante de la omnipotencia de Dios, y de la clemencia del Salvador y de la gloria y de la majestad de la Vírgen su Madre, que cuando san Juan (cumbre del Evangelio y de los profetas, que aún habitando en su cuerpo resplandece como un sol en el cielo) me llevó á la deiforme presencia de la altísima Vírgen, fué tanto lo que un resplandor divino é inmenso me hirió por de fuera, é interiormente me llenó de mayor luz, y tan grande la fragancia de todos los olores y aromas, que me cubrió todo, que ni el cuerpo miserable ni el espíritu podian sufrir tantas muestras de la eterna felicidad. Desmayóseme el corazon; desmayóseme el espíritu oprimido con la gloria de tan grande majestad. Pongo por testigo á aquel Dios que estaba con la Vírgen, que

creyera que era ella Dios verdadero, si no me hubiera enseñado otra cosa su divina doctrina; porque parecia que no puede ser mayor la gloria de los bienaventurados, que aquella bienaventuranza que yo desdichado ahora, pero entonces dichoso, gusté. Gracias hago á Dios omnipotente y bonísimo y á la divina Virgen y al eminentísimo apóstol Juan y á tí, cumbre y príncipe de la Iglesia, por quien alcancé tales cosas. Todo esto es de san Dionisio. San Pablo hizo otra peregrinacion para ver y comunicar y ser enseñado de la Madre de Dios, como escribió Juan Menesio; y le sucedió semejante admiracion que á san Dionisio, porque pasmado de la sabiduría y aspecto sacrosanto de la Virgen, dijo: Hasta ahora, desde el dia de mi conversion he creido que Cristo es Hijo de Dios y ahora he conocido la divinidad del Hijo, por la divina presencia de la Madre. Tambien visitó á esta Señora san Igna-

cio mártir, con cuya presencia cobró más afición á Jesús, de modo que no le faltaba de la memoria este pensamiento: Jesús Hijo de Dios y de María, Jesús Hijo de Dios y de María. Movióse á querer ver á la Vírgen por las grandezas que de ella oia, que en parte significa en una carta que escribe á san Juan Evangelista, donde le dice: Conforme á lo que nos han contado personas dignas de toda fe, en María Madre de Jesús se ha juntado la naturaleza de una santidad ángelica con la naturaleza humana; y tales cosas oimos, que nos estimulan el corazon y las entrañas y nos fuerzan á desear vehementemente ver este prodigio del cielo y sacratísimo espectáculo. Pues los apóstoles que tuvieron más luz y conversaron con María siempre, hasta que se repartieron por el mundo, ¿qué sentirian en su corazon? ¿qué afectos, qué devocion le tendrían?

Y así por este grande, y casi inmenso

amor que vió Cristo tenían sus discípulos á María, se la dejó acá cuando subió al cielo, por no desconsolarlos del todo y para que con su presencia confirmase en la fe á los recién convertidos y con sus consejos y providencia mirase por su Iglesia é hiciese crecer aquella planta tierna: y así lo hizo, correspondiendo al amor y confianza que en ella tenían los apóstoles. Ella los recogió en el Cenáculo, como dice Ecumenio, para que viniese á ellos el Espíritu Santo; ella con su ejemplo les ejercitaba en orar continuamente; ella les aconsejaba lo que convenia á la gloria de Dios. Y así en el primer concilio que celebraron, no queriendo ella entrar en él por su humildad y observancia, para que no se traspasase ni dispensase en ella el orden de la jerarquía eclesiástica, enviaron primero á tomar en particular su parecer, el cual ella les dió; y como era el Espíritu Santo, que por ella hablaba,

lo siguieron guiados por el mismo Espíritu. Y así algunos han querido que cuando los apóstoles definieron, diciendo: Ha aparecido al Espíritu Santo y á nosotros, que por el Espíritu Santo entendieron á María, por tener sus palabras por inspiraciones del Espíritu Santo. Pero aunque esto es así, que tuvieron los apóstoles tanta devocion y estima de María, no creo que ella con su profundísima humildad permitiera, que en aquella definicion fuere antepuesta á nadie y menos á los sacerdotes de su Hijo, ni que se dijese que ella definia; porque no definió, sino aconsejó, no queriéndose entrometer en el oficio de los prelados de la Iglesia; si bien era ella la maestra de los maestros, y la profetisa de los profetas. Antes fué tan grande la honra que hacia á los apóstoles y amor que les tenia que, dicen graves escritores, pidió á san Lucas, el cual conocia ser especialísimo devoto suyo, que cuando contase los que esta-

ban congregados aguardando la venida del Espíritu Santo, no la contase á ella en primer lugar, sino en el último despues de los sacerdotes; que cierto es un singular ejemplo de humildad y reverencia al oficio sacerdotal, para que vean los señores seglares cómo deben tratar y estimar este estado, que la Reina del cielo estimó tanto, pues no quiso ser antepuesta á ningun sacerdote. Y san Lucas, con desear honrar á esta Señora todo lo que podia, fué tanto el respeto y amor que la tenia que no se atrevió á dejar de hacer su gusto, y así la nombró en esta ocasion en el postrer lugar. Con tales ejemplos como éstos, ¿como no robaria María los corazones de los discípulos de su Hijo, espantados de su estupenda santidad que en todas las cosas experimentaban?

No dudo que no hubiera poder en la tierra que les apartara de la presencia de María, si no fuera la fuerza de cari-

dad y necesidad que tenia el mundo de su predicacion; y que se partirian á cumplir su oficio, llevándola en el corazon, predicando en todas partes sus grandezas, como dice el sabio Idiota, y comunicando su devocion y ensalzando su purísima Concepcion sin pecado original, acordándose muchas veces de la vida de san Juan, que le cupo vivir con ella y tenerla á su cargo, como hijo á madre, conforme á lo que Cristo Jesús al partir de esta vida ordenó. Procuró este santo apóstol, cuanto le fué posible, lograr esta suerte que tuvo, no apartándose de este bien, y de esta gloria del mundo que le quedó encomendada; no daba paso la Vírgen, que san Juan no la fuese acompañando y sirviendo, aunque salia poco de casa esta modestísima Señora. Los más pasos que anduvo fueron á adorar los lugares de la Pasion de su Hijo al monte Calvario y al santo Sepulcro; los cuales muchas veces la Vírgen acompañada de

san Juan visitaba y en ellos hacia oracion y memoria de tan altos misterios.

Aun cuando esta Señora vino á España en hombros de los ángeles, como luego diremos, á visitar á otro apóstol de su Hijo, vino tambien con ella san Juan. ¿Quién podrá decir la devocion de este apóstol querido de Jesús para con María y cuánto aprovecharia con su ejemplo? ¡qué fiel fué, no dejándola nunca, sirviéndola en todas las cosas y principalmente en el oficio que ella más gustaba de capellan suyo, diciendo la misa y comulgándola todos los dias! ¡con qué reverencia estaba en su presencia, estremeciéndose de tanta santidad y tanto Dios como en María rebosaba, no atreviéndose á mirarla! por lo cual tiene ahora en el cielo particular don y gloria en los ojos, como le vió santa Matilde, por el sumo respeto y modestia con que estaba delante de la Vírgen, no atreviéndose á levantar los ojos delante de ella, ni mirarla á la cara.

Mas aunque los demás apóstoles se partieron al cabo del mundo, no dejó de asistirles esta Señora con su cuidado y oraciones y áun tambien con su presencia, llevándola los ángeles á visitarlos y consolarlos. En España recibimos este particular favor, que viniese en persona á estos reinos la Madre de Dios, traída de los ángeles á visitar á Santiago que estaba en Zaragoza; el cual fué singularísimo devoto de la Vírgen, acordándose muchas veces de ella cuando estaba ausente y deseando verla, pidiéndola su ayuda en el oficio de su predicacion; por lo cual la misma Señora le amaba mucho y porque fué vírgen toda su vida; y así vino María á cumplir su deseo para que la viese y tomar ella aquella provincia por muy suya, mandando que la edificase iglesia allí donde se le apareció sobre una columna, que es el primer templo que los fieles edificaron á María y fué estando ella en la tierra.

De los otros discípulos de Cristo tambien se acordaba María, rogando perpetuamente á su Hijo por ellos, quienes en sus trabajos se acordaban de pedir su favor; y por revelacion del cielo Ella conocia y entendia sus necesidades, y luego oraba por ellos.

De san Estéban sabemos, que tuvo revelacion la Vírgen cuando le apedreaban; quien tambien por sér vírgen fué muy querido de María y diácono de su querido apóstol Santiago; y luego Ella hincada de rodillas rogó por él: por lo cual tuvo aquella constancia admirable y ardiente caridad con que pidió perdon para sus homicidas; con la cual oracion, y mucho más con la de la Vírgen, ganamos á san Pablo, que lo encomendó á Dios esta Señora, viéndole tan extraviado, para que se trocase para bien de la Iglesia; y así salió este gran apóstol, tal, y tan devoto de la Vírgen, que imprimió su particular devocion á sus discípulos,

como á san Hieroteo, san Timoteo y san Dionisio; y envió á este último á verla, encomendándole á san Juan, para que le dejase ver á la Vírgen, lo cual san Dionisio no acaba de agradecer; y todos estos tres, y otros discípulos suyos, por la devocion que tuvieron á la Reina del cielo, concurrieron á su tránsito, aventajándose san Hieroteo entre todos (fuera de los apóstoles) en hacerse lenguas alabando á María, engrandeciéndola y celebrándola con devotos himnos. San Lúcas que comunicó tanto con san Pablo, que llama el Apóstol su Evangelio el de san Lúcas, salió afectuosísimo siervo de esta Señora; y, por la grande devocion que la tuvo, hizo muchos retratos suyos y estátuas; y en su Evangelio habla de ella más que ningun otro evangelista, así por lo que oyó de la boca de la misma Vírgen, como porque tambien le diria san Pablo algunos misterios que la tocaban. A otros escribia María y

les consolaba y animaba, y confirmaba en la fe, como hizo con san Ignacio, al cual llamaron deífero; que sin duda tanto fervor y caridad como tuvo, fué porque se lo alcanzó la Vírgen.

Tambien declara mucho la devocion y amor de los apóstoles á María, que, antes de acabar de repartirse por el mundo, consagraren por iglesia la casita de la misma Vírgen de Nazaret, y la dedicaron á su nombre y honra; y no dudo que por las provincias á donde llegaban iban consagrando templos, levantando aras, colocando imágenes, y de todas maneras introduciendo la devocion de la Madre de Dios. De san Pedro escriben algunos autores que, cuando vino á España, trajo consigo desde Antioquía algunas imágenes de la Vírgen para aumentar la devocion que en estos reinos habia introducido Santiago, el cual no sólo edificó la casa del Pilar de Zaragoza, pero inspiró tal devocion á sus discí-

pulos para con esta Señora, que dentro de un año la edificaron en España muchos templos, áun antes que los apóstoles le dedicasen por templo suyo la casa de Nazaret; porque san Elpidio en Toledo, san Pio en Sevilla, san Agatodoro en Zaragoza y otros discípulos de Santiago en otras ciudades de España, consagraron iglesias á la Madre de Dios al año siguiente de habérsela dedicado Santiago en Zaragoza.

Mas al partir de esta vida la Vírgen, ¡cómo se descubrió el amor y afecto que los apóstoles y todos los fieles la tenían! porque luego que publicó san Juan que la Madre de Dios le habia dicho que se acercaba su partida, corrió la voz por toda la Iglesia; y concurieron á Jerusalem con grande afecto y ánsias (innumerales personas); y á los apóstoles que estaban más ausentes fué revelada su partida; con lo cual al punto corrieron á aquella ciudad santa, para hallar-

se en su tránsito; y los que no podían llegar á tiempo merecieron por su grande devocion y ansioso deseo que los ángeles los trajeran á Jerusalem, en donde con lágrimas de amor y devocion asistieron al rededor del humilde lecho de María, teniendo cada uno en la mano una vela encendida y pasmándose de aquel prodigio de santidad, recibieron su bendiccion, quedando bañados en dulzura. Santiago, aunque ya difunto, no faltó tampoco allí por la grande devocion que tuvo á la madre de su Maestro; y así vino su alma á asistir á aquel espectáculo; y no hay duda de que concurrieron más gozosos los ciudadanos del cielo á recibir á su Reina, que los discípulos de Cristo y los fieles á despedirse de ella. Aumentóse la devocion y afecto de los apóstoles cuando entendieron ser llevada en cuerpo y alma al cielo, cantando todos á porfía, y, como fuera de sí, por su gran devocion, entonando muchas alabanzas á

esta Señora, no de otra manera que cuando vino el Espíritu Santo á ellos, publicaban con gran fervor, como ébrios, en varias lenguas las grandezas de Dios. El no haber alabado más los apóstoles á María mientras vivía, dicen que fué porque quisieron condescender con su humildad, y no darla ocasion de sentimiento por verse alabada; pero, despues de muerta, bien se desquitaron deshaciéndose en alabanzas suyas.

CAPÍTULO X.

Del amor y ternura que otros santos varones han tenido para con la Virgen Maria.

Fuera interminable contar el afecto y amor con que otros santos sucesores de los discípulos de Cristo han reverenciado y servido á su madre María; porque como los apóstoles, por haberse aventajado en santidad á los demás santos, tambien se

aventajaron en el amor y devocion á esta Señora, de la misma manera los mayores santos, que despues han florecido en la Iglesia, se han señalado en su devocion. Por la misma causa los patriarcas de las religiones, en las cuales estuvo como en una arca de agua recogida la grande santidad y espíritu que de ellos se habia de comunicar á sus hijos, se esmeraron en esta devocion. ¿Qué ternura no tuvo san Bernardo con María, como con su querida madre? ¿qué trabajos perdonó santo Domingo por publicar su devocion? ¿qué otra abogada para sí y para los suyos escogió san Francisco? ¿qué obra emprendió san Ignacio nuestro Padre, que no fuese con las alas que le daba esta Señora, por la grande confianza y devocion que la tenia, experimentando siempre su amparo, visitándole ella muchas veces, trayéndole del cielo el don de castidad, enseñándole las reglas de aquellos divinos ejer-

cicios espirituales que escribió, dirigiéndole en las constituciones que ordenó para su religion y confirmándolas? Ella tambien le puso junto á su Hijo y al Padre Eterno; y la vió el Santo muchas veces, que estaba rogando por él. Finalmente, tuvo tanto amor á este su siervo, que se apareció á muchos estando él vivo y les dijo que se hicieran sus hijos, y entrasen en su religion. Pero, porque la devocion de estos y otros santos Padres antiguos de la Iglesia para con la Vírgen es más sabida, no me quiero detener en contar sus ternuras y finezas con esta Señora; sólo me contentaré con traer algunos extremos que hicieron otros santos varones para servir á María, á fin de animarnos nosotros á lo mismo, y para que entendamos con qué extremo (si extremo puede haber) hemos de amarla y servirla.

San Pedro Damiano escribe de su hermano Marino, que se encendió tanto en

amor de María, que, deseoso de agradarla y servirla y de ser su perpétuo esclavo, se ofreció delante de un altar de esta Señora por su humilde siervo; y para mostrar lo que se honraba con ser su esclavo, se puso al cuello una especie de argolla; y, queriendo ser tratado como tal, se hizo azotar en el mismo lugar, y luego pagó una suma de dinero por tributo y en reconocimiento de su servidumbre, prometiendo continuar cada año este tributo. Y la Virgen Santísima, que es agradecidísima, no sólo á obras, sino á dos palabras con que la saludamos, ¿cómo podría dejar de agradecer esta fineza? Tuvo siempre por hijo á quien se hallaba indigno de ser su esclavo; y en la hora de la muerte le fué á consolar y asegurar de su salvacion; porque sus cadenas, como dijo el Eclesiástico, son ataduras de nuestra salvacion. Cesáreo escribe otro tanto del devoto siervo de María Walterio de Birbech, el cual, en-

cendido del amor que tenia á esta gran Señora, puesta una soga al cuello, se dedicó delante de un altar suyo por su esclavo pagándola un tributo, y reconociéndola cada año con semejante pensión por su única Señora, recibiendo en pago extraordinarios favores de su agradecida mano, en vida y muerte. ¡Oh Reina del cielo! ¡oh Madre mia! ¿qué tibieza es la que en mí veo, que, aunque en el corazón y deseo me ofrezco por vuestro esclavo, en la ejecución y en la obra no parece que me precie aún de ser vuestro hijo, pues no hago obras de tal, ni os sirvo como esclavo, ni os reverencio como hijo? Por cierto que es grande nuestra vileza que, viendo tantos santos que tuvieron por la mayor honra del mundo ser esclavos de María no queramos nosotros siquiera ser verdaderos y fieles hijos suyos, y servirla y amarla como merece el amor que más que de madre nos tiene.

El fervoroso Padre Juan de Trejo, de nuestra Compañía, fué uno de los que más se preciaban de esclavos de María en cuyo reconocimiento iba á pié á una lejana ermita de esta Señora, y la regaba y barria no así como quiera, sino con una admirable y nunca oída invencion en que mostraba el ardiente amor y profunda reverencia que tenia á la Madre de Dios; porque no regaba el suelo con otra agua que de sus ojos, vertiendo de ellos copiosas lágrimas de devocion y ternura que bastasen á regarla. Despues él mismo, teniendo por mucha honra ser el más vil instrumento del mundo, con tal que se ocupase en servicio de esta gran Señora, no con otra escoba barria aquella iglesia que con su misma boca y rostro, dando de camino mil besos muy á menudo á aquel suelo santo, por ver que era casa de su Señora y madre tan amada. En las demás cosas iba semejantemente, cuidando del ser-

vicio de su Señora con un increíble celo y vigilancia; de suerte que, habiéndole encomendado los superiores un seminario de estudiantes que estaba á cargo de la Compañía, él tenia tanto celo de ellos, por ser congregantes de la Vírgen y dedicados á su nombre, que para que no disgustasen ningun dia á su Señora, ni faltasen en nada á la pureza, de que sabia gustaba ella tanto, casi no dormia de noche, sino se iba á donde estaban todos durmiendo, y al pié de la cama de cada uno, hincado de rodillas, hacia devota oracion por cada cual en particular, con ser muchos, para que el dia siguiente no ofendiesen á Dios, ni disgustasen á su bendita Madre; la cual le correspondió con grandes mercedes y favores que le hizo. El santo Rey de Hungría, Estéban, tuvo por título más glorioso que el de rey ser esclavo de María; y así quiso que su casa real de allí en adelante se llamase la familia de la Vírgen. Co-

municó esta reverencia á sus vasallos, que por el ejemplo de su rey no se atrevian á tomar el nombre de María en la boca, sino sólo nombrarla nuestra Ama, ó la Señora absolutamente.

Al santo padre Martin Gutierrez, humilde y fiel esclavo de María, ¿qué visitas y favores no le hizo esta Señora? ¿qué mercedes no le concedió? Pero no me puedo detener, que no quiero escribir su vida; sólo diré algo de la devoción de este siervo de María, callando otras ternuras y extremos que han hecho muchos santos varones de mi religion por el amor que tenian á la Madre de Dios. Pues este mismo santo padre vió una vez á la Reina del cielo que debajo de su manto tenia á todos los de la Compañía. Y encendió tanto la vista de la Reina del cielo á este gran siervo de Dios, que donde quiera que iba y estaba comunicaba tal fuego de su devoción, que no habia persona, á quien cosa

que pidiese por María no hiciese; y era esta petición como un conjuro y divino encanto para no atreverse nadie á negar nada, al ver que él hacia lo mismo, pensando, hablando y enterneciéndose siempre con su memoria y con el concepto que hacia de sus grandezas, y andando tan atónito de su majestad, que todos los dias, por estar á la puerta del refectorio una imágen de esta Señora se quedaba despues de comer elevado de su grande afecto y suspenso por media hora contemplando la caridad y majestad de María, quedando despues tan poco señor de sus sentidos, que no podia hablar. Su devoción sensible era tan continua y las frecuentes visitaciones de Cristo tan fuertes que le derribaban en tierra, quedando muchas veces con una gran conmoción de manos y labios, y con tal semblante que parecia se le queria saltar el corazón del pecho de puro afecto, y daba con él en tierra, principalmente si queria reprimir

estos afectos de su devocion. Por menear muchas veces los labios muy aprisa y récio, sin pronunciar palabras claras, parecia como la santa Ana madre de Samuel, y como los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, que estaba ébrio y fuera de sí por la devocion de María: los sollozos y suspiros no se alcanzaban unos á otros, haciendo entre tanto semejantes actos de devocion como el hijo de santa Brígida. Dice esta santa de su hijo Cárlos que solia decir de todo corazon: Tanto me huelgo que ama Dios á la Vírgen María su madre sobre todas las cosas, que no hay para mí cosa, ni criatura que más me deleite; y, si posible fuere, que por un instante dejara de tener la dignidad que tiene, padeciera yo todas las penas del infierno eternamente, porque no cesara su grandeza en un punto: todos estos afectos valieron la salvacion á este devoto y tierno mancebo.

En los mismos actos se ocupaba el gran siervo de Dios, padre Diego Martínez de nuestra Compañía, por los cuales mereció muchos favores de la Madre de Dios, y tales regalos, que era llevado en las festividades de la Virgen á oír como las celebraban los ángeles, de los cuales enseñado, decia: Quisiera yo tener todas las vidas de los hombres para darlas todas en servicio de la Madre de Dios. Quisiera yo tener todas las voluntades de todos los santos y santas del cielo, y amarla con el perfectísimo y ardentísimo é incansable amor con que ellos aman á la Virgen santa María. Déséola amar con el ardentísimo amor con que la aman san Miguel, san Gabriel, san Rafael, los serafines y todos los espíritus bienaventurados; y hablando con la Virgen, decia: ¡oh quién os amara, Virgen bendita, con este perfectísimo amor! huélgome infinitamente, Virgen santísima, que los serafines y todos los

espíritus celestiales os amen con perfectísimo y ardentísimo amor por toda la eternidad, y les suplico y ruego os amen por mí. Yo vilísimo pecador, doy á la santísima Vírgen todo el conocimiento y amor, toda la honra y gloria, bendiciones y alabanzas que la dan los santos en el cielo, y por toda la eternidad. Deseo con todo corazon, que todos los reinos y provincias, pueblos, hombres y mujeres que hay en ellos, conozcan, amen, sirvan y alaben á la siempre Vírgen María, al modo que todos los cortesanos del cielo la sirven. Quisiera yo haberla servido desde el punto en que tuve razon hasta ahora, con toda la santidad é inocencia de vida con que la sirvió san Juan Evangelista y el Bautista, san Benito y santo Domingo, y todos los siervos que ha tenido acá en la tierra. Deseo morir y derramar mi sangre por amor y en reverencia de la Madre de Dios; y desearia que Jesucristo nuestro

Señor me diese gracia y fortaleza para que todos mis miembros fuesen cortados uno á uno y martirizados por amor y en reverencia de la santísima Vírgen, madre de mi Señor Jesucristo: *fiat, fiat*. Eran tan de veras y tan vehementes estas ánsias y deseos, que le dieron éxtasis largos años.

Tan encendidos estaban estos siervos de María en su devocion, tan tiernos amantes suyos eran. Procuremos imitar á estos esclavos de la Emperatriz del cielo, é introducirnos en su santa familia, que con tal ama, y señora, y tal madre, en esta vida seremos privilegiados y en la herencia de la otra mejorados; que áun en el cielo los bienaventurados se precian de haber sido siervos de esta gran Señora, y hacen gala de ser conocidos por sus esclavos; porque así como los criados de los reyes, dice un doctor grave, tienen particular librea y vestido con que se diferencian de los demás

cortesanos que viven en sus córtes, así en la córte del cielo los devotos de María traerán una particular librea, vestidos y divisa, con que serán conocidos de todos; y campearán sobre los demás bienaventurados, por especiales criados de la Virgen Santísima, paniaguados y familiares de su casa, segun aquello de los Proverbios: Todos los de su casa siempre visten de gala con dobladas libreas y vestidos doblados.

Finalmente por todo el mundo se ha esparcido la devocion de María, por todas las edades, por todos los estados, por todas las naciones, que es lo que profetizó esta Señora, diciendo, que porque miró Dios la humildad de su esclava, la habian de decir bienaventurada todas las generaciones, esto es, todas las naciones y en todos los tiempos. Por cierto que en España vemos esto muy cumplido, porque en ella sólo hay, habiéndose hecho diligente cómputo, mas de

ochenta mil templos dedicados á la Virgen; y apenas hay en ella collado insignie, que no la corone alguna casa ó ermita de María. La piedad antigua de los españoles para con esta Señora se echa bien de ver en el cuidado que tuvieron, cuando se perdió España, de no dejar en poder de los moros las imágenes de la Virgen; porque como ellos nos consienten la adoracion de las imágenes, si bien engrandecen á María, no quisieron dejar á este riesgo aquellos cristianos devotos las imágenes de esta gran Madre de misericordia, sino lleváronselas consigo, ó las escondieron, y despues se han hallado muchas milagrosamente, y que hacen grandes milagros; lo cual no se sabe que hiciesen áun con las imágenes de Cristo.

¶ Pero ¿qué mucho que las naturalezas intelectuales y los hombres racionales honren y reverencien á la que es Reina de todo lo criado? ¿que los ángeles la

esperasen? ¿qué los patriarcas la desearan? ¿qué los profetas se consolasen con su esperanza? ¿qué los apóstoles la admirasen? ¿qué los santos la sirviesen? ¿qué todas las naciones la honren? pues, como dice el devoto Juan Tauburno, de los mismas criaturas irracionales fué racionalmente deseada María (si es lícito hablar así). Gimiendo estaba, y como reventando de dolores de parto toda criatura, hasta su venida, esperando que por María habia de ser reformada, y segun dice Dionisio Richel, revelada, y conforme á san Bernardino, mejorada y perfeccionada; porque, dice, no tuvo el mundo su última perfeccion sino por María: por lo cual escribe san Juan Damasceno, que los siglos competian entre sí para ver su natividad y advenimiento.

CAPÍTULO XI.

Del amor y devocion á María que muestran los santos en sus sentencias.

Pienso que nos moverá también á un tierno amor á María, el ver las ansias con que la invocan los santos, y el grande amor y afecto encendido que para con su madre, y la madre de su Dios y Señor, muestran en sus escritos, que están destilando suavidad, llenos de la grandeza de María, deshaciéndose en sus loores. No podré recoger todo lo que dicen, porque para esto sólo era menester un muy grande volúmen; sólo diré una ú otra sentencia de algunos, que regalen nuestro corazón y enciendan nuestro afecto, para amar, estimar y reverenciar á la que ellos así amaron, estimaron y reverenciaron. De los apóstoles sabemos que dijeron grandes cosas

de María y se enternecian dulcemente en sus loores y alabanzas con la memoria de su intercesion; y fuera de gran consolacion si lo tuviéramos ahora escrito. Hallo tambien, que éstos fueron inventores de la Salve, con que imploraban el auxilio de su Reina y madre de misericordia; si bien se ha atribuido á otros esta oracion, por haberla renovado. Ellos tambien en el Ave María enseñaron á invocar á esta Señora, pidiéndola que orase por nosotros pecadores. De Santiago sabemos, que todos los dias, quando celebraba el sacrificio de la misa, hacia conmemoracion de la santísima Madre de Dios, y siempre Vírgen María, resumiendo sus grandezas é implorando su socorro; y despues de haber pedido que Dios quisiese principalmente acordarse sobre todos los santos de esta Señora y siempre Vírgen María, ordenó que el coro respondiese así: Digna cosa es que digamos verdaderamente bienaventurada

y de todas maneras sin culpa, y Madre de nuestro Dios, más preciosa que los querubines, más gloriosa que los serafines, que sin corrupcion pariste al Verbo de Dios: verdaderamente te engrandecemos, Madre de Dios: á tí, llena de gracia, toda criatura te da el parabien, la multitud de los ángeles y el linaje de los hombres, á tí que eres templo santificado, paraíso espiritual, gloria de las vírgenes, de quien tomó Dios carne y en quien nuestro Dios (que fué antes de los siglos) se hizo niño. ¡Oh llena de gloria! toda criatura te da el parabien: la gloria sea para tí. San Ireneo que bebió más de cerca el espíritu y devocion de los apóstoles, con tal sublimidad habla de María, que no se pudo decir más. Llámala causa de la salvacion de todo el género humano, y entre otras cosas dice: De la manera que Eva fué engañada por la plática de un ángel para que se apartase de Dios prevaricando su precepto, así

á María por la plática de otro ángel fué anunciado, que llevase dentro de sí á Dios, obedeciendo su palabra; y como aquella fué engañada para huir de Dios, así ésta se persuadió á obedecer á Dios, para que María Vírgen fuese abogada de Eva, que tambien era vírgen entonces; y de la manera que el linaje humano incurrió en pena de muerte por una vírgen, así fuese absuelto por otra Vírgen, para que se contrapesase por iguales balanzas la inobediencia. Lo que dice aquí san Ireneo, de que tantos siglos antes que María naciese fuese abogada de Eva, es porque supone la grande estimacion que hace Dios de María, que entonces no por ruegos, que éstos no pudieron ser, sino sólo por la estupenda grandeza de su santidad, con aquella esperanza que habia de nacer tal persona en el mundo, en quien tanto se habia de agradar, y porque sabia que le habia de agradecer haber tenido misericordia de

Eva, se amansó el enojo divino, predes-
tinando Dios á tal criatura, para satisfa-
cer á su justicia con el fruto de su vien-
tre y para consuelo de Eva, que se ale-
gró en el alma con grande amor y afecto
para con María, luego que tuvo revelacion
de la abogada, que le habia de nacer al
cabo de cuatro mil años. San Epifanio
afirma tambien lo mismo, que María le-
vantó á Eva; y san Fulgencio dice, que
Eva maldita fué bendita por María; y
san Bernardo escribe, que el hombre que
cayó por una mujer no se levanta sino
es por otra mujer, que sea reparadora
de sus progenitores y vivificadora de
sus sucesores, esto es, de los santos que
vinieron despues de María.

Este tambien es gran consuelo para
nosotros, que si sólo porque habia de na-
cer María le valió á Eva la vida, ahora
despues que ha nacido, y está coronada
por Reina de los ángeles, y Dios le ha
entregado el tributo y dispensacion de

su misericordia, y su Hijo los tesoros infinitos de sus merecimientos, y el Espíritu Santo la jurisdicción de sus dones y gracias, y ella insta con su intercesión solicitada de sus piadosas entrañas, ¿qué cosa no podremos esperar de ella? ¿qué confianza podemos dejar de tener en ella? sino enternecernos con san Efren, que así la habla: Intemerada, y totalmente pura, Vírgen Madre de Dios, Reina de todos, y bonísima, más humilde que los habitadores del cielo, más pura que los resplandores y rayos del sol, más preciosa que los querubines, más santa que los seráfines, y sin comparacion más gloriosa que todos los demás ejércitos del cielo, esperanza de los padres, gloria de los profetas, loor de los apóstoles, honor de los mártires, regocijo de los santos, corona de las vírgenes, inaccesible por tu resplandor, princesa de todos, capitana de todos, sacratísima doncella, debajo de tus

alas me ampara y guarda; ten misericordia de mí, que estoy manchado de lodo, pues con muchos pecados ofendí á mi Criador y juez. No se gloríe contra mí Sata-nás; no se levante contra mí mi enemigo; no vea yo que á tu siervo le falte la esperanza que en tí tiene; no me calumnie la lengua de los murmuradores: no tengo yo otra confianza, ¡oh Vírgen sincera! porque tú eres mi puerto, ¡oh Vírgen inviolada! y mi auxiliadora presente; todo estoy puesto debajo de tu tutela y proteccion. ¡Oh madre celebradísima! con conti-nuas lágrimas te imploro, y me arrodillo á tus piés, ¡oh Señora mia! clamando á tí humildemente, para que tu dulce Hijo, el que da vida á todos, no me arroje por los muchos pecados que he cometido y como leon despedace mi ánima, ó como á higuera estéril y sin fruto me corte. Llena mi boca con la gracia de tu dulzura; ilustra mi entendimiento, ¡oh llena de gracia! mueve mi lengua

y labios para que te cante alabanzas con grande alegría de mi alma, y entone aquella melodía angélica, tan celebrada en la ciudad de Nazaret que cantó el arcángel san Gabriel, vestido de hábito servil, á tí, Vírgen y madre de Dios enterísima, aquella salutacion tan conveniente y digna, ¡oh salud del mundo y toda la tutela de las almas! Dígnate, Vírgen, que tu siervo te alabe y diga: Ave, Vírgen beatísima entre las mujeres: Ave, estrella fulgentísima de quien salió Cristo: Ave, ilustrísima luz, madre y vírgen: Ave, tú que pariste maravillosamente al Rey de todas las cosas: Ave, tú por quien nos ha lucido el sol clarísimo: Ave, Señora más sublime que todas las cosas: Ave, cántico de los querubines, é himno de los ángeles: Ave, paz, gozo y salud del mundo: Ave, alegría del linaje humano: Ave, alabanza de los Padres, y encanto de los profetas: Ave, hermosura de los mártires y corona de los san-

tos: Ave, gloria de los devotos y pios, é himno de los solitarios: Ave, ornamento clarísimo de las jerarquías celestiales: Ave, oracion de los escritores de alabanzas: Ave, excelentísimo milagro de la redondez de la tierra: Ave, gusto de los que habitan en el mundo: Ave, paraíso de deleites é inmortalidad: Ave, árbol de la vida, gozo y deleite: Ave, vallado de los fieles y salud del mundo: Ave, puerto tranquilo: Ave, libertadora de los que están envueltos en olas: Ave, auxiliadora nuestra, para los que peligran: Ave, resurreccion de Adan nuestro primer padre: Ave, sabrosa libertad: Ave, madre de todos: Ave, fuente de gracia y consolacion: Ave, refugio y vida de los pecadores: Ave, propiciatorio de los que trabajan. No acaba aquí este santo, que con otros muchos nombres se entornece con la dulce María; y no me he querido alargar, porque oigamos tambien algo de otros Padres.

San Pedro Crisólogo en muchas partes habla de la Vírgen, y dice: Ni conoce á Dios bastantemente el que no se pasma del alma de esta Vírgen, ni se maravilla de su ánimo. El cielo se espanta; los ángeles se estremecen; la criatura no puede soportarlo: la naturaleza no es bastante. Y una doncella de tal manera tuvo á Dios en su pecho, y le albergó, y le deleitó con su hospedaje, que la paz de la tierra, la gloria del cielo, la salvacion de los perdidos, la vida de los muertos, el parentesco de los de la tierra con los del cielo, y el comercio del mismo Dios con nuestra carne, le pidió por precio y arrendamiento de la casa. El mismo ángel se maravilla, ó que una mujer solamente, ó que todos los hombres por una mujer hayan merecido la vida. Pásmase el ángel, que todo un Dios haya venido á entrarse en la estrechura del seno de una mujer, aquel á quien todo lo criado le es estrecho. Dios

te salve llena de gracia: esta es la gracia que dió á los cielos, gloria; á la tierra, Dios; á las gentes, fé; á los vicios, fin; á la vida, órden; á las costumbres, enseñanza. Esta gracia trajo el Angel, recibió la Vírgen, que es la que habia de restituir la salud á los siglos. Vírgen verdaderamente bendita, que posee la gloria de la virginidad, y la dignidad de madre. Bendita verdaderamente, que mereció la gracia de la concepcion divina, y se levantó con la guirnalda de la entereza. Bendita verdaderamente, la que fué mayor que el cielo, más fuerte que la tierra, más capaz que el mundo; porque ella sola recibió en sí á Dios, á quien todo el mundo no puede contener.

Pues san Anselmo, ¿qué no dice en libros enteros que dedicó á esta Señora? Llámala madre de salud, templo de piedad y misericordia, entre todos los santos despues de Dios, singularmente santa, madre de admirable virginidad, que

vence á los ángeles en pureza y á los santos en piedad; Reina de los ángeles, suprema Señora del cielo y de la tierra; la que únicamente tiene dominio; exaltada sobre los coros celestiales. Socórrenos, dice, Señora piadosísima; y no considerando la muchedumbre de nuestros pecados, inclina tu querer á tener misericordia de nosotros. Ea, socórrenos, te pedimos, para que la loa que por tantos siglos has poseído, dure continuamente en la misma gracia con que socorriste al mundo perdido. Nosotros nos encomendamos á tí; tú procura que no perezcamos. Piadoso Señor, perdona al siervo de tu Madre: piadosa Señora, perdona al siervo de tu Hijo. ¡Oh, qué tú eres aquella piadosamente poderosa, y poderosamente piadosa María de la cual nació la fuente de la misericordia! no detengas, te ruego, tan verdadera misericordia, en donde conoces tan verdadera miseria. ¡Oh grande, piadosa, y muy

amable María! tú, ni puedes ser nombrada, sin que nos enciendas; ni podemos pensar en tí, sin que recrees el afecto de los que te aman: tú, nunca entras en la memoria sin dulzura, que divínamente en tí está infusa.

Baste por otras infinitas ternuras y dulces coloquios, que podia recoger de otros santos, alguna cosa de lo que se regalan con María su madre san Bernardo y san Buenaventura. Ensalza, dice Bernardo, á la que no supo qué era concupiscencia cuando concibió, ni dolor cuando parió. Predica á la que es reverenciada de los ángeles, deseada de las gentes, conocida antes de los patriarcas y profetas, escogida entre todos. Magnifica á la inventora de la gracia, la medianera de la salud, la restauradora de los siglos. Ensalza á la ensalzada á los reinos celestiales sobre los coros de los ángeles. Estas cosas me canta la Iglesia de ella: á mí me enseñó á cantar y á ala-

bar á la misma María. Calle tu misericordia, Vírgen dichosa, si hay alguno que se acuerde, que habiéndola invocado en sus necesidades, le haya faltado. De los más íntimo de nuestros corazones, con todos los afectos de nuestras entrañas, con todos nuestros deseos veneremos á María; porque esta es la voluntad de aquel que á todos nos quiso tener por María. ¿Quieres tener una abogada para con Cristo? acógete á María; y ella será oída por su reverencia; porque el Hijo oirá á la Madre, y el Padre oirá al Hijo. Hijuelos míos, esta es la escala de los pecadores; esta es confianza grandísima; esta es toda la razón de mi esperanza. A ella como á medio, como al arca de Dios, como á la causa de las cosas, como al negocio de los siglos, miran los que están en el cielo y en el purgatorio, los que fueron antes de nosotros y los que ahora somos, y los que se seguirán, y los nacidos de los nacidos, y

los que nacerán despues de ellos; los que están en el cielo, para que reparen sus sillas; los del purgatorio, para que salgan de allí; los que pasaron, para que prueben ser profetas verdaderos; los que se siguen, para ser glorificados. Por lo cual te dirán bienaventurada todas las generaciones, engendradora de Dios, Señora del mundo, Reina del cielo, que engendraste la vida y la gloria para todas las generaciones: en tí hallaron los ángeles alegría; los justos gracia; los pecadores perdon para siempre. Con razon han puesto los ojos en tí todas las criaturas, porque en tí y por tí y contigo la benigna mano del Omnipotente reparó y recreó todo lo que habia criado.

Oigamos tambien á san Buenaventura: «María es la alumbradora de muchos por los clarísimos ejemplos de su vida. Ella es aquella cuya vida esclarecida ilustra todas las Iglesias; ella es aquella cuya vida dió luz al siglo; ella es la antorcha

de la Iglesia, encendida é ilustrada por Dios, para que por ella fuésemos alumbrados contra las tinieblas del mundo.» Insigne es el privilegio de la gloria de María, pues lo que hay, despues de Dios, más hermoso, más dulce, más agradable en la gloria, esto es María, esto es en María, esto es por María. Cuenta el santo siete privilegios que la concedió Dios: que sobre todos los hombres esté ajena de pecado, pero muy llena de gracia; que sea madre y vírgen incorrupta, y madre del Hijo de Dios; la más familiar á Dios de todos los hombres, áun corporalmente; delante de su majestad potentísima sobre toda criatura; aventajadísima en la gloria sobre todos los santos.

Concluyo finalmente con lo que el devoto Dionisio Richel dice: «Con todas nuestras fuerzas alabemos, veneremos, amemos y reverenciamos á la excelentísima madre de Dios; y despues que lo

hayamos hecho así, reconozcamos que no hemos hecho cosa condigna, y que no se pueden pagar sus beneficios con suficiente agradecimiento, diciendo con san Agustín: ¿Qué podremos nosotros tan pequeñuelos, y en la obra niños, agradecer con nuestros loores? porque aunque nos volviésemos lenguas, no podríamos alabarla suficientemente.

CAPÍTULO XII.

De los títulos que hay para amar á María Madre de Jesús, y del primero que son sus beneficios.

Vengamos ahora á las causas que hay para servir, y amar á María con todas nuestras fuerzas; porque fuera del ejemplo con que nos invitan toda la Santísima Trinidad, los ángeles, los patriarcas, los apóstoles, los santos todos, amando el Padre Eterno á su primogénita Hija y á su querida criatura; el Hijo de Dios

á su tierna y amada Madre; el Espíritu Santo á su Esposa escogida entre millares; los ángeles á su Reina, su admiracion, su ejemplo, su regocijo; los patriarcas á su esperanza y blanco de sus deseos; los apóstoles á su Maestra; los santos todos á su madre, su abogada, su gloria y su vida; hay muchas razones, fundamentos y títulos que nos han de obligar á servir á esta gran Señora, por los bienes que nos ha hecho, por los que nos puede y quiere hacer, por lo que de ella esperamos, por lo que la hemos menester, por lo que nos ama y cuida de nuestro bien, por lo que sufrió y padeció por nosotros, por su estupenda grandeza, por su hermosura, por su bondad, por sus virtudes, por su agradecimiento, por ser madre de nuestro Dios, porque nos dió su Hijo, y, sobre todos estos títulos, porque Dios tanto lo quiere, que es la razon concluyente. ¡Oh grande acreedora de los hom-

bres! ¡por cuántos títulos os debemos servir! ¡con cuántas obligaciones teneis dulcemente empeñados nuestros corazones! ¡acaso es poco los beneficios que por Vos he recibido? que son tantos cuantos he recibido. ¿Qué obligacion es ésta en que van (en cierta manera) á la par María y Dios, en cuanto no debo gracia, que haya recibido de Jesús, que no la deba tambien á su Madre? estas dos son las causas universales de mi bien: Jesús la original, María la instrumental; pero tan universal y principal instrumento de mi bien, que no se me ha hecho bien alguno, ni hará jamás que no sea mediando ella, y pasando por sus manos. Piense el alma que cuantos son los beneficios divinos recibidos, tantas son las obligaciones del amor y de la devocion que debe á María; porque la debemos todas las inspiraciones que hemos recibido del cielo, todas las ocasiones en que nos hemos librado de pe-

car, toda la gracia y justificacion con que nos hemos hermoseado para parecer con la cara descubierta delante del Padre de las lumbres; pues que no nos aplica con eficacia Cristo Jesus, Hijo querido de esta gran bienhechora nuestra, en cosa alguna sus merecimientos infinitos que no sea por medio de su amada madre, previniendo ella con su intercesion nuestras necesidades, así del alma como del cuerpo, remediando más ella de lo que nosotros la pedimos, ni conocemos, ni podemos conocer. Esta obligacion que tenemos para con María, debiéndola todo nuestro bien, no es sólo porque ella nos dió en una pieza todo lo que es bien nuestro, que es Cristo Jesús, lo cual bastaba para darla mil corazones que tuviéramos, porque es un bien infinito, que de una vez nos dió; sino tambien porque ella nos alcanza en particular cualquier beneficio divino hasta el más mínimo buen pensamiento que tenemos.

Y no es sólo lo que debemos á los beneficios que de ella recibimos, así librándonos de males, como haciéndonos infinitos bienes, sino además el modo con que nos los hace, que es costándole ruegos, que muchas veces más hace uno en recabar de otro, que con el propio dar. Pues á María debemos que nos dé, y que pida para dar, estándonos perpétuamente recabando innumerables mercedes y gracias de su benditísimo Hijo; y aunque Jesús desee con extremo darla gusto en todo, pero nuestros pecados son tan grandes, que es necesario muchas veces valerse de amorosos ruegos y presentarle todo lo que por él hizo, para recabarnos perdón. Allégase á esto, que no espera á que nosotros la pidamos, sino que, áun cuando estamos muy olvidados de ella, y de nuestro mismo bien, ella nos le está solicitando, y aplacando á su Hijo, mudándonos el justo castigo, que merecíamos, en favores que por ella nos hace el bendito

fruto de su vientre. ¿Qué amor y solici-
tud puede haber como esto? ¿qué fir-
meza y nobleza de ánimo mayor que, sin
saberlo nosotros, sin esperanza de agra-
decimiento, nos está de continuo hacien-
do tantos bienes?

Es tan grande y universal el bien que
nos hace que, conforme á lo que dicen
algunos Padres, el mundo se hubiera aca-
bado, si no fuera por María, por cuyos
merecimientos é intercesion dura ahora.
San Bernardino añade que, muchos milla-
res de años antes de que naciese, esta gran
Señora conservó al mundo, esto es, desde
que Adan pecó; y que no lo aniquiló Dios
por reverencia especial y singularísimo
amor que tenia á la Vírgen; y así dice,
que por esta nobilísima criatura salvó
Dios á nuestros primeros padres cuando
traspasaron su precepto, y á Noé en la
inundacion del diluvio, y á Abrahan del
rey Codorlahomor, á Isaac de Ismael, á
Jacob de Esaú, al pueblo de Israel de

Egipto, de la cruel mano de Faraon, del mar Bermejo, de la idolatría del becerro en el desierto; y cuenta despues otros muchos beneficios que se hicieron á los Padres antiguos. No dudo, dice, sino que todo lo hizo Dios sólo por reverencia de esta bendita doncella y amor que la tuvo, pues con tanto arte determinó *ab æterno* anteponerla á todas las demás obras suyas en la predestinacion y honra. Ni solamente se limitan los beneficios de esta grande y poderosísima emperatriz á lo que en esta vida podemos recibir; sino que se extiende su clemencia á la otra, librando á las almas de sus devotos de las terribles penas del purgatorio. Ella misma dijo al devotísimo padre Jerónimo Cavalio como tenia cuidado de sacar á los de la Compañía de Jesús del purgatorio; y lo mismo hará con otros devotos suyos. Y al bienaventurado Amadeo fué manifestado del cielo, como la Vírgen, despues que

murió antes de subir en cuerpo y alma al trono de su gloria, fué á sacar de el purgatorio á todos sus devotos; porque razon era que subiese victoriosa al cielo con ricos despojos, como su Hijo subió con los santos Padres, cuyas ánimas sacó del limbo.

No sólo debemos á María el bien que nos ha hecho siendo en todo tan provechosa para nosotros, sino la honra que nos ha dado; porque no nos es de menor honra que provecho; y á la que honró á todos los hombres, y á toda la naturaleza, razon es que todas las criaturas la honren. Honró á todos con la persona de su Hijo, dando á todas las cosas y al universo tal perfeccion, que no es posible mayor al omnipotente brazo de Dios; porque todo grado natural se ve levantado en el Hijo de María al trono divino y á una union con Dios tan estupenda, que hace á la criatura Dios. Demás de esto honró especialmente á los hombres

con su misma persona, porque ¿qué mayor honor del linaje humano que ser de él tal criatura como María, que es Señora del cielo y todas sus jerarquías? y no contentándose con esta honra general, nos quiso demás de esto prohiar por hijos queridos, dándonos esta honra que fuésemos hijos de una reina, y no reina como quiera, sino de aquella que tiene los serafines por esclavos.

No es ésta la mayor deuda que debemos á María, pues no sólo la debemos cuanto bien ella nos hace, pero tambien cuanto debemos á su Hijo; el cual quiere que cuanto le estamos obligados, se lo paguemos á su madre sirviéndola, y amándola con todas las ánsias de nuestro corazon; como estas obligaciones para con Jesús son infinitas, debemos á María infinito. A María debemos los cinco mil y tantos azotes que Jesús, manso cordero, llevó por nosotros pacientísimamente, sin despegar su boca. A María

debemos las setenta y dos espinas con que fué coronado Jesús. A María debemos la bofetada que recibió Jesús delante del Pontífice. A María debemos la hiel y vinagre que gustó Jesús. A María debemos la venida del Espíritu Santo que nos envió Jesús. A María debemos la predicacion de los apóstoles de Jesús. De modo que á María debemos, no sólo nuestros merecimientos, en cuanto los tenemos por la gracia que nos alcanza por su Hijo, sino los mismos merecimientos de su Hijo, y toda su vida y muerte, toda nuestra redencion, eleccion, justificacion y predestinacion. Pues quien conoce esto, que ha señalado Jesús á su Madre por acreedora de lo que debemos, ¿cómo puede dejar de darle gusto en cosa que tan bien nos está, y por otra parte debemos? Bendito seais, Jesús mio; benditos los pechos que os dieron leche; bendito el vientre que os concibió; bendita la que os parió tan hu-

milde y agradecido, que por los servicios y deudas que quisisteis deber á una doncellita, que escogisteis por madre, á quien sólo debeis vuestra vida (debiéndoos todos la nuestra) quereis que todos la debamos vuestros beneficios y deudas infinitas. Dadnos gracia para que así como significasteis por vuestros santos esta buena voluntad vuestra (tan gananciosa para nosotros con obligarnos á servir á quien por vuestro interés debíamos) la sepamos cumplir, sirviendo y reverenciando á quien Vos reverenciasteis como obediente Hijo.

CAPÍTULO VIII.

Cómo debe ser amada y servida María, Madre de Dios, por lo que depende de ella el incomparable beneficio de nuestra predestinacion.

No se hará dificultoso entender todo esto á quien conociere el pecho tan agradecido que tiene el dulce Jesús y lo

sumo que desea honrar á su querida Madre; principalmente habiendo sido el seno de María la sala del consejo divino cuando se hizo eleccion de los predestinados á la gloria y repartimientos de las gracias de Dios; y esto cuando estaba fresco aquel servicio, que habia hecho al Hijo de Dios esta Señora, (y tuvo él por beneficio grande) de hospedarle en sus entrañas, partiendo su purísima sangre con el Verbo eterno, para que tuviese cuerpo y vida humana; porque ningun mártir ha dado por Dios su sangre con mayor amor y modo más extraordinario que en esta sazón la dió María; pues aunque no dió su sangre perdiendo ella la vida, dió sangre de sus entrañas por dar á Dios hombre vida.

No se puede dudar, que habia de tener Jesús memoria de su Madre y elegir, para hacerla mayores favores, los que fuesen verdaderos siervos é hijos suyos, y aquellos que conocia con su alta

sabiduría que habian de gustar más á María y ésta agradecerle más, y rogar por ellos. No se han hecho ni tratado en la tierra ni en el cielo empíreo cosas mayores, que en esta sacrosanta morada del vientre de la Vírgen: allí se hizo la obra mayor y más estupenda que Dios ha hecho, y áun que puede hacer; porque no es posible hacer Dios cosa mayor que la que allí hizo, ni obra de mayor virtud y dignacion, ni de mayor poder. Porque aunque la omnipotencia divina estuviera haciendo por eternidades obras maravillosas, aniquilando por momentos y criando infinidad de mundos, no pudiera exceder á aquella obra de hacerse Dios hombre, y á aquel nunca pensado enlace de la union hipostática. Tratáronse tambien en este augusto lugar de las entrañas de María los mayores negocios que ha decretado la infinita sabiduría y providencia de Dios: el perdon de los pecados, la predestinacion de los santos, el pacto y

concierto del Padre Eterno con el Hijo que diese su vida por los hombres, y el sí y consentimiento que dió Jesús, y aceptación que hizo de vida y muerte tan amargas, haciendo allí con gran constancia é inefable fervor y devoción voto de no rehusar la muerte más lastimosa y dolorosa que en el mundo se ha visto ni oído: todo por obedecer al Padre y hacer bien á María, y á todos los de su linaje. Allí en el cláustro virginal representó el Padre Eterno al alma de Jesús, que áun en aquellos miembros tiernecitos estaba llena de sabiduría, todos los santos Padres que habian muerto desde que crió á Adán hasta su concepcion, los cuales escogió con la esperanza ó, por mejor decir, con aquel anticipado conocimiento de su infinita sabiduría que tenia de que le habia de agradecer Jesús haber escogido antes aquellos. Propúsole tambien todas las almas que despues de su concepcion en las entrañas de María ha-

bian de ser criadas, para que de ellas escogiese sus predestinados; lo cual, como he dicho, lo hizo Jesús estando en el vientre de María, cuando dependia su vida de la vida de María; é hizo esta su eleccion con deseo de dar gusto á su madre. Y así podemos entender ser nuestra predestinacion y todos los beneficios, y série de gracias innumerables que en esta sola palabra *predestinacion* se encierran deuda de María; y que dependió de ella y de Jesús; de Jesús originalmente y de María instrumentalmente, esto es, mediando ella y con respeto y atencion á su honra y dignidad.

Todo esto se declaró á una gran sierva de Dios, en una admirable vision que tuvo y cuenta Cesáreo. Una santa vírgen, estando una vez pensando en el abismo de la predestinacion, en un admirable éxtasis que tuvo vió á la Vírgen Santísima preñada del niño Jesús, divisando al niño en

las entrañas de la madre, en donde estaba albergadito, como si fueran de un purísimo cristal. Estaba coronado el niño Dios de una diadema de rey, de la cual salían cuatro flores hermosísimas que, pasando por la cabeza de la madre, poco á poco se convirtieron en árboles tan grandes, que cubrían las cuatro partes del mundo: los frutos que tenían eran hermosísimos y fragantísimos y sabrosísimos: debajo de los árboles estaban todos los hijos de Adan; pero sólo los predestinados cogían y comían de la fruta. Con la cual vision quedó tan llena del don de sabiduría, que conocía quién era predestinado ó réprobo, gustando mucho de tratar con los predestinados, como con los que eran sus compañeros y compatricios. Significáronla con esta admirable representacion lo que hemos dicho: como la eleccion de los santos y predestinacion se hizo estando Jesús en el vientre de María, mediando tambien ella; lo cual es conforme á lo

que muchos santos dicen, y conforme al amor y agradecimiento que el Hijo de Dios tiene á su Madre. De lo cual tambien se sigue que es gran señal de predestinacion la devocion de María.

Así, pues la perseverancia necesaria para la predestinacion no es una gracia solamente, sino la multitud, ó, por mejor decir, infinidad de gracias que hace á un santo, hasta que le ponga en el cielo; y esto se debe á María. Claro está que no sólo la debemos servir por los beneficios que de ella y de Dios hemos recibido, sino tambien por los que esperamos recibir, no sólo en agradecimiento de los pasados, sino para negociar otros nuevos. Hémonos de llegar á ella, como á un sacramento general de todas las gracias y mercedes de Dios, que por medio de ella nos vienen; que si de veras acudimos á tal madre, y la pedimos como debemos, las tengo yo por infalibles. Y así el santo padre Martin

Gutierrez, devotísimo hijo de esta Señora, decia que no la habia pedido cosa que no se le hubiese concedido.

Importará mucho entender esto de María, y la gran fuerza de su intercesion por la cual recaba de Dios imposibles á nosotros; que con ser Dios tan observante de sus leyes, en interponiéndose ruegos de María, no repara en nada; y así se ha visto resucitar hombres para confesar sus pecados por intercesion de esta gran Señora; pues, siendo reina de todo, porque se cumpla su voluntad, no se repara en nada y quiere su Hijo mostrar la majestad de su imperio, en mostrarla Señora de las leyes, atropellando con las inviolables y fijas y queriendo que todas las cosas la sirvan y estén á su mandato. Pero ¿qué mucho obedezcan todas las cosas á quien obedeció el Criador de todas, que aún ahora en el cielo (dice san Pedro Damian, y Gotfrido Abad) mira las peticiones de Ma-

ría, no como ruegos, sino como imperios y mandatos, reconociendo el derecho de madre?

Consideremos tambien que es lo que mereció María con un acto sólo de virtud, para que acabemos de comprender la fuerza de su intercesion, en la cual alega todos los merecimientos de su vida. Porque con sólo un acto, aún antes de ser Madre de Dios (esto es, con sólo decir de corazon aquella respuesta que dió al Angel: Veis aquí la esclava del Señor, hágase segun tu palabra) mereció más. la Vírgen que todas las criaturas juntas, ángeles y hombres, en todos cuantos buenos pensamientos tuvieron, y obras hicieron y harán. Mereció con este acto el principado sobre los serafines del cielo, el imperio sobre toda criatura, el cetro del reino de su Hijo, la plenitud de todas las gracias, de todos los frutos y dones del Espíritu santo, y el ser madre de Jesús, y

corredentora y coprincipio de nuestro bien. Pues ya que fué Madre de Dios, ¿qué no merecía? y ¿qué no recabará con tanta inmensidad de actos interiores, y obras y trabajos exteriores que toda su vida duraron?

Todo lo que hemos dicho de la atención que se tuvo á la Vírgen en la salud de los predestinados, y de la fuerza de su intercesion para recabarnos misericordia y vida eterna, confirma la vision, que se refiere en la Crónica de los menores, y tuvo uno de aquella seráfica religion, llamado Fray Leon. Vió dos escaleras que llegaban desde la tierra al cielo, la una roja y sangrienta, y la otra blanca. En la colorada estaba Cristo nuestro Salvador en lo alto de ella, y al pié san Francisco, que daba voces á sus frailes para que subiesen al cielo. Vino gran multitud de ellos, que empezaron á subir; mas todos caian, unos al principio, otros al medio, otros al fin. En-

tonces el seráfico patriarca les dió voces que no desconfiasen, sino que se fuesen á la otra escalera blanca, donde estaba en su extremidad la Vírgen. Volaron allá los frailes, subiendo sin trabajo; la Vírgen los recibió y entró en el reino de su Hijo. Este es el privilegio que concedió el agradecidísimo Jesús á su Madre, que quiso salvar á sus escogidos con ella, y por ella. Por lo cual san Anselmo, Miguel Insulano y otros doctores dijeron, que era imposible perecer el devoto verdadero de la Vírgen; y al contrario dijo san Anselmo, que era necesario perderse el que se apartaba de esta tan gran Patrona.

CAPÍTULO XIV.

Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo mucho que nos ama.

No sé por cierto qué hacemos los redimidos de Jesús, en no servir y amar

con mil corazones que tuviéramos á su querida Madre, y grande bienhechora nuestra; pues las obligaciones que tenemos para ello, (áun fuera de su amor, á que debemos corresponder) son infinitas verdaderamente; lo cual digo sin enca-recimiento ni exageracion alguna; porque dejando lo que debemos por innumerales bienes que nos ha hecho, hace, y hará con una increíble lealtad y fe, sólo porque Jesús nos la ha señalado por la acreedora, á quien quiere pagemos lo que debemos por habernos redimido con tan lastimosa muerte como la de la cruz, la estamos obligados muchas veces infinitamente á servir y amar, dando este contento tan justo á nuestro amado Redentor. De modo que el derecho que por esta causa tiene María Santísima á nuestros corazones es infinito, aunque ella por sí no nos hubiera hecho limosna, ni recibido nosotros bien de su liberal mano, ni nos tuviera aficion alguna, ni

ella fuera tal cual es, digna por sí misma de ser amada, servida y adorada por Reina de millones de coros de serafines. Juntemos ahora á esta obligacion infinita la que le tenemos por sus buenas obras, y luego la que le tenemos por su buena voluntad, que es tal y tan fina y leal para nosotros, y con tan grande amor y deseo de nuestro bien, que por sólo esta inclinacion que nos tiene, aun sin obras algunas, merece muy merecido mucho mayor amor que el que la podemos tener y que todo afecto y devocion á nosotros posible. Y ¡á quién no enternecerá lo que esta Señora respondió al santo hermano Alfonso Rodriguez de nuestra Compañía? Estábase un dia regalando este siervo de Dios con su madre, y llevado en su simplicidad del encendido afecto de su pecho, la dijo sin reparar: ¡Oh, Señora mia! mucho más os amo sin comparacion, que á mí mismo; más os amo, madre mia, que Vos

me amais. Mas la Vírgen, apareciéndole luego, le corrigió diciendo: No es así, mi Alfonso, que yo mucho más sin comparacion te quiero, que tú á mí me amas. Y ¿con qué mayor ternura se puede mostrar el amor que nos tiene esta amorosa madre nuestra, que con las demostraciones que ha hecho por nuestros trabajos y males espirituales? En una isla de las Canarias habia una mujer devota de la Vírgen que, engañada del demonio dejó de confesar unos pecados que habia cometido, hasta que un dia vió á nuestra Señora con rostro lloroso y triste, derramando continuas lágrimas de sus ojos: dolióse mucho aquella mujer del dolor que mostraba la Vírgen, y preguntándola la causa de su llanto, respondió: Porque no te confiesas bien, y pierdes tu alma; con lo cual movida la mujer á gran contricion de sus pecados se confesó enteramente. Por cierto, grande testimonio de lo mucho que nos

ama la Vírgen Maria, fué mostrarse tan compasiva de nosotros.

Si los hombres lo que más estiman en los beneficios es la voluntad, de tan grande voluntad como en María vemos, acompañada con tales obras, ¿qué hemos de decir, ó qué hemos de hacer, pues nos faltan fuerzas y posibilidad para corresponderla? No sé por cierto cómo puede haber en nosotros olvido ó descuido de quien tanto se acuerda de nosotros y solicita nuestro bien, cuanto es grande su amor; y su amor es tan grande cuanto su excelencia y dignidad lo es: pues así como la Vírgen María es más que cuantas criaturas hay, y más santa que los serafines y todos los justos, así ángeles como hombres; de la misma manera su caridad sola, y el amor que nos tiene, es más fino y leal y mayor que cuanta caridad han tenido y tendrán todos los santos juntos y los más altos y abrasados serafines en amor de Dios. ¡Oh qué dicha

nuestra es vernos así amados con un amor tan invencible de tan gran Señora, y de la misma madre de Dios! con tal extremo, que todo amor, cuanto han tenido y tendrán las madres más tiernas del mundo á sus hijos más queridos, es sombra y nada, respecto del que ella nos tiene.

Ella de suyo es inclinada á blandura y amor, y más suave y dulce que la miel; y como es más buena que cuantas cristianas hay, su ternura y afecto es tambien mayor para con nosotros, aunque fuéramos extraños, y no nos viera queridos y redimidos de Jesús su Hijo del alma; pero llégase á esto que nos ha adoptado tambien por hijos, empeñándose con esta dignacion á amarnos más y esto ayuda á su piedad y condicion blandísima y amorosa; y sobre todo, como vió por sus ojos lo que Jesús hizo y padeció por nuestro amor, y ella ama tan inmensamente á Jesús, no es creible lo que tambien nos ama á nosotros; porque al

paso que tiene estima de la sangre y pasión del Hijo de Dios, á ese paso es mayor la inclinacion y amor que tiene á los que fueron redimidos tan costosamente. Ve tambien, que toda su grandeza la ocasionó nuestra miseria, y que toda su dicha resultó de nuestra desdicha; y por esto tambien nos mira con particular cariño y aficion. Antes de haber visto á su Hijo muerto por el amor de los hombres, y áun antes de ser Madre de Dios y de saber su dignidad, cuando era niña, sus empleos y mayores cuidados eran, como fué revelado á santa Isabel monja, rogar á Dios por el género humano, y que le concediese su gracia, acabando ya de enviar á su Hijo para bien suyo. Pues si tan temprano y sin tantos motivos nos tuvo tan grande amor, ahora que ha visto á Jesús su Hijo y el Unigénito del Padre crucificado por nosotros y á los hombres tan estimados de Dios ¿qué no hará?

Si presentó Jesús como prueba del inmenso amor que Dios tuvo al mundo, el que le diese á su Unigénito, eso mismo podemos decir de la caridad de la Virgen María, que dió muchas veces por nosotros tan buen hijo como Dios, y podemos exclamar: De tal manera amó María al mundo, que le dió su Hijo unigénito. Diónosle cuando le parió; diónosle cuando le circuncidó; diónosle cuando le presentó en el Templo; diónosle cuando le guardó la vida, para que no le matase Herodes; diónosle cuando con su beneplácito salió de su casa para predicar; diónosle cuando no rehusó saliese del Cenáculo la noche en que le prendieron; diónosle cuando preso, acusado, maltratado, afrentado, azotado, coronado de espinas, no habló una palabra por él; diónosle mil veces al pié de la cruz. ¡Oh Señora! ¡con qué arroyos de lágrimas, con qué afectos de vuestro corazón ofrecisteis por nosotros entonces á vuestro

Hijo, haciendo sacrificio de él, y de Vos, siendo en espíritu sacerdotisa del género humano! y todo con tan ardiente y ansioso deseo de la salvacion del mundo, que me atrevo á decir con san Anselmo, que si no se hallara quien crucificara á vuestro Hijo, para que se salvase el mundo, y se cumpliese la voluntad de Dios (si conviniera así), Vos le pusierais en una cruz, por más que lo quisieseis, y por más que os llegase al alma perder tal hijo. Porque claro está, que no habia de tener la sacratísima María menor perfeccion y obediencia que Abraham, el cual á su propio hijo ofreció á Dios, determinado á degollarle con sus propias manos y á quemarle.

¡Digno es esto por cierto de gran ponderacion, y de grande agradecimiento! Miremos como premió Dios aquella sola buena voluntad de Abraham, dándole por un hijo que quiso sacrificar, que fuese padre de muchos, y prometiéndole sus

bendiciones. Mas por cierto sin comparación debemos nosotros á la Virgen María, que Dios debió á Abraham; mejor hijo infinitamente fué el que María ofreció por nosotros, y más querido incomparablemente, y no sólo su primogénito, sino mucho más unigénito. Más nos ama María por su inefable caridad, y amor de Dios, que Abraham amó al mismo Dios. Pues, esta mejor voluntad, este mayor amor tan fino y extremado, ¿háse de quedar sin agradecimiento y memoria? no es justo por cierto, sino que nos debemos por hijos á María, y no debemos hartarnos de bendecirla y alabarla. Aprendamos de Dios á ser agradecidos, quien en significacion de lo que le habia obligado aquel santo patriarca, con aquella accion y señal de su voluntad, le dijo: Jurado tengo por mí mismo, que porque hiciste esto, y no perdonaste á tu unigénito por mí, yo te bendeciré y multiplicaré tu linaje como las estrellas del cielo,

y como la arena del mar; poseerá tu familia las puertas de sus enemigos; y en uno de ella serán benditas todas las gentes del mundo. Pues con semejante fervor y determinacion digamos nosotros: Cómo jurado he, Señora, y determino con una resolucion irrevocable, como juramento, y más firme que una roca, bendeciros y alabaros por este vuestro amor tan grande; yo multiplicaré vuestra familia; yo aumentaré el número de vuestros hijos, pues disteis vuestro Unigénito por mí, dándome yo por hijo vuestro, y procurando que todos lo sean, y muy devotos vuestros; y esto no será como quiera, sino que procuraré ser hijo vuestro, como una estrella del cielo en pureza y santidad, y como el polvo de la tierra en humildad y silencio, y como la arena del mar en paciencia y sufrimiento; y me esforzaré á que este vuestro nuevo hijo posea las puertas de sus enemigos, con la perfecta mortifi-

cacion de sus sentidos, procurando tambien que en mí sea bendito vuestro Hijo Jesús, vistiéndome yo de su mortificacion de piés á cabeza, cuidando con mi vida y palabras de que todos bendigan y alaben á Jesús, á quien ofrecisteis por mí. Abraham en premio de haber querido ofrecer á Isaac, que no fué mejor que él, mereció tener en su linaje al hijo de la Vírgen María, Jesús Dios y hombre; pues María por haber ofrecido por nosotros á su Hijo Dios infinito, y Hombre bendito, ¿qué premio merecerá? ¿con qué le podremos pagar este su amor, sino con amarla, con servirla, con admirarla, con bendecirla, con alabarla, con ser sus hijos, con ser hermanos de Jesús?

Ni solamente debemos á la Vírgen María el haber ofrecido el bendito fruto de su vientre á la muerte natural, sino tambien que aún viviendo le ofreciera á una muerte moral (no sé si diria mejor

civil); porque le ofreció por amor de los hombres, á tal vida que los hombres la tuviéramos por muerte, esto es, á una vida penosa, trabajada, humilde, perseguida, y tal que ningun esclavo del mundo la tuvo más trabajosa, queriendo por amor nuestro que el hijo que tanto amaba fuese como nuestro esclavo en la diligencia, y trabajo y humildad, para obrar nuestra salud; por lo cual dijo Ricardo de san Lorenzo esta memorable sentencia: La caridad de María para con nosotros se echó de ver en la Anunciacion, cuando respondió: Hé aquí á la esclava del Señor, deseando engendrar hijo que se hiciera nuestro siervo, por lo cual se llamó esclavo, porque el parto sigue al vientre. Lo cual tambien significó el Hijo, diciendo al Padre: Tu esclavo soy yo, é hijo de tu esclava; porque nos sirvió el Hijo de la Virgen con consentimiento y beneplácito de la madre, hasta el lavar los piés, y hasta el sufrimien-

to de la Pasion, pues el hijo del hombre no vino á ser servido, sino á servir y dar su vida para redencion de muchos. Por lo cual debemos nosotros al Hijo y á la Madre retribucion de su servicio, para que tornen los rios al lugar de donde salieron. Así el mismo Hijo nos dice por Zacarías: Si ha parecido bueno esto á vuestros ojos, traedme mi paga y jornal: lo mismo podrá decir la Madre con mucha razon. Todo esto es de Ricardo. Agradecemos, pues, á María todas estas finezas de amor ofreciéndonos por sus esclavos fieles, que así seremos sus hijos amados.

CAPÍTULO XV.

Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo que padeció por nosotros.

Pues por este amor tan ardiente, y fino que nos tiene María, debia ser servida y amada con más amor del que

nuestras fuerzas alcanzan, y más, viendo que no es estéril, sino muy fecundo en tantos bienes como nos ha hecho, y muy probado con la más fina piedra de toque, que es la paciencia; porque no sólo ha mostrado los quilates de su amor, haciéndonos innumerables beneficios, sino pasando por nosotros por los trances más árduos y dificultosos que ha habido en el mundo; y no ha habido persona humana, ni la habrá, que tanto haya padecido; y todo lo padecía de buena gana por nuestro bien. Tengo para mí, que lo que padeció el corazón de nuestra amorosísima madre la Virgen en un día solo, esto es, desde que su Hijo se despidió de ella la noche de la Cena para ir á morir, hasta que le dió sepultura, que fué más que cuanto han padecido y padecerán los mártires desde el principio del mundo hasta su fin, desde Abel hasta el último que atormentará el Anticristo. Sin duda que no excederán todos estos dolores corpora-

les que padecieron tantos santos en todos sus miembros al sólo dolor espiritual que padeció María en su Corazon; lo cual no parecerá imposible á quien entendiere el aprecio que hacia la Vírgen de la persona divina de su Hijo, y el inmenso amor que le tenia, y la lastimosa y afrentosa muerte que padeció Jesús ajusticiado por traidor, y embaucador y agitador de los pueblos, siendo así que ella le reconocia tan inocente y tan santo, como el mismo Espíritu Santo; y por esto fué inexplicable la compasion que le tuvo, y lo que participó de sus dolores. Pues todo lo que Jesús padecia en el cuerpo, padecia María en su espíritu; y así como el amor que tenia esta Señora á su hijo, que tambien era Hijo de Dios (por lo cual le amaba más que por ser su hijo), fué mayor amor que el que han tenido y tendrán los mártires á sus cuerpos, y tambien como más padeciese Jesús que todos los mártires juntos, es cosa para

mí clara, que padeció María espiritualmente más que ellos corporalmente. San Bernardino dice, que si el dolor que tuvo la madre de Dios se repartiese entre todas las criaturas, con la parte que á cada una le cupiera, se morirían de pura pena. Añádase á esto que hubo tormento que sintió María y no le sintió Jesús; pues cuando la cruel lanza atravesó el corazon de nuestro Redentor ya muerto, el alma de María que estaba toda en Jesús, recibió este golpe, porque Jesús ya no lo sintió por no estar allí su alma. Este fué (segun dicen algunos) uno de los mayores dolores que padeció la sacratísima Vírgen; y san Bernardo afirma que fué en él más que mártir. Y pues tal herida recibió el Corazon de esta Señora, se podrá decir lo que el mismo Cristo dijo á santa Brígida: Mi madre y yo como un mismo corazon salvamos al hombre; yo padeciendo en el Corazon y en la carne; mi madre con el dolor en

el Corazon, y con su amor. Crecia tambien el dolor de María por los pecados de los hombres, que fueron otra inmensa materia de llanto y sentimiento por el poco cariño de los discípulos, por la infidelidad de los judíos, por el desagradecimiento de todos los hombres, y por la compasion que tambien tuvo á los santos sus hijos previendo sus martirios, penitencias y enfermedades que habian de padecer. Ayudaba tambien á este dolor el ver que tambien era causa de la Pasion del Hijo de Dios, no porque le perdonase pecado, sino porque le preservó aun del original, y ser la principal y primera de sus predestinados. Ayudaba no menos su inclinacion misericordiosa, y los dones que tenia del Espíritu Santo, y su inclinacion á mayor piedad, que la de todos los hombres y mujeres santas y piadosas juntamente. Añade un doctor, que todas las tres jerarquías de los ángeles le ayudaban á que se compadeciese de su Hi-

jo; porque como sabian que sus sillas vacantes se habian de ocupar por los que fuesen conformes á la imágen de Jesús crucificado, y con devocion y compasion agradecieran tal beneficio, y que la Virgen habia de ser su reparadora y su reina, anduvieron muy cuidadosos en ayudarla á tener y llevar mayor dolor y compasion de Jesús, para que fuese más agradable á Dios, no sólo para sí, sino para todos los demás hombres. Por lo cual no me admiro, antes lo tengo para mí, que será tal como en una memoria que nos dejó san Cecilio mártir se dice, que llevó María sangre al pié de la Cruz; y así además del efecto, debemos á María la sangre de sus venas, que derramó por nosotros.

¡Oh hijos de la Iglesia! miremos cuánto debemos á nuestra madre María, á la santísima madre de nuestro dulce Jesús, nuestro Redentor y nuestra vida; y como se lo pagamos con tan pequeños servi-

cios y tan corto y mezquino afecto, que aunque lo tuviéramos de un serafin, nos ha de parecer así, si nos formamos cabal concepto de nuestras obligaciones y del inexplicable afecto que ella nos tiene, probado con tal paciencia. ¡Qué amor tan fino el de María para con nosotros sus hijuelos adoptivos, cuando sufrió por nuestro bien ver ajusticiar á su hijo natural y el unigénito, que nació de sus entrañas! ¿qué espectáculo hay más lastimoso, que el ver, cual delante de una tierna madre se ajusticia con pena de muerte atroz, y en público, á su hijo único, á quien queria más que á su vida, y esto siendo inocente? Este trabajo llevó María pacientísimamente por mi bien y vino en que muriese su primogénito Hijo, y tal hijo, para que yo miserable no muriera eternamente. ¡Oh qué admirable constancia la de María! tener ánimo para ver á Jesús pendiente de un madero, afrentado de todos, dándole los

que por allí pasaban gritos con que le llenaban de mil baldones, añadiéndose á sus inmensos dolores tantas injurias.

Infinito debemos á Jesús, que padeció tanto por nosotros sujetando su cuerpo á tantos tormentos y dolores. María sujetó su alma á todos ellos tambien por nosotros: miremos, pues, qué la deberemos por esto. Claro está, que por ser la persona de Jesús infinita, y por amarnos infinitamente, debemos más á él; pero si esto no fuera así, sino que las persona fuesen iguales, mucho se puede dudar, quién haria más: esta tierna madre, en permitir ajusticiar á su único Hijo inocente, y tan querido, con pena de muerte, ó el Hijo en morir. Á todo esto se sujetó María voluntariamente y habiéndolo previsto. Haré memoria aquí de aquello que reveló esta Señora á una gran sierva suya, que la embajada del ángel san Gabriel duró algunas horas en las cuales el ángel refirió á la

Virgen los trabajos, Pasion y muerte, y el gran desamparo que en ella debia padecer Jesus, el que habia de ser su hijo, que áun el mismo Padre Eterno lo habia de dejar, con lo cual se enterneció tanto María, que dió de muy buena gana el sí de ser madre de hijo que habia de ser varon de tantos dolores, para no desampararle en el trance en que todos le habian de dejar, queriendo ella cooperar á nuestra redencion, padeciendo con gran voluntad todo lo que por ser madre del Redentor del mundo se le habia de seguir, y ayudando á toda costa con su contento y sangre al bien del mundo, en cuanto dependió de ella: para que veamos, que si para cosa tan importante, como redimir el mundo, aguardó Dios el sí y el consentimiento de María, tambien para mi salvacion oirá sus ruegos.

Con gran razon, pues, dice san Bernardino, que la Virgen fué crucificada con Cristo en la hora de la Encarnacion,

cuando le concibió en sus entrañas; porque en aquella hora se sujetó, y determinó á padecerlo todo, y á sufrir el ver tantos tormentos en su Hijo. Y así dice tambien el estático y devoto hijo de nuestra Señora, Dionisio Richel, que por la compasion que tuvo María de su hijo es salvadora del mundo; y mereció con grandes ventajas que por ella se aplicase la virtud y méritos de la Pasion de Cristo. De aquí podemos sacar una gran confianza en María, conforme al argumento que hace el Apóstol, de la infinita caridad y liberalidad de Dios: Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros? el que áun á su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, esto es, entrególe á muerte de cruz crudelísima ¿cómo no nos habrá dado tambien con él todas las cosas? esto mismo podemos decir de la madre de Jesús. Si María está por nosotros, ¿quién contra nosotros? la que por nosotros entregó á su

Hijo, dándosele para que muriese para nuestro bien, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas, pues la dispensación de ellas la tuvo tan merecida? ¡Oh estupenda caridad de los Padres de Jesús para con los hombres! ¡oh asombrosa benignidad y liberalidad de Dios y de María, que á Jesús, Hijo obedientísimo de entrambos, así le entregaron por nosotros por el inmenso amor que nos tenían, por el cual sufrieron verle padecer inocentemente en la cruz! y como por amor nuestro le desamparó el Padre en aquel momento, también la Madre por semejante amor no quiso hablar en su favor. A esto se junta que este dolor de la Virgen duró toda su vida; porque desde que concibió á Jesús supo lo que le había de suceder; y así lo tuvo atravesado en sus entrañas antes y después de muerto. Creo también, que aún mucho antes que supiese que había de ser su madre, tuvo grande compasión al Redentor

del mundo; porque conoció por la Sagrada Escritura lo que habia de padecer el Hijo de Dios encarnado; y siempre le tuvo grande compasion y ternura.

Tras todo esto no faltaron á la Vírgen grandes asperezas corporales y aflicciones de su carne purísima y delicadísima, que voluntariamente sufría, no por cierto por falta alguna suya, pues áun en esta vida tenia un alma más limpia y pura que los bienaventurados, sino por las nuestras, ofreciendo por nosotros sus continuos y rigurosos ayunos, en que daba ejemplo á todos los apóstoles, y demás fieles y su extremada pobreza, y mortificación de todo gusto de los sentidos, y aflicciones de su cuerpo. El cuidado que tuvo María de afligirse lo declaró la misma Señora á santa Isabel monja, diciéndole que fuera de la gracia de su primera santificación, el ejercicio de las demás virtudes le habia costado mucho sudor y afliccion, inculcando á la santa esta máxi-

ma, que ninguna gracia descendia al ánimo, sino por devota oracion, y molesta mortificacion, y afligimiento del cuerpo. A san Gregorio Turonense reveló tambien esta Señora, que desde que entró en el Templo no se quitó el cilicio, ni durmió en cama.

Aún hay más que agradecer á María, pues no sólo la debemos lo que padeció, sino lo que deseó padecer. Santa Brígida dice, que deseó padecer todas las tribulaciones del mundo: y ¿quién duda, que deseó padecer la mayor tribulacion corporal que ha habido, que fué la muerte amarga de su Hijo? Sin duda que María deseó ardentísimamente ser crucificada, y verse deshecha á fuerza de tormentos por nuestro bien y salvacion. Y si en otras personas estimamos la voluntad, cuando es verdadera y sin cumplimiento, ¿por qué no hemos de estimar, y agradecer esta buena voluntad de la Virgen María?

CAPÍTULO XVI.

Cómo debe ser amada María, Virgen Santísima, por su admirable majestad y bondad.]

El más fuerte título para amar firmemente á María con pureza de amor, y sin mezcla de respeto, ó interés propio, es el ser ella quien es, digna de toda reverencia y amor; cuyo título es para esto mucho más poderoso que los beneficios, y que el amor con que solicita nuestro bien. ¿Qué persona criada hay, ni ha habido en el cielo, ni en la tierra, de mayor majestad, de mayor dignidad, de mayor santidad, de mayor bondad, más digna de admiracion, ni más allegada á Dios, y querida de aquel bien infinito, que María? porque es en todo grande, en todo admirable: en su maternidad, en su virginidad, en su santidad, en su bondad, en su dignidad, en

infinitos privilegios y en las inmensas ventajas que lleva á las más admirables criaturas y supremos serafines. El santo padre Jacobo Rem, de nuestra Compañía de Jesús, finísimo siervo de Dios y muy devoto hijo de esta gran Madre, estando muy deseoso de saber cómo la llamaria de modo que se comprendiese algo de su grandeza, una vez mientras decian las letanías de esta Señora los congregantes de nuestros estudios, cuyo padre espiritual era él, vió una inexplicable claridad y luz del cielo, y en ella á nuestra Señora, que le dijo, que se cifraban muchas de sus grandezas en estas palabras: *Mater admirabilis*, esto es, madre admirable; dejando al santo padre tan lleno de gozo y del concepto que formó de la grandeza de la Señora que prorumpió sin poder más en voces exteriores, llamándola á gritos, todo elevado y fuera de sí: Madre admirable, madre admirable, repitiendo y saboreando estas palabras. Pues ¿có-

mo no será madre admirable y maravillosísima la que es madre de Dios, madre del que fué *ab æterno*, madre del que es padre de todas las criaturas, madre de su criador, madre del mejor hijo del mundo, madre de hijo tan bueno y santo como el mismo Espíritu santo, madre de tal hijo, que no le tiene Dios mejor, madre del que es nuestra vida, madre de nuestro Redentor, madre del que es una persona infinita, madre de quien es Dios y hombre? ¿cómo no será madre admirable la que es madre y vírgen, la que es más madre que todas las madres del mundo, y la que es más vírgen que todas las vírgenes? madre admirable, porque es madre sin dolor en el parir, sin gusto torpe en el concebir y sin trabajo en la preñez. Madre admirable, porque no quiso ser madre, sino del hijo que quiso; y quiso no á otro hijo, que al mismo Dios, no teniendo esta eleccion de hijos las otras madres. Madre admi-

rable, que con ser Madre de Dios, quiere ser madre de los pecadores, madre de la dicha de los hombres, y madre de los miserables hombres. Madre admirable, porque es madre de consolacion, madre de gracia, madre de misericordia madre de las vírgenes y madre de todas las virtudes.

Madre admirable, porque es admirable madre, como Dios es padre admirable, por ser padre vírgen y ser padre de uno que es Dios. María tambien es madre vírgen y madre de Dios. ¿Díganme qué cosa es más admirable, que Dios engendre á un hijo Dios, ó que una criatura engendre al mismo Dios? ¿qué Dios engendre vírgen, no pudiendo ser de otra manera, ó que una doncellita engendre vírgen, no pudiendo ser así? ¿qué Dios engendre á su Hijo *ab æterno*, ó que María engendre al Eterno en tiempo? ¿qué Dios engendre á su Hijo sin haber él sido engendrado, ó que

María engendre al que fué engendrado eternamente? ¿qué Dios engendre al que es una sustancia consigo, ó que María engendre al que es una sustancia con Dios? ¿qué Dios engendre al sempiterno, ó que una criatura engendre al sempiterno mortal? ¡Oh admirable Padre de las misericordias! ¡oh admirable Padre de las lumbres! Conozco mis tinieblas y miseria; pues no alcanzo todo lo que hay que admirar en vuestro altísimo modo de engendrar. Mas si tengo de hablar de sólo lo que alcanzo (como al fin alcanzo un poco de vuestra infinita grandeza) confieso que más me admiro de ver á María madre que á vos padre. Claro está, que si Dios habia de engendrar, habia de ser tambien Dios lo engendrado. Claro está, que habia de engendrar Dios vírgen, esto es, sin consorte; porque no habia de menester ayuda, siendo de suyo bastantemente fecunda la naturaleza divina; y así, ya que sois padre, no me asombra

que seais padre vírgen, ni que engendraseis una persona que sea Dios é igual á Vos. Pero si es de admirar y de maravillar mucho que una doncellita pobre engendrara al que es Dios; y que engendrara vírgen, sin tener coprincipio humano; y que tenga por hijo á Dios, antepuesta en esto á su Hijo, por el derecho de madre, á quien debió respeto y obediencia el que era Dios, pues en este sentido se celebra el dicho de Enrique de Consfeldia, que era María mayor que su Hijo.

Con razon, pues, se dice María madre admirable, pues de tantas maneras es maravillosa. Pero no sé si aún es más admirable por haber en ella cosa más que admirar, que el ser madre admirable, esto es, por haber en María cosa más grande que el ser Madre de Dios. No parece que en persona criada se pueda concebir mayor excelencia y dignidad, que en haber dado vida á su Criador, y

ser Madre de su Dios. Lo cual, como dice santo Tomás, es una dignidad en cierto modo infinita: y verdaderamente, para formarnos concepto de la grandeza de María, hemos menester formarlo de lo que es esto. Con todo, por boca de Jesús y áun de la misma Vírgen, hay en ella cosa mayor y más por qué alabarla y engrandecerla y llamarla dichosa, que por ser Madre de Dios segun la carne y y sangre; porque cuando aquella buena mujer empezó á gritos á bendecir á la Madre de Jesús, diciendo al mismo Señor: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos de que mamaste, el Señor, como corrigiendo, ó mejorando aquella plegaria, ó bendicion, dijo: Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan. Lo cual dijo el bendito Jesús, no porque no juzgase ser bienaventurada su Madre, sino porque aquella mujer no la alabó de lo que en ella era mayor, que fué aquella asom-

brosa é inefable santidad, caridad, humildad, y obediencia, con que cumplió en todo y por todo la palabra y voluntad divinas; dándonos á entender, que esto es mejor en María, y que por ello es más bienaventurada que por haber parido, y dado leche al mismo Hijo de Dios. Mucha grandeza es en María ser Madre de Dios, habiéndole dado su sangre; pero cosa más grande es su pequeñez, y en medio de tanta grandeza, su humildad, y su obediencia á la voluntad divina. Mayor cosa es esta que toda grandeza de ser Madre de Dios mismo considerada en sí sola; pues por su obediencia y caridad agradó más á Dios, que por su dignidad y privilegio y beneficio de ser su madre. Y así la misma Vírgen, en aquel cántico, que llena del Espíritu Santo compuso, dice que la dirán bienaventurada todos los siglos; porque miró Dios á su humildad y se complació en ella. Aquella santidad de María,

aquella caridad y bondad, aquella virtud sobre toda virtud, son cosas inexplicables, inefables, estupendas de esta gran Señora; por lo cual merece ser estimada, admirada, adorada, servida y amada de millares de mundos; por lo cual la puede san Ignacio llamar celeste prodigio; san Crisóstomo gran milagro; san Damasceno el más nuevo de todos los milagros; san Epifanio estupendo milagro en el cielo y en la tierra; san Efren excelentísimo milagro del universo mundo; y san Bernar-
dino milagro de milagros.

Tambien es mucho de notar, que amando tanto Jesús á María, y holgándose tanto de ser su hijo, y que ella fuese su madre antes que otra mujer de cuantas nacieron y son posibles, con todo esto nunca se lee en el Evangelio que la llamase madre. Creo que una de las causas de esto, es lo que acabamos de decir; porque más la estimaba por otra cosa,

que por ser su madre segun la carne y sangre; aunque por esto debia ser y era muy estimada de él, y reverenciada. Estimábala, pues, sobre todo lo criado, y sobre toda la naturaleza, y sobre toda la gracia que tienen los hombres y ángeles, por su admirable santidad y amor, y union con la voluntad de su Padre. Por la misma causa tambien, cuando dijeron, que su Madre y hermanos le estaban aguardando respondi6, que aquellos eran su madre, y hermano, y hermana, que hacian la voluntad de su Padre. Porque como sabia cuánta grandeza es ésta, y más eminente que los mismos serafines la tenia María, cumpliendo la voluntad de Dios en la tierra mejor que los bienaventurados en el cielo, siempre se le iba el alma y el corazon, y las palabras de su boca á esto, en oyendo nombrar á su Madre; y por esto queria que fuese María especialmente engrandecida y admirada. Con todo, porque estima tambien mu-

cho el ser su Hijo, al fin de su vida quiso Jesús recompensarla, y pagarle este nombre; y así, ya que él en muchas ocasiones no la llamó madre, por justas y altísimas causas de su infinita sabiduría, quiso que no dejase de oír innumerables veces este amoroso nombre; por lo cual la encomendó á su discípulo amado, y en él á todos los fieles, diciendo: Ve ahí á tu madre, para que san Juan, y todos nosotros la llamáramos así no hartándonos de decir: Madre, madre nuestra, madre de los pecadores, madre de misericordia, madre de gracia, y sobre todo, no sólo Madre de Jesús, sino Madre de Dios absolutamente, que no hay más que decir. ¡Oh buen Jesús! ¡oh obedientísimo hijo de María! bendito seais de mil mundos de serafines por lo que honrasteis á vuestra Madre, y por lo que nos honrasteis á nosotros. Honrasteis á vuestra Madre por lo que ella más debia ser honrada, y á nosotros en permitir que lla-

memos madre á la que os parió y á la tanto os agradó, que la levantasteis sobre todos los serafines.

CAPÍTULO XVII.

Cómo debe ser amada María, madre de Dios, por su admirable hermosura y majestad.

No cesemos, pues, de admirar esta estupenda grandeza y suma perfeccion de la persona de María, de este milagro de milagros y primor del omnipotente brazo de Dios que procuró sacar una obra digna de sí. Zeuxis para sacar una cabal y primorosa pintura, copió de cinco hermosísimas doncellas las más acabadas y perfectas facciones que tenían. Mas Dios para formar á María puso en ella lo mejor que hay en toda la naturaleza y la gracia, y lo mejor que hay en todos los santos y en los coros de los ángeles; ni se contentó con esto, sino que primero

hizo varios retratos de María en las figuras que precedieron suyas en el antiguo Testamento; como si instruyera primero la mano para sacarla perfectísima, remirándose y entreteniéndose, mientras llegaba el tiempo señalado, con retratos y representaciones suyas. Y si bien es verdad que es mayor la hermosura de su alma y divinos dones con que la hermoseó el Espíritu santo, que la perfeccion del cuerpo, (por lo mucho que va del alma al cuerpo); empero porque nuestra rudeza no alcanza á entender lo que es hermosura espiritual, y se mueve más por esta corteza tosca de los sentidos, diré algo de la perfeccion y hermosura corporal de esta gran reina nuestra, con ser lo menos que hay en ella. No ha criado Dios ni criará á persona humana, ni otra pura criatura más compuesta, más modesta, ni más hermosa que María, cuya majestad y honestísima belleza de rostro tenían suspensos, y como si estuvieran

en la gloria, á los que la miraban, como de sí confiesa san Dionisio Areopagita. El cual, luego que san Juan evangelista le puso en presencia de María, quedó tan atónito de un gozo divino que le bañó alma y cuerpo, que dice con juramento que, si la fe no le dijera lo contrario, creyera que habia ya entrado en la gloria del cielo empíreo, y que María era Dios. Pues si este santo espiritual, y contemplativo, dice esto de la hermosura corporal de la Virgen, y estando en este valle de lágrimas, ¿qué podremos decir de la espiritual, en cuya comparacion, la corporal no tiene sér? Muchos afligidos con sólo mirar á María se consolaban é iban por sólo esto á verla; pero además del respecto y gozo de corazón que infundia en los que la miraban, les inspiraba honestidad y pureza.

Por cierto con razon san Juan Damasceno llama á esta Señora la beldad de la naturaleza, su flor, su bizarría. Y

san Agustín dijo: Si te llamara rostro de Dios, digna eres de este nombre. Y á san Dionisio Areopagita, como testigo de vista, le pareció así. Pues fué tan perfecta María en todo, que aunque no fuera madre de Dios, se le debía de derecho, por el exceso de sus excelentes y sobreeminentes partes, el principado de todo el mundo, y ser señora del universo. Fué tan grande la fama de su hermosura y majestad que corrió entre los primeros cristianos, que de unas provincias á otras la llevaban, y de padres á hijos se divulgaba de modo que algunos cayeron en error, entendiendo que María era persona divina y que tenía verdadera deidad. No es así, no es persona divina María; pero es tal, que si no es persona divina, nadie es mejor que María y nadie la aventaja.

Ahora en la gloria, ¿cuál será la majestad de la reina de los cielos? Toda la hermosura del cielo empíreo será bo-

ron respecto de ella, que resplandecerá sobre todos los bienaventurados y tanto cuanto es el número de todos ellos, ángeles y hombres. Hablando de su resplandor, un Doctor dice: Si todas las arenas del mar, todas las yerbas de la tierra, todos los átomos del sol, todas las estrellas del cielo, se convirtieran en otros tantos soles, en ninguna manera pudieran todos juntos llegar á la claridad de la Virgen María. Graves autores escriben, que un clérigo devotísimo de esta Señora, deseoso de ver su hermosura, que tanto se encomia en la Sagrada Escritura, pidió con instancia á la Virgen, que se la dejase ver. Fuéle revelado por un ángel, que la Virgen le vendría á ver y mostrársele; pero que advirtiese, que no podría sufrir tan hermoso espectáculo sin quedar ciego; pues no era conveniente, que ojos que hubiesen mirado á la reina de los cielos, mirasen otra cosa de la tierra. El devoto

clérigo, que se moria de ánsias y deseos de ver á esta Señora, dijo que no le importaba quedar ciego. Mas despues advirtió, que si perdía la vista totalmente, le sería fuerza pedir limosna de puerta en puerta, porque no tendría con qué sustentarse; y así le pareció que sería buena traza abrir solamente un ojo, guardando el otro, para no carecer así ni de la vista de la Vírgen, ni sentir el daño de la pobreza. Hízolo de esta suerte, mas apenas se le apareció la hermosa entre las hijas de los hombres, María, llena de una inestimable claridad y luz, cuando goloso de aquella hermosura no pensada, quiso abrir el ojo que tenía cerrado para gozar más de aquella hermosura estupenda; lo cual sólo sirvió para llorar el no haberlo perdido, á trueque de poder contemplar más todavía á quien desean ver los mismos ángeles; porque desapareció luego María. Quedó muy desconsolado de haber reparado en

su pobreza, y en los bienes del mundo y de no haber perdido ojos y vida por ver más á la Vírgen; y decia entre sí: ojalá todo yo no fuera sino ojos; ojalá todos los miembros y coyunturas de mi cuerpo fuesen otros tantos lince para ver de nuevo á María; y pidiendo á esta Señora con suspiros del corazon, que se le dejase ver otra vez que de muy buena gana queria perder la vista que le quedaba, y no ver más cosa de la tierra, la Vírgen benignísima le concedió lo que pedia; y mostrándosele tan hermosa como antes, no sólo no le privó de la vista, sino que le restituyó la que en un ojo habia perdido. Tan tierna y tan amiga de hacer bienes es María.

Pero ¿qué mucho que así admirase la hermosura de esta Señora á un hombre mortal, cuando á los mismos bienaventurados les causa admiracion y pasmo? ¡Oh Vírgen Santísima, dice san Epifanio, que dejaste atónitos á los ejércitos.

de los ángeles ! estupendo milagro en los cielos es una mujer vestida de sol ; estupendo milagro en la tierra es una mujer, que lleva en sus brazos la luz. San Pedro Damian dice tambien de ella grandes loores, admirado de su hermosura, cuando piensa en ella. Reina del cielo, dice, madre de nuestro padre, fuente de la fuente viva, origen del Principio, Señora, ya no esclava, tanto más misericordiosa, cuanto más poderosa, que nos ama con un amor indecible, ver á la cual es la suma gloria despues de ver á Dios, Vírgen engendradora de Dios, de cuya hermosura el sol y la luna se pasman.

¡ Oh cómo tiene en sí clavados los ojos de los bienaventurados María ! ¡ cómo la admiran los más sabios querubines ! Y aún el mismo Hijo de Dios no aparta los ojos de su Madre. Concuerda con esto lo que san Gabriel dijo al beato Amadeo, que en el cielo no estaba tanto

la Vírgen al lado de su Hijo, como fronteriza á él, para estarla mirando siempre de cara; y que cuando se mueven de lugar Jesucristo, ó su Madre, siempre es de modo que no se vuelvan la cabeza, sino que se miren de frente.

CAPÍTULO XVIII.

Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por la admirable hermosura de su alma.

La hermosura del alma de María, los dones divinos, que en ella puso el Espíritu Santo, la sobreabundante gracia de que la dotó, su inmensa santidad, sus virtudes heróicas, ¿quién podrá conocerlo y entenderlo? pero, aunque toscamente, diré algo de lo que nuestra cortedad alcanza. María sola es más santa, y tiene más gracia y amor de Dios, que todos los órdenes de serafines, querubines y Tro-

nos, que todas las jerarquías de los espíritus soberanos, que todos los ejércitos de mártires, confesores y vírgenes, que todos los coros de los demás santos, que todos los bienaventurados, que hay en el cielo, que los justos que hay, ha habido, y habrá en la tierra: porque tanto ventaja á todos cuantos heredó nombre más excelente. Y ¿qué tiene que ver el nombre de madre con el de siervo? ¿á qué persona angélica, ni humana, puede decir Jesús, sino á María: mi Madre eres tú; tú me engendraste? y ¿qué criatura sino María, podrá decir á su Criador: mi hijo eres tú; yo te engendré? El santo padre Martin Gutierrez hizo defender esta verdad de los merecimientos y santidad de María sobre todos los bienaventurados juntos, en nuestro Colegio de Salamanca, del cual era rector. Y el santo y doctísimo padre Francisco Suarez empezó á defender de esta manera la santidad de María. Vino del

cielo esta agradecidísima Señora á dar gracias al padre rector, por aquel servicio que se le hacia. En los sermones del Discípulo se refiere otra revelacion, que fué hecha á otro santo religioso de la grandeza de la gloria, en que aventaja la Reina de los cielos á la que poseen todos los ángeles y santos. Lo mismo significó san Gabriel al devoto Amadeo. Yo aún tengo para mí, que no sé declarar con esto toda la santidad de María, segun lo que de ella dicen los Padres de la Iglesia, hablando de su dignidad; y que no solamente excede á toda la santidad de los bienaventurados juntos, ángeles y hombres que hay, y habrá, sino que ella sola tiene más gracia que cuantos justos hay, ha habido y habrá, y la que tuvieron juntamente los espíritus, y hombres justos que en algun tiempo la perdieron: y no es poca gracia ésta, pues sin duda fué muchísima la que perdieron tantos ángeles apóstatas, que fueron innumera-

bles, y la gracia que perdieron hombres santísimos, que despues perecieron, así la gracia de los sacramentos, como la de sus buenas obras. Porque pienso que no ha dado Dios menos gracia á su Madre de la que ha repartido por otro lado, esto es, que ha dado de diversos modos al resto de las criaturas.

Pues no sólo la gracia que Dios ha dado, sino áun la que habia determinado dar á los hijos de Adan en el estado de la inocencia, naciendo todos en gracia y justicia original, no la dejó perder, sino que la puso con creces en su madre, siendo ella concebida en más gracia y fuerza; pues reunió toda junta aquella en que hubieran nacido todos los hijos de Adan, y con que fueron criados Adan y Eva, y todos los ángeles, y que han recibido todos los niños en el sacramento del bautismo, ó por la circuncision, ó por cualquier otro modo que hubo de consagrarlos á Dios en la ley natural. Y des-

pues, cuando concibió al Hijo de Dios en sus entrañas, á más de la inefable gracia que mereció por aquel acto de obediencia, humildad y caridad, cuando dijo: Hé aquí á la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra; por el cual solo mereció más que todos los santos juntos, (segun dice san Bernardino) le dieron tambien como sacramentalmente, (no atendiendo á merecimiento suyo, sino á aquella obra que hizo en ella el Espíritu Santo, de la Encarnacion y la union hipostática) más gracias que no se ha dado en todos los siete sacramentos á todos los hombres del mundo, y en los martirios que se han padecido. De modo que la gracia que se dió á María, sin atender á merecimiento suyo, fué mayor que cuanta se ha dado á su manera á las demás criaturas, ora se hayan salvado, ora perecido; y la gracia que se le dió por sus merecimientos, fué tambien mucho mayor que la que se haya dado á to-

das las demás criaturas por sus merecimientos, ora la hayan aumentado, ora perdido. Pero María toda la aumentó y multiplicó doblándola perpétuamente. De lo mucho que mereció la Vírgen con el sí que dió para la Encarnacion del Hijo de Dios hallo una declaracion del cielo, que confirma lo que san Bernardino dijo, y se refiere en la Historia de los varones ilustres de la Tercera Orden de san Francisco; en donde se dice que fué manifestado á una persona muy santa, que tuvo la Vírgen en aquella hora, obedeciendo á Dios y creyendo las palabras del ángel, mayor mérito que el que todos los ángeles tuvieron en lo que obedecieron á Dios; mayor que todos mártires, en sus luchas; mayor que todos los confesores y vírgenes en todas las obras de penitencia, y en la pureza virginal que guardaron.

Todo esto se dice con bastante fundamento, conforme á lo que afirman los

santos, y parece que es razon. El Concilio Cracoviense, que se celebró en Polonia, dice que tanto quanto excede Jesucristo á María, María excede á los demás santos. De lo cual parece que se sigue, que es mucho más que doblada la gracia y santidad y merecimiento de María respecto á las demás criaturas racionales juntas; porque la ventaja que lleva Jesucristo á María por la santidad de la naturaleza divina, que tiene por la union hipostática es infinita. Y así para entenderse la ventaja que tambien lleva esta Señora á los demás bienaventurados, se ha de considerar como infinita; y que aún cuando no sea infinita en rigor, nosotros no la podemos entender bien, sino como una cosa inmensa, y sin fin. Y así dijo san Juan Crisóstomo, que habia diferencia infinita entre la Madre de Dios y sus esclavos; San Pedro Damian dice, que la grandeza de la gloria que recibió María carece de principio, que es lo mis-

mo que decir, es infinita. San Ildefonso la llamó incomprendible. San Buenaventura afirma, que fué inmensa la gracia que llenó á María. Es tambien sentencia de san Anselmo, que convino que la Madre de Dios resplandeciese con tal pureza, que, despues de la de Dios, no se pueda concebir mayor.

Para que se vea algo de este exceso, supongo lo que dicen gravísimos teólogos, fundados en razon y piedad, y en la doctrina de los santos, que la Vírgen con cada acto nuevo que hacia doblaba la gracia que tenia: pues si este doblar la gracia se concede á los ángeles en el primer instante, ¿por qué no se habia de conceder siempre á la Reina de ellos que jamás puso impedimento á Dios, sino que obró todo lo que pudo obrar, conforme á la gracia que poseia, y á la mocion del Espíritu Santo? y estos actos de la Vírgen fueron tan continuos, que aún durmiendo no cesaba de merecer.

Supuesto esto, se halla por buena y rigurosa cuenta, que, aunque en su Concepcion no la hubiese Dios santificado, sino con un grado de gracia, ella se dió tanta prisa á multiplicarla, que pasados dos dias, en las dos horas primeras solamente, (aunque no hiciese más obras meritorias, que una cada cuarto de hora) habia merecido más gracia que toda la muchedumbre de predestinados (aunque fueran tantos, cuantos son los granos de arena que puedan caber en toda la redondez del mundo, desde el centro de la tierra hasta el cielo estrellado lleno este inmenso vacío por todas partes, conforme al cómputo de Arquímedes y del padre Clavio); y esto aunque tuviese cada uno de este número innumerable de predestinados diez millones de grados de gracias. Y este exceso de merecimientos de la Virgen sobre los merecimientos de tantos predestinados contiene el mismo número de arenas multi-

plicado por mil quinientos noventa y seis millones y novecientos veinte y ocho mil. Pues si en dos horas de merecimientos, empezando en su Concepcion con un solo grado de gracia, y dando que sólo cada cuarto de hora hiciese un acto meritorio, excedió tanto María, cuanto más en setenta y dos años de vida, mereciendo de dia y de noche, y á cada instante doblando sus merecimientos y habiendo empezado á vivir con tanto caudal de gracia, que ni el mayor serafin, ni santo alguno acabó con tanta gracia, como fué aquella con la cual la Vírgen empezó, que fué incomparablemente mayor, y mereciendo en el menor acto suyo más que el mayor santo en toda su vida. Pues ¿qué diremos si á esto se junta la gracia que como *ex opere operato*, ó liberalmente sin atencion á sus merecimientos, se le concedió en muchas ocasiones, como en la Encarnacion del Hijo de Dios, en la Natividad, en el dia de

la Pasion, en el de la Resurreccion, en la venida del Espíritu Santo, y despues en los sacramentos que recibió, principalmente en el de la Eucaristía, que recibia diariamente? y como la gracia de los sacramentos á los adultos se da segun su disposicion, y la disposicion de María fué tan admirable, y como inmensa, la gracia habia de corresponder á la misma. Pues si consideramos los demás dones del Espíritu Santo, los demás privilegios de todos los santos y ángeles con sus demás dignidades, todo lo de todos, y de cada uno, está en María con eminencia; y María sola constituye como principado aparte y, si así se permite hablar, una como general jerarquía; y revela muchas cosas á los ángeles y los ilustra y enseña.

¿Qué consuelo tan grande es éste para nosotros pobrecitos, é hijuelos de esta gran Madre, ver que es tanta y tan inmensa su grandeza? porque al paso que

su gracia es grande, es grande su amor y misericordia: y así nos podemos regocijar al vernos tan singularmente y, por decirlo así, tan inmensamente amados de esta Señora; pues con el mismo amor con que ama á Dios nos ama á nosotros. Y pues fué su amor de Dios tal, que murió sin otra enfermedad que de amor; es de grande consolacion vernos amados en Dios de quien tanto le amó, que su amor fué más fuerte que la muerte. ¡Oh! ¡y qué gozo es ver á María llena de gracia; ver á este brazo de misericordia, todo lleno y rebosando! Porque con cualquier oracion nuestra que lo toque, no es posible, sino que derrame en nosotros algo de la gracia de que está lleno.

CAPÍTULO XIX.

**Cómo debe ser amada María Madre de Dios,
por lo sumamente agradecida que es.**

A proporcion de esta inmensa grandeza y bondad de María son su misericordia, su humildad, y todas las demás virtudes y, lo que suele cautivar mucho los corazones, su agradecimiento, del cual sólo quiero decir aquí alguna cosa; porque fuera menester alargarme demasiado, si hubiera de detenerme en todas sus virtudes, por las cuales debe ser amada. De ésta trataré aquí por ser gran motivo para robarnos el alma ver que así agradezca lo que se hace por ella, aún no haciendo lo que debemos; y es que, como tiene ella tan ardiente afecto y deseo de hacernos bien, anda buscando ocasiones en que darse por obligada. Tal agradecimiento tuvo esta gran Seño-

ra en vida; y ahora le continúa desde el cielo con notables extremos. Tengo para mí, que no hizo persona alguna buena obra á María, mientras vivía, que no se lo agradeciese ella con alcanzarle la vida eterna. De aquellos buenos pastorcillos, que en la extrema necesidad que tuvo en Belen, cuando parió á su hijo, la visitaron y socorrieron con sus presentillos rústicos, consta que fueron despues santos. Más conocida cosa es la de los reyes magos, á los cuales alcanzó tambien gran santidad. Tambien aquellas buenas Marías, que habian tenido buena correspondencia con ella fueron santas; y alcanzó de su Hijo que escogiese por apóstoles á los hijos de sus conocidas; y los demás fueron de Galilea, en donde vivía. De los parientes y deudos de María, que ella conoció, sabemos que treinta fueron santos, esto es, casi todos, teniendo en los estados de la Iglesia, y coros del cielo, primos y sobrinos santos. Los após-

toles más queridos, y la mitad de aquel Colegio sagrado, fueron parientes ó deudos suyos. Y escritores de gran antigüedad atestiguan que el príncipe de los apóstoles, y cabeza de la Iglesia, san Pedro, fué tambien deudo de la Vírgen. Aquel dichoso ladron que confesó á Jesús agonizante en la cruz, dicen que antes habia hecho un servicio á la Vírgen; y si esto es así, ¿quién duda que viéndole María, que estaba presente, crucificado al lado de su Hijo, y tan ciego, que le estaba maldiciendo, compadecida de él, le encomendaria al bendito Jesús, y que este Señor oyó los ruegos de su afligida Madre? porque obra fué de la misericordia de María la conversion tan milagrosa de aquel hombre. Y cierto que es para enternecer el corazon la memoria que tuvo, á la hora de la muerte, de dos buenas mujeres, que le habian hecho buena vecindad; pues se acordó de ello la Vírgen, y encargó á san Juan,

repartiese entre ellas sus pobres vestidos: porque era tan pobre de bienes de la tierra, la que era Reina del cielo, que si no es lo que llevaba puesto, no tenia otra cosa.

Pues ya que se halla en el cielo desde donde parece que por la majestad en que está no ha de debernos nada, no es creíble el agradecimiento que nos tiene. San Bernardino en una dulce sentencia, y de gran consuelo, significa la agradecidísima humildad (áun allá en la gloria) de esta Señora, y dice así: Cortesanísima es la gloriosa reina Vírgen María, que no puede ser saludada, sin que ella torne á saludar de un modo admirable. Si dijeres cada dia devotamente mil Ave Marías, mil veces serás saludado de la Vírgen. De Adan de san Víctor sabemos, que porque saludó á la Vírgen, diciendo: Salve, Madre de piedad, y Triclinio de la Santísima Trinidad, la Vírgen le saludó y dió las gracias. Tambien vino

desde el cielo como hemos dicho, á agradecer al santo padre Martin Gutierrez, de nuestra Compañía, el haberse difundido por su ocasion el conocimiento de la excelencia de sus méritos, sobre los de todos los bienaventurados juntos. Por un servicio muy debido que le hizo san Ildefonso convenciendo á unos herejes, que negaban su perpétua virginidad, le quedó tan reconocida, que, estando en la iglesia con el rey Recesvinto, le envió un recado, agradeciéndoselo públicamente con palabras bien significativas. A vista de todos se apartó la piedra del sepulcro de santa Leocadia, vírgen y martir, y saliendo la santa de él se llegó al santo Pontífice dándole el recado de la Vírgen, y diciéndole: ¡Oh Ildefonso, por tí vive la honra de mi Señora! ¡Qué mayor cortesanía y agradecimiento que éste? confesar que su honra vivia por su siervo. Despues de esto se tornó la mensajera del cielo á su sepulcro, quedándose

el siervo con algunas prendas de este favor. No se contentó la agradecidísima María con agradecerlo por tercera persona á su devoto Ildefonso; mas ella por sí misma, y con obras lo quiso hacer, trayéndole un rico presente, que fué aquella preciosa casulla, con que le vistió, bajando del cielo para esto la misma Reina de los ángeles. A otro santo sacerdote de Tortosa trajo en señal de su agradecimiento un cingulo que hoy se guarda en la iglesia de aquella ciudad. Otra rica vestidura recibieron de las agradecidas manos de María san Benito, y santo Tomás Cantuariense, el cual siendo mancebo estaba todo lleno del amor de la Virgen. Sucedió que en una conversacion con otros de su edad tratasen de los favores que les hacian algunas doncellas. Santo Tomás que no tenia otra aficion sino la de la Reina del cielo, tras cuya honra y amor se le iba el alma, dijo que habia una persona, á quien él amaba

más que á su vida, y de quien habia recibido mayores favores que hombre nacido de la persona que más le queria. Los amigos le instaron que les mostrase algunos de aquellos favores. El cayó luego en la cuenta; y pareciéndole que habia hablado con poca humildad, se fué al pié de un altar de nuestra Señora á pedirle perdon. Mas la piadosa Madre de misericordia le consoló, diciéndole que era así; y que ella era su querida; y que así le traia favores, y presentes del cielo; y dióle juntamente una arquita con su propia mano, la cual despues abrió el santo delante de sus amigos; y hallaron dentro una casulla colorada, señal del sacerdocio, y del martirio que despues alcanzó. En otras muchas cosas mostró esta Señora el agradecimiento que tenia al amor con que este santo siervo le servia y amaba. Enternece verdaderamente la llaneza y humildad con que una vez estando remendando su ci-

licio santo Tomás, vino del cielo esta gran Madre á ayudarle; y mientras el santo cosía, la Virgen se lo estaba sosteniendo, en lo cual nos dió á entender la estima que hace de las penitencias.

En estos casos de este santo mártir, no sólo se echa de ver el agradecimiento, sino una suma humildad y afabilidad, que son otras tantas cosas que concilian mucho el amor, y más cuando se hallan en los superiores: y ¿quién mayor que María, entre cuantas personas criadas hay? y ¿quién más humilde? pues la que es Reina de todo lo criado se quiere igualar á sus esclavos, que se obliga á tales correspondencias con ellos, pagándose tanto del amor que le tienen, como si no se lo debiesen. ¿Qué mayor correspondencia? y ¿qué mayor humildad que lo que dicen muchos autores pasó á un honesto soldado, á quien el demonio procuraba hacer caer en una fuerte tentación de deseo lascivo de una mujer? El

por consejo de un ermitaño rezó á la Vírgen durante un año cien Ave Marías, cada dia. Al cabo del mismo, cuando salia de la iglesia de cumplir su devocion, encontró á una matrona hermosísima, que excedia incomparablemente á toda otra hermosura, la cual le detuvo el caballo. El soldado se quedó admirado, y fuera de sí, de ver tal donosura y belleza. Díjole la castísima Vírgen: ¿Agrádate mi hermosura? él respondió: No he visto en mi vida cosa más hermosa. Replicó la humilde María: ¿Contentaríaste si pudieras tenerme por esposa? el soldado dijo: Por cierto que el mayor rey del mundo se pudiera tener por dichosísimo con tal compañía. Luego dijo la Vírgen: Pues yo seré tu esposa, llégate á mí, y recibe mis abrazos en señal de casto amor; y haciéndolo así, añadió la Vírgen: Ahora se han empezado á celebrar las bodas, y en tal dia se acabarán de celebrar delante de mi Hijo. Y luego,

¡oh estupenda humildad de María! le hizo montar á caballo, forzándole á ello con su mandato, estando él temblando de temor y reverencia. Con esto quedó libre de aquella tentacion, y murió sin haber precedido enfermedad, el dia que le habia fijado la Vírgen en que se habia de perfeccionar su desposorio.

Con el santo Alano de la Orden de santo Domingo, tambien se desposó, dándole un anillo, que habia hecho de sus cabellos. Fué tambien muy solemne desposorio el de san Hermano. Apareciósele la Vírgen acompañada de los ángeles: uno de ellos dijo: ¿Quién es el casto esposo de esta Vírgen purísima? y otro respondió: Hermano, el que está presente, es su esposo. Oyendo el santo estas palabras, lleno de vergüenza, y temor, se llegó á ellos, y dijo, que era indignísimo de tal nombre, y tan singular merced. Aunque el santo rehusaba con humildad un favor tan grande, uno

de los ángeles le tomó la mano, y juntó con la de la Vírgen santísima, diciéndole: Esta es la esposa y Vírgen purísima, que por medio nuestro te entrega el cielo, como en otro tiempo se la entregó á José: mírala, y sírvela como esposa querida; y de hoy en adelante te llamarás José, como se llamó su primer esposo.

No es menos de admirar, ver como estima María nuestra palabra y amor. Dice Vicente de Burgundio, que habia recibido cierto mancebo un anillo de una mujer á quien estaba aficionado; y queriendo jugar á la pelota, para que no le estorbase, entró en una iglesia, para dárselo allí á persona conocida: reparó en una imágen de la Vírgen; y considerando su hermosura, trocado el corazon, dijo: Verdaderamente, Señora, más hermosa sois que quien me dió esta prenda; y así desde ahora dejo aquel amor por el vuestro, que no quiero sino que me

ameis, y yo amaros. Diciendo estas palabras, puso á la Vírgen el anillo en el dedo; el cual la Vírgen aceptó doblegando el dedo, dándose por esposa suya; mas despues inconstante aquel mancebo queriendo casarse, la Vírgen no lo permitió; y le fué á requerir mostrándole el anillo y acusándole de infiel para consigo, hasta que al fin dejó totalmente el mundo, dedicando toda su vida al servicio de la Vírgen. San Edmundo se desposó tambien con esta gran Reina y Señora poniéndole en la mano un riquísimo anillo, que hizo fabricar para ella, quien le correspondió fidelísimamente. ¿Qué más humilde y agradecido pecho que el de María, que se abate, por amor de sus devotos y esclavos, á igualarse con ellos, aceptando nombre y oficio de tanta igualdad?

Por este grande agradecimiento de María se tiene por señal de predestinacion su devocion; á la cual algunos han

llamado (y es conforme á lo que enseña san Buenaventura) carácter y marca de los predestinados. Otros afirman que es moralmente imposible condenarse quien fuere verdadero devoto de esta Señora; lo cual tambien parece conforme á san Anselmo, y á la razon; porque como la Virgen se incline tanto á hacer bien, aunque no lo hayamos merecido, junta- da esta graciosa inclinacion con la obli- gacion que ella se impone por cualquier servicio, llueven dones del cielo sobre sus fieles devotos; y son grandes pren- das éstas de salvacion, por verse á cargo de tan gran valedora sin la cual nadie se salva, y que puede tanto con Dios; como la misma reveló á un religioso santo, segun el Discípulo en sus sermones re- fiere.

Dijo, pues, la Reina del cielo á aquel devoto suyo, que entre los inefables go- zos que en la gloria y bienaventuranza del cielo está poseyendo, era uno de los

principales el que su voluntad y la de la Santísima Trinidad son de tal manera como una sola, que todo lo que á ella le agrada, es con inefable favor concedido de Dios, y que la paga y galardón de los que en esta vida la sirven, está remitida á la voluntad y albedrío suyo. Y claro está, que en sus ruegos y misericordias antepondrá á sus devotos; con lo que pueden andar seguros con humilde confianza de su salvacion: porque como es imposible, dice san Anselmo, salvarse á aquellos á quienes la Virgen torciere el rostro, y de quienes apartare los ojos de su misericordia; así es necesario y forzoso que se justifiquen y salven los dichosos y bien afortunados, en quien esta soberana princesa pusiese los ojos misericordiosamente para ahogar é interceder por ellos. Por la misma razon sucede que la devocion verdadera á la Virgen sea como la medida de la santidad; porque al paso que es uno más santo se

experimenta comunmente ser más hijo y devoto de esta gran Madre. Y Dios, que con eficaz suavidad dispone los medios conforme á los fines, no sólo á los predestinados parece que marca con esta señal de afecto filial á su santísima Madre, sino que tambien al que escoge para darle un eminente grado de santidad, y para mayor gloria, lo dispone asimismo con una excelente piedad y mayor devoción para con la que es el arca de la gracia, y Reina de la gloria: que bien podemos llamar así á María, por impetrárnosla ella; como llamó David á su Hijo santísimo Rey de la gloria, por habernos merecido que nosotros la mereciésemos.

CAPÍTULO XX.

Cómo debe ser amada María madre de Dios, por ser nuestra Reina, por ser nuestra Madre, por ser Madre de Dios, y quererlo Dios.

Por otros muchos títulos debe ser

AMABLE JESÚS.

27

amada y reverenciada María, como son, por ser coronada por legítima reina nuestra, por lo cual le debemos toda lealtad, amor y reverencia. ¡Oh cristianos! consolémonos con tal Señora, pues toda su grandeza es bien para nosotros; y tanto es más misericordiosa, cuanto más poderosa. ¡Oh afabilísima, mansísima potencia de María, que toda es para hacernos misericordia! Al imperio de Dios todas las cosas están sujetas, y aún la misma Vírgen; y al imperio de la Vírgen fueron también sujetas todas las cosas, y aún el mismo Dios. Añade san Bernardino una notable y devota proposición. Agradeciendo el poder de esta gran Reina, dice, que más pudo hacer María de Dios que Dios de sí mismo, porque le hizo mortal y pasible. Pues si pudo hacer que Dios se hiciese lo que repugnaba á su esencia, ¿cómo no podrá hacerle misericordioso para con nosotros, cosa que es tan conforme á su naturaleza? Con este

imperio de María los ángeles, que son de diferente naturaleza, y que no la han de menester para su salvacion están gozosisimos, y se tienen por muy honrados. Pues, ¿qué seria razon hiciésemos nosotros, pues en la naturaleza se nos parece tanto esta Señora y la hemos tanto menester? ¿con qué reverencia, con qué lealtad, con qué obediencia la hemos de mirar? Aprendamos, pues, de los ángeles este respeto y sujecion con que la juraron por su reina, y jurémosla tambien por nuestra emperatriz. Al bienaventurado Juan Menesio fué revelada la fórmula de la adoracion y pleito homenaje, que hicieron á María los ángeles, cuando entró en el cielo, la que en nombre de los demás dijo san Miguel, y es la siguiente: Lo que antes de haberse perfeccionado el mundo sensible prometimos á Dios, hoy todos prometemos á tí, ¡oh María! como á nuestra reina: á tí te nombramos Reina de los cielos: á tí

te aclamamos continuamente Señora de los ángeles: á tí los ángeles, arcángeles y todas las Potestades, á tí los Principados y Dominaciones por infinitos dias te servirán y obedecerán: á tí los Tronos, querubines y serafines con humilde voz te confesarán. Todos nosotros te reconocemos por nuestra superiora: todos te adoramos por Madre de nuestro Dios. ¿Cómo no nos edificamos de este ejemplo de los ángeles, y no nos corremos, de que, no debiéndole ellos tanto como nosotros, la reverencien, sirvan y obedezcan, y amen más que los que somos de su linaje, y estamos tan necesitados de la soberanía de este reino de María? Dice el devoto Juan Tauburno: Es María muy imperiosa, y constituida por princesa del universo, sobre toda la casa y familia de Dios; y en tanta manera es presidenta y superiora de todas las cosas, que sin el imperio de su boca no se puede mover un pié, ni poseer un ardite, ni chistar si-

quiera en todo el universo; lo cual aunque ahora no se eche de ver, será cosa manifiesta al mundo, cuando la habrán de publicar, quieran ó no quieran, todas las generaciones princesa suya bienaventurada.

Despues de esto debe ser amada María por ser nuestra madre, porque aunque no es nuestra madre natural, es nuestra verdadera madre por adopcion; pues hemos recibido de ella este inmenso favor, que nos haya querido adoptar por hijos y tener por tales, con ser nosotros lo que somos, que muchas otras mujeres se corrieran de que fuéramos sus hijos. De modo que por este parentesco legal tan estrecho, que hay entre María y nosotros, le debemos el amor y reverencia que le deberíamos si fuera nuestra madre natural y aún mayor; porque no es menos de estimar que el parentesco de sangre este parentesco de afecto, y de tan infinita dignacion, que la que es

Madre de Dios se acuerde de nosotros para más obligarse á hacer el oficio de madre; pues se funda este parentesco de adopcion y afecto en amor y nace de amor; y es tanto más de agradecer, cuanto menos obligacion tuvo á ello, siendo totalmente libre y gracioso.

No es éste título muerto, ni honorario solamente, sino muy afectuoso; porque no sólo gozamos de esta incomparable honra de llamarnos hijos de una tan poderosa reina como María, sino tambien de los frutos y provechos que nos trajera el ser hijos suyos por naturaleza; pues cuida de nosotros la Vírgen, como si hubiéramos nacido de sus entrañas, y nos hace semejantes oficios y regalos, hasta llegar á dar á algunos leche de sus pechos, como además de san Bernardo, (devotísimo hijo suyo, á quien bañó los labios con su leche) lo ha hecho con otros. El cardenal Pedro Damiano dice, que estando un clérigo, devoto hijo de

esta Señora, á punto de morir, fué á visitarle la Vírgen como madre; y poniéndose á la cabecera de la cama le comenzó á acariciar, como una piadosa madre á su amado hijo; y descubriéndose sus castísimos pechos, le echó leche de ellos en sus labios, con lo cual quedó luego bueno. Y añade el mismo doctor, que era fama constante, que áun en aquel tiempo se veian en los labios de aquel santo clérigo señales de la leche sagrada de María. Estos regalos hace esta madre piadosa, para que con su leche bebamos el amor á su Hijo. Caton quiso que á todos sus hijos diesen leche sus esclavas para que les tuviesen amor los hijos de ellas; y la Vírgen, para que tengamos amor á Jesus, hace semejantes favores; y, cuando es invocada con este nombre de madre, se tiene por más obligada. Cuando Balduino conde de Flandes, hizo la jornada á la Tierra Santa, mandó el Papa Inocencio tercero que todos los

monasterios de la Órden del Cister contribuyesen, dando la cuadragésima parte de sus bienes. El general y los superiores de la Órden suplicaron á su Santidad de aquel mandato, por ser contra los privilegios de otros Sumos Pontífices. El Papa Inocencio llevó esto muy á mal y, engañado con falsos informes, determinó suprimir la Órden. Afligiéronse mucho los santos monjes; y, no hallando favor bastante en la tierra acudieron á su patrona y protectora, á su madre celestial, que en el santo patriarca Bernardo los adoptó por especiales hijos. Hacian en sus monasterios cada dia procesion, andando descalzos y clamando á su madre divina, repitiendo estas palabras: *Ave maris stella; monstra te esse matrem*: Mostrad que sois nuestra madre; mostrad que sois nuestra madre, oh María, estrella de la mar. No hablaban con madre que tuviese entrañas de piedra; no clamaban á madre que fuese sorda;

porque mientras ellos la invocaban, se apareció á Raynero confesor del Papa, y le dijo: Da á Inocencio este recado de mi parte: Tú pretendes destruir á mis hijos: no podrás salir con ello; antes tú y todas tus cosas serán primero destruidas. Con esta amenaza del cielo se trocó el corazon del Pontífice; cesó en aquel intento; y favoreció á la orden del Cister con este privilegio, que cualquier negocio de esta sagrada religion, que fuese á Roma, fuera preferido á otros. De esta manera mostró la Vírgen ser madre de los que la llamaban así.

Demás de esto, el título de Madre de Dios, de Madre de nuestro Redentor Jesús, nos obliga mucho; porque aunque ni ella fuera nuestra reina, ni nuestra madre, ni nos hubiera hecho bien, ni se acordara de nosotros, ni fuera tan sumamente buena y santa, como es, ni viéramos en ella otra virtud, por sólo ser madre de nuestro Salvador Jesús, de nues-

tro bienhechor, de nuestra vida, de nuestro Dios, debia ser reverenciada, querida y amada de todo el mundo, si hay en nosotros algun afecto y fidelidad y amor á Jesús nuestro único bien, y legítimo rey de la gloria, Dios verdadero.

Sobre todo esto, el más fuerte título que hay para amar y servir á María es que Dios lo quiere, y tanto como lo quiere; por lo cual la hemos de querer y reverenciar más que por todas las demás causas, aunque son tan grandes; porque de esta suerte el amor á María es fina caridad; y así se agradará más á la misma Señora, que más quiere que la amemos por dar gusto á Dios, que por sí misma; porque más quiere que amemos á Dios, que á ella, pues más ama ella á Dios, que á sí misma; y amando á María, porque lo quiere Dios así, cumplimos con entrambos; haciendo lo que gusta á Dios, que es amar á María, y haciendo lo que gusta á María que no es verse ama-

da, sin ser mucho más amado Dios. Y por lo mismo para la práctica de la devoción verdadera de la Virgen se ha de observar mucho esto, dándole este gusto, de que amemos mucho y purísimamente á Dios, y que no amemos cosa que no sea por Dios, amando mucho más á su Majestad; para lo cual es menester formar un alto concepto de cuatro cosas. De lo que es Dios, de lo que es María, de lo mucho que quiere Dios que la amemos y de cuán justamente lo quiere. De cuyos sentimientos ha de nacer un cordialísimo é intensísimo amor á esta Señora, amándola porque lo quiere Dios así: y lo quiere tan de veras y tan intensamente que, para que así lo hagamos, ha determinado no dar cosa, que no sea por ella. Y esto lo quiere por justísimas causas: por lo mucho que la ama él; por lo mucho que ella nos ama (que gusta Dios tengamos buenas maneras y correspondencia con tan fina amadora nues-

tra); por los innumerables bienes que nos hace, que tambien quiere su Majestad no seamos desagradecidos por los bienes que nos puede y quiere alcanzar; pues como desee Dios nuestro bien, quiere tambien que hagamos lo que nos sienta bien (y tanto como nos sienta bien amar á tan agradecida y blanda y amorosa Madre). Con estos sentimientos y afectos ha de andar el verdadero amor á María; y cada vez que halle su imágen, se ha de acordar de esto; y no menos ha de amar á María, porque lo quiere Dios por sí mismo, que porque lo quiere así la misma Señora.

CAPÍTULO XXI.

Cómo debe ser servida y amada María, vírgen y Madre de Dios, por la grande dulzura que da el servirla.

Bastantes causas hemos tenido para obligarnos á amar y servir á María Madre

de Dios, por lo provechoso y lo honroso que nos es: porque ¿qué mayor honra y provecho, que ser hijos amados de una reina, y más de la del cielo? Pero porque el gusto es muy poderoso para algunos, quiero tambien hacerme cargo de esto; que no sé qué tiene el nombre de María, del cual nace un filial afecto para con tal madre, que derrama miel y suavidad y un castísimo deleite que llena el alma de dulzura; y verdaderamente para mí es esto un grande argumento, de cuán conveniente y necesaria nos es la devocion de esta Señora y de lo mucho que lo desea Dios, por sernos tan importante y pertenecer tan singularmente á la providencia divina acerca de los predeterminados. Porque así como dió Dios inclinacion natural á todas las cosas hácia aquello que les es conveniente; y en el sentido y apetito puso singular deleite y gusto en las acciones necesarias para el bien y conservacion del individuo; de la

misma manera en el órden de la gracia, por ser bien y provecho de todos María, ha sembrado en el corazon de todos los fieles una grande inclinacion y afecto á esta Señora y en su devocion y servicio ha puesto una gran suavidad y gusto, por sernos tan necesaria. Esto dejo á la experiencia de cada uno, si se dedica de veras al servicio de esta gran reina; porque presto sentirá tal blandura y suavidad de afecto y piedad, que le llenará de un gozo y deleite santo, que satisfice y recrea el corazon, más que cuantos gustos de la tierra hay: porque así como nos es importante para la vida del alma servir á María, más que cuantas acciones hay de los sentidos necesarias ó convenientes para conservar la vida del cuerpo; así el gusto interior de su devocion es mayor que todos los gustos de los sentidos. Por esto dijo Ricardo de san Lorenzo: En María hallan todos y cada uno de nuestros sentidos su dulzura, su de-

leite, y su contento. Y en otra parte dice: María es más dulce que la miel, porque excede su dulcedumbre á toda la dulcedumbre del mundo y de los deleites del cuerpo.

Algunas veces se ha visto ser la dulzura del alma tan abundante que sobra para rebosar en el cuerpo. A Marsilio, Obispo de Tuscia, que estaba en la iglesia de san Severino de Colonia, afirmó una noble y piadosa matrona, que jamás pronunciaba el nombre dulcísimo de María, sin llenarse su boca y corazón de una dulzura y suavidad inefable. Admirado Marsilio de un regalo y favor tan singular, le preguntó la causa, y respondió, que tenia por devocion y costumbre rezar cada dia cincuenta Ave Marías, con otras tantas reverencias y vénias delante de la Santísima Vírgen, de quien habia alcanzado esta merced, que la saliva de la boca le parecia, y hallaba sabrosa más que la miel, mientras esta-

ba rezando su devocion. El propio Marsilio deseó experimentarlo en sí; y apenas habia hecho la misma devocion por espacio de seis semanas, cuando sintió en su boca, paladar y garganta tan gran suavidad y dulzura, que la miel le parecia desabrida en comparacion de la dulzura que sentia rezando su devocion; y lo mismo dice aconteció á otro religioso de la Órden del Cister.

Por lo menos respecto de la suavidad y devocion interior quéjese de María quien no la gustare, si la sirviere fielmente: oigamos á algunos experimentados. Ekcberto abad dice: ¡Oh grande y poderosa Señora, que áun nombrarte no podemos, ni tomarte en la boca, sin que abrasas las almas; ni pensar en tí, sin que alegres el corazon de los que te aman! Jamás llegaste á llamar á las puertas de la memoria piadosa de tus devotos, que no les llenases de dulcedumbre y suavidad celestial. Lo mismo sintió y

confesó san Bernardo; porque el favor que hizo á este santo la Virgen de regalarle con su leche, si se lo concedió, una ó dos veces sensible, otorgóselo invisiblemente infinitas. Con la misma experiencia dijo san Agustin, que María era la tierra de promision que manaba leche y miel. Y en otra parte: No hay cosa más dulce que el amor; pero no hay amor de criatura que sea comparable con el de María: luego no hay cosa más dulce que ella. San Efren la llamó paraíso de deleites. San Ambrosio maná; porque verdaderamente se entiende bien de María lo que dijo el Eclesiástico: Mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia mejor que la miel y el panal. Por lo cual Ricardo de san Lorenzo dijo: El espíritu de María es dulce, porque es una muy singular despensa del Espíritu Santo, el cual se llama la dulzura del Padre, y del Hijo. Y luego añade: María es aquella miel que, al gustarla, ilu-

mina los ojos de Jonatás, esto es del justo. Esta Señora es (dice san Pedro Damiano, en el sermón de la Anunciación) la que con dulces memorias basta para endulzar nuestros afectos, y cuyo pensamiento recrea las almas. Esta Señora es aquella sobre quien bajó el dulcísimo Dios derramando en su alma toda la suavidad y dulzura de su deidad; y así no pudo dejar de quedar dulcísima, aún cuando ella fuera de suyo desabrida; cuanto más siendo tan suave, dulce y apacible. Por esto dijo san Juan Damasceno: Bástales, Señora, por galardón colmadísimo á los que piadosamente se acuerdan de tí la misma memoria que de tí tienen; pues ella les trae consigo el galardón y premio de sí misma, que es la alegría y gozo que causa, exentos y libres del ladrón que los robe. ¿De qué deleite ó de qué suavidad tan grande no gozará el que tiene á María en su memoria, ó por mejor decir, para quien es el

libro de sus dulces memorias? Y si sólo la memoria, y el acordarse de ella de esta manera, llena de dulzura y suavidad el alma, ¿qué no hará su presencia, como infiere san Pedro Damiano? Esta dulzura que sienten los devotos de la Señora, á más de provenir de particular providencia de Dios, como hemos visto, recibe tambien aumento de María; porque como piadosa madre de sus hijos, y buena madre de familia, quiere tener contentos á todos los suyos. Estando un dia en oracion los novicios de un noviciado nuestro que eran todos muy devotos de esta Señora, vió un gran siervo de Dios, que acertó á estar allí entonces, como andaba la Virgen en medio de ellos, dando á cada uno de un divino néctar, que en un vaso llevaba: señal de la dulzura y devocion que les infundia.

CAPÍTULO XXII.

**De qué modo debemos amar y servir á María,
madre de Dios y reina de los ángeles.**

Falta ahora decir, cuál ha de ser el fino y verdadero amor á la Madre de Dios, y como será servida y reverenciada nuestra reina y madre de sus fieles hijos y verdaderos devotos. Para esto es digno de mucha consideracion lo que hemos ya advertido (y no importa que se repita por ser muy importante), que se ame á la Vírgen sobre los demás títulos, por los cuales merece ser amada y reverenciada de mil mundos, por aquel principalmente de que Dios gusta sumamente de ello; pues no podremos amar á María con mayor contento suyo, que porque Dios lo quiere. Esto es, debemos amarla con amor de caridad, amando al mismo Dios y andando siempre con una

grande estima de esta Señora; pues es inmenso lo que Dios la estima y lo que quiere que la amemos y reverenciamos: que no es sin razon, ni sin merecimientos de María, ni sin deuda de parte de Dios; pues conoce que la tiene con su querida madre, á quien amó como á su alina y vida.

Importa tambien tener para con María afecto de esclavos y de hijos, para reverenciarla y servirla humildemente como á nuestra reina y Señora soberana de todo lo criado, y confiar en ella y acudir á la misma, como á madre dulcísima y muy tierna. Hemos de mirarla juntamente como medianera entre su Hijo y los pecadores, acogiéndonos siempre á sus piadosas y blandas entrañas, para que aplaque á Dios, y recabe de él el remedio de nuestras necesidades, ofreciendo por medio de ella todos nuestros servicios, oraciones y afectos: porque así como todas las mercedes que

nos hace Dios nos vienen por ella, así todas las gracias que le hemos de dar, y cuantos servicios hiciéramos, han de ser tambien por su medio. Pues es razon que por los mismos canales por donde nos vienen todos los beneficios torne tambien nuestro reconocimiento, que es decir por las benditas manos de María; porque así como no hace Dios cosa que no sea por María, tampoco nosotros hemos de hacer cosa alguna que no sea por ella, para que la ofrezca á su Hijo, y su Hijo al Padre de misericordias. Del fruto que hay en hacer esto, tenemos en mi religion algunas experiencias: baste decir, que por semejante devocion llegaron dos de ella, el uno en sólo nueve meses, y el otro en ocho, que vivieron en la Compañía, no sólo á la perfeccion, sino á tan eminente grado de santidad, que el primero (que es el beato Estanislao de Kostka) lleva resucitados ya diez y ocho muertos; de cuya devocion, por

ser muy sabida en Europa, no quiero hablar más aquí. El segundo fué otro santo mozo que, aunque de menos edad, porque no vivió sino diez y siete años y medio, y menos tiempo de religion, que fué sólo de ocho meses, le imitó en la virtud y santidad: la causa fué porque tuvo igual devocion á la Vírgen. Este es el casto y angélico mancebo Alonso de Obando, cuyas admirables virtudes, si aquí quisiera resumirlas, me distraerian mucho del asunto; y así sólo apuntaré algo, para ejemplo nuestro, del afecto que tenia á esta Señora. No hacia obra que no fuese por amor de la Vírgen, y acordándose de ella. Por eso decia, que el amor que tenia á la Madre de Dios era su pan cotidiano, y en todas sus devociones entraba, y es así; porque como el pan es alimento ordinario, y manjar comun de todas las comidas, así la devocion de la Vírgen ha de ser ordinaria, y comun, que en todas las devociones ha de en-

trar, como acontecia en las de este santo jóven. El mismo confesó á su padre espiritual, que no hacia cosa ninguna por pequeña que fuese, que no la ofreciese á la Vírgen, y que traia continuamente desvelado el pensamiento en discurrir qué servicios le podia hacer; y que no le ocurría ninguno, ora fuese de dejar esto ó aquello en la comida, ora de decir esto ó lo otro cuando descansaba, ó sentarse ó ponerse en pié y otras cosas de este estilo, que no lo pusiese en ejecucion por puro amor de la Vírgen y ofreciéndolas á Dios por medio de ella; porque decia: Como yo soy tan gran pecador, no me atrevo á pedir á Dios inmediatamente; y así me acojo á mi madre, para que interceda por mí, mortificándome yo entre dia por su amor. Confesó tambien que nunca se dejó vencer de tentacion, y que las que tenia más ordinariamente eran de tibieza; lo cual Dios permitia así por lo que le agradaba

en el modo como las vencía. Dijo que lo alcanzaba facilísimamente, con sólo pensar y decir: Yo hago esto por la Virgen Santísima; á la cual tenia presente en todas sus obras, preguntándose á sí mismo, cómo las haria la Virgen. Con lo cual quedaba muy animado, procurando siempre hacer obras de hijo suyo, esmerándose principalmente en la pureza de alma y cuerpo y poseyendo un eminente don de castidad. Demás de esto andaba continuamente saludándola, y repetia muy á menudo: *Monstra te esse matrem*. Cuando en las recreaciones hablaba, siempre era de las grandezas y virtudes de esta Señora y si no se hablaba de esto en las pláticas, luego enmudecia. Pagábale la Virgen esta aficion que tenia; porque de sólo pensar en la Madre de Dios, ó de dia ó de noche, dijo á su confesor, que se derretia en dulzura y suavidad, fuera de otros favores que recibió de manos de María.

Despues de tener un gran afecto y tierno amor á la Madre de Dios como á querida madre nuestra, es necesario no degenerar de la dignidad de hijos de tan gran Señora, ni desdecir en las obras; porque lo que más desea la Vírgen es esto: que no la llamemos madre, madre, solamente, ni que nos precieemos con la boca solamente de ser sus hijos, sino que con verdad lo seamos y con las obras lo mostremos; y el que quiere ser hijo de María ha de ser como lo fué su Hijo unigénito, que parió de sus entrañas, Cristo Jesús; porque está enseñada esta gran madre á tener por hijo á Dios; está hecha á ver delante de sus ojos un hijo tan bueno y tan santo como el Espíritu Santo, que todos los demás que adopta por hijos quiere que sean como fué su Hijo natural, al cual nos propone por dechado y ejemplar con el que nos conformemos. Miremos, pues, la vida de Jesús, é imitémosla en todo, los que

queramos ser sus hermanos, é hijos de su madre; y no hagamos cosa que no hiciere este Señor, y obediente y solo digno Hijo de María. El de menos edad considere: qué haria Jesús á los doce, ó catorce años; cómo procederia y con qué obediencia y sujecion á María, á José y á otros mayores. El mancebo mire: qué haria Jesús cuando contaba sus mismos años, cuando tenia veinte ó veinte y dos; qué modestia la de su rostro virginal; qué medida y prudencia en sus palabras; qué asiento y madurez en sus obras y qué respeto á su Madre. El varon considere tambien á Jesús ya hombre; qué gravedad en su persona; qué doctrina del cielo en su boca y las obras tan heróicas que hacia. Finalmente, los de todas edades consideren la mansedumbre, la paciencia, la humildad, la oracion, la caridad de este humilde Hijo de la humilde María y procuren agradar á la madre, haciéndose conformes á su

Hijo Jesús. Y como aquello en que se imita más la vida trabajada y humilde del Hijo de Dios y de María, es la humillacion y mortificacion, en estas dos cosas se han de esmerar los que quieren hacerse semejantes á Jesús, y agradar á su Madre; quien con singulares favores ha mostrado lo mucho que de estas virtudes se paga. El devoto padre Martin de Alberto, gran siervo de Dios y regalado hijo de la Virgen, entre otras virtudes heróicas en que se aventajó, fué una de ellas la humildad. Estando, pues, como solia (áun cuando era sacerdote) recogiendo las basuras de toda la casa, se le apareció la madre del humilde Jesús, alabándole por aquella accion humilde y agradeciéndosela con tan regaladas palabras, que por muchos años le duró la dulzura, que con aquella habla de la Virgen experimentó. No menos se huelga esta gran Madre de ver en nosotros la mortificacion de nuestro Señor

Jesucristo Hijo suyo. Para que fuese mortificado un devoto suyo y se abrazase de veras con la cruz, le hizo este favor que cuenta Cesáreo. Estando un afectuoso siervo de esta Señora, llamado Waltero de Birbach, oyendo misa con otra mucha gente, cuando levantó el sacerdote el cáliz halló sobre los corporales una cruz, y una cédula que decia así: Da esta cruz de mi parte, esto es, de María madre de Cristo, á mi amigo Waltero. Como el sacerdote leyese la cédula acabada la misa, preguntó, habiendo subido al púlpito, si habia allí álguien que llevase aquel nombre; y averiguado como estaba allí aquella persona, la llamó aparte, y le dió la cruz de parte de la Vírgen, contándole todo lo sucedido. El la tomó con reverencia, y dándose por entendido de lo que la Vírgen queria de él, se abrazó estrechamente con la cruz y mortificacion de Jesucristo. Esta obligacion de imitar al Hijo de María, Jesús,

tienen mucho los que comulgan; pues se pueden tener por más hijos de la Virgen, ya que en cierta manera se hacen sus hijos naturales. Los demás son hijos de esta Señora por adopción ó afecto; mas los que llegan á comulgar pueden preciarse de ser más que esto, como si fueran hijos por naturaleza. La razón es porque se hacen un cuerpo y sangre con el cuerpo y sangre de Jesús, á quien parió María de sus entrañas; y como se hacen una carne con la del Hijo natural de María, son también como hijos naturales suyos; y ella los mira como á su cuerpo y sangre, y los trata como si ella los pariera: que al fin parió á aquel con quien se hacen uno con unión real y sustancial; y no es mucho que la Virgen les mire de tal modo, pues el mismo Jesús les mira como su mismo cuerpo. Por lo cual, los que comulgamos muchas veces, principalmente los sacerdotes, hemos de mirar á María como á madre na-

tural, y más madre nuestra que de otros. De aquí se ha de sacar una devoción muy agradable á esta Señora, que es comulgar con gran devoción, y tener grande afecto á este Sacramento; por el cual nos hacemos de la manera dicha como hijos naturales suyos. Consideremos que cuanto se nos da allí en fuerza de las palabras es solamente lo que tomó Jesús de esta Señora, que es la carne y sangre que recibió de sus entrañas; y que no tenemos otros huesos y reliquias del cuerpo de María sino es en el Santísimo Sacramento; del cual, como dicen los santos que es una extensión de la Encarnación, así también se puede decir, que es una extensión de la filiación natural de esta gran madre. Llega esto á tanto, que á los que comulgan hace María reverencia, como si fueran el mismo Cristo; como fué revelado á santa Bienvenida, y á san Benito, después de haber dicho una misa, que oyó la Virgen,

dándole luego una rica vestidura. Es la Eucaristía regalo muy propio de María para remediar el daño de aquel bocado que ofreció Eva, para perdicion nuestra; que así como de Eva salió aquel daño, así de María salió su antídoto; y así como el veneno no fué más que lo que dió Eva, así la triaca es lo que dió María. Considérese tambien que estimó Dios el cuerpo que recibió de la Vírgen, que nunca de él se apartó la divinidad; y aunque le dejó su propia alma, desuniéndose de él, nunca le dejó la divinidad: dejó de ser hombre; pero nunca aquel cuerpo formado de la carne de María dejó de ser Dios.

Es tambien devocion muy agradable á la Vírgen guardar pureza y castidad; porque como ella fué la más pura criatura que ha habido y habrá y la inventora de la virginidad, por lo cual se nombra Vírgen de vírgenes, los que ve señalarse en pureza la obligan más y son

mas de su casa, san José vírgen fué; san Juan evangelista, con quien despues viviò, vírgen tambien fué. El primer favor que hizo á hombre alguno, despues de consagrado su vientre con el hijo de Dios, á un vírgen tambien lo hizo; porque lo otorgó á san Juan Bautista, que fué vírgen toda su vida y murió por la castidad.

CAPÍTULO XXIII.

De la salutacion angélica, y del modo de rezar el rosario que enseñó la Vírgen á santo Domingo y al beato Alano, con otras advertencias.

En cuanto al rezar el Rosario y decir la oracion del Ave María con gran afecto y ternura, á imitacion del Angel, es devocion de las de mayor dulzura y más confirmadas con milagros que podemos practicar; y más procure uno decir pocas Ave Marías con amor y devocion,

que muchas sin ella; como la misma Virgen se lo advirtió á una persona religiosa que rezaba cada dia el Rosario entero de ciento cincuenta Ave Marías y por la multitud se descuidaba en el afecto, á la cual dijo la Madre de Dios, que se contentaba con el Rosario ordinario con tal que fuese con más devocion. Para confirmar lo que agrada á la Virgen esta su oracion, no quiero decir más que lo que pasó á santa Matilde con esta Señora, porque de paso veremos en ello declarado por boca de la misma Madre de Dios el sentido del Ave María. Dijo santa Matilde un sábado á la Virgen: ¡Oh Reina del cielo! si yo os pudiera saludar con tal salutacion, que jamás corazon humano pudiese imaginarla mejor, lo hiciera de muy buena gana. Apareciósele luego la Virgen gloriosa, trayendo en el pecho escrita con letras de oro el Ave María, y dijole: No podrá hombre nacido llegar á hacerme mejor salutacion que és-

ta; y nadie me podrá saludar más dulcemente que quien me saluda en reverencia de como el Padre Eterno me saludó con esta palabra *Ave*, confirmándome con su omnipotencia, para que fuese libre de toda culpa. El Hijo también, que es la sabiduría de Dios, de tal manera me llenó de luz, que soy una clarísima antorcha, con que el cielo y tierra se ilustran; lo cual se entiende por el nombre de María, que significa estrella del mar. También el Espíritu Santo con toda su dulzura divina, penetrándome con su gracia, me hizo tan graciosa, que cualquiera que por mí buscare la gracia, la hallará; lo cual se significa por la palabra *llena de gracia*. Y en aquella palabra *el Señor es contigo* se me trae á la memoria la inefable obra y union que toda la Santísima Trinidad realizó en mí, juntando en una persona la sustancia de mi carne con la naturaleza divina, de tal manera, que Dios se hizo hombre y

el hombre Dios. El gozo y dulzura que en aquella hora sentí ningun hombre lo ha conocido bien, ni lo podrá experimentar. Por aquellas palabras *bendita tú entre las mujeres*, toda criatura con más admiracion me conoçe y confiesa por bendita y ensalzada sobre toda criatura, así celeste, como terrestre; con decir: *bendito es el fruto de tu vientre*, se bendice y se ensalza el excelentísimo y provechoso fruto de mi vientre, que vivificó al hombre su criatura, y le santificó y bendijo para siempre.

Quiero añadir la devocion que en otra ocasion enseñó tambien la Madre de Dios á la misma santa Matilde, para alcanzar su patrocinio en la hora de la muerte, y es que rezase cada dia tres Ave Marías. La primera, en honra del Padre y de la omnipotencia divina; para que como se dignó levantar á la Vírgen á un trono de tanta majestad, á fin de que despues de Dios fuese potentísima en el cielo y en

la tierra, así la asistiese en la hora de la muerte, y confortase en aquel peligroso tránsito. La segunda, en honor del Hijo y de la infinita sabiduría de Dios; para que, como llenó á la Vírgen de altísima sabiduría y conocimiento divino sobre todo el resto de los santos, de modo que gozase más de la vista de la Santísima Trinidad, y excediese á los demás bienaventurados, como un sol clarísimo, así la alumbrase á ella con luz de fe y conocimiento verdadero para no ser engañada en la hora de la muerte. La tercera, en honor del Espíritu Santo y de la infinita caridad y amor de Dios; que, como llenó á la Vírgen de suavidad y amor, para que despues de Dios fuese la más dulce y amable persona del mundo, así la favoreciese en la muerte, comunicándole su suavidad, y amor de Dios para hacerle llevadero aquel trance tan amargo.

Acerca del modo de rezar el Rosario aunque hay muchos y muy buenos, diré

uno en particular, por ser muy agradable á la Vírgen, pues santo Domingo le encomendaba, como la misma Vírgen se lo enseñó, segun ella declaró á su devotísimo hijo el beato Alano, religioso de los Predicadores. El modo es, que la primera parte se reza de la Encarnacion del Hijo de Dios, la segunda en honra de su Pasion, la tercera en honra del Santísimo Sacramento, é institucion de aquel tremendo misterio, y de los demás sacramentos. La primera para alcanzar gracia de vivir bien, la segunda para lograr una buena muerte, la tercera para honrar el cuerpo de Cristo, recibir bien los sacramentos y no carecer de ellos al fin de la vida. Contó tambien la Vírgen al santo Alano muchas maravillas, que por esta devocion sucedieron á un cardenal español, conocido de santo Domingo, por haber tomado su consejo; y dijo, que ella misma avisó algunos dias antes el dia de su muerte á aquel cardenal, á fin de que

se dispusiese para ella, como lo hizo. Llegado el tiempo de su última enfermedad, tuvo tal accidente, que no podía abrir la boca para recibir el Viático; y desesperados ya todos de poderse lo dar, bajó la Virgen del cielo, y con su virginal mano le abrió la boca, restituyéndole el sentido y habla, con lo que recibió el cuerpo de Cristo; el cual comunicó tanta gracia á aquel dichoso cardenal, que se deshacia en suspiros y lágrimas, con tal abundancia que parecian sus ojos dos rios. Añadió la Virgen, que el corazon, de puro dolor de sus pecados y amor de Dios, le daba tales golpes en el pecho, que se oian en el aposento, creciendo tanto su afecto, que se le partió el corazon, como si le hirieran con un cuchillo, saliéndole sangre por la boca y acabando tan dichosamente su devota vida. Aquí se puede ver la estima que hace la Virgen del Santísimo Sacramento, y lo mucho que quiere que nos dispongamos para él;

pues en la devocion de su Rosario, que enseñó á santo Domingo, quiso que celebrásemos la memoria de este misterio y nos dispusiésemos para reverenciarle, y recibirle con fruto. Otras devociones en particular no quiero encargar, porque el afecto y amor cordial á esta piadosa Madre las buscará; y para despertarlos más, convendrá algunas veces ponderar sus grandezas y virtudes.

Algunos devotos tuvo María que gastaban una hora cada dia en la consideracion de sus ejemplos, beneficios y prerogativas. Así lo hacia el santo Gonzalo Silveira y otros de mi religion; y así lo hizo y encargó el espiritualísimo Juan Taulero de la religion de santo Domingo. Los sábados, vísperas y dias de la Virgen, claro está que no se han de pasar sin que le hagamos algun servicio extraordinario. En sus festividades y las octavas de las mismas hemos de reformarnos y despertar entre nosotros mayor

fervor, examinando nuestros descuidos, renovando nuestros buenos deseos, repasando los santos propósitos, confirmándonos en ellos, adelantándolos más, importunando á nuestra Madre para que nos asista siempre con su favor. En las oraciones vocales se debe advertir que el corazon diga cuatro veces lo que la lengua una, siempre con respeto sumo, á imitacion de la misma Vírgen, no con descuido, distraccion é inmodestia; que esto desagrada á Dios, y tan léjos está de que le obligue lo que con irreverencia se hace, que antes le desobliga. A un santo monje cisterciense, que estaba enfermo se le aparecieron otros monjes difuntos, quejándosele uno que habló por todos de que, por la irreverencia con que rezaban por ellos del monasterio, no habian salido del purgatorio. Entre otras cosas le dijo: Aunque se juntan todos para la oracion, no comen con ella el espiritual manjar; pues cuando cantan y

rezan tienen sus corazones y pensamientos ocupados en las vanidades del mundo. Tambien cuando comulgan parece que aborrecen el celestial maná; pues lo reciben con tan poca devocion, como si fuese un manjar vil y digno de tenerse en poco. Además provocan la ira de Dios; porque cuando en honor de la Santísima Trinidad cantan el *Gloria Patri*, unos se están riendo y otros tienen en otra parte el pensamiento, y los unos y los otros no inclinan la cabeza; y si algunos la inclinan, es por la costumbre que tienen de humillarse, no porque mediten como se invoca y alaba entonces á la Trinidad de Dios, siendo como es cosa digna de tanta consideracion. Por tanto véte, y díle al abad de nuestra parte, que procure corregir estas negligencias de sus monjes, y entienda, que Dios le ha constituido su atayala, para que mire lo que hacen, y se lo diga. En diciendo esto el difunto desapareció; y el monje volvió en

sí; y levantándose, fué á la Iglesia; y comenzando á rezar con su acostumbrada devocion delante de un altar, otra vez fué arrebatado; y vió por una ventana, que estaban sobre el mismo, unas luces más resplandecientes que los rayos del sol, y que entrando por la misma ventana una mujer de hermosura admirable, poniéndose junto á él, le decia: ¿Conoces quién soy? no lo sé, respondió. Replicó aquella Señora: Yo soy María Madre de Jesús; y vengo á consolarte, hacer cesar tus gemidos, y mitigar tus dolores; porque me fueron gratas tus lágrimas y oraciones. Al punto que esto le decia, los monjes que estaban al coro rezando maitines, llegaron al Gloria Patri; y la sacratísima Vírgen suspendiendo su plática con el monje, cruzó los dedos de una mano con los de la otra; é inclinó todo su cuerpo profundamente; y no se enderezó hasta que acabaron de decir *et Spiritui Sancto*: entonces prosiguió la plática con el

monje. Estas historias he referido para que se vea lo poco que satisface á Dios y á su Madre, quien sin espíritu y sin la reverencia debida, ora.

Importa tambien para estos ejercicios devotos la perseverancia: acerca de ella sólo diré lo que sucedió al venerable Tomás de Kempis. Estando este famoso varon estudiando teología, cuando era mancebo, en la escuela de Daventria, insigne pueblo de Alemania, bajo la direccion de Florencio, maestro sapientísimo de aquellos tiempos, tenia por costumbre ocuparse una hora y más, en rezar ciertas devociones á la santísima Madre de Dios, á la cual amaba con amor muy encendido. Mas como algunas veces es instable y mudable la devocion de los mozos, comenzó el devoto Tomás á resfriarse en este santo ejercicio, de modo que al principio dejó de decir sus devociones un dia, despues dos, y poco á poco dejó de rezarlas, perdiendo su

mérito y tan loable devocion. Estando, pues, en este estado, una noche tuvo una vision admirable, y fué, que le pareció que estaba en el patio donde leia el maestro Florencio, oyéndole muy atento con los demás estudiantes, y que en esto bajaba del cielo, por entre las nubes, la Señora del mundo, con hermosísimo rostro, y resplandeciente vestido y, llegando hasta dicho patio, fué á visitar á los que estaban leyendo; y como les visitaba, les iba abrazando y dándoles gracias porque con sus lecciones procuraban que los hombres supiesen y viviesen con justicia, y vida honesta, de modo que así no quedase sin fruto en los que oian su doctrina la sangre de su dulcísimo Hijo. Tomás como vió que con tanto amor y regalo trataba á los maestros, pensó que él seria tambien participante de igual merced; y poniendo los ojos fijos en ella, aguardaba que fuese á ponerse á su lado. Mas no le

sucedió como pensaba; porque despues que la Santísima Vírgen hubo dado abrazos á unos y á otros, llegó á donde Tomás estaba y, con unos ojos como indignados, le dijo: En vano deseas un abrazo de amor santo, enemigo cruel; pues dejando mi amistad por sola negligencia, no me pagas la pension que me solias dar de tus encendidas oraciones. Dime, ¿en dónde están tus acostumbrados ruegos? ¿á dónde se fueron tus acostumbradas plegarias? ¿en dónde se hallarán tus piadosos sufragios, mezclados con tantos suspiros? ¿no conoces como se ha resfriado en tí la caridad? ¿y qué el amor se entorpeció? ¿y cómo la devocion que antes me tenias ha vacilado? y siendo esto así, con grande atrevimiento, como si no hubieses hecho delito alguno, ¿esperabas que te abrazase? Y apartando el rostro de él, como indignada, le dijo: Anda, anda, vete de mí; y entiende, que eres indigno de mis abrazos, pues con

tanta facilidad dejaste de decirme las oraciones que solias; y dicho esto, subió á los cielos. El mancebo Tomás se despertó, y escudriñó su conciencia; y se halló culpado, y propuso la enmienda; y así de allí adelante fué devotísimo de la Vírgen Madre de Dios.

Ha de acompañar á las devociones y oraciones la pureza é inocencia de la vida; porque sin esto poco agradará lo demás. Un hombre de vida poco arreglada alababa infinito todas las veces que podia á la Vírgen, Señora nuestra. Sucedió, pues, que este hombre se fué en cierta ocasion á la soledad de un páramo muy dilatado, y vino á tener grande hambre. Allí se le apareció la Madre de Dios, acompañada de muchas y hermosísimas doncellas, y le trajo un manjar suavísimo y delicado en unas escudillas sucias y mal fregadas y le dijo: Come. Contestó el hombre: El manjar bueno, y suavísimo es; mas no puedo comer de él por

la suciedad y hedor de las escudillas. Repuso entonces nuestra Señora: De esta manera me sucede á mí; porque los loores que me dices buenos y hermosos son, pero tu corazon está sucio; y por esto no me huelgo ni me deleito en tus alabanzas. Despues que esto oyó, se arrepintió de sus pecados, y se limpió con verdadera penitencia.

A santa Brígida se quejó tambien nuestra Señora de otro que la alababa mucho y pensaba que era muy su devoto; pero no cuidaba de su vida: dijo la Virgen de él, que le hablaba vueltas las espaldas, como un soldado que se ponía las armas al revés, y que entraba en la batalla con la vaina vacía habiendo antes arrojado la espada.

No está solamente la devocion á la Virgen en rezarle el Rosario, y oficio, y otras oraciones, sino en hacer por ella obras de las virtudes de humildad, paciencia y misericordia. De un mercader

de Valencia, dice san Vicente Ferrer, que porque cada año el dia de Navidad convidaba á tres pobres, un niño con su madre y un varon anciano, en honra de Jesús, María y José, les fué á éstos tan agradable dicha caridad, que se le aparecieron los tres en la hora de la muerte, y le dijeron: Porque nos recibiste tú en tu casa, nosotros te recibiremos en la nuestra. Fué tambien tan acepta la devocion de san Gregorio, de convidar á doce pobres en honra de los apóstoles, que entre aquéllos se presentó Cristo á ser su convidado; y este afecto es lo principal de la devocion, y lo que da vida y eficacia á lo demás. Obrar bien es lo que más importa, y que en orden á esto se enderecen las oraciones.

CAPÍTULO XXIV.

Virtudes de María, Vírgen Santísima y Madre de Dios.

Conforme á lo dicho, nos podremos proponer contemplar las altísimas virtudes de María y su estupenda santidad, para procurar su imitacion; y lo primero, aquel fervor de su espíritu, aquel incendio de caridad de su alma, aquellos actos interiores, tan ardientes é intensos que en su corazon pasaban, y repetia más veces que respiraba, creciendo á tan grandes pasos en santidad, que siempre los iba doblando, y haciéndolos otro tanto más fervorosos é intensos que antes, de modo que el último que hacia era tan fervoroso y meritorio como todos los demás que habia hecho en el resto de su vida juntos; y de esta suerte iba creciendo en gracia y santidad hasta el instante en que espiró valiendo su último acto

por todos los demás que hizo (con ser innumerables, intensísimos y todos llenos de caridad) en setenta años de vida. Esto es tesón de virtud; esto es fervor de espíritu; esto es aprovechar: lo cual debemos imitar con todas nuestras fuerzas.

Además de estos prodigios de gracia, que pasaban en el ardiente corazón de la Virgen, todo hecho holocausto de amor, hemos también de imitar las virtudes exteriores, en que más se esmeró; si bien en todas fué igual, esto es, suma y como infinita su perfección. Con su fervorosa caridad y misericordia, cuando supo el estado en que estaba santa Isabel tan cargada de años y en cinta, voló al punto á servirla y á santificar á su hijo Juan, dejando ella su propia casa, y la quietud y descanso de su recogimiento, tan gustoso y dulce como le era todo esto; pero hizo superior á todo; y violentó el amor tan extraordinario que tenía al retiro; y se fué por montañas

ásperas con gran prisa para hacer aquella obra de caridad espiritual, santificando al niño Juan en el vientre de su madre, y sirviendo á la misma madre en su preñez. Cuando no podia con obras, hacia caridad con oraciones. Bastaba advertiese la Vírgen piadosísima alguna necesidad para pedir luego remedio á su Hijo, como pasó en aquellas bodas de Caná, en que se acabó el vino; lo cual notando la Vírgen, que más atendia á si habia algo que remediar, que no á la fiesta, para que no tuviese que avergonzarse el desposado, luego pidió remedio á su Hijo y ocultó aquella falta, solicitando ella misma y llamando á los criados é instruyéndoles en lo que habian de hacer. Esta devocion podemos tener á imitacion de esta Señora, que cuando viéremos una necesidad, y por nosotros no la pudiéremos remediar, la encomendemos á Dios; y le re-cemos á ella un Ave María para obtener su remedio.

Y en cuanto á la humildad inmensa que tuvo, ¿como la ejercitó? No sólo llamándose esclava, sino con otras grandes humillaciones, que pretendió, más que otros pretenden las honras; porque, segun san Bernardo, no es verdadero humilde quien no quiere ser humillado. Verdaderamente que es para maravillar como la Vírgen se sujetaba á todos, ella que no tenia por qué, buscando el lugar más ínfimo y asiento último para sí; y estando tan lejos de buscar su gloria, que de sólo verse alabada por el Ángel se turbó. Y ¿qué hecho más heróico, que aquel que dicen le pasó con san Lúcas, mientras escribia los actos de los apóstoles, que le pidió tan de veras y tan de corazon que la nombrase en el postrer lugar cuando nombraba á los que estaban aguardando la venida del Espíritu Santo, hasta obligar al santo evangelista á condescender con sus ruegos? En todas las cosas queria dar la preferencia á los

apóstoles, y no se quiso meter en sus juntas y concilios, con que gobernaban la Iglesia; sino que como si fuese inútil en el mundo se estaba callada, hasta que la preguntaban, respondiendo entonces con una prudencia celestial y como si hablara el mismo Espíritu Santo. Tambien por cierto es de notar el silencio y encogimiento que tuvo esta Señora despues que su Hijo empezó á mostrar al mundo que era Dios, con tales milagros que se llevaba tras sí los pueblos enteros; pues en todo este tiempo no se lee en los evangelistas que hablase María palabra alguna ni se frecuentase con su hijo más que otras mujeres cualesquiera que ninguna relacion de parentesco, ni otra especial tenían con él, no corriéndose la que era más pura que los ángeles de andar en compañía de tan pública pecadora, como fué la Magdalena; con la cual, lo mismo que con otras pecadoras, tambien se humilló segun cuenta Dionisio Car-

tusiano. Y no fué pequeña humildad que pudiendo llamarse Madre de Dios, no se nombraba, ni se firmaba sino la esclava de Jesús, buscando el nombre más bajo quien tenia el título mayor de todos. Pues á imitacion de la Vírgen debemos ser humildes procurando ser humillados.

No menos nos mostró cómo debíamos ser pobres evangélicos, no sólo con el afecto, sino efectivamente; porque esta Señora, áun antes de oír lo que enseñó su Hijo renunció su hacienda. Porque siendo sus padres san Joaquin y santa Ana ricos y hacendados, y siendo ella hija única, todo lo dejó por amor de Dios; y vivió pobremente, casándose con un pobre oficial, que comia del trabajo de sus manos y sudor de su rostro. Después por toda su vida guardó tal pobreza que, excepto lo que llevaba puesto, no tenia nada; pues áun para sepultar á su Hijo fué menester que la diesen lo nece-

sario. Vivía de la limosna de los fieles. Cuando murió no tuvo suyo ni una alhaja de que pudiese disponer y dar á unas pobres mujeres, que habían sido buenas vecinas suyas; pues sólo los vestidos que llevaba (muy pobres de seguro) pudo legarles. Que sus camisas eran de estopa se averiguó en un concilio compostelano. Bien hay que hacer en imitar tan extremada pobreza de la Reina del cielo, y no contentarnos sólo con el afecto, sino renunciar con la obra infinitas superfluidades de que gozamos.

No quiero dejar de aducir aquí lo que fué revelado al beato Juan Menesio; porque nos declara la gran pobreza y humildad de María, con una notable devoción al Santísimo Sacramento; pues dice que cuando fueron los apóstoles y otros discípulos, de diversas partes á asistir á la muerte de la Virgen, por la gran pobreza que aquella casa tenía no había como hospedarlos, ni darles que comer; pero

la pobre María, riquísima en merecimientos, alcanzó de su bendito Hijo modo de sustentarlos, y regalarlos muy bien, que fué recibiendo el cuerpo de su Hijo, sustentándose los santos apóstoles los dias que estuvieron allí con sólo el Santísimo Sacramento; y la última vez que le recibió la Vírgen san Pedro celebró y comulgó á otros primero, pues quiso la humildísima María que á ella se le diese en último lugar la comunión. En esta devocion al Santísimo Sacramento tenemos tambien mucho que imitar en esta gran maestra de virtudes, que siempre le tenia en su aposento, que era su oratorio, estando de continuo en oracion delante de él. Comulgaba cada dia; regalábase con él; y disponíase para recibirlo con actos heróicos de caridad y humildad (como es el que acabamos de decir), y de encendidos afectos, é intensísimos actos de amor de Dios, que hizo á la presencia de este divino Sacramento, mereció final-

mente expirar. Tocante á la castidad, ¿con qué extrema delicadeza la guardó María, haciendo voto de ella, cosa en el mundo hasta entonces no vista? Y luego, ¿con qué recato vivió en perpétuo recogimiento, con mucha penitencia, con muchos rigores de ayunos y oracion y lecturas santas y otras obras penales, en que desde niña gastaba en el templo los dias y las noches? Tenia tanto recato, que alcanzó de Dios una admirable particularidad del don de profecía, de modo que conociese anticipadamente si habia ocasion de ver, ú oír alguna cosa indecente, para guardarse y recatarse. Los ojos nunca los alzaba del suelo con tan admirable modestia y compostura, que á todos causaba veneracion y respeto, é infundia castidad. Era amable con todos, y terrible sólo con los menos puros.

La obediencia de María no fué menos admirable. Sujetóse á sus padres, cumpliendo el voto que habia hecho de di-

cha virtud; luego estuvo sujeta á los sacerdotes del templo, sin hacer cosa por sólo su gusto; despues se sujetó á un pobre carpintero. ¿Cómo cumplia las leyes, así eclesiásticas, como imperiales, áun cuando no debia? Ella se purificó con exceptuarla la ley; pero para no ser singular, y para humillarse más, lo quiso hacer, obedeciendo á una sombra de precepto. Ella caminó desde Nazaret muchas leguas para obedecer el mandato de un tirano, que ordenaba se empadronase todo el mundo, no teniendo ella obligacion á tal ley, ni debiendo obedecerla, aunque fuera por otra parte justa, con tanta incomodidad suya. Pues despues no quiso ser menos obediente á los prelados de la Iglesia que fundó su Hijo, teniendo gran reverencia á los apóstoles, y posponiéndose á ellos con grande humildad y sumision. La obediencia á Dios, nacida de su inefable caridad, ¿quién la podrá declarar? Basta decir,

que por esta su grande obediencia y resignacion de juicio quiso el Verbo Eterno hacer este particular favor á tan insigne virtud de María, que por un acto de esta obediencia obró una de las mayores maravillas que ha obrado, y puede obrar, que fué la Encarnacion. Y en la muerte de su Hijo, cosa que le atravesaba el alma, ¿qué conformidad no tuvo con la voluntad divina, no hablando una palabra por él, ni yendo á llorar, y clamar á los jueces? Lo cual, aunque no hubiese debido aprovechar nada, es señal de la heroica y estupenda virtud de María, con que sobrellevó cosa que sentia ella más que perder millones de vidas. Y aunque fué admirable el silencio de Cristo en su Pasion, no se sabe que fuese mayor que el de su Madre; porque no nos consta que hablase palabra, ni á su Hijo, ni al discípulo amado, ni á los apóstoles, ni á los jueces, ni á los ministros, ni á los acusadores, ni al pueblo, ni á persona nacida

para moverles á compasion. Y al pié de la cruz, ¿qué constancia y conformidad tuvo, sin hacer extremos, sin ausentarse, sin desmayarse? Que si bien tenia su corazon atravesado con penetrante espada de dolor, su profunda obediencia á Dios y conformidad con la voluntad del Padre hizo aquel milagro tan grande de guardarla viva y animosa; pues sin duda (si no fuera por esto) muriera de dolor mucho antes que su Hijo. Con la misma fortaleza, acompañada de viva fe, no se curó de ungir á su Hijo, á pesar de ser más piadosa que las otras Marías, que anduvieron tan solícitas de esto. No sé yo por cierto qué más singular dechado de obediencia nos podia dejar santo alguno, obedeciendo sin puntillos, con gran presteza, con sujecion de juicio, sin atender á si obliga ó no obliga el mandamiento, sin reparar si es justo lo mandado ó no, sin mirar á la persona del que manda, y con tan constante desprecio de

todo gusto propio por ver cumplido el divino. De todas estas tres virtudes, castidad, pobreza y obediencia, hizo voto María consagrando en sí la vida religiosa.

Pues y el silencio, que es tambien como divisa y señal de religiosidad, ¿cuál fué en María todo el tiempo que Jesús empleó en predicar? Despues que hizo el primer milagro, por darle á ella gusto, no se lee que hubiese hablado palabra; y de antes sólo se sabe que habló en cuatro ocasiones, todas necesarias: cuando la saludó el Angel, cuando visitó á santa Isabel, cuando halló á su Hijo perdido, y cuando remedió aquella necesidad de las bodas de Caná, en todas las que nos muestra muchas virtudes. La prudencia y constancia en su propósito, cuando la saludó el Angel; pues por no perder la virginidad ponía reparos en cosa tan grande como ser Madre de Dios, hasta que entendiendo que Dios lo habia de hacer, no

quiso pasar curiosamente más adelante á saber de qué modo. Cuando visitó á santa Isabel nos enseñó su afabilidad, humildad y cortesía, saludando la primera, y además una ardiente devoción y agradecimiento á Dios con el cántico del *Magnificat*. Cuando encontró á su Hijo nos mostró un heróico amor y estima de Dios y cómo le hemos de buscar de veras, y con qué quebranto del corazón, si le hubiéramos perdido. En las bodas nos dió ejemplo de su caridad y misericordia, para que no sea menester pedirnos remedio el prójimo, cuando conocemos que le ha menester.

Hay otra cosa, que debemos muy particularmente imitar en María, y es la entrañable devoción y amor á la Madre del Mesías, y el deseo que tuvo de servirla como esclava antes que supiese nada de lo que debía ser; porque como ella entendiese por la Sagrada Escritura (que meditaba continuamente) lo que habían

dicho los profetas (mejor que los mismos profetas que lo dijeron), como el Hijo de Dios habia de nacer de una vírgen para el bien del mundo, fué inexplicable el amor y estima que de tal vírgen concibió María, sin saber que fuese ella. Pensaba de continuo en la felicidad de tal doncella, en su dignidad, en su grandeza; y se habria tenido ella por dichosísima de ser su esclavita; y la habria servido de rodillas; y habria besado mil veces el suelo donde aquélla pusiese sus plantas. La misma Vírgen lo declaró á santa Isabel monja, como con grande instancia oraba á Dios por el bien del mundo y que la dejase ver aquella vírgen, por quien tanto bien le habia de venir, suplicando ardientemente á su Majestad permitiese que ella fuese la más despreciada y la última esclava de su casa. Este afecto á la Madre de Dios hemos de imitar en ella misma cuando estaba tan léjos de pensarlo, como está el cielo de

la tierra. Hemos de estimar, desear, amar, y honrar á tal doncella, que mereció por su humildad tan inmensa dignidad, teniéndonos por dichosísimos, y muy honrados, de ser esclavos suyos, que á los tales ella tiene por amados hijos, y pidiéndole continuamente reverencia de esclavos, amor de hijos, su misericordia como miserables, intercesion y amparo como pecadores.

CAPÍTULO XXV.

Oracion á la Virgen, en que se pide su amor y devocion.

Ave, humilde María; Ave, llena de gracia; Ave, llena de gloria; Ave, Madre de mi Dios; Ave, madre nuestra amorosa, Ave, única esperanza de los hijos de Adan; Ave consuelo de los afligidos. Inclínad á mí, miserable, vuestras tiernas y misericordiosas entrañas que consagró

Jesús; inclinad vuestro amoroso corazón, que está lleno del Espíritu Santo; inclinad vuestros piadosos ojos, que vieron los primeros de todos á mi Redentor nacido. Mirad por mi remedio, para que se haga en mí lo que pretendió mi dulce Jesús, que fué amásemos á su Padre, Dios eterno, y á Vos su querida y tierna Madre, á quien está agradecidísimo por el dulce hospedaje que le disteis. Quiso, Señora, agradeceros ser su Madre con que yo fuera vuestro hijo. Admitidme siquiera entre vuestros más humildes esclavos. Ea, Señora, esté yo en vuestra familia, y en el último lugar de todos. No merecen mis pecados que me mireis; pero no por esto pierdo la confianza, pues títulos vuestros son el de *esperanza de los pecadores* y el de *madre de misericordia*; y así en donde hay más miseria, allí habeis de ser más madre. Ea, Señora, téngaos yo respeto de esclavo, y amor de hijo; pero si Vos no me lo al-

canzais de mi Dios, no teneis que esperar de mi proceder alguno bueno. Ea, Señora, por vuestras misericordiosísimas entrañas, y por mis grandes miserias, por vuestra dulzura, por vuestra blandura, Madre del manso Jesús, por el mismo Jesús, conceded á él este gusto, y á mí esta misericordia: que os ame madre mia; que os sirva, Señora mia.

Bien veo que no teneis necesidad de mis servicios, pues delante de Vos se arrodillan los serafines; á Vos os adoran como reina los querubines; delante de Vos se humillan los tronos, se sujetan las Dominaciones, se rinden las Potestades del cielo, se abaten las más altas Virtudes; delante de Vos se postran los Principados, hincan la rodilla los arcángeles, y todos los demás ángeles se honran de ser vuestros vasallos. Los patriarcas os predicán; los apóstoles os bendicen; los mártires os engrandecen; los pontífices os alaban; los confesores os ensalzan;

las vírgenes os siguen; y el mismo Dios os obedece. Entre tantos que os sirven, y reverencian, no me habreis menester; pero tampoco será mucho admitir un mal siervo entre tantos buenos, para que con su compañía y ejemplo me enseñen á amaros y serviros. Los ángeles me edifican con el amor que os tienen, desinteresado cual no es el mio. Los patriarcas me avergüenzan, amándoos antes de experimentar vuestras misericordias. Los apóstoles me enseñan á serviros, pues áun antes de ser coronada por Reina de todo lo criado, os sirvieron como á su Señora; y yo despues de los innumerables beneficios que he recibido de Vos, y despues de tener tan experimentada vuestra misericordia, y despues de constituida por mi reina y por mi madre, no me desahogo en devocion y amor vuestro. ¿En dónde está mi agradecimiento? ¿en dónde mi reconocimiento? y ¿en dónde mi amor á Dios? y ¿en dónde el amor de

mí mismo, si no amo á quien tanto me ama, sino amo á la fuente de todo mi bien?

Señora, si á Vos no acudo, ¿de dónde puedo esperar bien alguno, pues de Vos me viene toda mi dicha? Señora, si á Vos no acudo, ¿de quién me podré fiar, pues Vos sois la que más me amais despues de Dios; la que me ama con toda fidelidad y ley; la que me ama incomparablemente más que yo mismo? Señora, si á Vos no acudo, ¿en dónde podré hallar seguro amparo? Vos sola sois Madre de Dios; Vos sola Santa de los santos; Vos sola teneis autoridad para que os tenga respeto la Justicia divina. A Vos os ama de tal manera vuestro Hijo, que por vuestro amor perdonará á sus enemigos. Ea, Señora, que no tengo de quien esperar sino de Vos; ni tampoco (sea lícito á mi confianza decir esto) tendré de quien quejarme sino de Vos. No, no, Señora, no vale decir, que

tengo á vuestro Hijo enojado, porque Vos le podeis aplacar; y más le agradaron vuestros merecimientos, que mis desagradecimientos le pueden airar. En vuestra mano está desenojarle, que él es manso y humilde de corazón, áun con los estraños: pues para con su Madre, y tal madre, ¿qué ternura no tendrá? ¿qué mansedumbre no le mostrará? ¿para qué os llamais madre de misericordia? ¿para qué os hicieron Madre del misericordiosísimo Jesús, sino para que experimentemos su misericordia y la vuestra? ¿de dónde puedo yo esperar remedio, sino de donde le sacaron todos? ¿cómo es posible que me falte á mí misericordia pues no faltó á todos los del mundo? Vuestro Hijo, Señora, vino á buscar la oveja perdida; ¿cómo Vos la habriais de dejar perder, cuando más la busca? Vuestro Hijo vino á llamar los pecadores; ¿cómo Vos no habriais de oír á quien os llama de corazón? Vues-

tro Hijo rogó por los que le crucificaban; y ¿Vos no habriais de alcanzar perdón para quien os ruega? ¡Oh Señora! Pruébese en mí que Vos sois verdadera madre de misericordia, verdadera madre de mi Redentor, esperanza de los hombres, consuelo de los pecadores, propiciatorio de Dios, tesorera del Espíritu Santo, dispensadora de sus gracias. ¿Es posible que David hallase misericordia tan fácilmente cuando no estabais Vos en el mundo? ¿cuando no existia vuestra intercesion? ¿cómo yo no la alcanzaré ahora que sois intercesora, ahora que sois abogada de los pecadores, ahora que tenemos ya á vuestro Hijo tan bueno, crucificado por nosotros, y á Vos, madre buena, que lo llevasteis con paciencia, porque era para mi bien? Sienta yo que sois causa de mi dicha, junto con mi Redentor Jesús crucificado por mí.

Ea, Jesús, mirad á vuestra Madre llo-

rosa; ea, Maria, mirad á vuestro Hijo ensangrentado. Ea, Jesús, por vuestra madre querida; ea, María, por vuestro Hijo amado, tened misericordia de mí. Ea, Jesús, Hijo obediente y tan bueno de María; ea, María madre amorosa y tan buena de Jesús, causa sois de mi bien; y no son menester nuevos trabajos para redimirme. Ea, Jesús, que no es menester derramar sangre; ea, María, que no es menester derramar lágrimas. ¡Oh Juez justo! ¿á quién acudiré sino á la abogada piadosa? ¡Oh reconciliadora del mundo! si mi abogada me desecha, ¿el juez cómo me absolverá? ¡Oh madre de salud! por quién abogaréis sino por el perdido? ¡Oh Madre del Redentor! ¿por quién intercedereis si no por su redimido? ¡Oh madre de misericordia! ¿por quién debeis mirar sino por el miserable? O si no, decidme si hay otro refugio para mí; si hay otra persona humana de mayor misericordia, ó que más me quie-

ra ó si hay otra más poderosa con Dios. Si no la hay, ¿qué excusa podeis tener? ¿acaso mi poca fe? ¿mi poco afecto? ¿mis grandes pecados? Señora por esto os pido una grande hazaña de vuestra misericordia, que, no debiendo ser oido, me oigais; que, debiendo ser condenado, me salveis; que, debiendo ser desechado, me ampareis; que, debiendo ser hijo de ira, lo sea de misericordia, sea hermano de vuestro Hijo, sea Hijo de Dios, sea hijo vuestro.—Amen.

ÍNDICE.

DE LA AFICION Y AMOR DE JESÚS.

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.	5
CAPÍTULO PRIMERO.—Cuánto importa tener amor y afecto á Jesucristo y su santísima humanidad.	17
CAP. II.— Que debe ser Jesús amado, porque para eso le envió el Padre eterno al mundo.	25
CAP. III.—Como el Padre eterno nos quiso dar ejemplo del modo con que habíamos de amar á Jesús.	29
CAP. IV.—Del amor que la Santísima Virgen tuvo á Jesús.	33
CAP. V.—Del amor que tuvieron los ángeles á Jesús.	38
CAP. VI.—Del amor de Jesús y ansias que de él tuvieron los patriarcas y profetas..	42
CAP. VII.— Del amor que tuvieron los apóstoles á Jesús	46
CAP. VIII.—Del amor que tuvieron otros santos á Jesús.	49
CAP. IX.— De los títulos que hay para amar á Jesús.	56

CAP. X.—Que debe ser amado Jesús por los males de que nos sacó.	62
CAP. XI. — Cuanto debe ser amado Jesús por los bienes que nos hizo.	69
CAP. XII. — Que todo bien nos viene por Jesús.	74
CAP. XIII.—Por el ardiente amor que nos tiene Jesús, debe ser amado.. . . .	78
CAP. XIV. — Que debemos amar á Jesús por lo que padeció por nosotros.. . . .	85
CAP. XV.—Cuanto debemos amar á Jesús, por lo que deseó padecer por nuestros males.	93
CAP. XVI.— Lo que debe ser amado Jesús por el deseo que tiene que le amen los hombres. y que los hombres sean amados.	98
CAP. XVII.—Lo que debe ser amado Jesús por su hermosura corporal.	105
CAP. XVIII. — De la hermosura del alma de Jesús.	113
CAP. XIX.—Cuanto debe Jesús ser amado por sólo su santidad.	119
CAP. XX.—Que debe ser amado Jesús por su humildad y mansedumbre.	123
CAP. XXI. — Que debe ser amado Jesús por la nobleza y generosidad de sus costumbres.. . . .	127
CAP. XXII.—Cuanto debe ser amado Jesús por ser de nuestra carne y sangre, y cabeza de nuestro linaje y esposo verdadero.. . . .	132

CAP. XXIII.—Que se ha de procurar hacer concepto de la dignidad de Jesucristo y sus merecimientos.. . . .	138
CAP. XXIV.—De la estima y ternura con que se ha de amar á Jesús.	142
CAP. XXV.—Oracion, en la cual con reconocimiento humilde de nuestro desagrado, se pide á Jesús su amor.	147
CAP. XXVI.—Como el que ama á Jesús le debe imitar.	153
CAP. XXVII.—De como debe hacerse uno en lo interior semejante al Corazon de Jesús.	162
CAP. XXVIII.—Práctica de imitar á Cristo, segun el bienaventurado San Francisco de Borja.. . . .	166
CAP. XXIX.—De otros actos interiores con que hemos de imitar de Cristo.	171
CAP. XXX.—Práctica de imitar á Cristo, segun el devoto Tomás de Kempis.	174
CAP. XXXI.—Modo de imitar á Cristo que usaba san Pablo.	178
CAP. XXXII.—De la perfeccion de imitacion de Cristo, que enseña san Ignacio, nuestro patriarca, con el mismo espíritu que san Pablo.	182
CAP. XXXIII.—Cuanto nos excita el amor de la divinidad el amor y conocimiento de Jesús.	187

DE LA AFICION Y AMOR DE MARÍA.

PRÓLOGO.	195
CAPITULO PRIMERO. — Cuanto debe ser amado Dios, por querer tanto como quie- re que amemos y sirvamos á tal criatura como su Madre.	199
CAP. II.—Cuanto gusta Dios que amemos y sirvamos á María, Vírgen y Madre suya.. . . .	207
CAP. III.—Porque gusta tanto Dios que amemos y sirvamos á María, Vírgen San- tísima.	216
CAP. IV.—De otras causas porque quiere Dios que amemos á María, Vírgen San- tísima.	224
CAP. V.—Del amor que toda la Santísima Trinidad tiene á María Santísima, por el cual quiere que la amemos.	229
CAP. VI.—Del amor que tienen todas las jerarquías de los ángeles á María, Madre de Dios, y como los debemos imitar.	243
CAP. VII.—Cuán grande es este amor que tienen los ángeles á María, Madre de Dios.. . . .	259
CAP. VIII.—Como fué deseada María Vír- gen, Madre de Dios, de los patriarcas y profetas.	268
CAP. IX.—Del grande amor y reverencia que tuvieron los apóstoles y discípulos	

de Cristo á María, Madre de Dios.	277
CAP. X.—Del amor y ternura que otros santos varones han tenido para con la Virgen María.	294
CAP. XI.—Del amor y devoción á María que muestran los santos en sus sentencias.	310
CAP. XII.—De los títulos que hay para amar á María, Madre de Jesús, y del primero que son sus beneficios.. . . .	326
CAP. XIII.—Cómo debe ser amada y servida María, Madre de Dios, por lo que depende de ella el incomparable beneficio de nuestra predestinacion.	336
CAP. XIV.—Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo mucho que nos ama.	346
CAP. XV.—Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo que padeció por nosotros.	359
CAP. XVI.—Cómo debe ser amada María, Virgen santísima, por su admirable majestad y bondad.	372
CAP. XVII.—Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por su admirable hermosura y majestad.	383
CAP. XVIII.—Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por la admirable hermosura de su alma.	391
CAP. XIX. Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo sumamente agradecida que es.	403

- CAP. XX.—Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por ser nuestra reina, por ser nuestra madre, por ser Madre de Dios y quererlo Dios. 417
- CAP. XXI.—Cómo debe ser servida y amada María, Virgen y Madre de Dios, por la grande dulzura que da servirla. . . . 428
- CAP. XXII.—De qué modo hemos de amar y servir á María, Madre de Dios y Reina de los ángeles. 436
- CAP. XXIII.—De la salutacion angélica y del modo de rezar el Rosario, que enseñó la Virgen á Santo Domingo, y al beato Alano, con otras advertencias. 449
- CAP. XXIV.—Virtudes de María, Virgen santísima y Madre de Dios. 466
- CAP. XXV.—Oracion á la Virgen en que se pide su amor y devocion. 481



3 X 10

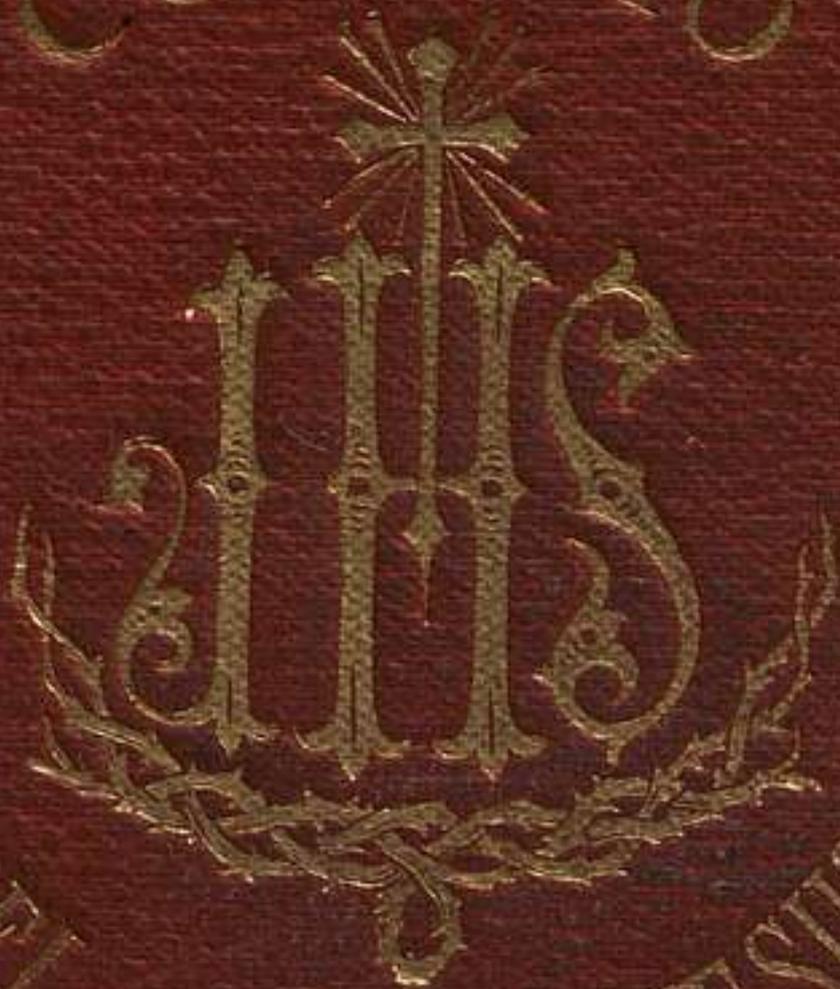


ARCHIVO
MARIANO

Volume N.º 43 7



COLEGIO



DEL S. C. DE JESUS

BARCELONA

